

111

111

2
188



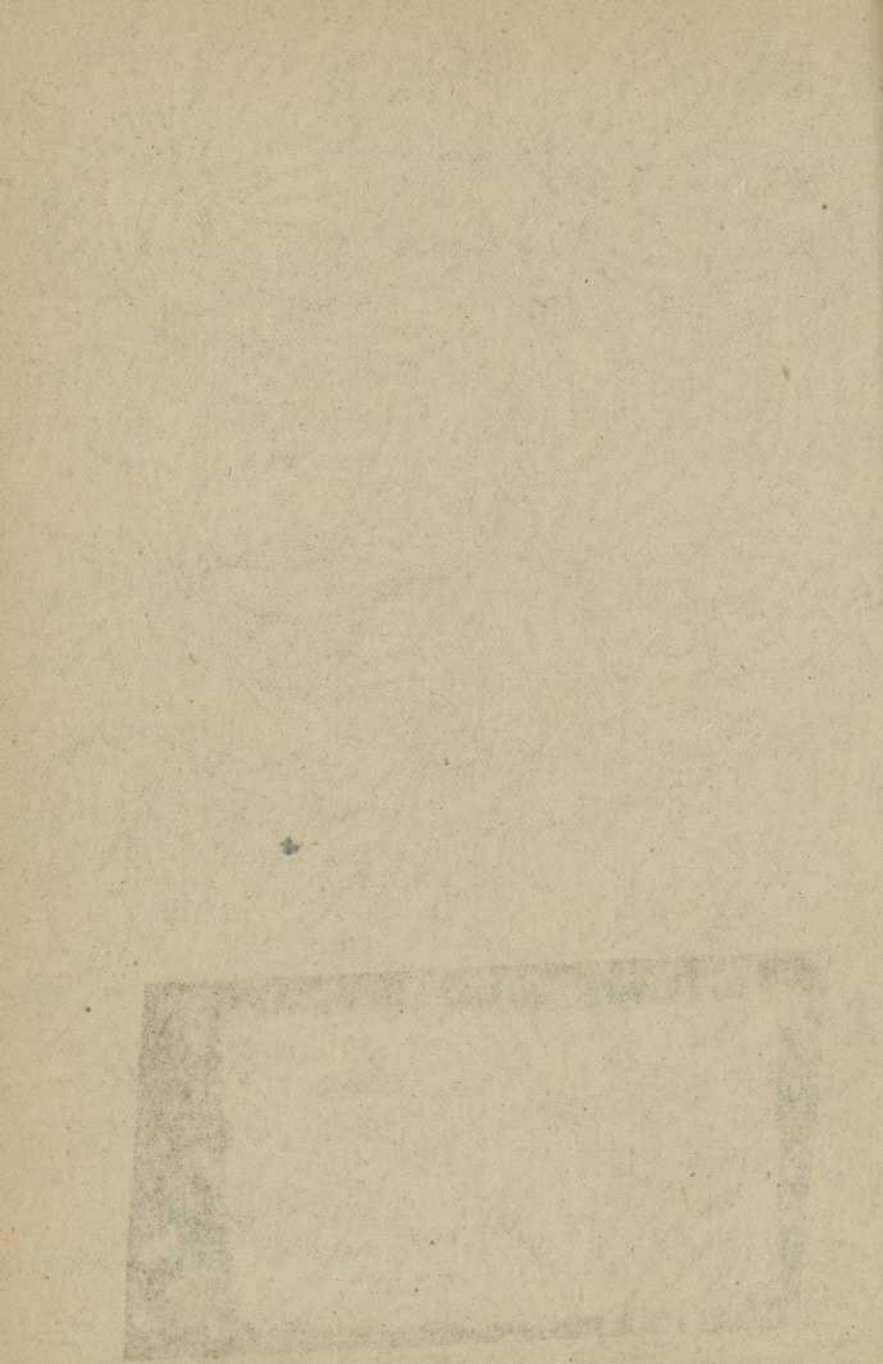
S. G

5909

B.P. de Soria



61084847
D-2 12388



R:4011

Dr. RAFAEL BALLESTER y CASTELL

Catedrático y Académico

CLÍO

INICIACIÓN
AL ESTUDIO DE LA
HISTORIA

OBRA DECLARADA DE MÉRITO RELEVANTE
POR LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

Cuarta edición refundida

TOMO II

Edades moderna y contemporánea con 365 grabados

Tarragona, 1931



84847

D-2
12388

ES PROPIEDAD. Reservados todos los derechos

ÍNDICE DE MATERIAS

EDAD MODERNA

PÁGINAS

LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS 17

Edad moderna, 17. — Conocimientos geográficos anteriores al descubrimiento de América: causas de los descubrimientos, 17. — Viajes de los portugueses: el infante don Enrique, 18. — Vasco de Gama: descubrimiento de la ruta marítima a la India, 20. — Conquistas de los portugueses en Asia: imperio colonial, 20. — Descubrimiento de América, 21. — Colom en España, 23. — Primer viaje: sus resultados, 24. — Otros viajes y descubrimientos de Colom: su muerte, 25. — Viajes y descubrimientos en el siglo XVI: Américo Vespucio, 26. — Descubrimientos en América meridional, 27. — Descubrimiento del Océano Pacífico: primer viaje de circunnavegación, 28. — Los conquistadores: Hernán Cortés, 30. — Conquista del Perú, 32. — Imperio colonial español, 33. — Consecuencias del descubrimiento de América, 35. — *Bibliografía*, 35.

LA POLÍTICA EUROPEA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI. IMPERIO DE CARLOS V 37

Europa a fines del siglo xv, 37. — Estados italianos: la política del Renacimiento, 38. — Guerras de Italia: expedición de Carlos VIII, 42. — Luis XII y Fernando el Católico, 43. — Política de Julio II: expulsión de los franceses de Italia, 44. — Los Valois Angoulême: Francisco I; expedición a Italia, 44. — Carlos I y Francisco I: su rivalidad, 45. — Complejidad del reinado de Carlos V: su primera guerra con Francia, 46. — Liga clementina: asalto de Roma, 47. — Últimas guerras, 48. — *Bibliografía*, 50.

APOGEO DEL RENACIMIENTO	51
Doble concepto del Renacimiento, 51. — Los humanistas italianos, 51. — Apogeo del arte italiano, 52. — Leonardo de Vinci, 52. — Miguel Angel, 53. — Rafael, 56. — Escuela veneciana, 59. — La arquitectura en Italia, 59. — El Renacimiento en otros países, 60. — España, 61. — Francia, 63. Flandes, 64. — El humanismo en el norte: Erasmo, 65. — El Renacimiento en Alemania, 67. — <i>Bibliografía</i> , 68.	
LA REFORMA	69
Qué fué la Reforma: sus analogías con el Renacimiento, 69. — Carácter y causas de la Reforma en Alemania, 70. Lutero, 71. — Comienzos de la Reforma, 72. — Dieta de Worms, 74. — Propagación de la Reforma en Alemania, 74. Organización de la Iglesia luterana, 75. — Lucha religiosa en Alemania, 76. — Calvino y su doctrina, 81.	
LA REFORMA EN INGLATERRA	84
El humanismo en Inglaterra, 84. — Enrique VIII, 85. La supremacía real, 87. — Eduardo VI: organización de la Reforma anglicana, 88. — María Tudor: reacción católica, 88.	
LA CONTRARREFORMA	90
La Contrarreforma, 90. — Nuevas órdenes religiosas, 90. Ignacio de Loyola: fundación de la Compañía de Jesús, 91. Organización y carácter de la Compañía de Jesús, 92. — El concilio de Trento, 95. — Decretos del concilio de Trento, 96. Resultados del concilio de Trento, 97. — <i>Bibliografía</i> , 97.	
PREPONDERANCIA DE ESPAÑA EN EUROPA	99
Últimos años del reinado de Carlos V, 99. — Su abdicación, 101. — La herencia de Carlos V: supremacía de España, 103. — Felipe II: su carácter y designios, 103. — Comienzos de su reinado, 105. — Felipe II rey de España, 107. — Anexión de Portugal, 110. — Guerra contra los turcos: Lepanto, 111. — Revolución de los Países Bajos, 111. — Comienzos de la revolución, 112. — Vicisitudes de la revolución, 115. — Grandeza y decadencia de España, 118. — <i>Bibliografía</i> , 119.	
LUCHAS RELIGIOSAS EN INGLATERRA	121
Carácter y política de Isabel, 121. — El protestantismo en Escocia, 122. — María Stuard en Escocia, 123. — María Stuard e Isabel, 124. — Isabel y Felipe II: la Armada invencible, 126. — Prosperidad de Inglaterra, 127. — El Renacimiento en Inglaterra, 128. — <i>Bibliografía</i> , 129.	

GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA 130

La Reforma en Francia, 130. — Francisco II: los partidos, 130. — El canciller L'Hospital, 131. — Carlos IX: regencia de Catalina de Médicis, 132. — Las guerras religiosas, 133. — La noche de San Bartolomé, 134. — Enrique III: la Liga, 135. — Advenimiento de Enrique IV, 139. — Edicto de Nantes, 140. — Reorganización del reino, 141. — *Bibliografía*, 142.

LA GUERRA DE TREINTA AÑOS (1618-1648)..... 143

La guerra de treinta años: su carácter, causas y períodos, 143. — Período palatino, 145. — Período danés, 146. Waldstein, 147. — Las bandas, 147. — Derrota de Dinamarca: edicto de restitución, 148. — Período sueco, 149. — Período francés, 151. — Paz de Westfalia, 152. — *Bibliografía*, 154.

DECADENCIA DE LOS HABSBURGO Y ENGRANDECIMIENTO DE LA CASA DE BORBÓN 155

España: Felipe III, 155. — Felipe IV, 156. — Separación de Portugal, 157. — Decadencia de España, 158. — Francia: Luis XIII; regencia de María de Médicis, 159. — Richelieu: su carácter y designios, 160. — Lucha contra los protestantes, 160. — Lucha contra los grandes, 161. — Administración de Richelieu, 162. — Regencia de Ana de Austria: Mazarino, 162. — La Fronda, 163. — *Bibliografía*, 164.

LOS STUARDS Y LA REVOLUCION DE INGLATERRA. 165

Advenimiento de los Stuards al trono de Inglaterra, 165. Despotismo y persecuciones religiosas, 165. — Carlos I y el Parlamento, 166. — La Revolución, 168. — Los Puritanos: Cromwell, 169. — Derrota de los realistas: ejecución de Carlos I, 170. — La República, 170. — Dictadura de Cromwell, 171. — *Bibliografía*, 171.

LAS LETRAS Y LAS ARTES EN ESPAÑA Y FLANDES 172

El siglo de oro de las letras españolas, 172. — El teatro, 173. — Los místicos, 175. — La Historia, 176. — Las bellas artes: la pintura, 177. — Las bellas artes en Flandes, 179. Rubens y su escuela, 179. — El arte holandés, 183. — Rembrandt, 184. — *Bibliografía*, 184.



- LA MONARQUÍA ABSOLUTA EN FRANCIA 185
- Luis XIV, 185. — Teoría del derecho divino, 185. — Luis XIV y sus ministros, 186. — Gobierno interior: la Corte, 187. — Política exterior de Luis XIV, 189. — El derecho de devoción: conquista de Flandes y del Franco-Condado, 189. — Guerra con Holanda: coalición contra Luis XIV: paz de Nimega, 190. — Liga de Augsburgo: paz de Ryswick, 191. La guerra de sucesión española, 192. — Tratados de Utrecht y de Rastadt, 195. — *Bibliografía*, 197.
- MOVIMIENTO INTELECTUAL EUROPEO. EL SIGLO DE LUIS XIV 198
- Las ciencias en Europa hasta fines del siglo xvii, 198. El siglo de Luis XIV, 202. — La sociedad francesa: los salones, 203. — Literatura francesa, 204. — Las bellas artes, 206. Influencia francesa en Europa, 208. — *Bibliografía*, 208.
- LA REVOLUCIÓN INGLESA DE 1688 209
- La restauración de los Stuarts: Carlos II, 209. — Jacobo II, 212. — La Revolución, 212. — Declaración de derechos, 213. — *Bibliografía*, 214.
- EUROPA ORIENTAL..... 215
- Rusia durante el siglo xvii, 215. — Formación territorial de Rusia, 215. — Pedro el Grande, 216. — Guerra contra los turcos, 217. — Guerra con Suecia: Carlos XII, 217. — Reformas de Pedro el Grande, 220. — *Bibliografía*, 221.
- EL SIGLO XVIII. FRANCIA Y ESPAÑA 222
- Caracteres generales del siglo xviii, 222. — Francia: regencia del duque de Orleans, 222. — El sistema Law, 223. Fin de la Regencia, 225. — Los Borbones en España: Alberoni, 225. — Restauración interior de España bajo Felipe V y Fernando VI, 227. — *Bibliografía*, 227.
- EL SIGLO XVIII. LAS NUEVAS POTENCIAS EUROPEAS. 228
- El Estado prusiano, 228. — Federico II, 229. — Guerra de sucesión austríaca, 230. — Inversión de las alianzas: guerra de siete años, 231. — Rusia: sucesores de Pedro el Grande, 233. — Los repartos de Polonia, 234. — *Bibliografía*, 235.

EL RÉGIMEN PARLAMENTARIO EN INGLATERRA. LA COLONIZACIÓN EN EL SIGLO XVIII	236
---	-----

Reinados de Guillermo III y Ana Stuard, 236. — Casa de Hannover: los partidos, 237. — Formación del régimen parlamentario, 238. — La colonización inglesa: la India, 239. — Las colonias americanas: guerras separatistas, 241. — *Bibliografía*, 242.

MOVIMIENTO INTELECTUAL Y POLÍTICO DURANTE EL SIGLO XVIII	243
--	-----

Movimiento intelectual, 243. — Progreso de las ciencias en el siglo XVIII, 243. — Los filósofos: Voltaire, Montesquieu y Rousseau, 244. — La Enciclopedia, 246. — Los economistas, 247. — Propagación e influencia de las ideas nuevas, 247. Movimiento de reformas en Europa durante el siglo XVIII, 248. — *Bibliografía*, 250.

EL OCASO DEL ANTIGUO RÉGIMEN	251
------------------------------------	-----

Francia: Luis XV: ministros y favoritas, 251. — Advenimiento de Luis XVI: intento de reformas, 254. — Convocación de los Estados generales, 256. — Situación política, social y económica de Francia en 1789. — Situación de Europa en vísperas de la Revolución francesa, 260. — *Bibliografía*, 260.

EDAD CONTEMPORÁNEA

LA REVOLUCIÓN FRANCESA	262
------------------------------	-----

La Revolución francesa: sus períodos, 262. — Reunión de los Estados generales, 262. — Su transformación en Asamblea nacional, 263. — Toma de la Bastilla, 265. — Noche del 4 de agosto de 1789. — Jornadas de octubre, 267. — La Federación, 267. — Los partidos, 268. — La emigración, 269. La constitución civil del clero: huida del rey, 270. — La obra de la Asamblea Constituyente, 272. — La Asamblea Legislativa: los partidos, 273. — Luchas políticas, 274. — Revolución del 10 de agosto, 275. — Matanzas de septiembre de 1792, 277. — La Convención: los partidos: proclamación de la República, 278. — Proceso y ejecución de Luis XVI, 279. — Luchas políticas: la Vendée, 280. — La Constitución de 1793, 282. — Gobierno revolucionario: el Terror, 282. — Dictadura de Robespierre, 284. — El 9 Thermidor, 284. — El Directorio, 285. — La obra de la Convención, 286. — Lucha de la Revolución con Europa, 287. — *Bibliografía*.

NAPOLEÓN BONAPARTE 290

El ocaso de la República, 290. — Napoleón Bonaparte, 291. — Campañas de Italia: sus consecuencias, 292. — Expansión de la república francesa, 294. — Campaña de Egipto, 295. — El 18 Brumario, 296. — El Consulado: constitución del año VIII, 297. — Política exterior del Consulado, 299. El consulado vitalicio, 299. — El Imperio: coaliciones contra Napoleón: sus campañas, 300. — La obra de Napoleón en Francia y en Europa, 305. — Caída del Imperio, 306. — La primera restauración: los Cien días, 309. — Waterlloo: caída de Napoleón. — *Bibliografía*, 312.

EL CONGRESO DE VIENA Y LA SANTA ALIANZA... .. 314

Europa en 1815: la obra del Congreso de Viena, 314. — La Santa Alianza: el sistema Metternicht; rebeliones y congresos, 316. — Los albores de la cuestión de Oriente: independencia de Grecia, 320.

RESTAURACIÓN Y REVOLUCIONES 322

La restauración en Francia: Luis XVIII, 322. — Carlos X: la revolución de julio de 1830, 323. — Consecuencias de la Revolución de 1830 en Europa: la revolución belga, 325. — Otras revoluciones: Polonia, 326. — La monarquía constitucional en España, 326. — La monarquía constitucional en Portugal, 327.

LAS MONARQUÍAS CONSTITUCIONALES 328

Francia: la monarquía de Julio (1830-1848), 328. — Conquista de Argelia, 329. — Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX: el antiguo régimen, 330. — Las reformas, 331. Comienzos del reinado de Victoria I: agitaciones político-sociales, 333.

LA CIVILIZACIÓN EUROPEA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX 336

Caracteres de la civilización europea del siglo XIX, 336. Las nuevas doctrinas políticas y sociales, 336. — Doctrinas socialistas de la primera mitad del siglo XIX, 337. — Las ciencias, 339. — Las grandes aplicaciones de las ciencias, 340. Consecuencias del progreso científico, 343. — Las ciencias históricas durante la primera mitad del siglo XIX, 344. — La Geografía, 347. — La literatura: el romanticismo, 347. — Las bellas artes, 351.

REVOLUCIONES DEMOCRÁTICAS 352

Carácter de la historia política de Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, 352. — Revolución de 1848 en Francia, 352. — La segunda república en Francia, 352. — Revoluciones en Europa central, 356. — Liberalismo y nacionalismo en Italia: «il risorgimento», 357. — La reacción, 359.

GUERRAS NACIONALES 361

El segundo imperio francés, 361. — Formación de la unidad italiana, 362. — Formación de la unidad alemana, 364. Guerra francoprusiana, 367.

LA CUESTIÓN DE ORIENTE (1829-1913) 371

La cuestión de Oriente, 371. — Sus fases principales, 371. Cuestión de Egipto, 371. — Guerra de Crimea, 373. — Descomposición del imperio turco: primera guerra balcánica, 374. — Nuevas desmembraciones de Turquía, 377. — La cuestión macedónica y sus consecuencias, 377.

LOS ESTADOS EUROPEOS DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX 380

La Iglesia católica en el siglo XIX, 380. — El imperio alemán, 382. — Austria-Hungría: la monarquía dualista y las luchas nacionales, 383. — El reino de Italia, 385. — Francia: la tercera república, 387. — Inglaterra: reformas políticas y sociales: la cuestión irlandesa, 388. — Rusia en el siglo XIX, 393.

EL NUEVO MUNDO 396

Las colonias hispanoamericanas, 396. — La insurrección: sus vicisitudes, 396. — Resultado de la insurrección: las repúblicas hispanoamericanas, 397. — El Brasil, 398. — Los Estados Unidos de América del Norte, 399. — La cuestión de la esclavitud: guerra de secesión, 400. — Engrandecimiento de los Estados Unidos: el imperialismo, 401.

LA CIVILIZACIÓN A FINES DEL SIGLO XIX 404

Caracteres generales de la civilización al terminar el siglo XIX, 403. — Las doctrinas sociales, 404. — Reformas sociales, 406. — Las ciencias durante la segunda mitad del siglo XIX: sus aplicaciones, 407. — La Historia, 409. — La Geografía, 411. — Literatura y arte, 412.

EXPANSIÓN DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA 414

La expansión europea, 414. — Los europeos en Africa, 414. — Expansión europea en Asia, 418. — Los europeos en Oceanía, 421.

LA GRAN GUERRA 423

Sus causas, 423. — Extensión de la guerra y sus caracteres, 424. — Fases de la guerra y principales acontecimientos, 425. — La intervención americana y la revolución rusa, 428. — Terminación de la guerra, 431. — Paz de Versailles, 432. — Otros tratados, 435.



COLÓN Y VESPUCIO (Friso del palacio comunal de Génova).

EDAD MODERNA



LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS

Edad moderna. — Uno de los hechos más trascendentales, que caracterizan y señalan el comienzo de los tiempos modernos, es la época de los descubrimientos geográficos, debidos a los portugueses y a los españoles, descubrimientos iniciados en el siglo XV y continuados en el XVI. Comprende, pues, la *Edad moderna*, el tiempo transcurrido entre fines del siglo XV y la Revolución francesa del año 1789, hecho que, por ser inmediato a los tiempos actuales, inicia la llamada *Edad contemporánea*.

Conocimientos geográficos anteriores al descubrimiento de América: causas de los descubrimientos. — Escasos fueron los conocimientos geográficos que la Edad media añadió a los de la antigüedad, quedando reducidos a Europa, incluso Islandia, norte de Africa, Egipto y parte de la costa occidental africana. Teníase una vaga idea de los países orientales, famosos por sus riquezas, a los que se confundía bajo la común denominación de *Indias*. Los viajes de Marco Polo acreditaron la creencia de que en el extremo oriental asiático existían numerosas y ricas islas, de las que proce-

dían las piedras preciosas, los perfumes, la seda, las especias y otros productos, que los venecianos, genoveses y catalanes iban a buscar a los puertos del Mediterráneo oriental. Algunos viajeros se habían aventurado en los apartados países asiáticos; pero los musulmanes, dueños de una parte del Asia, Egipto y Constantinopla, cerraban, por decirlo así, el camino de oriente, inaccesible casi por vía terrestre. Los perfeccionamientos aportados durante los siglos XIV y XV a la construcción de buques, el uso de la brújula, del astrolabio, los progresos que a la cartografía imprimieron los

italianos, catalanes y mallorquines; el afán de lucro, el espíritu aventurero y el proselitismo religioso, todas estas causas iniciaron el período de los grandes viajes y descubrimientos.



ENRIQUE EL NAVEGANTE (Miniatura del siglo XV. Biblioteca Nacional de París).

Viajes de los portugueses: el infante don Enrique. — Por su situación geográfica parecían los portugueses designados para acometer grandes empresas marítimas. Fueron, sin embargo, precedidos por los marinos del Mediterráneo, entre otros por el mallorquín Jaime Ferrer, que ya en 1346 había llegado a *Río de Oro* (Sahara occidental español), como acredita un mapa construido en 1375, que se

conserva en la Biblioteca Nacional de París.

El iniciador de las empresas marítimas de los portugueses fué don Enrique el Navegante, tercer hijo del rey don Juan I, fundador de la dinastía de Avis. Después del sitio y toma de Ceuta a los moros, en 1415, don Enrique se estableció en Sagres, en el cabo de San Vicente. Dotado de una gran curiosidad, se rodeó de marinos y cartógrafos, y aunque es legendaria la fundación de un observatorio y de una escuela de náutica que se le ha atribuído, don Enrique alentó, desde 1419, una serie de expediciones, a lo largo de la costa occidental africana, encaminadas a encontrar una comarca misteriosa en la que se suponía que reinaba

un personaje legendario, llamado *el preste Juan de las Indias*, que pasaba por cristiano y cuyos dominios creíanse situados en lejanas regiones desconocidas del Africa oriental o meridional, expediciones que tenían por objeto entablar alianza con aquel supuesto personaje contra los sarracenos y otros paganos del Africa, y extender la influencia política y económica de Portugal sobre el continente.

Persiguiendo, pues, una quimera, los portugueses hallaron primero la verdadera forma del Africa y después la ruta marítima para llegar a la India. Siguiendo el litoral se internaron en el Atlántico y descubrieron las islas de Madera y las Azores. En 1484 doblaron el cabo Bojador, y en 1442 llegaron a Cabo Verde. Al morir el infante don Enrique (1460) conocíase la costa de Africa hasta Sierra Leona.

Las disensiones políticas del reinado de don Alfonso V (1438-1481), aunque no interrumpieron en absoluto los viajes, los retardaron, prosiguiéndose después en los reinados sucesivos. Juan II, sucesor de Alfonso V, continuó enviando expediciones, a impulso del interés comercial. Descubriéronse las islas del golfo de Guinea. Diego Cam exploró la desembocadura del Congo. En 1486, Bartolomé Díaz continuó la ruta hacia el sur y fué arrojado por las tormentas más allá del cabo de este nombre, apodado luego de *Buena Esperanza* (1487). El viaje de Bartolomé Díaz había determinado la forma del continente africano. El rey de Portugal envió luego dos nobles de su corte, Pedro Covilham y Alfonso de Paiva, a la India, por la ruta del norte. Uno de ellos, Covilham, navegando a bordo de un buque musulmán, llegó a la India, pasando después a la corte del negus de Abisinia, por quien fué bien recibido, y adquirió noticias de Madagascar, pu-



VASCO DE GAMA (Museo de Lisboa).

diendo informar después a los portugueses de que, en efecto, la ruta a la India era factible navegando por el litoral africano.

Vasco de Gama: descubrimiento de la ruta marítima a la India. — Diez años después del viaje de Bartolomé Díaz, otra expedición, dirigida por un gentilhomme de noble alcurnia, Vasco de Gama, salió de Lisboa, y el 22 de noviembre de 1497 dobló, sin dificultad, el cabo de Buena Esperanza. Llegados los portugueses a Mozambique, puerto frecuentado por los árabes, y guiados por un piloto musulmán, llegaron, después de veintitrés días de navegación, a Calicut, la ciudad más rica de la costa occidental del Indostán; regresando Vasco de Gama, dos años después, a Portugal, para comunicar su descubrimiento.



MODELO DEL NAVÍO DE VASCO DE GAMA
(según Bras d'Oliveira).

Las consecuencias del viaje de Vasco de Gama dejáronse sentir muy pronto. El camino marítimo de la India quedaba abierto. Los comerciantes europeos, abandonando el tráfico del Mediterráneo, prefirieron

acudir en busca de los productos orientales siguiendo la ruta trazada por los portugueses, si bien éstos lo impidieron para conservar el monopolio del comercio.

Conquistas de los portugueses en Asia: imperio colonial. — Los reyes de Portugal enviaron tropas para asegurar el comercio con la India. A los descubrimientos sucedieron las conquistas, sin que aquéllos cesaran. En el año 1500 Alvarez Cabral, jefe de una flota portuguesa, se alejó de la costa africana, y, arrastrado por la corriente australatlántica, fué a parar al Brasil, de cuya tierra tomó posesión en nombre del rey de Portugal.

Los caudillos portugueses, enviados al Asia con objeto de fundar factorías comerciales, hubieron de combatir y desalojar a los musulmanes, que desde el siglo IX monopoli-

zaban el tráfico del mar de las Indias. Fueron secundados en su tarea expoliadora por las disensiones existentes entre los árabes, por la superioridad de su armamento y por su audacia y valor, rayano en el heroísmo. El poeta portugués Camoens celebró, en su bello poema *Os lusíadas*, las hazañas de aquellos conquistadores.

Uno de los más notables fué Alfonso de Alburquerque, considerado como fundador del imperio colonial portugués. Se apoderó de Goa, de Malacca, centro del comercio entre China y Asia meridional, y de Ormuz, a la entrada del golfo Pérsico, mientras enviaba unos subordinados suyos a apoderarse de las Molucas o islas de las especias, quedando abierto a los portugueses el camino de la China y del Japón.

Los sucesores de Alburquerque extendieron la dominación lusitana a Ceilán, las islas de la Sonda, etc. El poderío portugués llegó a su período álgido en el siglo XVI. Su imperio se extendía desde Madera a la China, a lo largo del litoral atlántico y costas africanas, y asiáticas, del océano Indico. El centro de sus posesiones era Goa, y las principales dependencias, Mozambique y Sofala, en la costa africana; Mascate y Ormuz, en el golfo Pérsico; las costas de Malabar y Coromandel; Bengala, las islas de la Sonda y las Molucas.

Cada una de aquellas posesiones limitábase a un puerto o ciudad, con una fortaleza, dominando un territorio reducido. No eran colonias como las que fundaron los españoles, y posteriormente los ingleses, sino factorías comerciales, análogas a las de los fenicios en la antigüedad. Su objeto era el tráfico. Lisboa se convirtió, pues, en un depósito importantísimo de productos orientales, y arruinó los puertos del Mediterráneo, que en los tiempos medios habían ejercido aquel monopolio.

Descubrimiento de América. — Al propio tiempo que los portugueses proseguían sus viajes en busca de la ruta marítima para llegar a *las Indias*, los españoles, secundando a Colón, descubrían América.

Son todavía una incógnita el origen, patria y juventud del descubridor del nuevo continente. Antigua tradición sostiene que Cristóbal Colón, apellido españolizado de Columbo o Colombo, era natural de Génova (Italia), primogénito de una familia de tejedores. De su juventud no se

sabe gran cosa. Consta que ejerció el oficio de su padre y que pasó sus mocedades en Génova o en una aldea vecina (Savona), recibiendo alguna instrucción. Empezó después un viaje a la Gran Bretaña (1476), a bordo de un buque genovés que formaba parte de una escuadrilla mercante, la cual fué atacada por unos piratas, y destruída en parte, a la altura del cabo de San Vicente, por lo que hubo Colón de refugiarse en Lisboa, desde donde continuó luego su viaje a Inglaterra, regresando después a la capital portuguesa (1479), centro de expediciones marítimas, foco de empresas, proyectos y conversaciones acerca de lejanas y misteriosas tierras.



UNO DE LOS SUPUESTOS RETRATOS DE COLÓN (*Bibl. municipal de Como*).

Ya en el siglo XI de la Era cristiana los normandos, colonizadores de Groenlandia, habían arribado al litoral de Norteamérica; pero la noticia de aquellas expediciones era desconocida. Existía, es cierto, la creencia de que más allá de las costas de Europa había *tierras*, creencia elaborada con reminiscencias de relatos fabulosos (*la Atlántida*) o exageraciones de antiguos navegantes. Leyendas irlandesas, perpetuadas en forma cristiana, dieron origen a la existencia

de islas imaginarias, como las de *San Brandán*, *Antilia* y otras, que figuran en los mapas de aquellos tiempos; pero la existencia de un nuevo continente no era sospechada.

Es lógico que Colón, residiendo en Lisboa, se preocupase también de viajes o descubrimientos y que, hacia el año 1483, estuviera en posesión de un plan metódico para el hallazgo de nuevas tierras, plan que expuso al rey de Portugal Juan II, solicitando su auxilio para ponerlo en práctica; pero que aquel soberano rechazó. Cronistas portugueses contemporáneos afirman que se tenía a Colón por visionario; pero el genovés, que era hombre convencido y dotado de excepcional presencia de ánimo, resolvió solicitar el auxilio de otra nación, encaminándose para ello a España.

Tal es, en sustancia, el relato que suele hacerse de la vida de Colón antes de su presencia en la corte de los Reyes Católicos; pero téngase en cuenta que tales hechos, constitutivos de la *biografía tradicional* del célebre navegante refiérense a él en tanto se le supone ser el tal *Cristóforo Colombo*, natural de Génova, hijo de Domenico Colombo y de Susana Fontanarrosa, artesanos, moradores de dicha ciudad, según acreditan escrituras notariales de aquel tiempo, hipótesis absurda, si se advierte que el descubridor de América jamás se firmó Colombo sino *Colón*, castellanización del catalán *Colom*, que tal debió de ser su apellido.

Según las más recientes investigaciones, el descubridor de América hubo de ser, pues, un catalán, llamado *Juan Colom*, cuya patria y familia no han podido ser comprobadas todavía. En su juventud navegó por el Mediterráneo, entró después como corsario al servicio de Renato de Anjou, conde de Provenza e intitulado rey de Sicilia, contra Juan II de Aragón, pasó luego al servicio de Guillermo Casenove-Coullon, corsario de Luis XI de Francia. En agosto de 1476 naufragó en las costas portuguesas, en un combate naval sostenido por aquel corsario contra naves de Génova. Después de este naufragio, Colom navegó por los mares del norte de Europa, visitando Dinamarca, Islandia y Groenlandia, y prosiguiendo luego hacia Terranova fué a dar, acaso por efecto de una tormenta, a Santo Domingo. Creyendo haber llegado a Cipango (Japón), concibió entonces el gran proyecto de llegar a las Indias navegando por occidente, proyecto que sometió a los Reyes Católicos.

Colom en España. — En 1486 vino Colom a España, y en un principio encontró grandes dificultades. En 1487 se alistó en el ejército, combatiendo contra los moros en la guerra de Granada. Durante la campaña ganó la simpatía del duque de Medinaceli, a quien confió sus proyectos. El duque le alentó y le tuvo alojado en su castillo, queriendo él mismo equipar tres carabelas para intentar la empresa; pero la reina Isabel se opuso. Anduvo Colom errante algún tiempo, hasta conseguir que se interesaran en su proyecto otras personas, como el prior de la Rábida, Fr. Juan Pérez, que había sido confesor de la reina; un médico algo versado en cosmografía, y un marino de Palos, Martín Alonso Pin-

zón; declarando este último perfectamente realizable el proyecto y hallarse dispuesto a intentarlo. A instancias del prior de la Rábida, Colom fué recibido por la reina en Granada. Surgieron todavía dificultades, por las exorbitantes pretensiones del navegante, hasta que, interviniendo algunas personas y singularmente el tesoreiro del reino, don Luis Santángel, se llegó a un convenio, haciendo la Corona los anticipos necesarios y ordenando a la villa de Palos que pusiese a disposición del marino dos carabelas, armadas con los pertrechos y víveres necesarios.

Martin Alonso Pinzón, rico armador de aquella villa, tomó parte en la empresa, equipando otra carabela y facilitando, en unión de sus hermanos, el alistamiento del personal para la expedición.

Primer viaje: sus resultados. — El día 3 de agosto de 1492, tres carabelas, *Santa María*, *Pinta* y *Niña*, salieron del puerto de Palos de la Frontera, tripuladas por ciento veinte hombres, en su mayoría castellanos y aragoneses. La escuadrilla se dirigió primero a las Canarias, y desde allí hizo rumbo al oeste. En la madrugada del día 12 de octubre de aquel año un marinero, de la tripulación de la *Pinta*, dió la voz de ¡tierra! Habían llegado a una isla del archipiélago de las Lucayas, que los indígenas llamaban *Guanahani* y que Colom llamó *San Salvador*. Colom recorrió la parte oriental de aquel archipiélago, visitando otras cuatro islas, convencido de hallarse en el océano que baña las costas orientales de Cathay (la China), «asiento de numerosas islas, donde se producen las especias», según el relato de Marco Polo.

Continuando sus exploraciones, Colom y los suyos llegaron a Cuba (octubre de 1492), donde vieron ciudades florecientes y muchas plantas desconocidas; pero sin encontrar oro ni huella alguna del árbol de las especias, como creían. En el mes de diciembre llegaron a Santo Domingo, isla que fué llamada la *Española*. Habiendo perdido la nave capitana, Colom regresó a España a bordo de la *Niña*, desembarcando en el puerto mismo de Palos, el 15 de marzo de 1493, después de grandes peripecias y de haber dejado una parte de la tripulación en un fuerte construído en la *Española*.

A su regreso Colom fué aclamado por el pueblo y recibido

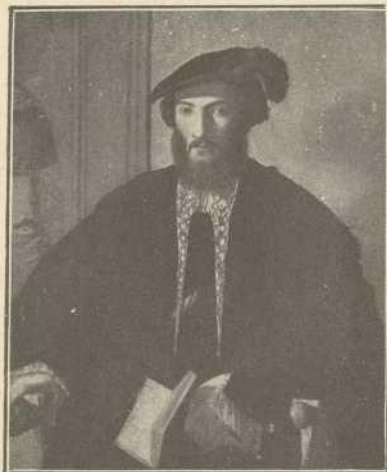
en Barcelona por los Reyes Católicos con todos los honores. La expedición había sido pobre en resultados materiales, pero la certeza de que existían tierras al oeste del Atlántico iba a facilitar otras muchas empresas, y desde entonces un *Nuevo Mundo* pasaba a poder de España.

Otros viajes y descubrimientos de Colom: su muerte. — El éxito del primer viaje enardeció los ánimos, organizándose otra expedición, compuesta de diecisiete buques y mil doscientos hombres, cuyo mando fué confiado a Colom. La flota salió de Cádiz el 25 de septiembre de 1493. En este segundo viaje fueron descubiertas primeramente algunas de las *Pequeñas Antillas* y *Puerto Rico*, desde donde se dirigió Colom a la *Española*, encontrando arruinado el fuerte de Navidad y sus defensores asesinados. Fundó Colom la *Isabela*, primera ciudad europea del Nuevo Mundo, cuyas ruinas existen todavía, y organizó algunos viajes de exploración. Partió luego para Cuba, que el almirante consideraba como tierra firme, y descubrió Jamaica, regresando a España en 1496.

Dos años después emprendió otro viaje, descubriendo la isla de la Trinidad, y llegó por vez primera a la costa de América del Sur, sin sospechar que hubiese llegado a un continente, dirigiéndose después a la *Española*. Colom encontró aquella colonia en plena insurrección, motivada por los malos tratos de que eran objeto los indígenas, y por los motines de la soldadesca. Secundado por su hermano Bartolomé, luchó durante dos años para mantener su autoridad en la *Española*; pero el descontento general tuvo eco en España, y en agosto del año 1500 llegaron a la colonia dos carabelas, conduciendo al comisario Francisco de Bobadilla investido de plenos poderes. Este secuestró la fortuna y los papeles de Colom y de su hermano Bartolomé, que se había hecho impopular por su carácter inflexible y por la dureza con que trataba a los indígenas. Bobadilla, después de encarcelarlos, los envió a España encadenados, desembarcando en Cádiz el 25 de noviembre del año 1500. Los reyes dispusieron inmediatamente que Colom fuera puesto en libertad y tratado con todas las consideraciones, si bien no fué repuesto en el cargo de virrey de las nuevas islas, nombrándose un nuevo gobernador: Nicolás de Ovando.



Colom, debilitado por las pasadas fatigas, se inclinó entonces al misticismo y compuso el *Libro de las Profecías*, con objeto de convencer a los Reyes Católicos de la necesidad de conquistar Tierra Santa, para cuyo objeto convenía ir nuevamente a las Indias en busca de las riquezas necesarias para la expedición. Se convino, pues, un cuarto viaje, saliendo nuevamente Colom en 1502; pero se le prohibió ir a la isla *Española*. En este último viaje exploró la costa oriental de Honduras, Costa Rica y Veragua, regresando a España en 1504.



AMÉRICO VESPUICIO (Museo de Nápoles).

Pocos días después de su regreso murió la reina, su protectora. Colom se estableció en Sevilla, donde llevó una existencia de penalidades, que aumentaron desde el día en que le fué embargada su fortuna para pago de deudas. En 1505 dejó Andalucía, yendo en seguimiento de la Corte a Segovia, Salamanca, etc., sin poder alcanzar la reivindicación de sus derechos. Murió obscuramente en Valladolid, el 21 de mayo de 1506.

Viajes y descubrimientos en el siglo XVI: Américo Vesputio. — Los primeros viajes de Colom iniciaron un movimiento expansivo hacia el oeste, no sólo en España, sino en otros países. Así, por ejemplo, en 1496, Enrique VII de Inglaterra otorgó a dos venecianos, *Juan y Sebastián Cabotto*, cartas patentes «para buscar y descubrir todas las islas, comarcas, regiones o provincias de los paganos en cualquiera de las partes del mundo». Los *Cabotto* salieron de Bristol (Inglaterra) y se dirigieron hacia el norte, visitando las costas de América septentrional, desde el Labrador a la Florida. A principios del siglo XVI el rey de Portugal, don Manuel *el Afortunado*, organizó también algunas

expediciones a Norteamérica, que fueron dirigidas por los hermanos *Corte Real*, los cuales perecieron uno después de otro sin que se sepa exactamente cuáles fueron las tierras por ellos descubiertas, aunque consta que llegaron hasta Groenlandia. Al mismo tiempo otros navegantes, dirigiéndose hacia el sur, descubrían nuevas tierras.

El más conocido de éstos es *Américo Vespucio*, florentino, que vivió en Barcelona entre los años 1489 y 1491 y formó parte de varias expediciones al Nuevo Mundo, en calidad de cosmógrafo o de piloto. Las relaciones de sus viajes (exploración de la costa de América del Sur, desde la Guayana holandesa hasta Venezuela), enviadas a Florencia,

**Nūc ꝛo & hę partes sunt latius luſtratę/& alia
quarta pars per Americū Vespūtū(vt in ſequenti
bus audietur) inuenta eſt/quā non video cur quis
iure veter ab Americo inuentore ſagacis ingenij vi
ro Amerigen quaſi Americi terrā / ſiue Americam
dicendā:**

FACSIMILE DE LA EDICIÓN DE LA GEOGRAFÍA DE PTOLOMEO DE 1507 EN QUE
POR PRIMERA VEZ FUÉ IMPRESO EL NOMBRE DE *América*.

fueron pronto divulgadas, alcanzando una popularidad extraordinaria. De 1504 a 1506 publicáronse once ediciones latinas y ocho alemanas. En 1507 un editor alemán, Martín Waltzemutler, publicó un tratado de *Cosmografía*, en el cual, hablando de las nuevas tierras descubiertas, propone aplicarles el nombre de *América*, es decir, «tierra de Americus, su descubridor, hombre de ingenio sagaz». Vespucio ha sido, pues, injustamente acusado de expoliador del nombre dado al nuevo continente. Según los críticos modernos, pertenece al piloto florentino el mérito de haber sido el primero en reconocer que las nuevas regiones descubiertas no formaban parte del Asia, sino que realmente constituían un nuevo continente.

Descubrimientos en América meridional. — Los españoles, a su vez, continuaron después de Colom las expediciones trasatlánticas. En 1499 Alonso de Hojeda, acom-

pañado del piloto Juan de la Cosa y de Américo Vespucio, descubrió las costas de Surinam (6° latitud norte), y, virando al oeste, pasó frente a la desembocadura del Orinoco, costeando el litoral venezolano.

En el año 1500, Vicente Yáñez Pinzón llegó hasta el cabo San Agustín, situado a 8° latitud sur en la costa del Brasil y, dirigiéndose luego al norte, dobló el cabo de San Roque, pasando frente a las bocas del Amazonas. Diego de Lepe llegó todavía más al sur que Pinzón, y pudo observar



VASCO NÚÑEZ DE BALBOA (Estampa antigua).

que la costa se acentuaba en la dirección surceste. Un mes antes de los viajes de Pinzón y Diego de Lepe, el portugués Alvarez Cabral, que se dirigía a la India por la costa africana, fué arrastrado por las corrientes marinas, llegando al Brasil. Su viaje motivó otras exploraciones de los portugueses en aquellas regiones. La tenacidad en explorar la costa de América meridional obedecía al deseo de encontrar un estrecho que condujera a las Indias y a las islas de las especias.

Descubrimiento del Océano Pacífico: primer viaje de circun-

navegación. — Establecidos en las Antillas, organizaron los españoles una serie de viajes de exploración a las costas del doble continente americano. En 1512 se establecieron en la Florida. En 1513 Vasco Núñez de Balboa, que se encontraba en las costas del Darién, habiendo oído a los indígenas hablar de otro mar, escaló uno de los picos de aquella comarca, y divisó, al otro lado de los montes, una gran extensión marina que, por la importancia de las mareas de la costa, evidenciaba la existencia de un gran océano. Como Balboa en su exploración había cruzado América central de norte a sur, puso al nuevo mar el nombre de «mar del Sur». Este descubrimiento alentó otras exploraciones, encaminadas a encontrar la comunicación entre los dos océanos. Fué la primera organizada por Juan de Solís, que

no dió resultado, por haber sido muerto aquél en el estuario del Plata (1516). Pero sus propósitos fueron llevados a cabo por el célebre Magallanes.

Fernao do Magalhaes era un portugués que había estado en la India. En 1517 fué a Sevilla y, apoyado por el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, consiguió organizar una expedición, compuesta de cinco buques y doscientos sesenta y cinco tripulantes, que partió del puerto de San Lúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519. Exploró detalladamente las bocas del Plata, y después las costas bajas de Patagonia, buscando con toda cautela el deseado estrecho. Finalmente, después de fatigas sin cuento, en las que desplegó Magallanes una gran energía, el 18 de octubre de 1520 entraba la expedición en el estrecho que separa el continente de la *Tierra del Fuego* (1). Tres semanas después doblaba Magallanes el *cabo Deseado*, al extremo de la ruta, y navegaba en aguas del Pacífico, habiendo completado las exploraciones de sus antecesores y hallado al fin *el camino de la India por el oeste*.

Favorecido por los vientos alisios, surcó el Grande Océano, llegando en febrero de 1521 al archipiélago de las Marianas, y al mes siguiente a las Filipinas. Magallanes pereció asesinado por los indígenas en el islote de *Mactán* (1521). La tripulación, muy mermada por el escorbuto y los mil peligros de aquellas heroicas empresas, continuó su viaje al mando de Juan Sebastián Elcano, regresando al punto de partida por la ruta que seguían los portugueses. De las cinco naves



MAGALLANES (grabado por Selma).

(1) El estrecho de Magallanes fué llamado primeramente estrecho de la *Victoria* por Pigafetta, uno de los expedicionarios a quien se debe una relación del viaje, y, posteriormente, el historiador Gómara le designó con el nombre de estrecho de Magallanes con que se le conoce.

que habían formado la expedición no regresó más que una, la *nao Victoria*, que entró en el puerto de San Lúcar el 6 de septiembre de 1522, habiendo sido la primera en dar la vuelta al mundo.

Los conquistadores: Hernán Cortés. — La exploración de «las Indias occidentales», hecha con asombrosa rapi-

dez, se completó con la conquista de los territorios descubiertos. Numerosos aventureros, estimulados por el deseo de enriquecerse, lanzáronse a empresas audaces, cuyo relato más bien parece novela que historia.

En 1513, el piloto Juan Ponce de León había descubierto la costa de la Florida, y cuatro años más tarde un rico hidalgo cubano, Francisco Hernández de Córdoba, había llegado al Yucatán, expedición desgraciada, a la que siguió otra de felices resultados, dirigida por Juan de Grijalva, que descubrió la costa de Tabasco, dando a aquel país el nombre de Nueva Espa-



LA NAO VICTORIA (Estampa del Museo naval de Madrid).

ña. El buen éxito de esta expedición motivó otra dirigida por Hernán Cortés.

Este famoso extremeño, que se había distinguido como militar en la conquista de Cuba, partió de la Habana (1519) con once buques y un ejército reducido a 700 hombres. Méjico, habitado siglos atrás por múltiples y distintas *tribus* — los *mayas* en el sur, los *toltecas* en el centro, los *chichimecas*, etc., — formaba una confederación, bajo la supremacía de los *aztecas*, cuyo emperador era Motezuma. Eran los mejicanos uno de los pueblos más civilizados de América; cultivaban el maíz, tenían hermosas ciudades, templos, palacios y jardines, explotaban y labraban los metales (oro

y plata), sabían fabricar tejidos de algodón, escribir y dibujar. La civilización mejicana, descrita brillantemente por los mismos conquistadores españoles, fué, sin embargo, exagerada y mal comprendida.

Hernán Cortés, «noble como el sol y pobre como la luna», supo conquistar en muy pocos meses aquel inmenso imperio.

Después de vencer a los indígenas del Yucatán, prosiguió su viaje, yendo a desembarcar en el punto donde más adelante se fundó la ciudad de Veracruz. Para evitar deserciones en su reducido ejército, inutilizó sus buques, cortándose así la retirada. Valiente, sufrido, culto y diplomático, se atrajo el auxilio de la tribu o nación de los *totomacos*, trasladándose a su capital, *Cempoala*, y convencido de que el imperio de Motezuma carecía de fuerza, por estar dispuestas las tribus que lo constituían a sacudir la dominación de los aztecas, emprendió su marcha, tierra adentro, con sólo trescientos quince españoles, mil trescientos auxiliares totomacos y siete piezas de artillería. Venció a los



HERNÁN CORTÉS, POR EL TIZIANO (del grabado de Selma).

tlascaltecas, que se le unieron, y, de victoria en victoria, se posesionó de Méjico, capital del imperio. Dominado Motezuma, venció luego Cortés y sumó a sus fuerzas un ejército que el gobernador de Cuba, Velázquez, había enviado para secuestrar la gloria de su conquista, y, regresando a Méjico sublevado, logró imponerse, ganando la victoria de Otumba. Después de otras muchas batallas quedó dueño del país, siendo nombrado lugarteniente del rey de España, en Méjico, en octubre de 1522. Cortés extendió todavía sus conquistas, organizando expediciones que dieron por resultado la ane-

BIBLIO
PUBLI
-501

xión de los territorios de Guatemala y Honduras, pudiendo con razón decir a su rey, el emperador Carlos V, «que era un hombre que le había ganado más provincias que ciudades le legaron sus abuelos». Murió aquel célebre conquistador en España, el año 1547.

Conquista del Perú. — Los triunfos de Cortés avi-



FRANCISCO PIZARRO (*Museo arqueológico Nacional*).

varon la emulación de otros españoles. Francisco Pizarro, natural de Extremadura, se asoció a un militar llamado Diego de Almagro y a un eclesiástico, Fernando Luque, quienes, sabedores, por las expediciones de Balboa y por referencia de los indígenas, de la existencia de ricas comarcas al sur del golfo de Darién, decidieron la exploración y conquista de aquellas tierras. Pizarro y Almagro hicieron primero un viaje por la costa del Perú (1526) y, después de convencerse de que el país contenía riquezas en abundancia, se dispusieron a reunir elementos militares para la conquista. Pizarro vino a España para obtener autorización del rey, que le fué concedida.

Un vasto imperio florecía en las mesetas de los Andes: en Bolivia, Perú y Ecuador. La familia de los Incas gobernaba aquellos países, habitados por gentes de raza cobriza, de carácter dulce y laboriosas. Había oro y plata en abundancia. Los muros del templo del Sol estaban revestidos de láminas de oro.

En enero de 1531 salió de Panamá el ejército de Pizarro, compuesto únicamente de doscientos veintisiete hombres, con algunos caballos y tres cañones. Hombres audaces y sin escrúpulos, aprovechándose de las contiendas dinásticas entre los Incas, se apoderaron por astucia de la persona del emperador, Atahualpa, que ofreció por su rescate «llenar de oro, hasta la altura que pudiera alcanzar con la mano, una



habitación de 374 pies cuadrados», y una vez lo hubo pagado, Pizarro, so pretexto de que el inca preparaba sublevaciones en el país y otros *delitos*, le hizo ahorcar. Esta inútil crueldad levantó el país contra los conquistadores; pero Pizarro, con los refuerzos aportados por Almagro, siguió victoriosamente hasta Cuzco, capital del imperio, proclamando emperador a un noble peruano llamado *Manco*, que se declaró súbdito del rey de España. En 1535 fundó Pizarro la ciudad de Lima.

Almagro a su vez prosiguió la conquista hacia el sur, entrando en Chile. Nombrado gobernador de las tierras meridionales, independientemente de Pizarro, pretendió que en sus dominios iba incluida la ciudad de Cuzco y se apoderó de ella, lo cual dió pie a una guerra civil entre Pizarros y Almagros, que duró mucho tiempo. Almagro fué ajusticiado por Pizarro, y éste asesinado por un hijo de su rival. El país no fué pacificado hasta mediados del siglo XVI, por los virreyes que llegaron de España.



DIEGO ALMAGRO (*Estampa antigua*).

Entretanto, otros conquistadores proseguían sus hazañas. Pedro de Valdivia reanudaba la conquista de Chile; Orellana recorría el Amazonas, y otros innumerables héroes iban explorando el resto de Suramérica que, exceptuando el Brasil, formó parte de los dominios españoles.

Imperio colonial español. — Los navegantes, conquistadores y aventureros españoles dieron a España un inmenso imperio colonial, mucho más vasto que el de los portugueses. A mediados del siglo XVI poseía España todo el continente suramericano (excepto el Brasil), las grandes y pequeñas Antillas, América central, Méjico, California y la Florida, el vasto archipiélago filipino en Asia, etc. El descubrimiento había sido una empresa comercial, encubriendo la idea de conquistar un dominio y un monopolio. La toma de posesión de aquellos vastos territorios fué facilitada por múltiples circunstancias, entre otras por la esca-

sez de población indígena, por la inferioridad de su estado social y por las analogías geográficas de España con los territorios americanos, altas mesetas surcadas por sierras, apropiadas a la aclimatación de los conquistadores.

A diferencia de Portugal, los españoles fundaron colonias que, con arreglo a las ideas de la época y dada la índole de la producción, fueron *colonias de explotación*, colocadas bajo la inmediata dependencia del gobierno, que ejerció el monopolio comercial, importando a la metrópoli metales preciosos y exportando a América las manufacturas europeas. La introducción de ciertos cultivos y el trabajo de las minas aniquiló la población indígena, comenzando entonces la *trata de negros*, es decir, la importación a América de negros africanos, que ha subsistido hasta el siglo XIX y cuyo comercio fué practicado por todos los pueblos europeos.

Consecuencias del descubrimiento de América.—Las consecuencias del descubrimiento de América son, en realidad, incalculables. Fueron reveladas, de súbito, numerosas y extensas tierras, antes no sospechadas; nuevos mares, plantas, animales y seres humanos desconocidos. Imponderables riquezas pasaron a manos de los europeos. Los ricos productos asiáticos, como el algodón, el azúcar, el café, etcétera, se aclimataron a maravilla en el Nuevo Mundo, que a su vez reveló productos nuevos, como el maíz, la patata, el tabaco, cacao, vainilla, maderas preciosas, plantas tintóreas, flores ignoradas, etc. La explotación minera del oro y la plata abarató la moneda, aumentó los capitales y la circulación de la riqueza. Además de aquella revolución económica, las ciencias físicas, naturales, filosóficas e históricas dieron un gran paso, a consecuencia de la enorme cantidad de nuevos materiales de estudio que los descubrimientos pusieron en manos del hombre.

BIBLIOGRAFIA. — El número, verdaderamente asombroso, de libros que se han escrito acerca del descubrimiento, exploración, conquistas y colonización de América, dificulta los trabajos bibliográficos, por elementales que sean. Por esta razón nos limitaremos aquí a lo más indispensable que pueda ser útil a los estudiantes españoles.

Un buen compendio de la historia de los descubrimientos geográficos es la *Historia de la Geografía y de los desc. geogr.*, de Vivien de Saint-Martin, traducción esp. de Sales y Ferré (Madrid-Sevilla, s. a., 2 vols.), y también *La época de los desc. geogr.*, de Sophus Ruge, publ. en el t. VII de la *Hist. Univ.*, de Oncken.

Como punto de partida para ulteriores estudios debe verse la *Bibliografía colombina: enumeración de libros y doc. concernientes a C. Colón y sus viajes*; publ. por la Academia de la Hist. (Madrid, Fortanet, 1892, un vol.) Esta obra, escrita con motivo del 4.º centenario del descubrimiento de América, es deficiente, habiendo merecido severas censuras; pero se consultará con fruto, principalmente las secciones I, II y III.

Con motivo del 4.º centenario del descubrimiento se publicaron numerosos trabajos, algunos de gran utilidad. Se hallará una noticia en el libro del académico señor Sánchez Moguel, *España y América* (Madrid, 1895). La mejor y más completa de las biografías españolas de Colom es la de don José María Asensio: *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos* (Barcelona, Espasa, 1891, 2 vols.). Como trabajos de vulgarización, de valor muy diferente unos de otros, son las (17) *Conferencias leídas en el Ateneo de Madrid para solemnizar el 4.º Centenario del desc. de América* (Madrid, 1892, 3 vols.). — Como manual de orientación utilísimo citaremos *España en América, 1450-1580*, por Edward Gaylord Bourne, trad. esp. de Rafael Zayas (Habana, 1906, un vol.). Es un compendio muy bien hecho, escrito sobre las investigaciones de HARRISSE (uno de los especialistas más notables del mundo), los documentos publicados por NAVARRETE (autoridad de mucho peso) y los que figuran en la *Raccolta Colombina*, publicada por el gobierno de Italia en 1492. Del manual de Gaylord interesa

el capítulo XIV, «Ensayo crítico de autoridades», que es una buena guía bibliográfica de documentos y libros referentes al asunto. Se impone, sin embargo, el conocimiento de idiomas extranjeros para enterarse de los recientes estudios americanistas, pues si bien hay en castellano, además de los documentos, muy buenos libros, y las obras más inmediatas a los acontecimientos, las mejores acerca de Colom están escritas en francés, italiano, inglés, etc. HARRISSE, CEsARE DE LOLLIS, etc., no han sido traducidos. Recientemente, Mr. VIGNAUD ha publicado excelentes estudios muy dignos de tenerse en cuenta. Véase, *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb* (París, H. Welter, 1911, 2 vols.) y como resumen *Le vrai Christophe Colomb et la légende* (París, A. Picard, 1921). Muy interesante como precedentes a los viajes de Colom es el libro de GAFFAREL, *Histoire de la découverte de l'Amérique* (París, 1892, 2 vols.). La cuestión colombina se halla actualmente en período de completa renovación por los estudios del docto historiador peruano don Luis ULLOA. Véase *Christophe Colomb Catalán* (París, Maisonneuve, 1927) y *El predescubrimiento de América en 1477*, París s. a., (1928). — Una excelente guía bibliográfica se hallará en el *Manuel d'archéologie américaine* de H. BEUCHAT (París, A. Picard, 1912), obra de gran interés para las recientes investigaciones acerca de América precolombina. Para la historia de la colonización véase L. CAPITAN y H. LORIN, *Le travail en Amérique avant et après Colomb* (París, Alcan, 1914).

LA POLITICA EUROPEA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI

IMPERIO DE CARLOS V

Europa a fines del siglo XV. — Al comenzar la *Edad moderna* se habían constituido en Europa occidental tres monarquías absolutas: España, Francia e Inglaterra. Sus respectivos soberanos, dueños del poder y disponiendo de considerables recursos económicos y militares, iniciaron una política favorable a sus intereses dinásticos, política expansiva y conquistadora, principalmente España y Francia, cuya rivalidad venía de antiguo. En Europa central subsistía el imperio germánico, fraccionado en centenares de soberanías; pero la *casa de Austria*, regida por la poderosa familia Habsburgo, cuyos territorios habíanse dilatado por el occidente, era otro elemento de lucha. Finalmente, los turcos, terminada la conquista de la península Balcánica y disponiendo de un temible ejército y una poderosa marina, extendíanse por el norte de Africa y amenazaban Hungría y Europa central.

Desde fines del siglo XV hasta mediados del siglo XVI los pueblos europeos, si no batallaron siempre, estuvieron



MAQUIAVELO (Gal. Uffizi; Florencia).¹

constantemente sobre las armas. Las causas de aquellas guerras fueron: 1.^a, el antagonismo de españoles y franceses en Italia, por la posesión del *reino de Nápoles* y del *ducado de Milán*, y 2.^a, la rivalidad entre Francia y los Habsburgo, consecuencia de la hegemonía de Carlos V en Europa. El primer período de aquella contienda, llamado de las *guerras de Italia*, se extiende desde 1494 a 1519 y corresponde a los



MONUMENTO AL CONDOTIERO COLLEONI, POR VERROCCHIO, EN VENECIA.

reinados de Fernando el Católico en España, Carlos VIII y Luis XII en Francia. El segundo, llamado *lucha entre Francia y la casa de Austria*, llega hasta 1559, correspondiendo en España y territorios habsburgueses al reinado del emperador Carlos V y comienzos del de su hijo Felipe II; en Francia, a los de Francisco I y Enrique II. Los demás soberanos de Europa, a saber: Maximiliano I de Austria, Enrique VIII de Inglaterra y Solimán el Magnífico de Turquía, intervinieron en el conflicto; pero indirectamente. En cambio, importante papel representaron en el primer

período de aquellas luchas los estados de Italia.

Estados italianos: la política del Renacimiento.—Italia, como en los tiempos medios, estaba fraccionada en multitud de estados, grandes y pequeños, enriquecidos por la industria o el comercio, florecientes, asiento del arte y de las letras; pero su organización, su política y sus costumbres se habían transformado por obra de las ideas del Renacimiento. Sometidos a continuas agitaciones, los pueblos italianos habían adquirido especiales aptitudes para la política. El gobernante, llamado *tirano*, no reinaba, como en los demás países, por tradición dinástica nacional, sino en virtud de sus dotes

personales, valor o astucia, ajeno a todo escrúpulo en la elección de medios conducentes al fin: engaño, perfidia, soborno, asesinato, todo menos la lealtad y la hombría de bien. Esta teoría política, practicada no sólo en Italia, sino en otras muchas cortes, fué sintetizada entonces por el famoso Maquiavelo, historiador, político y diplomático de aquel tiempo, en su libro *El príncipe*.

Desaparecidas las milicias ciudadanas de la Edad media, carecían los gobiernos italianos de ejércitos regulares, y los príncipes valíanse de los *condottieri*, jefes de mercenarios, que convertían la guerra en un oficio



FRANCISCO SFORZA (Museo de Florencia).

lucrativo, peleando en favor del que mejor les pagaba; pero la fuerza de los gobiernos italianos, más que en los *condottieri*, residía en su diplomacia. Todos ellos practicaban una política de intrigas y de mala fe, que ha sido llamada *política del Renacimiento* (maquiavelismo).

Los estados italianos más extensos y de mayor importancia política, en los comienzos del siglo XVI, eran Milán, Venecia, Florencia, los *estados de la Iglesia* y el reino de Nápoles.

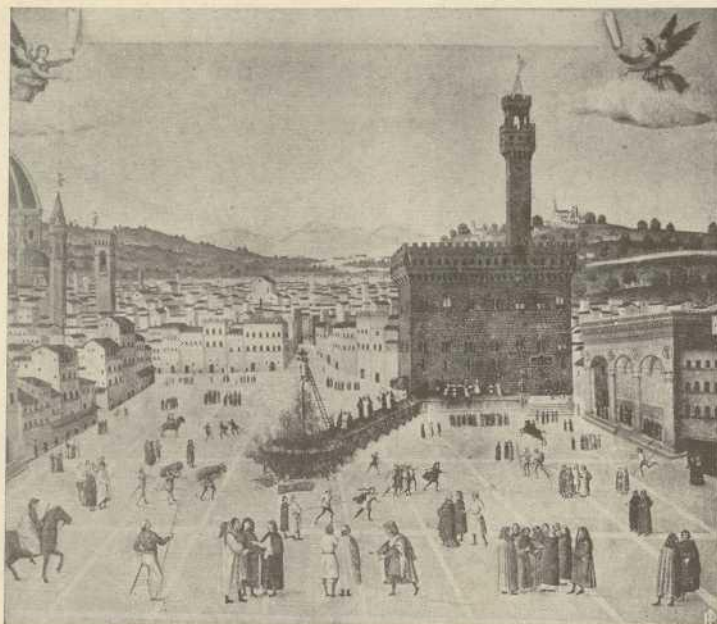
El *ducado de Milán*, situado al pie de los Alpes, en la fértil y populosa Lombardía, con el puerto de Génova en el Mediterráneo,



ALEJANDRO VI (Museo del Vaticano).

había sido reconstituído por el hábil *condottiero* Francisco Sforza; pero el duque más célebre fué el usurpador Ludovico, apodado *el Moro*.

La *república de Venecia* fué el primer estado que mantuvo relaciones diplomáticas con las cortes extranjeras.



SUPLICIO DE SAVONAROLA. PINTURA ANÓNIMA DEL SIGLO XVI (Museo de San Marcos, Florencia).

Enriquecida de antiguo por su industria y su comercio, el poder creciente de los turcos y los descubrimientos geográficos la habían perjudicado; pero su decadencia no se acentuó hasta la segunda mitad del siglo XVI. La fuerza de Venecia radicaba en su diplomacia y en su marina de guerra.

La *república de Florencia*, aparentemente democrática, estaba gobernada por los Médicis, ricos banqueros que emplearon su autoridad en provecho de las artes y de las letras. El poder de los Médicis se eclipsó durante el reinado de

Pedro, sucesor de Lorenzo el Magnífico, a causa de una violenta reacción contra las costumbres paganas y licenciosas de Italia, dirigida por el fraile dominico Jerónimo Savonarola, quien, por sus intimaciones al pontífice para que reformara la Iglesia, fué quemado como hereje.

Los *estados de la Iglesia* no se sustrajeron tampoco a los vicios de la política dominante. El poder pontificio se había transformado. Vencido por el poder real, desprestigiado por los escándalos del cisma de occidente, combatido por la constante propaganda herética, fracasadas las empresas de cruzada y de conversión de la



CÉSAR BORGIA (Gal. Uffizzi).



CARLOS VIII (Miniatura de la B. N. de Paris).

Iglesia griega, el papado pasó a la categoría de los demás principados italianos. Su condición electiva hizo del cónclave un semillero de intrigas, y los pontífices, grandes entusiastas del renacimiento artístico y literario, se limitaron, en política, a favorecer a sus parientes y amigos, poniendo en práctica el sistema llamado *nepotismo*, practicado por todos ellos, singularmente por el famoso Rodrigo Borgia, español elevado a la sede, en 1492, con el nombre de Alejandro VI.

Aquel pontífice, a quien se acusa de simoníaco, tuvo varios hijos (1), uno de los cuales, César Borgia, fué considerado por Maquiavelo como el ideal del

(1) Algunos historiadores afirman que Rodrigo Borgia estuvo casado antes de abrazar el estado eclesiástico; pero no por esto su conducta ha podido ser vindicada de grandes immoralidades.

tirano, perfecto *virtuoso* (1), es decir, león y zorro a un tiempo, déspota hasta la crueldad, astuto hasta la mayor villanía; pero instruido, afable, elegante. César Borgia fué durante el pontificado de su padre el azote de los nobles rebeldes de la Romagna (territorio de los estados de la Iglesia), el dueño de Roma y el inspirador de la política pontificia.



LUIS XII (Medalla de la época).

El reino de Nápoles pertenecía a la corona de Aragón. Conquistado por Alfonso V el Magnánimo, príncipe ilustrado y poderoso, pasó en 1458 a su hijo bastardo Fernando, que hubo de luchar contra Renato de Anjou, príncipe francés, a cuya muerte iban a reivindicar derechos a aquella corona los reyes de Francia.

Guerras de Italia: expedición de Carlos VIII. — Múltiples y complejas fueron las causas de aquellas guerras. Renato de Anjou, muerto en 1480, instituyó heredero de sus estados al rey de Francia, legándole además sus derechos a la corona de Nápoles; pero Luis XI, hombre práctico y reflexivo, comprendiendo las dificultades de sostener su autoridad en un país tan lejano, no pensó en hacerlos valer. Su hijo Carlos VIII, hombre de imaginación viva y espíritu aventurero, soñando hacer del reino de Nápoles un punto de apoyo para emprender una cruzada contra los turcos, quiso dar valimiento a los derechos transmitidos a su corona por Renato de Anjou. En 1494 invadió Italia con



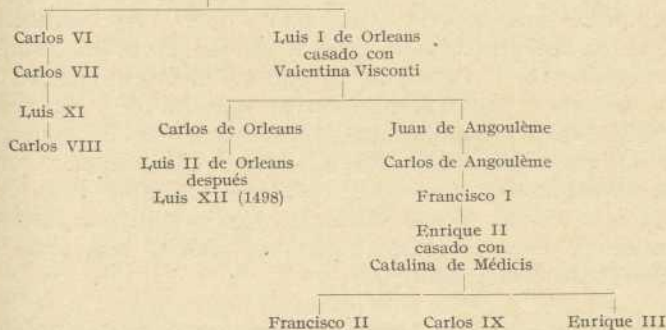
EL GRAN CAPITÁN (Medalla de la época).

(1) *Virtú* es la palabra aplicada, en el lenguaje de la época, a las cualidades soberanas del tirano para el ejercicio de la política, que repugnan a la moral.

un brillante ejército. Las divisiones de los estados italianos facilitaron al monarca francés la ocupación de la península. Ludovico el Moro, temeroso del rey de Nápoles, le franqueó la Lombardía; Pedro de Médicis, combatido por los partidarios de Savonarola, y el papa sin ejército, quedaron a merced del invasor, que entró triunfalmente en Nápoles; pero aquella expedición no fué más que un paseo militar. Los franceses fueron muy pronto odiados. Venecia, el duque de Milán, el papa, Fernando el Católico y el emperador Maximiliano se aliaron, obligando al monarca francés a retroceder. Carlos VIII murió sin hijos, en 1498, sucediéndole el duque Luis II de Orleans (1).

Luis XII y Fernando el Católico. — El advenimiento de Luis XII al trono de Francia complicó las guerras de Italia. Como nieto de Valentina Visconti, hija del primer duque de Milán (2), pretendió aquel ducado, conquistándolo fácilmente. Quiso después apoderarse de Nápoles; pero, temiendo al rey de España, Fernando el Católico, dueño de Sicilia, concertaron ambos monarcas el reparto de aquel reino (1500). Pronto hubo entre ellos desavenencia. Rotas las hostilidades, llevaron desventaja los españoles; pero, reforzados luego por nuevas tropas, mandadas por el *Gran Capitán* — don Gonzalo de Córdoba, uno de los mejores militares del siglo, que se había hecho célebre en las guerras

(1) CUADRO GENEALÓGICO DE LOS VALOIS-ORLEANS Y DE LOS VALOIS-ANGOUËME
Carlos V



(2) Juan Galeazo Visconti, que había recibido el título de duque de Milán, en 1395, de manos del emperador.

de Granada, — fueron derrotados los franceses en Seminara, Ceriñola y Garellano, quedando el reino de Nápoles en poder del rey de España.

Política de Julio II: expulsión de los franceses de Italia.—Perdido el reino de Nápoles por Luis XII, ocupó la sede romana el cardenal Julián de Rovere, que tomó el nombre



JULIO II, por Rafael (Galería Pitti. Florencia).

de Julio II. Era un anciano dotado de gran energía, decidido protector de artistas y literatos, político hábil, que se propuso hacer de Italia, desmembrada y pisoteada por el extranjero, una nación independiente bajo la hegemonía papal. La república veneciana era un obstáculo a sus planes. Para humillarla, formó Julio II la *liga de Cambray* (1508), en la que entraron Luis XII, Fernando el Católico, Florencia y el emperador Maximiliano; todos ellos envidiosos del poder de aquella república. Venecidos los venecianos, pidieron la paz al pontífice, quien formó entonces la *liga santa* contra los franceses. Aunque en un principio la guerra les fué favorable, singularmente por las hazañas de un sobrino del rey, Gastón de Foix, muerto gloriosamente en la batalla de Ravenna, Luis XII, viendo amenazadas las fronteras de Francia por todos sus enemigos, hubo de abandonar el Milanésado, como antes abandonó el reino de Nápoles. Aunque Luis XII fué un rey amado de sus súbditos, por su política paternal y económica, sus empresas exteriores fueron una serie de fracasos, funestos a Francia.

Los Valois Angoulême: Francisco I: expedición a Italia. — Luis XII murió sin sucesión, recayendo la corona

francesa en la persona de Francisco I, conde de Angoulême y duque de Valois, descendiente, como aquél, de Luis I de Orleans.

Tenía Francisco I veintiún años. Aficionado a la guerra, emprendió inmediatamente la conquista del Milanesado. Después de unirse a los venecianos, pasó los Alpes con un brillante ejército. El duque de Milán fué apoyado por el pontífice León X, Florencia, España, los cantones suizos y el emperador Maximiliano; pero los aliados fueron vencidos en la batalla de *Marignano* (1515); apresurándose a firmar la paz con el francés, que quedó dueño del Milanesado, reconociendo en cambio la posesión del reino de Nápoles a favor de España.

Carlos I y Francisco I: su rivalidad. — La muerte del emperador Maximiliano I de Habsburgo, acaecida el 12 de enero del año 1519, señala el comienzo de una nueva serie de guerras, suscitadas por la rivalidad entre Francisco I de Francia y el nieto del emperador difunto.

Carlos de Austria, nacido en Gand (Bélgica) el 24 de febrero del año 1500, era hijo de Felipe I el Hermoso y de doña Juana la Loca, hija de los Reyes Católicos. Cuatro herencias recayeron en aquel príncipe, convirtiéndole en el soberano más poderoso de la cristiandad. La muerte de su padre (1506) le hizo señor de los dominios de la casa de Borgoña; la de su abuelo materno (1516) le dió Castilla, Aragón, Sicilia, Nápoles y el Nuevo Mundo; la de su abuelo paterno, si no le hizo dueño de los estados austríacos, cedidos a su hermano don Fernando, puso sobre sus sienes la corona imperial. Esta dignidad era electiva, y le fué disputada por el rey de Francia; pero los electores imperiales se inclinaron a Carlos por varias razones políticas, entre otras, por considerarlo, en calidad de príncipe nacional, como mejor garantía para la conservación de sus privilegios y libertades.



FRANCISCO I. RETRATO ANÓNIMO DE ESC. FRANCESA (Mus. Condé).

El rey de Francia, lastimado en su amor propio, juró vengarse. Aparte de su enemistad personal, no faltaban otras causas de conflicto. Carlos V poseía el reino de Nápoles y, en calidad de *rey de romanos*, era soberano del Milanesado, dos países perpetuamente pretendidos por los monarcas franceses. Otros motivos o pretextos de disputa eran Navarra y una parte de la herencia de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, feudatario de la corona francesa.



CARLOS V (*Castillo de Windsor; fot. Braun*).

Francisco I era de carácter expansivo e impetuoso, amigo de placeres, apuesto caballero y excelente soldado. Carlos V, si bien sus aficiones favoritas fueron las armas, la equitación y los ejercicios corporales, fué más bien político que guerrero. Desde muy joven se habituó a enterarse personalmente de los negocios. Dueño de inmensos dominios, vióse obligado a atender a múltiples asuntos a un tiempo y hacer frente a numerosos enemigos. Tarea tan abrumadora arruinó su salud; pero siempre dió el emperador prueba de intrepidez heroica. La constancia y la energía formaban el fondo de su carácter.

Complejidad del reinado de Carlos V: su primera guerra con Francia.—Un embajador veneciano proclamaba a Carlos V como «el más grande emperador que la cristiandad había tenido desde los tiempos de Carlomagno». Efectivamente, su vida sintetiza la historia de Europa durante la primera mitad del siglo XVI. Sus guerras con Francia comenzaron a raíz de su elevación al imperio.

Francisco I comenzó las hostilidades apoyando al rey de Navarra, desposeído por Fernando el Católico, que pre-

tendía recuperar su reino (1521). Carlos formó una coalición con el papa León X, Florencia y el marqués de Mantua, y, atacando al gobernador de Milán, Lautrec, arrebató el Milanesado a los franceses, vencidos en la batalla de la Bicoca. Al mismo tiempo, el condestable de Borbón, príncipe francés, para vengarse de injurias que pretendía haber recibido de la madre de Francisco I, ofrecía sus servicios al emperador y, uniéndose al marqués de Pescara, invadía la Provenza, de donde tuvo que retirarse, derrotado frente a Marsella; pero los españoles e italianos rechazaron un ejército francés enviado para recuperar el Milanesado.

Decidióse entonces Francisco I a dirigir personalmente la campaña. Persiguiendo al condestable de Borbón, penetró en Italia con la flor de la caballería francesa; pero fué derrotado y hecho prisionero frente a Pavia, batalla en que se cubrieron de gloria las tropas españolas, mandadas por el marqués de Pescara y Borbón, los mejores generales de la época (24 de febrero de 1525).



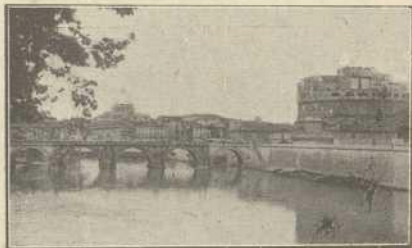
CLEMENTE VII (Pinacoteca de Parma).

El rey de Francia fué llevado a Madrid, donde firmó la paz de este nombre, cediendo a Carlos la Borgoña, a la vez que renunciaba a sus derechos sobre Italia y Países Bajos; tratado ilusorio e incumplido, pues cuando Francisco I se vió en libertad, no pensó más que en buscar enemigos a su rival y seguir combatiendo.

Liga clementina: asalto de Roma. — El poder adquirido por Carlos V le suscitó enemigos en toda Europa. El rey de Inglaterra Enrique VIII, los estados italianos y el pontífice Clemente VII se unieron al rey de Francia, formando una liga contra el emperador, llamada *liga santa* y también *clementina*.

El condestable de Borbón reunió las tropas imperiales de Italia y, unidas a veinticinco mil lansquenetes alemanes, luteranos, que ardían en odio contra el pontífice, se precipi-

taron sobre Roma, centro de la coalición. Al dar el asalto, murió Borbón; pero sus soldados le vengaron cruelmente, pasando a sangre y fuego la ciudad, cual nuevas hordas de bárbaros. La pluma se resiste a describir los horrores de aquel saqueo, que llenó de consternación al mismo emperador, quien, ciertamente, no lo había ordenado. El papa se refugió en el castillo de Santángelo, fuerte en malas condiciones de defensa, que fué también tomado por los sitiadores. Perdida toda esperanza, el pontífice firmó una capitulación, obligándose al pago de una fuerte suma, a entregar al emperador



EL CASTILLO DE SANTÁNGELO.

Parma, Módena, Piazenza y otras plazas, y a permanecer prisionero en aquel castillo hasta haber satisfecho su rescate.

El rey de Francia envió tardíamente dos ejércitos, sin resultado. Como los turcos, que se habían hecho dueños de la llanura del bajo Danubio, amenazaban a Viena, el emperador victorioso

aceptó la paz de Cambray, sin más ventajas que el ejercicio de la hegemonía en Italia. El papa Clemente VII le coronó solemnemente en Bolonia (1530). Carlos V erigió la república de Florencia en ducado, que otorgó a los Médicis, y, aunque respetó la existencia del de Milán, dispuso que fuera reintegrado al imperio a la muerte de su poseedor Francisco Sforza, como así se hizo. Italia quedó desde entonces bajo la dominación hispanoaustríaca hasta dos siglos después.

Últimas guerras. — Las guerras entre Carlos V y Francisco I continuaron algún tiempo después, estallando una en 1535, que terminó con la *tregua de Niza*, y otra en 1540, a la que puso fin la paz de Crespy. Su motivo fué la posesión del Milanésado, eterna ambición de los reyes de Francia. Carlos V no logró vencer a su rival, a causa de los múltiples adversarios que se veía precisado a combatir simultáneamente, por mar o por tierra: los turcos, los luteranos, o sus propios súbditos recelosos de sus franquicias, como los

comuneros de Castilla y los flamencos. En 1547 murió Francisco I. Su hijo Enrique II, aprovechándose de las dificultades que al emperador había suscitado la cuestión religiosa



CORONACIÓN DE CARLOS V POR EL PAPA CLEMENTE VII EN BOLONIA EN 1530
(estampa de la época).

en Alemania, como veremos luego, le combatió, alcanzando algunas ventajas; pero, poco después, las victorias de San Quintín y Gravelinas aseguraban a la casa de Austria la hegemonía en Europa.

BIBLIOGRAFIA. — Sin proponernos dar aquí noticias de las numerosas fuentes para el estudio de las materias objeto de este capítulo, nos limitaremos a indicar aquellas obras fácilmente asequibles a los estudiantes españoles, señalando, además, algunas que puedan servir de punto de partida para ulteriores estudios. Véase, para el papado, L. Ranke, *Histoire de la Papauté*, tra. fr. de A. de Saint-Cheron (París, 3 vols.), y para la época de la hegemonía española la *Histoire des ottomans et de la monarchie espagnole pendant les siècles XVI et XVII* (trad. fr. de J. B. Haiber, París, Debécourt, 1839), del mismo Ranke, primer historiador que utilizó los archivos de Venecia, tan importantes para la historia diplomática de aquel período.

La mejor obra de conjunto acerca de los Reyes Católicos es la de Prescott: *Hist. del reinado de los R. C. don Fernando y doña Isabel*, trad. esp. de don Pedro Sabau (Madrid, 1845-1846, cuatro vols.). Las guerras de Italia, en los t. III y IV. La narración más inmediata a aquellos acontecimientos es la *Historia de don Fernando el Católico. De las empresas y ligas de Italia* (t. V y VI de los *Anales de Aragón*, del cronista J. Zurita, Zaragoza, 1598). Entre las monografías pueden consultarse las siguientes: A. Rodríguez Villa, *Italia desde la batalla de Pavia hasta el saqueo de Roma* (Madrid, 1885); Id., *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial*. Ved también las *Crónicas del Gran Capitán*, publ. por el mismo señor Rodríguez Villa (Madrid, Bailly-Bailliére, 1903; t. X de la Nueva Biblioteca de AA. EE.).

Acerca del reinado del empera-

dor Carlos V abundan extraordinariamente los libros y documentos. Un excelente resumen es el artículo sobre Carlos V de Gachard en la *Biographie nationale*, de Bélgica (Bruselas, 1872, t. III). No existe, sin embargo, una historia de conjunto que satisfaga las exigencias de la crítica. Puede verse en castellano la *Vida y hechos del emperador Carlos V*, de fray Prudencio de Sandoval, publicada por primera vez en 1604-1606. Una edición más asequible es la de Madrid (1846-1847, 9 vols.). Durante mucho tiempo se ha utilizado la obra del inglés Robertson, *Hist. de Carlos V*, publ. en 1769 (traducción esp., Madrid, 1821, 4 vols.), hoy envejecida. Para orientarse, pueden los estudiantes españoles ver el libro de don Francisco de Laiglesia, *Estudios históricos* (2.ª ed., Madrid, 1918-1919, 3 vols.) que contiene una bibliografía de Carlos V, aunque insuficiente. Para estudios de especialización hay que acudir a las bibliografías extranjeras. Señalaremos como obra de primer orden, que ahorra la indicación de otras muchas, la magistral *Historiographie de Charles-Quint*, del sabio hispanista Mr. Morel-Fatio (París, H. Champion, 1913).

Para noticia de las múltiples fuentes francesas, italianas, etc., acerca de las guerras europeas durante la primera mitad del siglo XVI, es indispensable la obra de H. Hauser, *Les sources de l'histoire de France: XVI Siècle* (París, A. Picard, 1906-1909, 2 vols.), continuación de la de Molinier citada para la Edad media. La complejidad del reinado de Carlos V obliga a tener en cuenta las fuentes inglesas, alemanas, etc. Se hallará suficiente noticia en las obras indicadas de Hauser y Morel-Fatio.

APOGEO DEL RENACIMIENTO

Doble concepto del Renacimiento. — La palabra «Renacimiento» ha sido entendida de dos maneras. En su sentido estricto designa simplemente el movimiento literario, artístico y científico, fundado en el estudio de la antigüedad; pero, de una manera general, significa el movimiento de ideas que se desarrolló a impulso del individualismo y del racionalismo, transformando el pensamiento europeo, a fines de la Edad media, y emancipándolo de la tutela teológica. En este sentido el Renacimiento recibe el nombre de *humanismo*, y fué una renovación de la vida moral, una nueva manera de concebir el mundo, la sociedad y la vida, una tradición de libertad en las relaciones del hombre con la Iglesia, la manifestación y el triunfo del espíritu laico.

Los humanistas italianos. — Florencia fué la cuna del Renacimiento, propagándose de allí a las demás ciudades italianas, Roma, Milán, Venecia, etc. A la cabeza de aquel movimiento figuraron los príncipes, rodeándose de filósofos y literatos, protegiendo pintores, arquitectos y escultores; Alfonso el Magnánimo en Nápoles, Ludovico el Moro en Milán, Cosme y Lorenzo de Médicis en Florencia, los pontífices desde Nicolás V (1447), singularmente Julio II y León X, que ha dado nombre a su siglo. Príncipes y papas fueron apasionados por los cuadros, las estatuas, las alhajas artísticas, los manuscritos latinos y griegos, etc. Alfonso el Magnánimo, para reconciliarse con Lorenzo de Médicis, exigía únicamente la cesión de un manuscrito de Tito Livio; el papa León X (literato de talento, gran protector de artistas, sensual y simpático como su padre, Lorenzo el Magnífico) pagó quinientos ducados por otro manuscrito de los cinco primeros libros de las *Décadas* de aquel historiador latino.

Julio II subía, a pesar de sus años, al andamio donde Miguel Angel pintaba la bóveda de la capilla Sixtina.

La erudición tomó grandes vuelos. Multiplicáronse las ediciones de los autores clásicos, los pontífices emprendieron excavaciones en busca de estatuas antiguas, y todos los personajes adinerados formaron museos y ricas colecciones de objetos de arte. El estudio de los antiguos escritores no se

hacía únicamente con un desig-
nio gramatical y literario, sino
para penetrar su pensamiento,
habituándose de este modo los
hombres del Renacimiento a
pensar y discutir libremente.

A imitación de la antigüe-
dad, creáronse nuevos géneros
literarios y se produjeron obras
originales. En el siglo xv los
escritores en prosa, como Ma-
quiavelo y el historiador Guic-
ciardini, superaron a los poe-
tas (el Tasso, Ludovico Ariosto,
etc.); pero poetas, prosistas
y eruditos quedan eclipsados por
los artistas, es decir, por los
pintores, escultores y arquitectos,
algunos de los cuales fue-
ron las tres cosas a un tiempo.



LEÓN X, POR RAFAEL (Gal. Pitti;
Florencia).

Apogeo del arte italiano. — El arte italiano alcanzó su apogeo desde fines del siglo xv a mediados del xvi, período durante el cual florecieron sus más geniales artistas. Entre éstos ocupan lugar preeminente Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael. «El primero representa la armonía y la gracia, el segundo la fuerza, el tercero la corrección y la elegancia.» Aunque los dos primeros eran florentinos, vivieron fuera de su patria.

Leonardo de Vinci. — Fué un genio universal. «Toda la curiosidad intelectual del Renacimiento — ha dicho el eminente crítico Salomón Reinach (1), — sus ensueños de

(1) APOLLO, p. 117 (edición francesa de 1907).

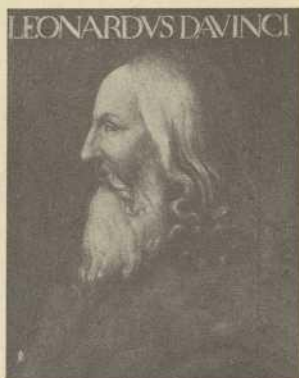
gloria y de progreso indefinido, su entusiasmo por la belleza y la ciencia, se reunieron en Leonardo.» Nació en Vinci, entre Pisa y Florencia, en 1452. Pocos hombres han sido tan laboriosos como él y, no obstante, su producción es escasa. Ingeniero, mecánico, dibujante, arquitecto, pintor, escultor, vivió atormentado por la pasión de inventar y abrir nuevos horizontes a la ciencia y al arte. Pasó la juventud en Florencia; luego trabajó en Milán, en la corte de Ludovico el Moro; después estuvo al servicio de César Borgia, yendo a morir a Francia, en 1519.

De él se conservan bastantes manuscritos y dibujos, que atestiguan la multiplicidad de sus estudios y la diversidad de su talento. Sus cuadros, en cambio, escasean, y están muy mal conservados. Las dos obras maestras de Leonardo son *La Cena*, en el refectorio del convento de Santa María de la Gracia de Milán, y la famosa *Gioconda*, retrato de Mona Lisa Gioconda, joya del museo del Louvre. Leonardo fué un pintor sutil, *espiritual*, enamorado de la armonía y de las proporciones, refinado en el dibujo, inimitable en lo que los pintores llaman el

claroscuro; psicólogo profundo, como lo demuestra (aunque deteriorado) el cuadro de *La Cena*, asunto que se pintó mil veces y al que nadie ha sabido dar la intensidad dramática que le dió Leonardo.

La influencia ejercida por este artista fué extraordinaria, formándose en derredor suyo una escuela pictórica, llamada *lombarda*, que produjo algunos artistas apreciables, principalmente como pintores de asuntos religiosos (Luini, etc.).

Miguel Angel. — Poeta, arquitecto, escultor y pintor, Miguel Angel Buonarroti, nacido en 1475 cerca de Florencia, ciudad donde pasó su juventud, fué protegido por Lorenzo el Magnífico. Estudió las esculturas antiguas reunidas por los Médicis, y a la muerte de su protector trabajó



LEONARDO DE VINCI (antes en el Museo Joviano).

indistintamente en Venecia, Bolonia, Roma y Florencia, recibiendo aquí el influjo de las doctrinas ascéticas de Savonarola, a la vez que estudiaba con pasión anatomía, nutriéndose, además, de la lectura de la Biblia y de la obra del Dante.

Llamado a Roma, en 1504, por el papa Julio II, «el más enérgico de los sucesores de San Pedro», encargó al artista la construcción de su futuro sepulcro, proyecto en el cual trabajó Miguel Angel toda su vida y que dejó sin terminar. La vigorosa estatua de *Moisés*, hoy en la iglesia de San Pedro ad Vincula, debía formar parte de aquel monumento.



LA CENA, por Leonardo de Vinci (Fot. Alinari).

En 1508 comenzó Miguel Angel, por encargo del mismo papa, a decorar la bóveda de la capilla Sixtina, en el Vaticano. De regreso a Florencia, en 1520, labró, en la iglesia de San Lorenzo, las dos tumbas de los Médicis, cuyas esculturas simbólicas (el *Día*, la *Noche*, el *Crepúsculo*, la *Aurora*) y las estatuas de Julián y Lorenzo de Médicis, apodada esta última *el Penseroso*, son la más perfecta expresión del genio de aquel artista.

Miguel Angel expresó, como nadie, *lo grandioso*. Temperamento sombrío, atormentado, melancólico, sus obras son desmesuradas, gigantescas, manifestación de una energía sobrehumana. Las escenas y personajes bíblicos de la capilla Sixtina, lo mismo que sus esculturas, revelan una inspiración

poderosa y terrible, y producen una admiración mezclada de estupor. Artista extraordinario, de genio imperioso, no hizo retrato alguno, porque rehusó acatar la obligación del retratista, esto es, la de reproducir fielmente la verdad de la forma individual. Lejos de someterse al modelo, sacaba de su imaginación el tipo que quería hacer revivir. De este modo sus creaciones (v. gr., el Moisés) adquieren una vida nueva, bajo una forma debida exclusivamente al arte, que nada reproduce de la realidad pasada.



LA GIOCONDA, por Leonardo de Vinci
(Mus. del Louvre).



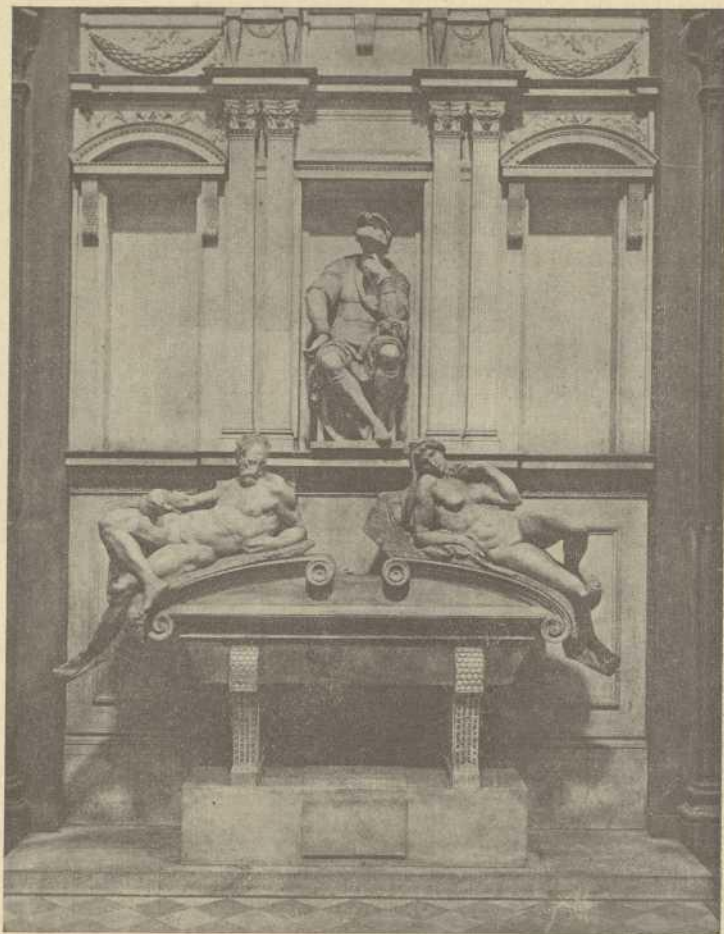
LA VIRGEN DE LAS ROCAS, por Leonardo de Vinci (Louvre).

El artista vivió hasta el año 1564. Había atravesado el período de las guerras de Italia, período brillante para las artes y las letras, trágico para la libertad y la independencia italianas. Unos versos que puso en boca de la figura de *la Noche*, estatua de la tumba de los Médicis, revelan la profunda melancolía que le inspiraban las desgracias de su patria:

«Dulce es dormir; más dulce ser de mármol mientras reina el oprobio y la miseria. ¡Cuidado!

No me despiertes. Habla quedo».

Rafael. — Rafael Santi, llamado también de Urbino — su patria, — nació en 1483, residiendo en Floren-



MIGUEL ANGEL: CAPILLA DE LOS MÉDICIS (FLORENCIA). MONUMENTO A LORENZO DE MÉDICIS CON LAS ESTATUAS «EL CREPÚSCULO» Y «LA AURORA».

cia y principalmente en Roma, bajo los pontificados de Julio II y León X. Rafael tuvo una popularidad inmensa,

siendo tal el número de cuadros que se le encargaron que muchos de ellos son obra de discípulos suyos, que trabaja-



MIGUEL ANGEL: CAPILLA DE LOS MÉDICIS (FLORENCIA). MONUMENTO A JULIÁN DE MÉDICIS CON LAS ESTATUAS «EL DÍA» Y «LA NOCHE».

ban bajo su dirección. No fué Rafael un pintor original: imitó a otros muchos artistas; pero tuvo una gran facilidad

de adaptación e imitación inteligente, que le colocaron entre los grandes pintores de su época.



MIGUEL ANGEL (colección Drury Love Inglaterra).

célebre el nombre del «divino Rafael» han sido sus *Virgenes* — madonnas —, semipaganas, semicristianas, que parecen realizar la fusión de dos mundos opuestos: el cristianismo y el paganismo del Renacimiento. Pintó también magníficos retratos, como los de Julio II, León X y otros. Rafael murió muy joven, a los treinta y siete años; pero su labor pictórica es vastísima. Artista enamorado de la dulzura mucho más que de la fuerza, temperamento femenino, modificado sin cesar por influencias diversas, la crítica moderna le resta gran parte de los elogios que le tributó el entusiasmo popular durante tres siglos. El

Sus obras más importantes son las *logias* del Vaticano, vasta galería de pinturas históricas, alegóricas y religiosas, v. gr., la *Disputa del Santo Sacramento*, «la más maravillosa explosión del sentimiento religioso que haya producido la pintura», la *Escuela de Atenas*, glorificación de la ciencia y de la filosofía antiguas, personificadas en sus más ilustres representantes, Arquímedes, Sócrates, Platón, Aristóteles, etc. Pero lo que ha hecho



EL MOISÉS DE MIGUEL ANGEL (Fot. Alinari).

apogeo de su genio inicia la decadencia del arte en Italia.

Escuela veneciana.

—Aparte de las tres escuelas pictóricas, lombarda, florentina y romana, cuyos más grandes artistas fueron Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael, floreció (en la segunda mitad del siglo xv y gran parte del siguiente) la escuela veneciana, originaria de Padua, ciudad que políticamente dependía de la república del Adriático. La pintura veneciana se caracteriza por la riqueza del colorido, reflejando la opulencia y la alegría de la vida en aquel país, más libre y enriquecido que ningún otro de Italia.



JEREMÍAS (Pintura de la Capilla Sixtina).

El gran pintor de aquella escuela fue Tiziano Vecellio. Sus cuadros son numerosos y de asunto diverso: religiosos, paganos, etc. Sus retratos, como el de Carlos V y otros muchos, son obras maestras.



RAFAEL SANTI (Gal. Uffizi).

La arquitectura en Italia. — El Renacimiento no creó un tipo de arquitectura comparable a los templos griegos ni a las catedrales góticas. Los arquitectos italianos del siglo xvi imitaron los monumentos antiguos con mayor exactitud que los de la época precedente. Las ciudades que contienen los mejores tipos arquitectónicos del Renacimiento son Venecia, Verona, Génova y, principalmente, Roma, donde la antigüedad suministró abundan-



tes modelos. El monumento más grandioso es la *iglesia de San Pedro*. Fué comenzada en el siglo xv por Bramante de Urbino y continuada, con muchas modificaciones en el plan primitivo, por otros muchos arquitectos, entre ellos Miguel Angel, que dió el modelo de la grandiosa cúpula central; y Bernini, que afeó la fachada y construyó la doble columnata que convierte la plaza de San Pedro en vestíbulo de aquella iglesia, la mayor del mundo (21,000 metros cuadrados). No fué terminada hasta 1626. El interior ofrece un brillante aspecto, de exuberante decoración, habiendo podido decir un gran crítico de arte (1) que la iglesia de San Pedro «no es el templo de



RAFAEL: «LA MADONNA DI SAN SIXTO»
(Museo de Dresde).

una religión, sino de un culto».

La degeneración de la arquitectura del Renacimiento produjo el estilo llamado *barroco*, nacido a fines del siglo xvi, cuyo rasgo saliente consiste en deslumbrar la vista por la riqueza y variedad de la ornamentación.

El Renacimiento en otros países. — El Renacimiento irradió de Italia a los demás países europeos, España, Francia, Países Bajos, Alemania, etc., influyendo en la literatura y en las bellas artes, en la arquitectura princi-



LA VIRGEN BLANCA, POR RAFAEL (Mus. d. l'Ermitage).

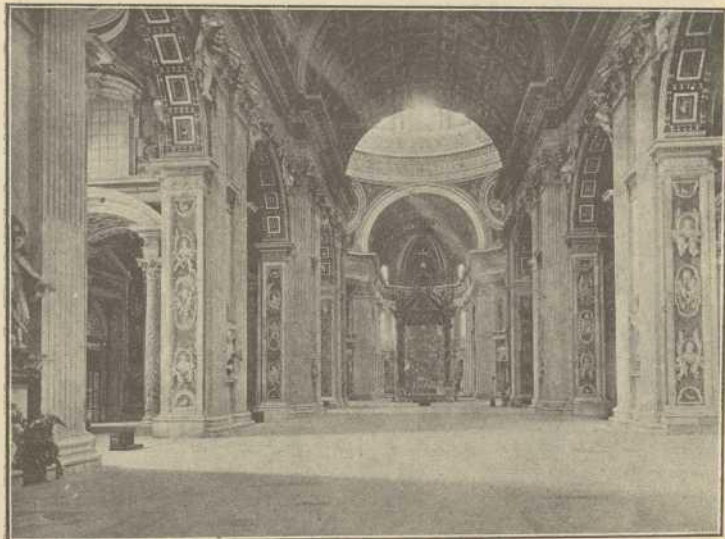
(1) Taine, *Philosophie de l'art* (Paris, Hachette, 2 vols.). Hay traducción castellana por los editores de *La España Moderna* (Madrid).

palmente; pero no ha de verse en él un *producto* exclusivo de Italia — es decir, la cultura de la antigüedad pagana interpretada por los italianos de los siglos xv y xvi —, porque en los demás países el Renacimiento fué como el resultado de una larga evolución nacional, que, si bien se impregnó vigorosamente de influencias italianas, tuvo su fisonomía propia.



SAN PEDRO DE ROMA

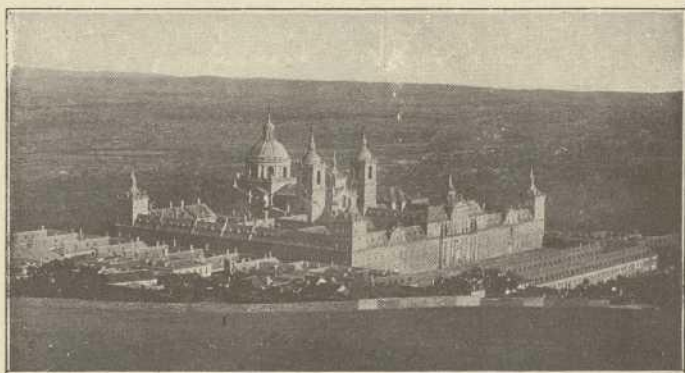
España. — En España el Renacimiento se manifestó, a partir del siglo xv, en la literatura, con los poe-



INTERIOR DE SAN PEDRO DE ROMA.

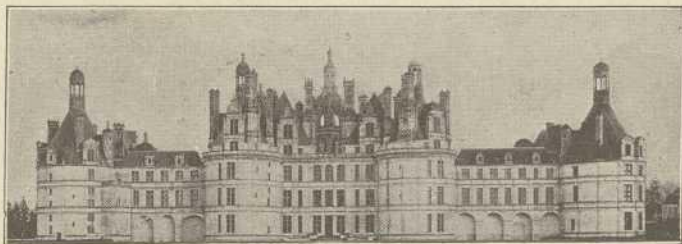
tas y prosistas del reinado de don Juan II de Castilla (1419-1453), todos ellos educados bajo la influencia italiana.

El *humanismo* floreció principalmente durante la primera mitad del siglo XVI, y su escuela más importante fué la universidad de Alcalá, fundada por Cisneros. Pero la literatura española, que, con la pintura, constituye la manifestación



EL ESCORIAL (Fot. Lacoste).

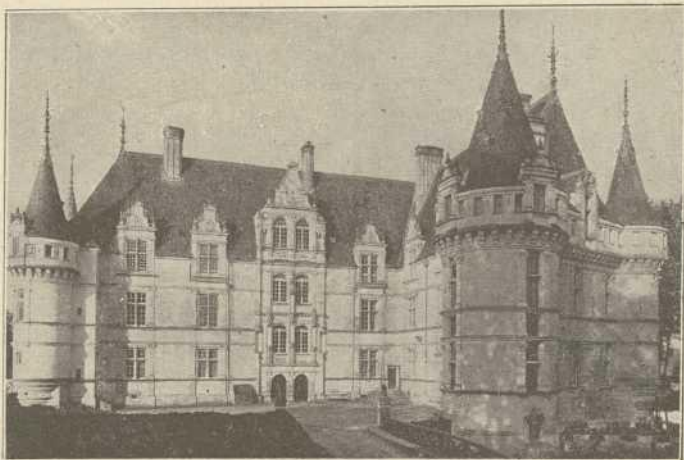
artística más esplendorosa del genio nacional, no llegó a su apogeo hasta el siglo XVII, como veremos. La arquitectura española del Renacimiento tuvo dos épocas. La primera no fué más que la adaptación de elementos decorativos ex-



CASTILLO DE CHAMBORD

traños a los edificios góticos, cuyo resultado fué la formación del *estilo plateresco*, únicamente ornamental, y llamado así por sus analogías con la labor de los plateros. Sus monumentos más notables se hallan en Toledo, Alcalá, Burgos, Valla-

dolid, Salamanca, León, Sevilla, etc. Contra la superabundancia ornamental de este período prodújose una reacción, que dió por resultado una arquitectura grandiosa, severa y fría, cuyo tipo característico es el famoso monasterio del Escorial. Pero muy pronto debía iniciarse una regresión al estilo plateresco, que había de degenerar en el barroco, llamado en España churrigueresco.



CASTILLO DE AZAY LE RIDEAU

Francia. — En Francia el Renacimiento comenzó a raíz de la expedición de Carlos VIII a Italia, alcanzando su apogeo en los reinados de Francisco I y Enrique II. A Francisco I se debe, entre otras cosas, la fundación del *Colegio de las tres lenguas* (hoy Colegio de Francia), institución cuya ley constitutiva es la independencia completa de la crítica, la investigación desinteresada de la verdad y la discusión imparcial, sin más reglas que la sinceridad y el buen gusto. El Colegio de las tres lenguas, así llamado por tener como base de sus enseñanzas el hebreo, el griego y el latín, contribuyó en alto grado al desarrollo de los estudios clásicos. La literatura francesa fué una imitación de la de los antiguos, y las bellas artes se dejaron influir poderosamente por Italia, aunque no carecen de cierto sabor peculiar. Los



monumentos arquitectónicos más interesantes son los castillos, construídos por reyes y nobles, v. gr., los de Fontainebleau, residencia favorita de los Valois, Saint Germain-en-Laye, etc. Los más antiguos son del siglo XVI y conservan aún las torres y pináculos, a estilo de la Edad media. Cítase como obra maestra de esta arquitectura el castillo de Chambord, cerca de Blois, aunque para algunos la joya arquitectónica del Renacimiento en Francia es el castillo de *Azay le Rideau*, a orillas del Indre, afluente del Loire. Las demás bellas artes no produjeron sino obras de segunda fila.



VAN-EYCK: «LA VIRGEN DE LOS DONANTES»
(Louvre).

Flandes. — A fines del siglo XIV y comienzos del XV un renacimiento artístico produjose en Francia y en Borgoña. Las relaciones existentes entre los Valois y aquel ducado habían promovido recíprocas influencias entre ambos países; pero el recrudecimiento de la guerra de cien años, en 1410, el desastre de Azincourt y el tratado de Troyes, determinaron la emigración del arte a Borgoña.

La manifestación más esplendorosa de aquel renacimiento fué la pintura. Hubo una escuela de grandes artistas que estuvieron en relación con los de Italia del norte. Fueron los más antiguos los hermanos *Van Eyck*, a quienes una tradición ha atribuído la invención de la pintura al óleo, procedimiento conocido ya en el siglo XII, pero que aquéllos perfeccionaron. Además de los *Van Eyck*, uno de los cuales, Juan, «es el más grande de los retratistas de todos los tiempos», hay que mencionar a *Memling*, que se distingue por la *espiritualidad* que, como emanación del alma, se desprende del colorido de sus figuras; *Hugo Van der Goes*, *Metsys* y otros muchos, que elevaron la pintura flamenca a un alto grado de perfección. Aunque los cuadros que aquellos artistas pintaban (por encargo de sus clientes) son de asunto religioso, lo que mejor expresaban eran las figuras de sus

contemporáneos (los donantes), las telas hermosas y los paisajes que, con ser accidentales al asunto, constituyen lo verdaderamente interesante de sus cuadros, de un gran realismo. A fines del siglo xv, los pintores flamencos comenzaron unos a imitar a los italianos, desnaturalizando su genio peculiar, otros a exagerar el realismo, dedicándose a reproducir en sus lienzos las escenas más vulgares de la vida del pueblo. De este modo prepararon unos y otros el advenimiento de los grandes pintores flamencos y holandeses del siglo xvii, de los que nos ocuparemos oportunamente.

El humanismo en el norte. Erasmo.— El Renacimiento, en su sentido universalista, tuvo, fuera de Italia, numerosos cultivadores, figurando en primer término el genial humanista *Erasmo de Rotterdam*. Nació Erasmo en 1467. Metido en un convento, por disposición de sus tutores, abandonó pronto la vida monacal y fué preceptor de algunos hijos

de familias nobles. Residió en París y después en Inglaterra (1501), donde escribió su célebre libro titulado *Elogio de la estulticia*, y pasó luego a Italia, ganando la amistad de los principales humanistas, entre otros, Juan de Médicis, luego papa con el nombre de León X. Dispensado de sus votos monásticos por el pontífice Julio II, estuvo en Venecia y otras ciudades italianas, regresando a Flandes, donde alcanzó ser nombrado consejero del emperador Carlos V. En 1516 publicó una edición del Nuevo Testamento y en 1518 sus célebres *Coloquios*, retirándose en 1521 a la ciudad



ERASMO DE ROTTERDAM, POR HOLBEIN
(Palacio de Hampton-Court).

libre de Basilea, en la que murió en 1536. Erasmo es el escritor universal del Renacimiento. Su ascendiente sobre



ALBERTO DURERO: AUTORRETRATO
(Galería Uffizi).

la sociedad de su tiempo fué extraordinario. Como literato abrió a la erudición clásica las puertas de Europa septentrional, no sólo por la propagación de las lenguas antiguas, sino por la depuración del gusto y por su exquisito sentido de la belleza literaria y artística. Erasmo y sus adeptos se propusieron mejorar la condición humana por la instrucción. Su tarea reformadora abarca desde las reglas más elementales de la urbanidad a los más elevados principios de la moral y de la religión. Combate Erasmo el ascetismo monacal, la escolástica, las supersticiones, la ignorancia de monjes vagabundos y frailes holgazanes. Condena el celibato del clero, y no ve en el culto más que un símbolo; afirma la superioridad del siglo sobre la del claustro y aspira a desenvolver libremente la personalidad humana, haciendo al hombre capaz de ocupar un puesto útil en el mundo. La perfección no consiste, según Erasmo, en la vida contemplativa ni en la meditación solitaria, sino en el desenvolvimiento completo de la energía y de las facultades individuales. No pretendía Erasmo derribar el Estado ni la Iglesia, sino renovarlos por medio de la instrucción y del saber. Erasmo es la personificación viviente de las ideas del Renacimiento, y casi todas las personas cultas de su época las aceptaron; pero fué después combatido por

la sociedad de su tiempo fué extraordinario. Como literato abrió a la erudición clásica las puertas de Europa septentrional, no sólo por la propagación de las lenguas antiguas, sino por la depuración del gusto y por su exquisito sentido de la belleza literaria y artística. Erasmo y sus adeptos se propusieron mejorar la condición humana por la instrucción. Su tarea reformadora abarca desde las reglas más elementales de la urbanidad a los más elevados principios de la moral y de la religión. Combate Erasmo el ascetismo monacal, la escolástica, las supersticiones, la ignorancia de



LOS EVANGELISTAS, POR A. DURERO (Pinacoteca de Munich).

muchos teólogos, por el desdén con que menospreciaba su ciencia.

El Renacimiento en Alemania. — Si el arte italiano realizó la belleza y el flamenco la verdad, el arte alemán expresó como ninguno el anhelo del pueblo en el momento de la Reforma religiosa. Las raíces del Renacimiento alemán no hay que buscarlas en la antigüedad, sino en la Edad media.



PALACIO DE HEIDELBERG (Alemania).

El arte principal fué la pintura, que desde el siglo XIV floreció en Praga, Colonia y Nüremberg, inspirándose en la de Flandes. Las condiciones sociales y políticas de Alemania impidieron el florecimiento de un arte delicado, como en Italia y otros puntos. País atrasado y de costumbres groseras, las pinturas alemanas, comparadas con las flamencas o italianas de la misma época, parecen «obra de un rústico al lado de la de un refinado hombre de letras». Sobresalieron, sin embargo, los alemanes del siglo XV en la escultura en madera.

La primera mitad del siglo XVI vió florecer dos geniales pintores: *Holbein*, gran retratista, y *Alberto Durer*, autor de magníficos grabados, no superados ni aun en Italia. Durer fué un gran pensador, además de artista. Entre sus cuadros el mejor es el de *Los cuatro evangelistas*, el más grandioso de la escuela alemana, «obra que parece atestiguar la simpatía del artista por la Reforma religiosa, reforma que evocaba a los evangelistas para dirigir al cristianismo por su primitivo sendero».

La arquitectura del Renacimiento encontró en Alemania gran resistencia. Sin embargo, fué introducida por príncipes y señores. Su obra maestra es el palacio de Heidelberg.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de un asunto tan vasto como el Renacimiento, además de la observación directa de las obras de arte en sí mismas o, en su defecto, por medio de reproducciones, consúltense las bibliografías que figuran en los manuales de Historia del arte citados. Una buena colección de monografías de arte es, v. gr., *Les grands artistes, leur vie, leur œuvre* (París, H. Laurens), con buenas reproducciones fotográficas. Para el estudio del renacimiento científico y literario, léanse las obras de los grandes humanistas, v. gr., Maquiavelo, *Obras históricas* y *Obras políticas*, trad. castellana por Luis Navarro (Madrid, *Bibl. clás.* 4 vols.); Guicciardini; *Historia de Italia*, trad. del

rey Felipe IV (Madrid *íd.*, 6 vols.); Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la estulticia*, trad. por Julio Puyol (Madrid, V. Suárez, 1918); los *Coloquios*, pueden leerse algunos de ellos trad. al castellano en el t. XXI de la *Nueva Biblioteca de AA. EE.* (Madrid, 1915), o bien en la trad. fr. de Víctor Develay, *Erasm. Les Colloques* (París, Libr. des Bibliophiles, 1875-1876, 3 vols.). Acerca de la influencia de Erasmo en España ved Menéndez Pelayo, *Hist. de los heterodoxos esp.* (Madrid, 1880), t. II. Para el Renacimiento en los diversos países europeos hay que acudir a las respectivas bibliografías. Una general se hallará en la colección *The Cambridge modern history* (Cambridge. University Press, 1917, 13 vols.),



MONUMENTO A LA REFORMA, EN GINEBRA. (Fot. Boissonnas).

LA REFORMA

Qué fué la Reforma: sus analogías con el Renacimiento. — Designase con el nombre de *Reforma* la revolución religiosa promovida a principios del siglo XVI, en los países del norte de Europa, contra la autoridad de la iglesia católica. Se llamó así porque sus autores obraron impulsados por el deseo de *reformar* la disciplina y las costumbres, harto corrompidas, de la Iglesia romana; pero como sus actos fueron cometidos violenta y revolucionariamente, emancipándose de la autoridad eclesiástica constituida, su obra ha sido llamada por los católicos *pseudo-reforma*. Así como el Renacimiento fué una revolución intelectual, una aspiración a renovar el mundo del arte y de la ciencia, la Reforma fué la rebeldía de la conciencia, un movimiento de regresión al cristianismo primitivo, a la pureza de la fe, alterada por los abusos de la Iglesia y por la corrupción general de las costumbres. Mientras el



Renacimiento rompía con la tradición medieval, la Reforma emancipó los fieles de la autoridad del papa, destruyó la jerarquía eclesiástica y creó iglesias nacionales independientes. Las analogías entre ambos hechos son tales que la Reforma ha podido definirse como «un Renacimiento apropiado al genio de los pueblos germánicos» (1).



LUTERO, por Lucas Cranach (*Galería Uffizi*).

Carácter y causas de la Reforma en Alemania. — Alemania fué la cuna de la Reforma. Allí nació, creció y triunfó antes que en ningún otro país. Contribuyeron a ello diversas causas, entre otras el antagonismo de raza y de temperamento entre alemanes e italianos (2), antagonismo exacerbado por el espectáculo que ofrecía el papado y la Iglesia en el siglo XVI; el fracaso de las reformas intentadas en el siglo XV para regenerar la Iglesia; las exacciones de la cancillería romana; la envidia con que los laicos veían el engrandecimiento, las riquezas y privilegios del clero (3), y, de una manera general, el espíritu del Renaci-

miento, que en Alemania no se limitó al estudio de la antigüedad griega y latina, sino que se hizo extensivo al de la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamentos).

El movimiento comenzó en las universidades y de allí pasó al público. Eruditos y príncipes fundaron escuelas y sociedades. Favorecidos por la invención de la imprenta, comenzaron los *humanistas* a lanzar sus doctrinas innovadoras, encontrando encarnizada resistencia en gran parte

(1) Taine, *Hist. de la littérature anglaise* (París, Hachette), t. II, p. 289.

(2) Los alemanes, y en general los hombres del norte, manifiéstanse inclinados en religión a conceder preferencia a los dictados interiores de la conciencia, a las preocupaciones morales más que a las manifestaciones exteriores de la fe, o sean las prácticas y ceremonias del culto. — El italiano, el hombre del mediodía, por el contrario, es más supersticioso que creyente. Epicúreo y burlón, es fanático; pero menos religioso. Podríamos citar numerosos textos y ejemplos en prueba de estas afirmaciones; pero prescindimos de hacerlo, porque basta para ello observar los hechos de la vida cotidiana.

(3) La Iglesia en Alemania era riquísima en el siglo XVI. Se calcula que poseía más de la mitad del territorio.

del clero, singularmente en las órdenes mendicantes, como los dominicos, fieles mantenedores de la tradición teológica medieval. Comenzó, entonces, ardiente controversia entre *humanistas* y *oscurantistas*, lucha de epigramas, libelos y sátiras, preludio de graves acontecimientos. Tres humanistas célebres personifican la contienda: *Juan Reuchlin* (1455-1522), jurisconsulto, helenista y hebraizante; *Ulrico de Hutten* (1488-1523), poeta y caballero, que sirvió la causa del humanismo con la pluma y la espada, y el erudito Erasmo, inexorable burlón de la necedad escolástica.

Lutero. — El fundador de la Reforma en Alemania, *Martín Lutero*, nació en Eisleben — Turingia — el 10 de noviembre de 1483. Su padre, un minero pobre, le envió a la escuela de Eisenach, donde comenzó su instrucción protegido por una viuda, *la buena señora Ursula*, y destinado a la carrera de jurisprudencia, profesión entonces lucrativa, emprendió los estudios en la universidad de Erfurth. Hombre inquieto, vehemente y laborioso, se entregó con pasión a la lectura de la Biblia, que avivó su fe «en un Dios justiciero», enardeciendo su vocación religiosa. Poco después (1505) profesaba en un convento de agustinos de Erfurth; cumpliendo allí puntualmente sus deberes. Nada lograba, sin embargo, aquietar las luchas de su conciencia, ni satisfacer los anhelos de su espíritu. Al fin, las lecturas del Nuevo Testamento y de San Agustín calmaron sus ansiedades, al ver en la doctrina de San Pablo «que el hombre *se justifica por la fe*, sin las obras de la ley», y en San Agustín, «que la fe, por la cual el pecador se justifica y se salva, es un don de la Divina Gra-



FEDERICO EL SABIO, por L. Cranach (Mus. del Ermitaje).

cia». Tales son los textos de la Sagrada Escritura, germen de la doctrina luterana, cuyo principio fundamental es que *la fe* (esto es, la confianza en las promesas de Jesucristo), *don gratuito de la gracia de Dios, es lo único que puede justificar al hombre maleado y corrompido*. El pecador (dice Lutero) se salva no por sus méritos, sino porque le salva Jesucristo, mereciendo para el pecador la misericordia de Dios. En 1508 Lutero salió de su convento, llamado a explicar teología en la universidad de Wittenberg, recién fundada por el elector de Sajonia Federico el Sabio, uno de los príncipes alemanes que le protegieron. En 1511 hizo un viaje a Roma, donde, muy lejos de admirar la capital del mundo cristiano, pudo ver la gran ciudad del Renacimiento, brillante y corrompida. Lutero exclamaba, después, que «por cien mil florines no quisiera haber dejado de visitar Roma, pues hubiérale causado gran inquietud el temor de ser injusto con el papa».

Comienzos de la Reforma. — En septiembre de 1517 se publicó en Alemania, por mandato del pontífice León X, necesitado de dinero (entre otras cosas para sufragar los gastos de la construcción de la iglesia de San Pedro), una bula de indulgencia, que prometía a los fieles el perdón de los pecados y la restitución a la gracia y vida eterna. La indulgencia consistía en el perdón de la penitencia impuesta al pecador, indulgencia concedida a los peregrinos que acudían a Roma. El Papa la hizo extensiva a los que se abstendían de hacer la peregrinación, mediante la compra de la bula. Los frailes dominicos, delegados para predicarla y expenderla en Sajonia, desacreditaron, con su imprudente tráfico, la penitencia y confesión. Y uniéndose a ello «la diferencia de hábito, la pasión humana y el amor de la propia opinión», se resolvió Lutero a fijar, la víspera de Todos los Santos (31 octubre de 1517), en la iglesia de Wittenberg, noventa y cinco proposiciones (*thesis*) que ofrecía defender en público contra cualquier impugnador. En ellas negaba Lutero la eficacia santificante de las indulgencias sin la contrición previa; disputaba al papa la facultad de absolver sin penitencia los pecados, y combatía la eficacia de las indulgencias para librar de otras penas que las eclesiásticas. Intimidado por el nuncio para retractarse, no quiso

hacerlo, apelando «al papa mejor informado», León X no hizo caso de aquel asunto, que él llamaba «disputas de frailes» (*invidie fratesche*). La querrela estaba próxima a terminar, cuando un teólogo de la universidad de Ingolstadt, Juan Eck, invitó a sus colegas de Witenberg a una discusión solemne en Leipzig. Lutero acudió, acompañado de su amigo Felipe Melancton, profesor de griego y de hebreo en Witenberg, hombre de mucha valía, figura importante entre los fundadores de la Reforma alemana. Eck y Lutero discutieron públicamente acerca del origen de la primacía pontificia, sosteniendo este último ser de institución humana, y, como fuera acusado de *husita* por su adversario, declaró Lutero «que entre las proposiciones de Juan Huss las había verdaderamente cristianas, y que tal vez fuera difícil probar la infalibilidad de los concilios». Con esto la lucha fué agriándose. Una bula del papa declaró heréticas algunas de las proposiciones de Lutero, amenazándole con la excomunión si no se retractaba en un plazo de sesenta días.

Lutero se defendió publicando dos escritos, «A los caballeros cristianos de la nación alemana», en el que denuncia los abusos de la Iglesia y de la corte romanas; «Del cautiverio de Babilonia y de la libertad cristiana», poniendo la fe por encima de las prácticas religiosas, exponiendo dudas acerca de la doctrina de la transustanciación, concediendo a los fieles la comunión en las dos especies, combatiendo los siete sacramentos, y negando la consagración superior del clero y el poder temporal del pontífice. Pasando de las palabras a los hechos, se manifestó en abierta rebeldía, y dirigiéndose a las afueras de la ciudad, seguido de los estudiantes, el 10 de diciembre de 1520, quemó solemnemente la bula del papa.



MELANCHTON, por L. Cranach (*Galleria Uffizi*).

Dieta de Worms. — La audacia de Lutero encontró numerosos adeptos, y una viva agitación religiosa complicó en Alemania la anarquía política. Para restablecer la paz, el emperador Carlos V convocó la dieta en Worms (1521). Citado por el soberano, y provisto de un salvoconducto, compareció en ella Lutero, y, a pesar del imponente espectáculo que ofrecía la asamblea imperial, se negó a retractarse «en tanto no se le convenciera con textos de la Sagrada Escritura». La dieta condenó los escritos de Lutero a ser quemados; pero la persona del reformador se libró, merced al salvoconducto imperial. Muchos príncipes y caballeros alemanes, siguiendo al fraile rebelde, salieron de Worms. Lutero fué amparado por el elector Federico el Sabio de Sajonia, que le tuvo oculto en el castillo llamado el Wartburg, donde pudo trabajar tranquilamente en su traducción de la Biblia.

Propagación de la Reforma en Alemania. — Desde su retiro del Wartburg, y después en Witenberg, prosiguió Lutero propagando sus doctrinas, en sermones, folletos, cartas, etc. Su clásica traducción de la Biblia, en la que fué ayudado por Melanchton, puso «la palabra divina» al alcance de todos. Con ello la Reforma fué acompañada de trastornos. Las palabras de Lutero, fogosas y de una elocuencia familiar, fueron ávidamente recogidas por numerosos descontentos y oprimidos que, interpretándolas a su manera, se lanzaron a reformas sociales utópicas por procedimientos revolucionarios. La difusión de la Biblia y su libre interpretación (*el libre examen*) multiplicó las sectas reformadoras, algunas de las cuales, yendo de consecuencia en consecuencia, llegaron al absurdo. Así, por ejemplo, los *anabaptistas* (llamados así porque rechazaban el bautismo de los niños y practicaban un segundo bautismo para los adultos) suprimieron el sacerdocio y proclamaron la comunidad de bienes, fundándose en textos bíblicos. Estas doctrinas comunistas, predicadas en Sajonia y esparcidas después por Suabia, Franconia y Alsacia, promovieron un levantamiento en las clases pobres, análogo a las *jacqueries* (1) de otros tiempos, comunes a diversos países. Los campesinos alema-

(1) Palabra aplicada a todos los movimientos sediciosos de las gentes campesinas.

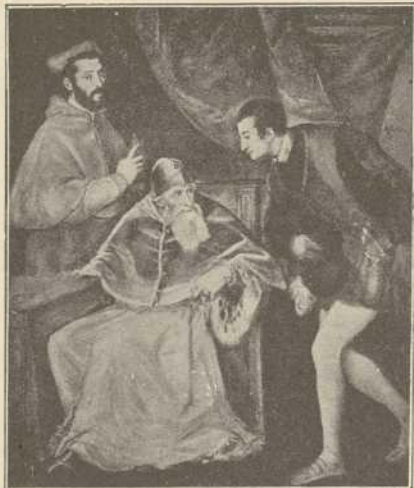
nes, exacerbados por su miseria, reclamaban la abolición de la servidumbre, de la corvea, del diezmo, la libertad de caza y pesca (privilegios señoriales entonces), el derecho de elegir libremente los sacerdotes y la libre predicación del Evangelio, apoyando sus reivindicaciones sociales con el pillaje y la destrucción de lo existente. Los sublevados, lejos de encontrar apoyo, fueron condenados por el mismo Lutero que, predicando que todo poder deriva de Dios, enseñaba que el primer deber del hombre consiste en someterse a los poderes establecidos, y publicó un violento escrito «contra los aldeanos ladrones y asesinos», incitando a las autoridades a combatirles por el hierro y el fuego. Príncipes y caballeros ahogaron en sangre aquella insurrección, llamada «guerra de los labradores».

Las violencias revolucionarias no impidieron, sin embargo, el desenvolvimiento regular y pacífico de la Reforma, aceptada espontáneamente por todas las clases sociales. Los príncipes se pusieron a la cabeza del movimiento, ya por convicción, ya porque en él encontraban un medio de enriquecerse, apoderándose de los bienes de la Iglesia y sometiendo el clero a su autoridad. El ejemplo dado por el elector Federico de Sajonia y por Felipe, landgrave de Hesse, primeros protectores de Lutero, fué seguido por otros príncipes y ciudades del norte de Alemania, contagiando Baviera y la misma Austria, países más adictos a la corte romana.

Organización de la Iglesia luterana. — Lutero, a la vez que defendía sus doctrinas contra otros reformadores y contra los humanistas esclarecidos y tolerantes, como Erasmo (1), organizaba con su amigo Melanchton un nuevo culto. El fundamento de su doctrina es que «únicamente la fe puede justificar y salvar al pecador». Fuente única de fe es la Sagrada Escritura, en la que Dios manifiesta al hombre su palabra y su voluntad. El único mediador entre el hombre y Dios es Jesucristo. En consecuencia, Lutero no

(1) Erasmo de Rotterdam tomó parte en el movimiento religioso del siglo xvi. Antes que Lutero había señalado las reformas convenientes a la Iglesia, combatiendo los abusos del clero y las supersticiones; pero, mientras Lutero quería imponer sus opiniones en materia dogmática, Erasmo declaró siempre no querer separarse de la Iglesia y someterse a su autoridad. Por esto Lutero le combatía tratándole de pagano. Erasmo censuraba a Lutero su intolerancia, manifestándose conciliador, enemigo de medidas violentas. Lutero fué un monje fanático, austero, sublevado; Erasmo, el literato que conoce la naturaleza humana y comprende la imposibilidad de reformarla violentamente.

admite más que cuatro sacramentos: bautismo, penitencia (sin confesión auricular), eucaristía o comunión (en las dos especies) y la ordenación, conferida «por la simple imposición de manos». El culto luterano queda reducido al oficio divino en alemán, con sermón, oración y canto. La jerarquía eclesiástica y el celibato desaparecen. El sacerdote — pastor — es un cristiano como otro cualquiera, apto para administrar los sacramentos. El clero, desposeído de autoridad



PAULO III, por Ticiano.

espiritual, pierde sus privilegios, quedando sometido a las autoridades laicas, como los demás funcionarios. La división política de Alemania favoreció la propagación de la Reforma. Los príncipes quedaron convertidos en jefes de sus respectivas Iglesias, secularizando los bienes del clero.

Lutero murió en su ciudad natal, en 1546. Al reivindicar los derechos de la conciencia contra los dogmas de la iglesia católica, no autorizó la libertad de pensar, y en el orden tem-

poral predicó la sumisión a la autoridad constituida. Consideró como herejes a los que no pensaban como él acerca de Jesucristo y los sacramentos. No puede negarse su sinceridad, ni su profunda religiosidad. Fué un polemista fogoso, violento e intolerante, hijo de su época. Como escritor ocupa uno de los primeros lugares entre los literatos nacionales, y como hombre de acción, como *apóstol* de una doctrina, ha sido comparado a San Pablo. Las consecuencias de su obra han sido en realidad de mucha trascendencia en la Historia.

Lucha religiosa en Alemania. — En la dieta de Worms (1521) el emperador había proscrito a Lutero y sus

partidarios, entre los cuales se contaban bastantes príncipes del imperio. Carlos V consideraba desde aquel momento el luteranismo como una herejía, permaneciendo fiel a la doctrina católica, no sólo por convicción personal, sino por conveniencia política. Sucesor de los Reyes Católicos, dueño de Flandes, de una gran parte de Italia y jefe del *Sacro Imperio*, cuya corona recibían los soberanos alemanes de manos del pontífice desde los tiempos medios, creíase obligado a conservar y defender las creencias de sus antepasados y el culto hereditario, al que permanecían fieles sus numerosos súbditos. Pero los múltiples asuntos de su complicado gobierno, las continuas guerras con Francia, contra los turcos (1), etc., habíánle impedido llevar a la práctica sus proyectos contra los herejes. Además, necesitando el apoyo de los príncipes alemanes, vióse obligado a otorgarles concesiones, permitiendo a cada uno que resolviera las cuestiones religiosas de sus respectivos territorios con arreglo a su conciencia, difiriendo la solución definitiva a la reunión de un concilio general.

Entretanto la Reforma luterana hacía grandes progresos, secundada principalmente por la clase media de las ciudades, por los humanistas y por la juventud, que veía en ella la bandera de la independencia intelectual y política de Alemania. Alarmado el emperador y hecha la paz con el pontífice, prohibió en la dieta de Spira (1529) que se hicieran innovaciones, disponiendo que todos obedecieran el edicto de Worms, que no se impidiera en ningún estado alemán la celebración de la misa, y que ninguna corporación eclesiástica fuera despojada de sus derechos. Contra este decreto *protestaron* algunos miembros de la dieta, que en lo sucesivo recibieron, ellos y los adherentes a las nuevas doctrinas, el nombre de *protestantes*.

En 1530 Carlos V reunió de nuevo la dieta en Augsburgo, con intención de hacer cesar la discordia. Los protestantes presentaron su *confesión religiosa* redactada por Melancton, manifestando que «no pretendían fundar una nueva Iglesia, sino restituir a la de Cristo su pureza primitiva». Después de largas controversias, católicos y protestantes no lograron avenirse, y estos últimos, abandonando la Dieta, se prepa-

(1) En 1535 hizo Carlos V una gloriosa expedición a Túnez y en 1541 otra a Argel, que a diferencia de aquélla, fué un completo desastre.

raron para la guerra. Rigurosas medidas fueron dictadas por los católicos contra sus adversarios, comenzando las persecuciones judiciales contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos. Los protestantes, atemorizados, formaron la *liga de Smakalda* (1531), «contra cualquiera que inquietase a alguno de los ligados por motivo de la religión». Amenazadas las fronteras de Austria y de Hungría por los turcos, con fuerzas imponentes, el emperador, para conjurar el peligro, aplazó la guerra con los protestantes, firmando con ellos la paz de Nuremberg, concertando ambas partes no

acudir a las armas y esperar la resolución del concilio, para el que instaba Carlos V urgentemente al papa.

Cuando Carlos V hubo llevado a término feliz todas sus empresas guerreras y diplomáticas, emprendió la tarea de reducir los príncipes del imperio a la creencia católica. El pontífice, Paulo III, le ayudó con dinero y soldados. Comenzó el emperador por atacar la liga de Smakalda, debilitada por querellas intestinas entre los que la constituían. El duque Mauricio de Sajonia, uno de los príncipes protestantes más poderosos de Alemania,



MAURICIO DE SAJONIA
(Grab. antiguo).

abandonó la causa de sus correligionarios, pasándose a la del Emperador, quien prometió otorgarle la dignidad electoral y un aumento territorial en sus estados. Carlos V encontró temible resistencia entre los confederados en Smakalda, cuyos jefes principales eran Juan Federico, elector de Sajonia, y el landgrave de Hesse, Felipe el Magnánimo, que avanzaban contra el emperador con un ejército de ochenta mil hombres. Carlos, al frente de sus tropas, españolas, flamencas, italianas y alemanas, les atacó, vencéndoles en *Ingolstadt* (1546) y al año siguiente en *Mühlberg*, batalla que inmortalizó Ticiano, ruidosa victoria que puso Alemania a discreción del emperador.

Alarmado el pontífice Paulo III del triunfo de Carlos V, y temiendo que la omnipotencia imperial fuese excesiva

para los intereses de la sede romana, cambió de política. El concilio general, cuya convocatoria había pedido Carlos V al papa Clemente VII y después a Paulo III, como único medio de pacificar las conciencias, había sido convocado en Trento (1) y celebrado sus primeras sesiones. El papa transfirió el concilio a Bolonia (1547) y suspendió después de golpe las sesiones; en vista de lo cual el emperador procedió a resolver la cuestión religiosa, promulgando el *Interim* (1548, en Augsburgo), especie de transacción entre el catolicismo y el protestantismo, por el cual concedía a los protestantes la comunión en las dos especies y el matrimonio de los clérigos, conservando la jerarquía y el culto católico. Este famoso edicto descontentó a católicos y protestantes. Entonces Mauricio de Sajonia, que había hecho traición a los protestantes y obtenido del emperador cuanto había deseado, renovó sus tratos con aquéllos y con el rey de Francia, traicionando a su soberano. Mauricio, que se hallaba sitiando la ciudad de Magdeburgo por cuenta del emperador, marchó bruscamente sobre Inspruck, de donde tuvo que huir Carlos V, a uña de caballo, para no caer en manos del traidor y sus secuaces. Carlos V, desconcertado, autorizó a su hermano Fernando para que firmara una tregua, y convocó de nuevo la Dieta en Augsburgo, en la cual los protestantes obtuvieron: 1.º, la libertad de conciencia; 2.º, la igualdad política con los católicos.



FELIPE LANDGRAVE DE HESSE
(Grabado alemán del siglo XVI).

(1) En el Tyrol (Austria), en 1545.

Tal fué la *paz de Augsburgo*. La libertad religiosa se aplicaba únicamente a los príncipes, no a los súbditos. Los habitantes de cada territorio venían obligados a practicar la religión que el príncipe les imponía. Además, el beneficio de la paz religiosa quedaba limitado a la secta luterana, mientras una ley, llamada *la reserva eclesiástica*, establecía la pérdida de bienes y dignidades para los que en lo sucesivo se adhiriesen a la doctrina protestante.



CARLOS V EN MÜLBERG, por Ticiano (Prado).

La reforma triunfó en Alemania del norte, mientras que los príncipes del sur, en su mayor parte, permanecieron adictos al catolicismo. El triunfo de la Reforma fué facilitado por la división política de Alemania, a la vez que su adopción debilitó el poder imperial, aumentando el de los príncipes, herederos de los bienes eclesiásticos y señores absolutos del clero en sus respectivos territorios.

La Reforma en Suiza: Zuinglio. — El movimiento reformista luterano chocó con otras dos corrientes de Reforma procedentes de Suiza, una de Zurich, otra de Ginebra, cuyos respectivos autores fueron Zuinglio y Calvino.

Ulrico Zuinglio, cura párroco de Glaris, teólogo instruido, comenzó a predicar contra el culto de la Virgen María, diciendo «que desvirtúa el de Jesucristo». Llamado a Zurich, a unas misiones, se anunció como reformador del gobierno, la religión y las costumbres. Zuinglio fué más lejos que Lutero. Rechaza todo cuanto no esté formalmente contenido en la Sagrada Escritura, y queriendo devolver al cristianismo su primitiva sencillez, extiende sus reformas a la vida pública y privada. Predicó Zuinglio contra la vida

relajada, contra los enganches para las guerras extranjeras, industria nacional suiza durante mucho tiempo. Menos místico que Lutero, su reforma iba encaminada a mejorar las costumbres. Ambos disentían en la doctrina de la cena, o sea el sacramento de la eucaristía, no viendo en él Zuinglio más que una ceremonia conmemorativa, rechazando la *presencia real* de Jesucristo.

La reforma de Zuinglio, adoptada por el gran consejo de Zurich, penetró sucesivamente en Berna, Basilea y en los cantones orientales. Las familias aristocráticas de otros cantones (Uri, Schwitz, Unterwalden, Lucerna, etc.) se aliaron al Austria para combatir a los reformistas, apoyados por las ciudades de Constanza y Strasburgo. Estalló la guerra, siendo vencidos los zurichenses en la batalla de Cappel (1531), en la que murió Zuinglio. Sin embargo, cuando se firmó la paz, cada cantón tuvo el derecho



ZUINGLIO, por Asper
(Museo zuingliano de Zurich).

de organizar libremente sus asuntos religiosos, como en Alemania después de la paz de Augsburgo.

Calvino y su doctrina. — Juan Calvino nació en Noyon (Picardía) en 1509. Enviado a la universidad de París (1523), hizo en ella serios estudios, aficionándose mucho a la teología. Por aquel tiempo comenzaba a publicarse en la capital francesa la traducción de la Biblia, «levadura de la Reforma». Cuando Calvino hubo terminado sus estudios clásicos (1527), su padre decidió dedicarle a la carrera de jurisprudencia, enviándole a Orleans y a Bourges, donde había facultades de Derecho más importantes que la de París. Hombre de austeras costumbres, fué influido por algunos escritores, como Le Févre d'Étaples, en quienes germinaban, desde principios del siglo XVI, ideas

reformistas, nacidas al calor del humanismo, consecuencia natural de la restauración de las letras antiguas.

Al iniciarse las primeras persecuciones contra los innovadores, Calvino se refugió en Strasburgo y después en Basilea, donde compuso su libro *La institución cristiana*, con un prólogo dedicado al rey Francisco I, en el que trata de justificar a sus correligionarios. Calvino trabó amistad con un sacerdote llamado Farel, discípulo también de Le Févre d'Étaples, quien le había dado a conocer la doctrina de Lutero. Farel se había establecido en Ginebra, ciudad de la



CALVINO (Casa comunal de Ginebra).

Suiza romana, presa de una gran agitación políticoreligiosa, a consecuencia de la cual habían alcanzado sus moradores un régimen autonómico y abolido el culto católico. A ruegos de Farel se estableció Calvino en Ginebra, y ambos comenzaron la obra de reforma del culto y las costumbres. Su inexorable severidad provocó la formación del partido llamado de *los libertinos*, que les desterró; pero poco después la licencia reinante fué tal que los magistrados del consejo ginebrino les llamaron de nuevo, ejerciendo hasta su muerte una autoridad absoluta sobre la religión, las costumbres y

la política de la ciudad. Calvino gobernó Ginebra en nombre de la religión, sin otros títulos que los de presidente de la congregación y del consistorio.

La doctrina de Calvino no es original, sino que participa de las de Lutero, Zuinglio y de los anabaptistas. Admite la justificación por la fe, rechaza la presencia real en la eucaristía y profesa la creencia de que la gracia, una vez recibida, no puede perderse. Hombre de una lógica rigurosa, lleva la doctrina luterana a sus extremas consecuencias. Para Calvino la fe es don gratuito y arbitrario de la gracia de Dios; el hombre nada puede hacer; de suerte que, por toda la eternidad, unos están predestinados a la bienaventuranza, otros a la condenación. Calvino fué un hombre de una sola

idea y de un solo libro: el libro es la Biblia; la idea, la gloria de Dios. El dogma de la predestinación, fundamento del calvinismo, se halla contenido en germen en el judaísmo. Calvino lo desenvuelve y aplica todas sus consecuencias, estableciendo una doctrina cuyos caracteres son una sencillez rigurosa y una triste austeridad.

La sencillez de la doctrina reduce el culto a lo estrictamente necesario: la oración, la predicación y el canto de los salmos. La jerarquía eclesiástica queda abolida. La moral, de una rigidez inflexible, regula todos los actos de la vida: el vestido, la comida, los espectáculos, etc. Guardián celoso del dogma y de la moral, Calvino fué, como todos los de su época, intolerante e inexorable para los que no pensaban como él. Entre sus víctimas pereció el médico aragonés Miguel Servet, supuesto descubridor de la circulación de la sangre, autor de un libro que refuta las doctrinas de Calvino y expone ideas moderadas acerca de la redención humana.

Al morir Calvino, en 1564, dejó fundada una secta religiosa que había de propagarse a otros países. Ginebra, ciudad libre, situada entre pueblos católicos y protestantes, fué un gran foco de propaganda y un baluarte del protestantismo que, por medio de la imprenta, no cesó de esparcir a los cuatro vientos la Biblia y numerosos libros de instrucción y de controversia.

BIBLIOGRAFIA. — Véase la del capítulo siguiente.



MIGUEL SERVET (*Grabado de la época*)



PALACIO DE HAMPTON-COURT (*tipo de arquitectura inglesa del Renacimiento*).

LA REFORMA EN INGLATERRA

El humanismo en Inglaterra. — Enrique VII Tudor fundó en Inglaterra la monarquía absoluta. Durante su reinado se formó en la universidad de Oxford una escuela de humanistas, por obra de los cuales había de lanzarse Inglaterra en las vías del Renacimiento y de la Reforma. Fueron los principales Juan Colet y Tomás Moro. El primero, después de haber visitado Roma y Florencia «sin contagiarse de paganismo», concibió el estudio de la lengua y civilización griegas únicamente como un medio más eficaz para interpretar los Evangelios, y fué el primero en explicar en Oxford el texto original de las epístolas de San Pablo. Fué Colet maestro de Erasmo. Tomás Moro fué un filósofo y jurista de nombradía, autor de *El reino de Utopía* (1),

(1) Trad. castellana por G. A. de Medinilla, Madrid, 1798.

tratado de política en el que expone ideas reformadoras en defensa de la justicia, la libertad, la tolerancia y la difusión de la cultura. Los humanistas de Oxford eran católicos. Su aspiración, libertar el espíritu humano de las trabas escolásticas y purificar la Iglesia.

Enrique VIII. — En 1509 ocupó el trono Enrique VIII, hombre de constitución atlética, sensual, aficionado a las bellas letras y a las disputas teológicas, príncipe en quien veían los humanistas una esperanza. El poder absoluto de la monarquía legado por su padre, Enrique VII, fué, en un principio, ejercido por su ministro, el cardenal Wolsey, cuyas imprudentes reformas eclesiásticas hicieron el *papismo*



JUAN COLET, por Holbein.

impopular en la opinión pública y prepararon el absolutismo que, en materia religiosa, había de ejercer más tarde el monarca.

Casado Enrique VIII con la princesa española Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, y ambicionando su ministro Wolsey la tiara, la política de ambos había sido adicta a la Santa Sede y a España. Otro motivo de adhesión a la ortodoxia era el deseo del rey de asegurar la corona a su hija única, María, a la que pensaba casar con el emperador Carlos V. Enrique VIII había escrito un libro contra Lutero, servicio premiado por la Santa Sede con el título de *defensor de la fe*. Pero, en 1527, cambiaron las cosas.



TOMÁS MORO, por Holbein (*Bibl. del palacio de Windsor*).

El matrimonio de Carlos V con doña Isabel de Portugal, la inclinación de Wolsey a Francia y el odio que se había atraído por sus reformas eclesiásticas y por sus enormes riquezas, orientaron la política en otro sentido. Enrique VIII rompió su amistad con Carlos V y con el papa, instrumento del emperador. Deseando hijos varones, pensó en divorciarse.



ENRIQUE VIII, por Holbein (*Castillo de Windsor*).

Su ministro, que acariciaba la idea de una unión con Francia, fracasó en sus negociaciones con Roma para obtener el asentimiento del pontífice, que se negó a autorizar el divorcio, mientras los enemigos del cardenal azuzaban al rey contra Wolsey y contra Roma, valiéndose de Ana Bolena, dama de la corte, joven y bella, que había cautivado al monarca.

Los sucesores del cardenal, entre ellos el humanista Tomás Moro, no consiguieron tampoco del papa la autorización del divorcio. Entonces el rey, aconsejado por un aventurero, Tomás Cromwell,

decidió seguir el ejemplo de los príncipes alemanes y rechazar el yugo de Roma. Sus primeras medidas fueron obtener la sumisión de la Iglesia nacional, que otorgó al monarca el título de «protector y jefe supremo de la Iglesia», no sin la protesta de algunos eclesiásticos esclarecidos, como Warham, arzobispo de Canterbury, y el mismo Tomás Moro, que renunció su cargo de canciller. En 1533 Tomás Crammer, elegido arzobispo de Canterbury y primado de Inglaterra, anuló el matrimonio del rey con Catalina de Aragón, y tres meses más tarde Ana Bolena fué proclamada reina. Enrique VIII, Crammer y Cromwell emprendieron, a partir de 1533, la tarea de reformar la Iglesia en Inglaterra.

La supremacía real. — Enrique VIII legisló en materia religiosa despóticamente. Persiguió a los católicos porque rechazaban su supremacía espiritual, y a los luteranos porque negaban los dogmas católicos. El obispo Fisher y el ex canciller Tomás Moro fueron decapitados, por haber desaprobado las violencias del rey-pontífice. Los bienes de los conventos, que ascendían a la vigésima parte de la renta nacional, fueron confiscados por la corona. Estas medidas provocaron una insurrección en los campos del norte, que fué duramente reprimida. Finalmente, el *Estatuto de los seis artículos*, promulgado en 1539, reguló las creencias, castigando las infracciones. Credo y código penal a un tiempo, fué llamado el *Bill de sangre*. Aquel *Estatuto* conservaba los dogmas, ritos, ceremonias y jerarquía católicos, proscribía el celibato del clero, la confesión auricular, los votos monásticos, las misas rezadas y la creencia en la transubstanciación.

Esta reforma, dictada para satisfacer intereses personales, no fué más que un *cisma* que substituía la autoridad del rey a la del papa en materia eclesiástica. Enrique VIII empleó su omnipotencia para satisfacer sus pasiones. Después de Ana Bolena, que subió al cadalso (1), tuvo sucesivamente otras cuatro esposas. Voluptuoso y sanguinario, recuerda la época de los tiranos de la antigua Roma.

Con la publicación de la Biblia en lengua vulgar propagó Enrique VIII el protestantismo en su país. La Reforma



EL CARDENAL WOLSEY (Palacio de Hampton-Court).

(1) Cuéntase que Ana Bolena decía que Enrique VIII la había querido tanto que, no contento con haberla hecho reina, la enviaba santa al cielo.

real quedó limitada a algunas modificaciones insignificantes; pero a su sombra creció una Reforma popular, que fué apartándose lenta y profundamente de los dogmas y de la disciplina católica.



ANA BOLENA (Gal. nac. de Londres).

prácticas luteranas y calvinistas con el catolicismo. El rey fué jefe de la Iglesia, atribuyéndose el nombramiento de los preladados. La lengua vulgar substituyó al latín mediante el uso popular de la Biblia anglicana, un catecismo imitado del luterano y un libro de oraciones común. La misa fué reemplazada por la comunión en las dos especies, y el celibato del clero abolido; pero fué conservada la ordenación y el derecho divino de los obispos, la jerarquía eclesiástica, el uso de los ornamentos sagrados y otros dogmas y prácticas del catolicismo.

María Tudor: reacción católica. — El orden de sucesión a la corona llamó a reinar a María Tudor, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, educada en la ortodoxia y adicta a la fe católica.

El duque de Northumberland intentó excluirla del trono, haciendo proclamar a Juana Grey, sobrina de Enrique VIII,

Eduardo VI: organización de la Reforma anglicana. — Eduardo VI, hijo de Juana Seymour, único varón que dejó Enrique VIII, sucedió a éste. El poder fué ejercido por su tío materno, el duque de Somerset, que gobernó con el título de protector de Inglaterra, organizando, de concierto con su amigo Crammer, la Reforma.

La Reforma anglicana concilió parte de las doctrinas y de las



TOMÁS CRAMMER (Gal. nac. de Londres).

con objeto de conservar el protestantismo; pero la lealtad monárquica de los ingleses y las promesas de María Tudor de mantener la libertad religiosa atraieron el pueblo a su causa.

Católica ferviente, aconsejada por Carlos V e interesada en el triunfo de su religión, por la que habían padecido ella y su madre durante largo tiempo, María Tudor olvidó en el trono la tolerancia prometida. Comenzó por hacer abolir la liturgia establecida por Eduardo VI, restableciendo el culto católico en toda su pureza. Los obispos protestantes y los sacerdotes casados fueron depuestos. El cardenal Pole, nombrado arzobispo de



EDUARDO VI (Museo de Bruselas).

Canturbery, reconcilió el país con la Santa Sede.

El triunfo del catolicismo pareció asegurado por el enlace de María Tudor con su sobrino Felipe II, rey de España, hijo del emperador Carlos V (1554). La situación, educación y creencias de Felipe le convertían, como veremos, en terrible adversario de la Reforma. María Tudor secundó con el mayor celo los designios de su joven esposo, impopular en Inglaterra, ayudándole en sus empresas en el exterior y persiguiendo en el interior del reino a los protestantes, con tal rigor, que fué llamada por éstos *María la sangrienta*.



MARÍA TUDOR (Galería Nacional de Londres).

Tantas crueldades fueron inútiles. María Tudor murió sin hijos, pasando la corona a la hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, Isabel.

BIBLIOGRAFIA. — Véase la del capítulo siguiente.

LA CONTRARREFORMA

La Contrarreforma. — Por oposición a la Reforma protestante se ha dado el nombre de *Contrarreforma* a la reorganización o *reforma* de que fué objeto la Iglesia católica durante el segundo tercio del siglo XVI. Amenazada la Iglesia romana por los rápidos progresos del protestantismo en sus diversas formas, todas las personas cultas o piadosas que se habían mantenido fieles a la autoridad pontificia reclamaban con urgencia la supresión de los abusos existentes, es decir, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Aquel deseo no era una novedad, puesto que desde el siglo XIV venía clamándose inútilmente contra la corrupción general de la Iglesia. La agresión del protestantismo fué un acicate poderoso, y la nueva orientación de la Iglesia católica fué establecida en el concilio de Trento; pero la *reforma* partió de las órdenes religiosas, ya de las antiguas reformadas, ya de otras nuevas.

Nuevas órdenes religiosas. — De un modo análogo al ejemplo dado en el siglo XI por los cluniacenses, la regeneración de la Iglesia fué obra de las Ordenes religiosas en el siglo XVI. Reformáronse muchas existentes, como los camaldulenses y los franciscanos, tomando estos últimos el nombre de capuchinos, a la vez que se fundaron otras muchas, como la de los *teatinos*, orden encaminada a reformar la vida, costumbres e instrucción del clero secular; la *Congregación del Oratorio*, destinada a la predicación, ejercicio del culto y conversión de infieles y herejes; la de *San Juan de Dios*, consagrada a los pobres y enfermos, etc.; pero de todas ellas la más célebre, y que mayores servicios prestó a la Iglesia, fué la de los *jesuitas*, fundada por el español Ignacio de Loyola.

Ignacio de Loyola: fundación de la Compañía de Jesús. — Iñigo López de Recalde, conocido por Ignacio de Loyola, hijo de noble familia guipuzcoana, nació en Azpeitia, en 1491. Siguió la carrera militar y fué herido en el sitio de Pamplona, en 1521. Durante su convalecencia se entregó con pasión a lecturas místicas, que le decidieron por la vida religiosa, y comenzó a practicarla haciendo penitencia en Montserrat, Manresa y otros puntos. Después de ir en peregrinación a Jerusalén, comenzó sus estudios eclesiásticos en Barcelona, Alcalá y Salamanca; pero no sacó de ellos gran provecho. Empleaba mucho tiempo en doctrinar a la gente del pueblo y ejercitarla en prácticas de vida espiritual, promoviendo corrientes de afecto y simpatía a la vez que inspiraba recelos a la autoridad eclesiástica, pues en aquel tiempo, de perturbaciones y revueltas religiosas, llamaba la atención que un lego como él pretendiera enseñar a los demás y dirigir a las gentes por el camino de la perfección cristiana. Se le formaron varios procesos (1) y, aunque declarado inocente, se le prohibió predicar; pero Loyola, aun cuando moderó su celo, no cesó de persistir en su idea y hacer prosélitos.

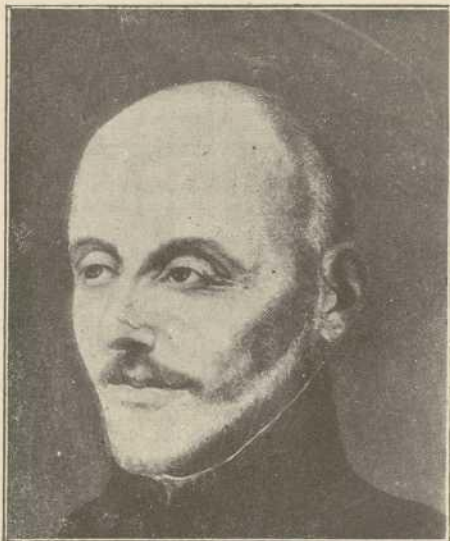
Con objeto de adelantar en su instrucción, marchó a París (1528). Allí se le juntaron algunos amigos, casi todos españoles, Diego Lainez, Alfonso Salmerón, Francisco Javier, etc., hombres inteligentes y virtuosos. Reunidos un día (15 de agosto de 1534) en una capilla del monte de los mártires (Montmartre), próxima a París, bajo la dirección de Iñigo, graduado entonces de maestro en artes, hicieron voto de pobreza y de consagrar su vida al bien del prójimo, disponiendo, como preparación para ello, hacer un viaje a Tierra Santa, que no llegaron a realizar.

En 1537 llegó Ignacio a Roma. Uno tras otro se le juntaron sus compañeros, para ponerse a las órdenes del papa y ocuparse en el servicio de Dios y de la Iglesia. Comenzaron por ejercer el ministerio sacerdotal, principalmente la predicación y la enseñanza. Finalmente, después de muchas vicisitudes, llegaron a dar forma a la sociedad que habían constituido, hasta convertirla en instituto religioso, aprobado por el pontífice Paulo III en 1540, por la bula *Regi-*

(1) Véanse *Los tres procesos de San Ignacio de Loyola...*, por F. Fita, en *Bol. de la A. de la H.*, t. XXXIII, p. 422-461 y 512-536.

mini militantis Ecclesiae, con el nombre de *Compañía de Jesús* (1). El motivo principal que indujo al papa a confirmar la fundación de la Compañía fueron los progresos del protestantismo y las dificultades por que atravesaba la Iglesia, influyendo en aquella fundación gentes poderosas, como el

rey de Portugal, Juan III; Margarita de Austria, hija natural del emperador Carlos V; el cardenal Alejandro Farnesio, nieto del papa; etc.



SAN IGNACIO DE LOYOLA, por Sánchez Coello
(Catedral de Madrid).

Organización y carácter de la Compañía de Jesús.—Ignacio de Loyola fué un hombre de pocas ideas, pero de una tenacidad y constancia asombrosas. De aspecto humilde y austero, la voluntad, nota distintiva de su carácter, le guió en todos los trances de su vida, y toda ella la aplicó a la fundación de la *Compañía*, a su

gobierno y constituciones, a los *ejercicios espirituales*, «producto el más espontáneo de su espíritu y encarnación de su manera de ser» (2). En este libro trazó el programa de la Compañía, «representando a Dios como un general, cuyos soldados son los jesuitas». El antiguo soldado supo imprimir

(1) El nombre de *Compañía de Jesús* no fué aplicado según se cree en el sentido de *militia*, como se entendió después, llevados los jesuitas de su carácter batallador, puesto que San Ignacio daba el nombre de *compañía* a todo grupo de gentes reunidas para cualquier fin o intento piadoso, aplicándose aquel nombre a institutos análogos. Ver Miguel Mir, *Hist. interna y doc. de la Compañía de Jesús* (Madrid, 1913), t. I, p. 151.

(2) Son los *ejercicios espirituales* un método o sistema de dirección espiritual «para vencerse a sí mismo y ordenar la vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea», sacados de las Sagradas Escrituras y de las experiencias que San Ignacio tenía de la vida espiritual. Contienen muchas cosas de un *ejercitatorio* del abad de Montserrat fray García de Cisneros. La primera edición publicada fué en 1548. M. Mir, ob. cit., t. I, p. 513).

a su orden un aire de disciplina militar, a la que debió con el tiempo su extraordinario éxito. A los votos de castidad, pobreza y obediencia, comunes a todas las ordenes religiosas, anteponen los jesuítas el de *obediencia pasiva* al papa, voto característico, que convierte la Compañía de Jesús en una potencia independiente de los poderes laico y episcopal. El jesuíta, en manos de su superior, es «como cuerpo muerto en manos de un cuerpo vivo», *perinde ad cadaver*, «como un bastón en manos de un anciano». «Si lo que nos parece blanco, nos dice el superior que es negro, debemos decir que es negro.» Todo «a la mayor gloria de Dios» — *A (d) M (ajorem) D (ei) G (loriam)* —.

Es muy difícil inquirir el espíritu que anima la Compañía de Jesús, la cual, desde sus primeros tiempos, ha tenido singularísimo empeño en envolver sus reglas, constituciones y ejercicios en las sombras de la vaguedad y del misterio (1). Los jesuítas no practicaron el ascetismo ni la vida contemplativa de otras órdenes religiosas. Mientras el protestantismo resucitaba el espíritu austero de San Pablo y San Agustín, y amedrentaba al pecador amenazándole con los rigores de la divina Justicia, el catolicismo jesuíta adoptaba una política hábil, haciendo la religión amable e indulgente con la fragilidad humana, «aligerando las cadenas del espíritu para mejor dominarlo».

Los jesuítas fueron exceptuados de una gran parte de ejercicios devotos que consumen demasiado tiempo; no vistieron hábito especial; se presentaron en el mundo exteriormente agradables; la formación de sus individuos se hizo sobre la base de dedicar a cada cual conforme a sus aptitudes: unos la enseñanza, otros la predicación, otros la dirección de la conciencia ajena. Dejando de lado la enseñanza del bajo pueblo, dirigiéronse preferentemente a cautivar gentes ricas o linajudas, procurando atraérselas e interesarlas en los fines de «la Compañía», formándose de este modo numerosas sociedades laicas más o menos afiliadas a su instituto.

(1) La historia de este instituto religioso es enigmática. El investigador permanece perplejo ante dos grandes grupos de *historias*: unas encomiásticas (escritas naturalmente por jesuítas o sus partidarios), otras detractoras, obra de sus adversarios, que son muchos, en la Iglesia tanto o más que fuera de ella. Los documentos indispensables para escribir a verdadera historia de la Compañía de Jesús o no existen o son inasequibles al público, al pesar de estar publicados.



1. L'Orateur du
 Roy Philippe
 2. Le Secrétaire
 du Concile
 Le Théologien
 rapportant son
 opinion.
 3. Les Car-
 dinaux.

La véritable Representation de l'Assemblée des Pères du Concile
 de Trente commence sur la fin del'année 1545. Fini vers celle de
 1563. sous le Pontificat de Paul III. de Jules III. Ignace II. de Paul
 IV. et de Pie IV. Il y eut XXV. sessions. et il y y trouva VII. Cardi-
 naux cinq des-quels estoient Legats du Siège Romain. XVI.
 Ambassadeurs de Rois. Princes et Républiques. CCL. Pères
 archies. Archeueques. Eueques. Abbes. et Jeneraux d'ordres
 tous Theologiens et Docteurs en Droit civil et en Droit Canon.

5. Les Legats
 du Siège Aposto-
 6. Les Orateurs
 Ecclesiastiques
 7. Les Orateurs
 Laïcs.
 8. Les Leues
 Courrier.

EL CONCILIO DE TRENTO (Grabado del siglo XVII).

En la lucha contra la Reforma protestante desempeñaron un papel importantísimo, análogo al de los dominicos contra los albigenses; pero, mezclados en las luchas políticas, suscitaron odios al par que simpatías. Alcanzaron gran reputación como educadores de la juventud, y se les vió influir poderosamente en el gobierno de algunos países europeos.

Ignacio de Loyola, elegido por sus compañeros primer general de la orden, fijó la residencia central de la misma en Roma. A su muerte, ocurrida en 1556, la Compañía se hallaba en plena prosperidad, contando más de mil adherentes, repartidos en trece provincias. Su acción se extendió a las Indias orientales y occidentales, llegando a gobernar pueblos enteros, como ocurrió con las misiones del Paraguay. Creció la orden, protegida principalmente por los príncipes de la casa de Austria, pero, su índole especial y una multitud de circunstancias, le acarrearón numerosos enemigos, hasta ser abolida por el propio jefe supremo de la Iglesia, como veremos, y resucitada después.

El concilio de Trento. — El concilio de Trento (1545-1563) es uno de los más capitales acontecimientos de la historia del catolicismo, puesto que de él deriva la organización actual de la Iglesia católica.

La petición de reforma de la Iglesia, *in capite et in membris*, no había cesado desde los tiempos del *cisma de occidente*, pues los concilios de Constanza, Basilea, Pisa, Florencia y otros, sólo habían promovido reformas fragmentarias. Preocupados los pontífices, desde mediados del siglo XVI, «por el peligro turco», por las intrigas políticas de la época y por las artes del Renacimiento, relegaron a segundo término los asuntos eclesiásticos. Cuando los innovadores luteranos amenazaron la unidad de la fe, insistieron los católicos en pedir la convocación de un concilio, como único medio de poner fin a las controversias religiosas. Los papas Adriano VI (1522-1523) y Clemente VII (1523-1534), el primero cediendo a la petición de varias *dietas* alemanas, y el segundo instado por Carlos V, se dispusieron a convocarlo; pero no llegó a reunirse hasta 1545, bajo el pontificado de Paulo III, después de obstáculos y vacilaciones sin cuento, y cuando era ya tarde para someter a todos los disidentes.

Reunido en Trento, el famoso concilio duró diez y ocho

años, celebrándose sus sesiones en tres períodos: el 1.º, bajo el pontificado de Paulo III, desde 1545 a 1548; el segundo, ocupando la Sede romana Julio III, desde 1551 a 1552, y el último, siendo pontífice Pío IV, desde 1562 a 1563, en que terminó.

La primera sesión fué interrumpida por la ruptura entre el papa y Carlos V, deseoso el emperador de introducir en la Iglesia algunas reformas gratas a los protestantes, y limitar la autoridad pontificia. Paulo III transfirió el concilio a Bolonia; pero una parte del episcopado, adicta al emperador, continuó en Trento.

La segunda vez el concilio se separó ante las amenazas de los protestantes, confederados contra Carlos V, los cuales se dirigían en actitud belicosa sobre el Tyrol (1).

La tercera sesión fué la más importante en resultados. La dirección de los trabajos del concilio fué llevada por el legado del papa. Entre sus miembros se distinguieron los jesuitas (el segundo general de la Orden, Diego Láinez) y los obispos españoles, entre otros, don Pedro González de Mendoza, don Martín Pérez de Ayala, don Pedro Guerrero, etc., habiendo podido decir un escritor moderno que el concilio de Trento «fué tan español como ecuménico» (2). El triunfo de la corte pontificia fué completo. Las deliberaciones se cerraron después de la 25.ª sesión. Pío IV, por la bula *Benedictus Deus*, sancionó las decisiones del concilio; pero reservando su interpretación a la Santa Sede.

Decretos del concilio de Trento. — Los principales decretos del concilio de Trento, referentes unos al dogma, otros a la disciplina, fueron los siguientes:

Afirmación del dogma católico, declarando la tradición eclesiástica de igual valor que las Sagradas Escrituras (3), la validez de los siete sacramentos, la liturgia en latín, las buenas obras para justificación del pecador, el culto de los santos y de las reliquias, y el celibato del clero.

Hacer obligatoria a los prelados la residencia en sus diócesis.

Prohibir la acumulación de beneficios eclesiásticos.

(1) Comarca de Austria en la que se halla situada la ciudad de Trento.

(2) Menéndez y Pelayo: *Hist. de los heterodoxos españoles*, t. II, p. 685.

(3) Fué declarada única versión auténtica la traducción hecha por San Jerónimo, llamada la *Vulgata*.

Instituir seminarios conciliares para educación y enseñanza de los jóvenes destinados a la carrera eclesiástica.

Otras muchas reformas derivaron de aquel concilio, como el establecimiento de la *congregación del índice*, encargada de dictaminar acerca de los libros que el catolicismo considera nocivos a los fieles.

La jerarquía eclesiástica, declarada de *institución divina*, quedó rigurosamente establecida bajo la autoridad absoluta del papa, considerada superior a la de los concilios. Los obispos, dependientes del papa, quedaron, en lo sucesivo, investidos de mayor autoridad que la que habían tenido antes sobre los clérigos seculares y regulares de sus respectivas diócesis.

De este modo el concilio de Trento reemplazó la constitución aristocrática y representativa de la Iglesia de los tiempos medios por una *monarquía absoluta y centralizada*. El dogma, fijo para siempre, quedó abstraído a toda tentativa innovadora.

Resultados del concilio de Trento. — Exceptuando la casa de Austria, los demás príncipes católicos protestaron de las decisiones del concilio, que atentaban a la independencia de las Iglesias nacionales y disminuían su autoridad sobre el clero; pero la obra del concilio fué mantenida. La Iglesia reconquistó parte del terreno perdido: Alemania del sur, Francia, algunos cantones suizos, Polonia, etc. Ahogado el protestantismo en España e Italia por la Inquisición, el catolicismo se aprestó a llevar la guerra a los territorios donde había triunfado la Reforma protestante.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de un asunto tan vasto y tan complejo como la Reforma en los distintos países de Europa es absolutamente indispensable acudir a las bibliografías nacionales. En castellano pueden leerse F. de Bezold, *Hist. de la Ref. religiosa en Alemania* (t. VIII de la *Hist. Univ.* de Oncken); Ludovico Pastor, *Hist. de los papas*, citada (t. I, p. 321), y para el protestantismo en España, Adolfo de Castro, *Hist. de los protestantes*

esp. (Cádiz, 1841), y Menéndez Pelayo, *Hist. de los heterodoxos esp.* (ed. de 1881), t. II. — Una excelente obra moderna sobre Lutero es la de H. Denifle, *Luther et le luthéranisme*, trad. fr. de J. Paquier (Paris, A. Picard, 1913, 4 vols.), seguida de la iconografía del fundador del luteranismo. Para la Reforma en Inglaterra son instructivos los libros de lord Macaulay (trad. castellana, Madrid, Bibl. clás.), entre otros los *Estudios críticos, Vidas de*

políticos ingleses y la *Hist. de la revolución inglesa*. Para la Compañía de Jesús una bibliografía crítica muy útil se halla en la obra del docto publicista don Miguel Mir: *Hist. interna y documentada de la Compañía de Jesús* (Madrid, J. Ratés, 1913), t. II, págs. 793-815. Un excelente manual es el de H. Boehmer: *Les Jésuites*, trad. de Monod (París, A. Colin, 1910). Para el concilio

de Trento puede leerse la excelente obra de Martín Philippson, *La Europa occidental en tiempo de Felipe II de España...*, etc. (t. VIII de la *Hist. Univ.* de Oncken). Muy importante es también la obra de Ranke, citada acerca del papado, y para más detalles acudase a la Bibliografía de la *Cambridge modern history*, citada en la página 68.

PREPONDERANCIA DE ESPAÑA EN EUROPA

Ultimos años del reinado de Carlos V. — Después de la batalla de Mühlberg (1547) y la sumisión de los príncipes del imperio, pudo creer Carlos V que su supremacía en Europa quedaba consolidada. Vencedor del rey de Francia en tres guerras consecutivas, del soberano pontífice y de todos los estados italianos independientes, veía establecido su poder en Nápoles y en el ducado de Milán. Los Médicis, investidos por él de la soberanía de Florencia; los duques de Ferrara y el marqués de Mantua, eran aliados suyos. Disponía de Génova, gobernada por el famoso almirante Andrea Doria, dueño del Mediterráneo. Había reducido la poderosa república veneciana a mantenerse neutral, y sometido la Santa Sede a su política. Italia entera, por interés o por temor, quedaba constituida territorial y políticamente con arreglo a las miras imperiales. Victorioso de los turcos, poseía en Africa del Norte importantes plazas frente a los dominios españoles, extendidos desde Granada a Sicilia; pero la enorme extensión de sus estados, la multiplicidad de asuntos de su gobierno, las enfermedades, las fatigas de una existencia laboriosa y agitada, y su ardiente piedad, decidieron al emperador a la renuncia del mundo, para acabar tranquilamente sus días en solitario retiro.

Antes de descender del trono, quiso Carlos V asegurar la hegemonía de su familia en Europa, mediante una estrecha alianza entre sus dos ramas: la *primogénita*, o *española*, representada por su hijo Felipe; la *lateral*, o *austriaca*, por su hermano Fernando, *rey de romanos*, y el hijo de éste, Maximiliano. A pesar de la oposición de estos dos últimos, quiso Carlos y convinieron todos en que, una vez Fernando le sucediera en el imperio, el príncipe Felipe sería elegido *rey de romanos*, título que pasaría después a Maximiliano, cuando

aquél obtuviera la dignidad imperial. Quería, pues, Carlos V que su hijo Felipe heredase el imperio, cuya autoridad consideraba necesaria para la posesión y defensa de los Países Bajos y de Italia.

El príncipe Felipe era antipático a los alemanes, por su carácter altanero y reservado y, más que otra cosa, por su apego a España, donde había nacido y se había educado. Además, el arreglo convenido entre Carlos y su hermano anulaba, de hecho, la Bula de oro, convirtiendo en cierto modo en hereditaria la corona del imperio, contra los derechos de los príncipes electores. Sometido el proyecto a la ratificación de éstos, en la segunda dieta de Augsburgo (1550), rehusaron los príncipes, mientras el emperador, que se había dirigido a Inspruck para ejercer desde allí su influencia sobre el concilio de Trento, hubo de ver muy pronto sus planes fracasados. Protestantes y católicos se dispusieron a la resistencia, formando contra él una misteriosa coalición, en la que entraron amigos y enemigos. El rey de Francia, Enrique II, sostuvo a los descontentos de Alemania e Italia, renovando alianzas con el Gran Turco, que ya Francisco I había buscado para combatir a su adversario. El emperador se vió de improviso cogido entre dos fuegos. Falto de tropas, por haberlas licenciado después de su campaña de Alemania, y expuesto a tantas agresiones a la vez, enfermo y agobiado, hubo de negociar con sus enemigos, aceptando, por el tratado de Passau, el *statu quo* político y religioso de Alemania; pero exigiendo la ruptura de los confederados con el rey de Francia.

Después de esta transacción, se dirigió Carlos V contra Enrique II, que se había apoderado de Metz, Toul, Nancy y otras plazas. Aquella campaña fué desastrosa para el emperador, que se vió obligado a levantar el sitio de Metz después de perder muchos hombres (1552). Aludiendo más tarde a aquel desastre, decía que «la fortuna es una dama caprichosa, que sólo favorece a los jóvenes» (1). Sin embargo, la guerra contra Enrique prosiguió con diversos intervalos y vicisitudes. El emperador dirigía personalmente las operaciones militares, sin descuidar las negociaciones diplomáticas convenientes a sus fines políticos.

(1) Esta célebre frase parece que la escribió Maquiavelo, siendo atribuida a Carlos V por el P. Faminiano Estrada, historiador del siglo XVII, en su libro *Las guerras de Flandes*.

En 1553 subió al trono de Inglaterra María Tudor. Carlos V, para procurarse un apoyo contra Francia, negoció el matrimonio de aquella reina con su hijo el príncipe Felipe, efectuado en 1554. Las ventajas que a la política del emperador procuró aquel enlace fueron contrarrestadas por la elevación a la silla de San Pedro del cardenal Caraffa, con el nombre de Paulo IV, noble napolitano, acérrimo enemigo del emperador y de los españoles, a quienes detestaba, calificándoles de herejes, cismáticos y enemigos de Dios. Aquel irascible y austero pontífice, deseando librar a Italia de la dominación española y establecer en la península la hegemonía pontificia, se aliaba con el rey de Francia, encendiéndose nuevamente la guerra en Italia. Pero la energía de Carlos V triunfó de todos los obstáculos, obligando a Enrique II a retirarse. Habiendo mediado la reina de Inglaterra, cesaron las hostilidades; firmándose, en 1556, la *tregua de Vaucelles*.

Su abdicación. — Durante el curso de su agitada existencia, Carlos V había sentido más de una vez vivos deseos de abandonar el poder, afirmando algunos que ya al regreso de su campaña de Túnez (1535) había aludido a aquella idea, que no se convirtió en resolución hasta más adelante y que no pudo realizar hasta 1555, por las circunstancias que hemos señalado. Quiso Carlos V renunciar al poder supremo de una manera solemne. El 25 de octubre de 1555, a presencia de los Estados generales de los Países Bajos, reunidos en el palacio de Bruselas, rodeado de su familia, de los altos funcionarios y embajadores extranjeros, después de exponer los motivos que le inducían a dejar la pesada carga de los negocios públicos, cedió a su hijo Felipe la soberanía de aquellas provincias. El 16 de enero siguiente abdicó las coronas de Castilla, Aragón y los dominios de Italia, y el 10 de junio le transmitió el condado de Borgoña, difiriendo, por razones políticas, la transmisión de la dignidad imperial a su hermano Fernando al mes de febrero de 1558, elección ratificada por los electores en la dieta de Francfort (20 de marzo de 1558).

Acompañado de sus hermanas y de algunos fieles servidores, embarcó en Flessinga, el 17 de septiembre de 1556, con rumbo a España, dirigiéndose al monasterio de Yuste (Extremadura), donde había de pasar el resto de sus días.

Acerca de la estancia del emperador en aquel monasterio se forjaron leyendas, que la crítica moderna rechaza (1). Aunque entregado con frecuencia a ejercicios piadosos, viviendo en constante relación con los monjes, su vida no fué la de un cenobita, sino que, respondiendo a las solicitudes



ABDICACIÓN DE CARLOS V (*Tapiz de la época; palacio comunal de Bruselas*).

de su hijo Felipe, se preocupó e intervino en los asuntos políticos, recibiendo en audiencia a grandes personajes, dirigiendo negociaciones diplomáticas, estimulando el celo de las autoridades en la persecución y castigo de los herejes, etc. Murió el emperador el 21 de septiembre de 1558.

(1) Entre otras es famosa la que se refiere al hecho de haber dispuesto Carlos V la celebración de sus funerales en vida. Como cierto lo da el relato de los monjes jerónimos de la comunidad de Yuste. Sobre su base añadieron una multitud de fantasías historiadores como Robertson (*Hist. de Carlos Quinto*, libro XII) y otros muchos. La cuestión ha sido estudiada, a la luz de numerosos documentos, por Gachard (*Retraite et mort de Charles Quint au monastère de Yuste*, Bruxelles, Hayez, 1854, t. I, p. 52-74), quien afirma, en definitiva, hallar iguales motivos de duda que de crédito; y por Mignet (*Charles-Quint. Son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, Paris, 9.^a ed., 1877, p. 403 y ss.), que niega rotundamente el hecho. Sin embargo, creemos muy atendibles los argumentos de Gachard para dejar la resolución de este asunto pendiente de duda.

La herencia de Carlos V: supremacía de España. — El heredero de Carlos V, su hijo Felipe II, nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527. Su reinado abarca casi toda la segunda mitad del siglo XVI, período caracterizado por grandes luchas religiosas. Desde muy joven, Felipe II fué iniciado por su padre en los asuntos políticos (1), y en 1543 se encargó, por ausencia de éste, del gobierno de España. A diferencia de Carlos V, de carácter jovial y expansivo como sus compatriotas, Felipe II fué muy español, decididamente español, por convicción y voluntad, mejor quizás que por temperamento.

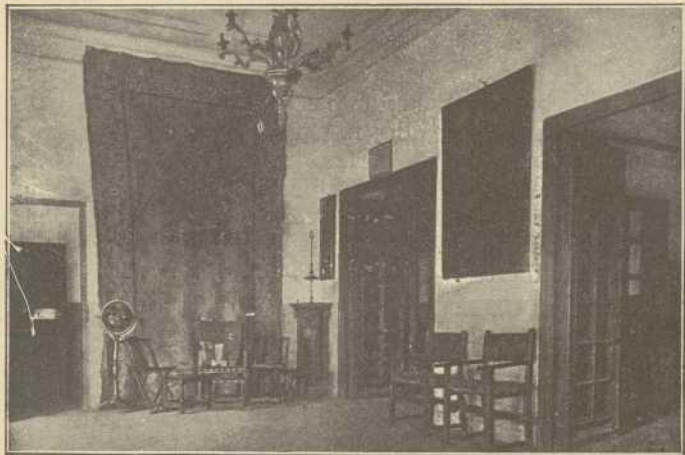
Felipe II fué el monarca más poderoso de Europa. Su matrimonio con María Tudor puso a su disposición las fuerzas de Inglaterra, y le dió un punto de apoyo considerable para luchar contra Francia. Las posesiones de Italia, Nápoles y el Milanesado le franqueaban el paso de Alemania; los Países Bajos le hacían señor del país más rico y floreciente de Europa; España le daba la superioridad militar; las Indias, riquezas abundantes. «No se ponía el sol en sus dominios».

Felipe II: su carácter y designios. — Dos ideas directoras caracterizan la política y los múltiples acontecimientos del reinado de Felipe II, a saber: la lucha contra los herejes y la conservación de la supremacía de la casa de Austria en Europa, principios políticos legados por Carlos V, que Felipe II mantuvo con tenacidad y energía extraordinarias. Éste monarca, rebelde a toda rebelión, personifica los principios de autoridad y de absolutismo monárquico frente a la libertad y a las tendencias disolventes de la Reforma. Fué calificado de «brazo derecho de la cristiandad» por el papa Pío V, mientras que los protestantes le llamaron «el demonio del mediodía».

Al servicio de sus convicciones puso toda su voluntad, todos los medios, todos los recursos de sus estados, y una labor enorme; sin dejarse influir jamás por razones sentimentales ni por intereses ajenos a su propósito, siendo en esto

(1) Acerca de las célebres instrucciones dadas a Felipe II por su padre Carlos V, redactadas por éste en Palamós en 4 y 6 de mayo de 1543, cuyo original, secuestrado del ministerio de Estado, se encuentra hoy en poder de un coleccionista americano, véase lo que dice el señor Morel-Fatio en su *Historiographie de Charles-Quint*, p. 167, nota. Pueden leerse, a falta de otra copia, en la que publicó el señor Laiglesia, *Instrucciones y consejos del emperador Carlos V a su hijo Felipe II al salir de España en 1543* (Madrid, 1908).

muy superior a los demás príncipes contemporáneos. No aspiró a conquistar, sino a conservar la herencia recibida y mantener, por todos los medios, la fe católica. «Antes perdería mis reinos que ser señor de herejes.» «La paz y el sosiego público han de mantenerse en mis dominios con sólo mantener la autoridad de la Santa Sede.» «Pongo a Dios por testigo que nunca moví guerra por ganar más reinos, sino por conservar éstos en religión y paz.» Tales son sus palabras.



HABITACIÓN DE FELIPE II EN EL ESCORIAL (Antes de su restauración).

A diferencia de su padre, que acudía en persona allí donde creía necesaria su presencia (España, Flandes, Alemania, Italia, Africa), Felipe II, a partir del año 1559, no volvió a salir de España, y aunque hizo algunos viajes por la Península y estuvo una vez en Portugal, su residencia favorita fué el Escorial, donde hizo construir el famoso monasterio de San Lorenzo, en conmemoración de la victoria de San Quintín (1).

(1) Dícese que la promesa de levantar un monasterio a San Lorenzo, en conmemoración de la victoria de San Quintín, obtenida el día de la festividad de aquel santo (10 agosto 1557), la hizo Felipe II para expiar el sacrilegio de haber destruído en el asalto de San Quintín, un convento que allí existía, dedicado a San Lorenzo. (Ver Ch. Bratli, *Philippe II roi d'Espagne...*, p. 97 y nota 271, París, H. Champion, 1912). El hecho es dudoso, toda vez que Felipe II no llegó a San Quintín hasta después de la derrota de los franceses.

Era Felipe II muy celoso de la dignidad real. Cortés y benévolo, había en su persona cierto aire de majestad, realzado por su manera de vestir, sencilla y elegante. Afable y atento con sus interlocutores, jamás mostraba enojo; pero, muy reservado, esquivaba las respuestas categóricas. Daba audiencia a quien se la pedía. Sobrio y de costumbres ordenadas, aunque mujeriego, no gustaba de espectáculos ni fiestas, sino de la soledad. Fiel cumplidor de los preceptos religiosos, respetaba mucho a los sacerdotes, conociendo perfectamente el ritual y ceremonias eclesiásticas.

Sus ministros no eran sino consejeros, a quienes pedía opinión, reservándose él solo las determinaciones. Trabajaba mucho, interviniendo en los asuntos más fútiles; pero consultaba y deliberaba cuando hacía falta obrar. Fué un rey burócrata. Su mayor defecto, como gobernante, fué la indecisión. Dotado de un buen criterio y feliz memoria, instruido, amigo de las artes, sus virtudes privadas y públicas han sido eclipsadas por el fanatismo con que persiguió su ideal, por su insensibilidad y dureza de corazón, su disimulo y la implacable venganza con que persiguió a sus enemigos, sin exceptuar a su propio hijo (1).

Comienzos de su reinado. — Poco después de la abdicación de Carlos V, hubo Felipe II de hacer frente al

(1) El príncipe don Carlos, nacido del primer matrimonio de Felipe II con doña María de Portugal, era discolo, contrahecho y enfermizo. Aunque reveló sentimientos elevados y generosos, su razón se ofuscaba y, dejándose llevar de sus instintos violentos, cometía actos rayanos en la locura. Felipe II, inquieto por las extravagancias y brutalidades del príncipe, le reprendía con frecuencia; pero éste se sublevaba contra las observaciones de su padre, que cada vez se convertían en nueva causa de antipatía mutua. En vista de ello, Felipe quería el hacerle jurar heredero presunto de la corona, retardaba también la resolución de su matrimonio, contrariando los deseos del joven, que mostraba impacencias y había concebido el designio de ser nombrado gobernador de Flandes. Las negativas del padre sumieron al hijo en la mayor desesperación, y entonces, para escapar a la vigilancia paterna, concibió el designio de huir al extranjero, propósito que sometió a la aprobación de varios nobles, solicitando el apoyo, entre otros, de don Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, los cuales lo pusieron todo en conocimiento del rey. Este comunicó a su hijo, encerrándole en una habitación de palacio, después de quitarle armas y papeles, confiándole al cuidado de unas pocas personas de su confianza. El desdichado príncipe, entregado a la desesperación, atentó contra su propia vida. Sus repetidos excesos le produjeron la enfermedad que le causó la muerte (24 agosto de 1568). Felipe había comunicado a los soberanos extranjeros los motivos de la reclusión de su hijo, diciendo que «los defectos del príncipe, tanto de su inteligencia como de su natural condición», habían de ser grandes perjuicios a la cosa pública. La muerte de don Carlos dió pie a muchos rumores, que más tarde, recogidos y exagerados, formaron una trágica leyenda, de la que salió muy mal parada la memoria del rey, acusado injustamente de haber hecho matar a su propio hijo. La crítica moderna, por obra del sabio historiador belga L. P. Gachard (*Don Carlos et Philippe II*, Bruxelles, 1863, 2 vols.), ha disipado, en lo que cabe, las sombras de este asunto, rehabilitando la memoria del monarca, quien, si se hace difícil perdonarle la insensibilidad y dureza de corazón, tan opuesta al ideal cristiano, no puede desconocerse que obró llevado de sus altos deberes de gobernante.

rey de Francia, que, aliado con el pontífice Paulo IV, enemigo de los españoles, rompía la tregua de Vaucelles. El duque de Alba, general español, uno de los mejores capitanes de entonces, invadió los estados de la Iglesia, obligando al papa a pedir la paz, que Felipe II le concedió en condiciones generosas. España quedó dueña de Italia.



FELIPE II, por S. Coello (Museo de Berlin).

Teatro de la guerra fué la frontera francobelga. Un ejército español, conducido por Filiberto de Saboya, obtuvo la brillante victoria de *San Quintín* (10 de agosto de 1557), y al año siguiente el conde de Egmont, noble flamenco, derrotaba también a los franceses en la batalla de *Gravelinas*. El rey de Francia, viendo invadidos sus estados, pidió la paz, que se firmó en *Cateau-Cambresis* (1559), concertándose el matrimonio de Felipe II (viudo ya de María Tudor) con Isabel de Valois, hija del monarca francés, muerto a poco en un torneo celebrado para festejar la conclusión de aquella guerra.

Felipe II, que desde la abdicación de su padre residía en Flandes rodeado de españoles, sin ponerse en contacto con el pueblo y detestando a los flamencos, ardía en deseos de regresar a España. Requerido por las cortes de Valladolid (1558) y advertido de que en aquella ciudad y en Sevilla se habían descubierto focos de herejía luterana, apresuró su viaje, encargando el gobierno de Flandes a su hermana Margarita de Parma, asistida de un consejo de regencia, compuesto de nobles flamencos, y muy singularmente del obispo de Arras, Antonio Perrenot de Granvela.

Felipe II rey de España. — En agosto de 1559 Felipe II abandonó los Países Bajos, donde había residido desde la abdicación de Carlos V, dirigiéndose a España para no salir más de la Península. Fiel a sus principios de gobierno, secundó el celo de la Inquisición, exterminando a los herejes y ensalzando aquel tribunal, no sólo por fervor religioso, sino porque tuvo en él un instrumento de poder para consolidar el absolutismo. Las doctrinas luteranas fueron perseguidas. Cítanse dos famosos autos de fe celebrados en Valladolid (mayo y octubre de 1559), uno de los cuales fué presidido por el monarca (1). Hay que advertir que los adherentes al luteranismo fueron pocos en España, y que la época de mayor severidad de la Inquisición fué la de los Reyes Católicos; pero, como aquel rigor recaía por lo común sobre judíos, gente inofensiva, pacífica y, además, odiada de todo el mundo, el castigo recaído sobre los protestantes españoles fué más ruidoso y levantó clamores, haciendo de Felipe II y su época la personificación del *fanatismo inquisitorial*, perpetuado en la historia, la literatura y el arte.

En realidad, Felipe II, como rey de España, continuó la obra de sus antecesores, siendo amado de sus súbditos por la predilección que tuvo por nuestro país, a diferencia de Carlos V, cuyas prolongadas ausencias motivaron reiteradas quejas de las cortes y ocasionaron no pocos males. Rey absoluto, como los demás monarcas de su época, humilló a los nobles, sometiéndoles a la jurisdicción de los tribunales del reino, apartándolos del ejercicio de los principales cargos del Estado y haciendo cesar sus rivalidades. Gran celador de la justicia, escogía escrupulosamente los funcionarios, siendo inexorable en el castigo de los que faltaban a su deber, sin distinción de personas ni categorías. Aunque fiel a la Santa Sede, exigía la sumisión del clero a la autoridad real. Lo prueba, entre otras cosas, la frecuencia de conflictos entre la jurisdicción eclesiástica y la de sus ministros; y el poder dado a su Consejo de admitir, rechazar o modificar los decretos pontificios, no sólo en España, sino en otros territorios de la monarquía, como Flandes.

(1) Uno de los condenados, Carlos de Sessa, noble italiano, al ser conducido al *quemadero* (la hoguera que se levantaba en las afueras de la ciudad para los herejes), se encaró con el rey, diciéndole: «¿Cómo vos, siendo tan gentilhombre, consentís en que se me arroje al fuego?» A lo que contestó Felipe II: «Si mi hijo fuera tan perverso como vos, yo mismo traería la leña para quemarlo.»

Felipe II reformó la administración, aboliendo la venta de empleos, exigiendo que los funcionarios fueran graduados por alguna universidad, y otras mejoras. Reorganizó numerosos centros docentes; protegió artistas y literatos; creó el archivo de Simancas, la biblioteca del Escorial y los archivos españoles de Roma; redujo los gastos de la corte y moderó el lujo; pero no supo aumentar los ingresos, sino a costa del contribuyente, aumentando los impuestos.



LA INQUISICIÓN (Cuadro atribuido a Goya. Museo de Bruselas).

Felipe II estableció la capital de su vasta monarquía en Madrid, residencia de los numerosos Consejos encargados del despacho de los negocios públicos: Consejo de Estado, Consejo de Aragón, de Castilla, de Indias, de Flandes, de Italia, de la Inquisición, etc. Apasionado por el ejercicio del poder, jamás lo compartió con nadie. Auxiliábase del consejo de sus servidores, a quienes escuchaba; pero sólo él decidía. Entre aquéllos, hubo dos muy influyentes, Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli, y don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba; el primero, conciliador y mode-

rado; el segundo, amigo de soluciones rigurosas. Además de éstos, hubo numerosos consejeros y secretarios, competidos con el monarca y fieles a su política; uno de ellos, Antonio Pérez, de gran celebridad histórica. La desgracia en que incurrió con el rey, motivada por el complicado asunto del asesinato de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria (1), hizo que, huyendo de la justicia real, buscara refugio en Aragón, al amparo de los privilegios de este reino, provocando una insurrección que dió pie al monarca para intervenir y mermar las libertades aragonesas.

Preservar a España de la herejía fué la gran preocupación de Felipe II. Sus medidas de gobierno fueron en este punto decisivas. Prohibió a sus súbditos que se dirigiesen al extranjero, ya para enseñar, ya para aprender. España quedó libre de influencias exteriores. La Inquisición se opuso a la libre investigación científica y no admitió otra filosofía que la teológicoescolástica. Sería erróneo ver en ello únicamente la acción del monarca. El espíritu de intransigencia era general a la época, y más que en parte alguna en España, en el clero y en el pueblo, ofuscados por un exagerado celo religioso o por prejuicios de raza. Víctima de aquellos sentimientos fueron los moriscos de Valencia y las Alpujarras

(1) Don Juan de Austria, hombre muy popular en la corte y uno de los mejores capitanes de su siglo, había concebido ambiciosos planes políticos, instigado, según se decía, por su secretario Escobedo. Antonio Pérez, secretario de Felipe II, mantenía amorosa intimidad con doña Ana de Mendoza, viuda del príncipe de Eboli Ruy Gómez de Silva, amores que se atrevió a censurar a la casquivana y altiva señora Escobedo, antiguo familiar y protegido de su difunto esposo. La Eboli, despechada, y su amante, hombre de pocos escrúpulos, intrigaron contra Escobedo, llamando la atención del rey sobre los planes políticos que fomentaba cerca del ambicioso don Juan de Austria, planes que Felipe II veía con desagrado.

La suspicacia del rey autorizó a Pérez para atentar contra la vida de Escobedo, que pereció a manos de asesinos pagados. Su familia pidió justicia; pero el rey, después de muchas dilatorias y de infinitas intrigas con los enemigos de Pérez, y receloso de si había obrado en justicia contra Escobedo o si, por el contrario, había sido juguete de las intrigas de Pérez y la princesa, ordenó procesar a su secretario. No pudiendo esclarecerse nada, y temiendo Pérez la venganza del rey, se fugó a Aragón, amparándose en los fueros de aquel país. Allí le persiguió el odio del monarca, quien, para poderle procesar, apeló a diferentes medios, incluso al de acusarle de hereje y exigir su entrega a la Inquisición. Pérez, valiéndose de pasquines y canciones, soliviantó al pueblo aragonés, presentándose a sus ojos como víctima expiatoria del despotismo y persecución real. Zaragoza, celosa de sus privilegios, se amotinó, exigiendo de los inquisidores la libertad de Pérez, que pudo escapar a Francia, viviendo en el extranjero de la liberalidad, tristemente mendigada, de algunos príncipes y nobles, sin poder jamás volver a su patria. La insurrección de Zaragoza motivó la intervención armada de Felipe II, quien, si no abolió sus fueros, mermó las atribuciones del famoso *Justicia*, aumentando las prerrogativas de la corona a costa del régimen foral, que hasta entonces había prevalecto. — Este asunto ha dado también origen a falsedades y leyendas contra Felipe II, presentando a Pérez como una víctima de su duplicidad, y al rey como vengador de los ultrajes que le había inferido el desprecio de la Eboli, amante de su secretario. La cuestión está bastante oscura y no resuelta en definitiva. Véanse, como obras más importantes: Gaspar Muro, *Vida de la princesa de Eboli* (Madrid, 1877), y la *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, del marqués de Pidal (Madrid, 1862-63, 3 vols.).

(Granada), que, obligados a abandonar sus costumbres, su traje, hasta su idioma, se sublevaron, siendo severamente castigados; no tanto como deseaban algunos prelados, como el de Valencia, que censuraban al rey su tibieza.

Anexión de Portugal. — En 1578 el rey de Portugal don Sebastián, sobrino de Felipe II, hombre de espíritu aventurero y ardor belicoso, pereció en la batalla de Alcázarquivir, librada contra los moros africanos. Aquella expedición, que Felipe II había reprobado, negándose a tomar parte en ella, y que los portugueses habían hecho a regañadientes, fué para Portugal un tremendo desastre. Don Sebastián no dejaba sucesión. La corona pasó a su tío, el cardenal don Enrique, un anciano de sesenta y siete años, a cuya próxima muerte había de recaer en el pariente más cercano del monarca difunto. Felipe II, como hijo de Isabel, primogénita de don Manuel el Afortunado, era el que mayor derecho tenía a la corona portuguesa. Persuadido de ello, comenzó por enviar embajadores (don Cristóbal de Moura) a Portugal, poco favorable al rey de España. El anciano cardenal convocó cortes en Almeirim, declarando el derecho de Felipe II a la sucesión en el reino; pero los procuradores y una parte de la nobleza declararon querer un rey portugués. En esto murió el cardenal. Felipe II apoyó su derecho con un ejército conducido por el duque de Alba, que se apoderó sin resistencia de Yelbes, Olivenza y otras plazas, dirigiéndose a Lisboa, en la que entró después de derrotar a uno de los pretendientes (Antonio, prior de Crato), que había organizado alguna resistencia. Felipe II, que en seguimiento de sus tropas se hallaba en Badajoz, partió para Lisboa, siendo recibido en todas las ciudades portuguesas con los honores debidos. En 1581, en las cortes de Thomar, fué jurado rey por los portugueses, jurando él a su vez respetar los fueros, privilegios y costumbres del reino. Dejó el gobierno de Portugal encomendado a su sobrino el cardenal-archiduque Alberto, asistido de tres consejeros portugueses. Con esto quedaba completada la unificación de la Península y realizado el ideal perseguido desde los tiempos de los Reyes Católicos; pero esta unión, el más grande triunfo político alcanzado por Felipe II, no había de ser duradera.

Guerra contra los turcos: Lepanto. — Durante el siglo XVI eran los turcos enemigos temibles de la cristiandad. Solimán *el Magnífico* (1494-1566) había organizado una poderosa marina. Kair-ed-Din *Barbarroja*, Dragut, Uluch-Ali y otros célebres piratas, devastaban el litoral mediterráneo. Fernando el Católico y Carlos V habían hecho expediciones contra aquellos feroces enemigos de la religión cristiana, azote del comercio. La república de Venecia, castigada y mermada en sus posesiones del oriente, hizo un llamamiento a las naciones mediterráneas. El papa Pío V y Felipe II, unidos a Venecia, emprendieron una cruzada, organizando la Liga Santa. Una poderosa escuadra, formada con las galeras del célebre almirante Juan Andrea Doria, Marco Antonio Colonna y don Juan de Austria, a quien se encargó el mando supremo, alcanzó la brillante victoria de Lepanto (7 de octubre de 1571), en la costa de Albania. Numerosas galeras turcas cayeron en poder de los vencedores; pero la desunión de éstos, la tortuosa política de Venecia y las múltiples empresas del rey de España hicieron poco menos que infructuoso aquel esfuerzo. Los turcos repararon pronto sus desastres. Dueños de Chipre, Túnez y otras plazas del norte de Africa, continuaron señoreando el Mediterráneo.



EL PAPA PÍO V, por Hulsius

Revolución de los Países Bajos. — Felipe II, que, a diferencia de Carlos V, fué muy español, y sentía por los flamencos una profunda antipatía, quiso establecer en

los Países Bajos idéntico régimen político y religioso que en España. Someter aquellas provincias a la dirección de un clero dependiente de su autoridad; establecer la Inquisición española para proteger el catolicismo, amenazado por el luteranismo y el calvinismo, y ejercer la soberanía mediante funcionarios dóciles y Consejos sumisos, sin el acostumbrado concurso de asambleas representativas (los Estados generales), tan queridas de los flamencos, tal fué su plan; pero, habituados los Países Bajos a un régimen de gobierno que, si bien mermado por el absolutismo de Carlos V, conservaba intacta su



ANDREA DORIA (*Palacio Doria; Roma*).

autonomía interna y transigía con la tolerancia, el conflicto había de producirse fatalmente. Felipe II era para los flamencos un rey extranjero. Prescindiendo de su carácter y de sus gustos personales, las necesidades de su política le llevaban a hacer de España el centro de su imperio, a sacrificar las *provincias flamencas* al Estado español, considerando a Flandes no como una nación distinta, sino como un punto de apoyo, «una fortaleza de acero», base de sus operaciones y de la supremacía española en el norte de Europa. Si a esto se añade el antagonismo, la antipatía mutua entre dos pueblos separados por su geografía, temperamento, costumbres, ideas e intereses, la revolución de los Países Bajos no podía menos de ser.



DON JUAN DE AUSTRIA, pintura de la época de Lepanto (*según Stirling Maxwell*).

Comienzos de la revolución. — Margarita de Austria, duquesa de Parma, hermana de Felipe II, había sido

designada para gobernadora de los Países Bajos; pero su autoridad quedaba limitada, por expresa recomendación del rey, por la intervención en el gobierno del cardenal Granvela, obispo de Arras, en cuyo celo religioso y fidelidad confiaba plenamente Felipe II. Los nobles flamencos, viendo con desagrado el desairado papel que ellos hacían en el Consejo de Estado, comenzaron una campaña de oposición contra Granvela.

El rey, además, de acuerdo con Roma, creó, en 1559, nuevos obispados, que, cambiando la constitución eclesiástica del país, alteraban la constitución política de los Estados. Unido esto a los designios atribuidos al rey de querer implantar la Inquisición española, la nobleza flamenca, dirigida por el príncipe de Orange, Guillermo el Taciturno, los condes de Hornes y de Egmont, vencedores de los franceses en Gravelinas, y otros, después de algunos años de lucha consiguieron la separación de Granvela (1564).

Felipe II, sin hacer caso de aquella resistencia y procurando con buenas palabras suavizar las asperezas, continuaba firme en sus propósitos. Hizo proclamar en Flandes los decretos del concilio de Trento, algunos de los cuales estaban en pugna con los privilegios del país, y renovó los antiguos edictos, llamados *placards*, que condenaban a los herejes a los más crueles tormentos, encargando a la Inquisición que aplicara el castigo sin contemplaciones. Verdad es que en esto Felipe II no hacía más que renovar los edictos de Carlos V; pero — como observa atinadamente el historiador belga Ernesto Gossart — «si la letra era la misma, el espíritu que animaba a los agentes inquisitoriales era muy diferente»(1).



EL CARDENAL GRANVELA, por A. MORO.
(Museo de Viena).

(1) *Philippe II souverain des Pays-Bas*. Extrait de la Biogr., nat., t. XVII (1902).

Los tiempos habían cambiado. El número de protestantes había crecido; los tribunales de justicia se inclinaban a la moderación; Felipe II exigía el cumplimiento de las leyes con rigor inexorable; los conflictos entre inquisidores y los magistrados defensores de los privilegios del pueblo eran constantes.



GUILLERMO I DE ORÁN II, por Mierevelt.
(Museo de Amsterdam).

El restablecimiento de los suplicios y el odio a la Inquisición esparcieron el terror entre la nobleza, la burguesía y el pueblo. Los nobles que tenían a su cargo el gobierno de las provincias y el mando de las tropas nacionales manifestaron su protesta en el *compromiso de Breda* (1564), rehusando el cumplimiento de los edictos. Se presentaron a la princesa gobernadora reclamando la abolición de las leyes contra la herejía, petición que quedó sin efecto. Dos nobles flamencos, el marqués de Berghes y el barón de Montigny, fueron enviados a Madrid para solicitar del rey concesiones. Felipe II hizo

vagas promesas; pero se mantuvo intransigente, rehusando la convocación de los Estados generales y la tolerancia religiosa.

Los sectarios del protestantismo y el bajo pueblo osaron expresar su descontento violentamente, invadiendo las iglesias, devastando los monasterios, rompiendo imágenes, expulsando clérigos y ejerciendo públicamente los ritos protestantes. Gran parte de la nobleza, hostil a la Reforma, se mantuvo fiel a su rey y a la religión católica; pero Felipe II, indignado de las profanaciones de *los mendigos* (1), después de oír a su Consejo de estado se decidió a seguir en Flandes la vía del rigor, con arreglo al parecer manifestado por el duque de Alba.

(1) Cuando la gobernadora de los Países Bajos recibió las peticiones de los sublevados, uno de sus consejeros le dijo: *Sosiegaos señora; son cuatro mendigos*. Los nobles adoptaron el mote como divisa.

Vicisitudes de la revolución. — Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, era un hombre perfectamente compenetrado con los designios de Felipe II, su señor. Cristiano viejo, intolerante, sobrio, altanero, reflexivo y prudente, se había significado como gran general y excelente diplomático. Investido de plenos poderes llegó a Bruselas el año 1567, para restablecer, por la fuerza, la obediencia absoluta al monarca, castigar a los herejes e imponer a los Países Bajos el absolutismo político y religioso reinante en España. Iba al frente de un ejército de unos doce mil hombres «que no conocían la derrota» (1). Establecido en Flandes, comenzó el duque por distribuir sus tropas en los puntos estratégicos, construyendo ciudadelas en las poblaciones. Instituyó un consejo o tribunal extraordinario, llamado *Consejo de los tumultos*, apodado por el pueblo *Tribunal de la sangre*, para depurar responsabilidades, perseguir y castigar a los sediciosos. Pronto comenzaron los suplicios, sin distinción de personas. Entre las víctimas perecieron los condes de Egmont y de Hornes. El príncipe de Orange, que había sido lo bastante prudente para huir, organizaba en el extranjero una invasión armada, que fracasó ante la superioridad militar de los tercios españoles. Sin embargo, aquel régimen de terror, agravado por una multitud de abrumadores impuestos, establecidos por el duque de Alba, que pusieron el país al borde de su ruina, exasperó a los flamencos sin distinción



EL DUQUE DE ALBA, por A. Moro.
(Museo de Bruselas).

(1) La mejor obra moderna para conocer la revolución de los Países Bajos es la *Histoire de Belgique*, de H. Pirenne, t. III y IV (Bruxelles, Lamertin, 1901). Véase la BIBLIOGRAFÍA de este capítulo.

de clases ni de creencias, y en 1572 estalló una insurrección general.

La resistencia fué conducida por Guillermo de Orange. Reclutó mercenarios para combatir a los españoles, mientras los rebeldes, haciéndose corsarios en las costas de Holanda y Zelanda, con el nombre de *fillos de mar*, se apoderaron del puerto de Brielle (en las bocas del Mosa).



ESCENAS DEL SAQUEO DE HAARLEM POR LOS ESPAÑOLES (grab. de la época).

La insurrección se propagó a las ciudades. La impopularidad del duque de Alba llegó a tal punto que el rey se decidió a relevarlo del mando (1573), nombrando en su lugar a don Luis de Requeséns, cuyas instrucciones conciliadoras fracasaron ante la inflexibilidad del rey en la cuestión religiosa.

Muerto Requeséns a los siete meses de mando, las tropas españolas, que por las dificultades financieras de la administración no percibían sus pagas, se sublevaron, indemnizándose con el saqueo de las ricas ciudades del Brabante y de Flandes. Amberes fué en extremo maltratada por la *furia española*. Aquellas violencias promovieron la unión de todas las provincias. Por el tratado de la *Pacificación*

de Gante (1576) acordaron expulsar las tropas extranjeras, reunir los Estados generales y mantener la religión católica en todos los Países Bajos, excepto Holanda y Zelanda, que resolverían después.

Felipe II, para poner remedio a la situación, envió como gobernador a su hermano don Juan de Austria, el héroe de Lepanto. Este príncipe, cuya lealtad no excluía sus miras ambiciosas, aceptó, seducido por la idea de, una vez pacificados los Países Bajos, dirigirse con sus tropas a Inglaterra y, apoyando al partido católico, agrupado en derredor de María Stuard, reina de Escocia, casarse con ella, conquistando así un tálamo y un trono.

Las instrucciones que le había dado Felipe II eran que procurase la pacificación del país, a cuyo efecto transigía, salvo en lo fundamental de su política, a saber: el cambio de religión y el menoscabo de su autoridad. Don Juan, cuyos designios eran muy otros, suscribió, en nombre del rey, las cláusulas de la *Pacificación de Gante*; pero la desconfianza mutua entre los Estados y el gobernador, y el fracaso de las negociaciones de éste con el príncipe de Orange, dejaron las cosas como antes. Don Juan, exasperado, se retiró con sus tropas al castillo de Namur y prosiguió la guerra. Algunos triunfos obtenidos sobre los rebeldes bastaron para que Felipe II cambiase también de política, y rectificase de nuevo cuando los Estados triunfaban, mientras abandonaba a su hermano, dejándole sin tropas, sin dinero y sin prestigio.

Muerto don Juan de Austria, se encargó del gobierno Alejandro Farnesio, hijo de la anterior gobernadora, Margarita de Parma, hábil capitán y diplomático que, aprovechándose de las rivalidades entre los holandeses (de raza germánica y protestantes) y los valones y flamencos adictos al catolicismo, consiguió reducir estos últimos a la obediencia del rey de España, mientras las *siete provincias*



ALEJANDRO FARNESIO (Museo de Amberes).

septentrionales (Holanda, Zelanda, Gueldre, Utrecht, Overysel, Frisia y Groninga) formaron la *unión de Utrecht*, continuando la lucha acaudilladas por Mauricio de Nassau, hijo del *Taciturno*, que había perecido asesinado. Después de muchas vicisitudes rompieron el lazo que les unía a España, declarándose constituidas en república independiente, en 1581, por el *acta de abjuración de La Haya*.

Felipe II, que a partir de 1589 intervenía activamente en las guerras religiosas de Francia, ordenó a Farnesio dos expediciones en favor del partido católico francés; pero éste fué vencido, como veremos, y entonces Enrique IV de Borbón declaró la guerra al rey de España. Felipe II, agotado,

hubo de aceptar la paz de Verbins (1598). Cuatro días después de este tratado, convencido de la imposibilidad de reducir los Países Bajos a la obediencia, los legó a su hija la princesa Isabel Clara Eugenia, casada con el archiduque Alberto de Austria, a condición de que no permitieran otra religión que la católica, y estipulando que, en caso de no dejar sucesión, revertían los Países Bajos a la corona española.

La lucha de Felipe II contra la herejía no quedó reducida a la península Ibérica, Flandes y demás posesiones españolas, sino que se extendió a los países extranjeros, como veremos.



LA ARCHIDUQUESA ISABEL, por Rubens
(Mus. de Bruselas).



EL ARCHIDUQUE ALBERTO, por Rubens
(Museo de Bruselas).

Grandeza y decadencia de España. — La supremacía política de España en Europa, comenzada en el reinado

de los Reyes Católicos, alcanzó su apogeo en tiempos de Carlos V y fué sostenida durante la segunda mitad del siglo XVI, bajo Felipe II. Los ejércitos españoles, desde Pavía a Vervins, fueron temidos, invencibles. La marina española dominó en el Mediterráneo, en el océano Atlántico y en el Indico. España había salvado la cristiandad, cerrando el paso a los musulmanes, y humillado el orgullo turco en Lepanto; descubierto un mundo nuevo, implantando en él la civilización europea; pero las empresas de Felipe II, encaminadas a establecer en todas partes el catolicismo y la hegemonía española, agobiaron nuestro país, sobre el cual recayó todo el peso de aquellas desmesuradas empresas. Los tesoros de América pasaban por España sin enriquecerla. Los impuestos gravosos, los prejuicios de raza, las guerras, la intolerancia, la emigración, secaron las fuentes de la riqueza pública. Aunque sería injusto hacer responsable a Felipe II de la decadencia nacional, es innegable que su política fué en ella un factor de mucha consideración.

BIBLIOGRAFIA. — Centenares de libros se han escrito acerca de Felipe II; pero la mayor parte de escritores han trabajado imbuidos de prejuicios religiosos, políticos o patrióticos. La investigación científica no comenzó hasta el siglo XIX. La refutación de las fábulas y calumnias se debe, principalmente, a los historiadores extranjeros: Ranke, Mignet, Gachard, Prescott, etc. Para el estudio del reinado de Felipe II abundan los documentos. En primer lugar debe tenerse en cuenta la *Colección de doc. inéd. para la Hist. de España*, de los señores Salvá, Baranda, etc. (Madrid, 1842-1895, 112 vols.), en la que figuran 25 vols. correspondientes a este reinado. Además, son de suma importancia los que publicó el erudito belga Gachard, principalmente la Correspondencia de Felipe II sobre los asuntos de los Países Bajos (Bruselas, 1848-1869, 5 vols.) y otras importantes colecciones. Merecen singular estima las *Relations des Ambassadeurs vénitiens sur Charles Quint et Philippe II* (Bruxelles, Hayez, 1855).

Son numerosos los libros en castellano acerca de Felipe II. Los mejores son monografías de algún suceso o cuestión especial. Además de los que hemos citado en las notas que acompañan el texto, véase, por ejemplo, para la cuestión de Portugal, el libro de Danvila y Burguero, *Don Cristóbal de Moura, primer marqués de Castel Rodrigo* (Madrid, 1900); para la batalla de Lepanto la *Hist. del combate naval de Lepanto...*, de don Cayetano Rossell (Madrid, 1853), publ. por la Acad. de la Hist.; los *Estudios históricos del reinado de Felipe II*, de don Cesáreo Fernández Duro (Madrid, 1890, *Bibl. de escrit. castellanos*), para Antonio Pérez, etc. La historiografía de Felipe II se hallará en Bratli, *Philippe II roi d'Espagne* (París, 1912), de la que se publicó años atrás una traducción española bastante mala, y en mis *Fuentes narrativas de la Historia de España, Edad Moderna*. Fasc. I (Valladolid, 1927). Obra de conjunto, no existe ninguna recomendable. La mejor es la de Prescott; pero incompleta: *Hist. del reinado de Felipe II rey*

de España, trad. española de Cayetano Rossell (Madrid, 1856-1857, dos vols. Sólo alcanza hasta el año 1568). Prescott utilizó muchos documentos de archivos, las relaciones de los embajadores venecianos del siglo xvi, etc. Su relato es notable por la vida y colorido con que presenta los hechos. Se leerá con fruto la parte que a la casa de Austria consagra don Modesto Lafuente en su *Historia de España* (ediciones: Madrid, 1854 y 1860; Barcelona, Montaner y Simón), que es sin duda lo mejor de obra tan desigual. Desconfíese de la *Historia de Felipe II*, de don Evaristo de San Miguel (Barcelona, 1867-1868, dos vols.), obra hostil, influida por las ideas del autor; como también de la popular y celebrada *Historia de Felipe II*, de Foneron (trad. esp., Barcelona, Montaner y Simón), mediocre e insuficiente, en la que el autor utilizó las patrañas divulgadas por los enemigos de Felipe II, y cuya celebridad se debe a su gran aparato científico y a su brillante estilo. Sólo un valor relativo ofrecen también los libros del P. Fernández Montaña, *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II* (Madrid, 1891) y *Más luz de verdad histórica sobre Felipe II...*

(íd., 1892), basados en textos de santos y sabios del siglo xvi, apologeticos del monarca. La obra de Cabrera de Córdoba, *Felipe II rey de España* (Madrid, Aribau, 1876-1877, ed. publ. de R. O., 4 vols. fol.), es una biografía cuyo interés está concentrado en la persona del soberano. Hay que desconfiar de los discursos de Cabrera y de las citas que hace de documentos.

Como no es posible hacer aquí la bibliografía crítica de un asunto tan vasto, terminaremos recomendando como obras de capital importancia, aparte de las indicadas, las siguientes: E. Gossart: *Espagnols et flamands au XVI siècle: L'établissement du régime espagnol y La domination espagnole* (Bruxelles, H. Lamertin, 1905-1906, 2 vols.), notables para el estudio de la insurrección de Flandes y el aspecto político de la obra de Felipe II, antes estudiada únicamente desde el punto de vista religioso. Completan el conocimiento de la cuestión de Flandes los tomos III y IV de la citada *Histoire de Belgique*, de H. Pirenne (Bruxelles, Lamertin, 1907-1911), uno de los mejores historiadores contemporáneos de Europa, obra traducida a varios idiomas.

LUCHAS RELIGIOSAS EN INGLATERRA

Carácter y política de Isabel. — Al morir María Tudor, en 1558, pasó la corona de Inglaterra a las sienes de Isabel, su hermana consanguínea, hija de Ana Bolena y Enrique VIII, educada en el protestantismo. Sus derechos al trono eran discutidos por María Stuard, reina católica de Escocia, casada con el rey de Francia Francisco II. Con objeto de evitar la preponderancia política de esta nación si sus monarcas lo hubieran sido también de Inglaterra, el mismo Felipe II había aconsejado a su difunta esposa que designara a Isabel para sucederla. Propúsose, además, el rey de España, mantener su supremacía en Europa y conservar el catolicismo en Inglaterra, casándose con la reina Isabel; pero la política de ésta fué muy otra.

Aunque Felipe II no había hecho en Inglaterra política personal, el gobierno de María Tudor había dejado malos recuerdos, reprochándose a aquella reina el haber metido el país en guerra contra Francia, guerra que había hecho perder a Inglaterra la importante plaza de Calais. Así es que la nueva reina fué aceptada con aplauso del pueblo.

Isabel fué muy popular. Aunque heredó el carácter des-



ISABEL I EN TRAJE DE CEREMONIA.
(Museo Británico).

pótico de su padre y la frivolidad de su madre, mostrándose absoluta, irritable y vanidosa, no tuvo necesidad de con-temporizar con intereses de familia. Su situación independiente le permitió orientar la política en favor de los intereses nacionales. Jamás quiso contraer matrimonio, diciendo que «estaba casada con su pueblo». Su ilustración humanista le hizo mirar con desdén las disputas teológicas. Incrédula y astuta, aparentó inclinarse a una u otra religión según exi-gían las circunstancias de mo-mento. Su política consistió en defender el trono, evitar la gue-rra y restablecer el orden social y religioso en Inglaterra, sobre la base de su voluntad absoluta. Tuvo el acierto de rodearse de los hombres más eminentes de su tiempo. Su principal ministro fué lord Burghley, alma del partido anglicano. Obligada a ampararse en el protestantismo para ase-gurar su corona, restableció, por el *Acta de uniformidad* (1562), los Estatutos abolidos por María Tudor. Si persiguió a católicos y protestantes, fué para reprimir sediciones que pretendían destro-



LORD BURGHEY.
(Galería nacional de Londres).

narla. Enemiga tenaz de Felipe II, personifica el protestantismo. Su reinado fué el comienzo de la prosperidad de Inglaterra.

El protestantismo en Escocia. — María Stuard era hija de Jacobo V, rey de Escocia, y María de Lorena, hermana de Francisco de Guisa, uno de los nobles más influyentes y poderosos de la corte francesa. Jacobo V murió pocos días después del nacimiento de su hija, encargándose de la regencia María de Lorena, su esposa. Los monarcas de Escocia veíanse obligados a habérselas con numerosos enemigos: los ingleses en el exterior; los protestantes y una parte de la nobleza en el interior del reino. Su política consistió, pues, en aliarse a Francia para combatir a unos y otros, a la vez que los protestantes y los nobles escoceses buscaban apoyo entre sus correligionarios de Inglaterra.

Las ideas luteranas habían penetrado en Escocia durante el reinado de Jacobo V (1513-1542), haciendo grandes progresos bajo la regencia de María de Lorena. Un fogoso propagandista, Juan Knox, que había sido capellán de Eduardo VI de Inglaterra, estuvo en Ginebra, donde aprendió la doctrina de Calvino. En Escocia predicó contra el gobierno de las hembras, acreditando con su austeridad y elocuencia las nuevas doctrinas. El pueblo se sublevó, incendiando los conventos y destruyendo imágenes y cuadros. María Stuard se hallaba en Francia, donde contrajo matrimonio con Francisco II, sucesor de Enrique II. El Parlamento escocés, aprovechándose de la ausencia de su soberana, confiscó los bienes eclesiásticos y proscribió el culto católico, estableciendo la constitución sinodal de la Iglesia calvinista (1561). La *Iglesia presbiteriana* (que este es el nombre de la secta protestante escocesa), pobre, sin jerarquías, gobernada por sínodos de sacerdotes iguales entre sí, fundada con el asentimiento del pueblo y parte de la nobleza, fué, con la de Ginebra, la más democrática de las Iglesias reformadas.



JUAN KNOX (Galería nacional de Londres).

María Stuard en Escocia. — En 1560 murió Francisco II rey de Francia, casado con María Stuard. La joven soberana, educada en la brillante y corrompida corte de los Valois, adoraba las bellas artes y los placeres. Sus mismos enemigos elogiaban su belleza, su generosidad, sus maneras seductoras, su valor. Una aureola de poesía envuelve la memoria de aquella mujer, simpática por sus desgracias y de la que el romanticismo católico ha hecho una especie de mártir.

María Stuard hubo de abandonar la placentera corte de Fontainebleau por la ruda y semisalvaje Escocia, país pobre, montuoso, frío y triste. Sus sentimientos católicos y su género de vida escandalizaron a los escoceses. Gran incompatibilidad existía entre la religión y el carácter de María Stuard y el carácter y religión de su pueblo. Su situación de viuda obligada a casarse por razón de Estado, y también su ligereza y poca aprensión, ocasionaron su tragedia.

Casó con un primo suyo, lord Darnley; pero al poco tiempo concedía su intimidad al conde de Bothwell, mientras su esposo perecía misteriosamente y la reina se casaba de nuevo con Bothwell. La nobleza de Escocia se sublevó, mientras el pueblo imprecaba a su soberana. Juan Knox redobló sus ardores proféticos, comparándola a las reinas israelitas, como Atalía y Jezabel, cuya molicie y depravación habían provocado el odio del Señor y arruinado el pueblo escogido.



CASTILLO DE HOLIROOD EN EDIMBURGO, RESIDENCIA DE MARÍA STUARD.



MARÍA STUARD (Galería nacional de Londres).

se sublevó, mientras el pueblo imprecaba a su soberana. Juan Knox redobló sus ardores proféticos, comparándola a las reinas israelitas, como Atalía y Jezabel, cuya molicie y depravación habían provocado el odio del Señor y arruinado el pueblo escogido.

María Stuard hubo de ceder la regencia, durante la minoría de su hijo Jacobo, habido de su matrimonio con lord Darnley, al conde de Murray. Encerrada en un castillo, logró evadirse, y se dirigió a Inglaterra en busca de protección.

María Stuard e Isabel. — Como mujer y como reina María Stuard era una rival temible para Isabel. Envidiosa de su belleza, de su talento y de sus gracias, la reina de Inglaterra, condenada

por la Iglesia y por los católicos como usurpadora, no quiso ver a su enemiga en tanto no probase su inocencia en la cuestión de la muerte de su marido. Como la información judicial no dió resultado, María fué retenida prisionera. El partido católico, so pretexto de librarla, formó complots contra el gobierno. Las tentativas de los duques de Norfolk y de Northumberland no dieron resultado. Los jefes fueron ajusticiados. María Stuard, cautiva, era como un rehén del catolicismo en manos del

protestantismo. Su suerte dependía del resultado de la gran lucha empeñada entre las dos banderas. El furor de las pasiones desencadenadas ponía en peligro la vida de los soberanos. El Parlamento inglés, que sentía por Isabel una verdadera adoración, autorizó el establecimiento de leyes de excepción contra los que atentaran a la seguridad de «la reina virgen». Descubierta un complot organizado por Babington para destronar a Isabel y reemplazarla por María, pudo probarse que ésta tenía conocimiento del hecho. Una comisión

nombrada para juzgarla la condenó a muerte. Isabel, aunque deseaba desembarazarse de su rival, vacilaba, temiendo las consecuencias; pero el Parlamento le suplicó «en nombre de las Sagradas Escrituras» que dejara expedita la acción de la justicia. Isabel firmó la sentencia, y su ministro favorito, lord Burghley, se apresuró a darle cumplimiento. María Stuard fué decapitada en una sala del castillo de Fotheringay, después de diez y nueve años de cautiverio (1587). Murió con toda entereza, en el seno de la religión católica.



MARÍA STUARD Y LORD DARNLEY (estampa de la casa de Knox en Edimburgo).

Isabel y Felipe II: la Armada invencible. — Isabel de Inglaterra y Felipe II de España personifican los dos principios políticorreligiosos característicos de la historia de Europa durante la segunda mitad del siglo XVI: el protestantismo y el catolicismo. Ambos soberanos venían haciéndose una guerra sorda. La antipatía entre ingleses y españoles era motivada no solamente por las diferencias religiosas, sino por una rivalidad política y económica. Isabel de Inglaterra



DRAKE (Galería nacional de Londres).

se había mantenido neutral entre Francia y España, amenazando a una y otra nación, respectivamente, con aliarse a su contraria; pero cuando estallaron en Francia las guerras religiosas (1562), que ponían en peligro la causa del protestantismo, Isabel apoyó resueltamente a las provincias flamencas, insubordinadas contra Felipe II. Este, a su vez, apoyaba al partido católico inglés y maquinaba los medios de colocar en el trono de Inglaterra a María Stuard.

Los ingleses, cuya marina comenzaba a formarse, atacaban los buques españoles. Un célebre corsario, Francisco Drake, había osado saquear las costas de Chile y del Perú, llevando a Inglaterra un valioso cargamento de metales preciosos, fruto de sus rapiñas. Hábil marino, fué el segundo en dar la vuelta al mundo. No contento con esto, acometió el litoral español, saqueando algunos puertos. Felipe II exigió reparación; pero Isabel contestó armando caballero, sobre el puente de su navío, al atrevido pirata.

La ejecución de María Stuard sirvió de pretexto a Felipe II para realizar el designio que venía meditando: la invasión de Inglaterra. Después de ordenar a su gobernador en Flandes, Alejandro Farnesio, que cesara las hostilidades con los rebeldes y aprestara las tropas, reunió en las bocas del Tajo una flota de ciento sesenta buques, con dos mil seiscientos cañones, ocho mil marineros y veintidós mil hombres de desembarco. El entusiasmo de los soldados le

dió el nombre de *Armada invencible*. El plan consistía en proteger el desembarco de las tropas de Farnesio en Inglaterra. Una agresión tan formidable reanimó el patriotismo y la lealtad de los ingleses, sin distinción de partidos. Mientras organizaban un ejército de defensa, y los buques ingleses, de menor tonelaje y mayor rapidez que los pesados galeones españoles, evitaban hábilmente presentar combate,



LA ARMADA INVENCIBLE (Grabado inglés de la época).

los peligros de los mares del Norte y las tormentas convirtieron la expedición en un gigantescó desastre. Sólo cincuenta buques pudieron regresar a España. Felipe II exclamó con trágica resignación «que no había mandado sus buques a pelear contra los elementos». La derrota era irreparable.

Prosperidad de Inglaterra.—El desastre de la Armada invencible y los acontecimientos de los Países Bajos contribuyeron al desarrollo de la marina, industria y comercio británicos. El poderío naval inglés comenzó durante el reinado de Isabel. Intrépidos marinos, como Drake, Hawkins y Chancellor, surcaron los mares, estableciendo relaciones comerciales entre Inglaterra, la costa de Africa y los países del norte de Europa. En América septentrional Walter

Raleigh fundó *Virginia* (norte de la Florida), la primera colonia inglesa, y comenzaron a explotarse las pesquerías de bacalao en Terranova. A partir del año 1567, numerosos comerciantes e industriales flamencos, huyendo de la persecución religiosa, emigraron a Inglaterra. La prosperidad económica de Amberes pasó a Londres, cuya *Bolsa real* fué fundada en 1570. El aumento de la riqueza transformó las condiciones de vida, mejorándose el bienestar en todas las clases sociales.



WALTER RALEIGH (*Galería nacional de Londres*).

lítica y su desenvolvimiento económico. Aunque sometido a la doble influencia del humanismo y de la literatura italiana, ésta degeneró en una imitación, llamada *eufuismo*. La gran originalidad del genio inglés se manifestó en el teatro, cuyo principal representante fué *Shakespeare*, poeta que personifica el carácter nacional, altivo e independiente, rudo, grosero a veces; pero profundo y melancólico. Shakespeare (1564-1616) es al propio tiempo un poeta universal. Sus dramas, *Hamlet*, *Macbeth*, *Romeo y Julieta*, *Otelo*, no son obra de tal o cual época, literatura o nación, sino creaciones del genio humano. Con razón

El Renacimiento en Inglaterra. — El Renacimiento coincidió en Inglaterra con su grandeza po-



SHAKESPEARE, por Chaudos (*según el grabado de Hollis*).

se ha dicho que, «después de Dios, el que más ha creado ha sido Shakespeare».

En cuanto a las artes plásticas, el Renacimiento inglés fué muy tardío. En arquitectura el llamado *estilo Tudor* es una prolongación del gótico, modificado por influencia de artistas alemanes e italianos. El estilo renacentista no triunfó hasta el siglo XVII, en la época de los Stuards, con los artistas Iñigo Jones, autor de la Sala de los banquetes del palacio de Witehall, y Cristóbal Wren, el arquitecto de la gigantesca catedral de San Pablo de Londres, que recuerda San Pedro de Roma.

La pintura no se manifestó hasta el siglo XVIII.

BIBLIOGRAFIA. — M. Mignet, *Histoire de Marie Stuard* (París, 1885, 2 vols.); H. Taine, *Histoire de la littérature anglaise* (París, Hachette, 5 vols.). Hay traducción castellana de esta obra. M. Hume, *España y Maria Stuard* en el libro *Espanoles e ingleses*

en el siglo XVI, Madrid-Londres, 1903. Un libro reciente, muy interesante acerca de Shakespeare y la cuestión shakeriana, es el de Abel Lefranc, *Sous la masque de «William Shakespeare» William Stanley, 6° comte de Derby* (París, Payor, 1919, 2 vols.).

GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA

La Reforma en Francia. — La Reforma penetró en Francia durante el reinado de Francisco I; pero sus prosélitos fueron escasos. Algunos teólogos y escriturarios, como Le Fèvre d'Étaples, Farel, etc., llegaron a concebir opiniones análogas a las luteranas; pero la doctrina que mayor número de adherentes tuvo fué la de Calvino. Los protestantes franceses fueron, pues, calvinistas y se les llamó *hugonotes* (1).

A diferencia de Alemania, Suiza, Inglaterra y otros países, el protestantismo francés encontró serios obstáculos. Los calvinistas estuvieron en minoría; primeramente, porque Francia era una monarquía unitaria, uno de cuyos fundamentos era la adhesión de los reyes *cristianísimos* al catolicismo y a la Santa Sede. Además, las corporaciones más prestigiosas del reino, como la Sorbona y los Parlamentos (supremos tribunales de justicia), se oponían a las innovaciones que pudieran atentar a la constitución fundamental del Estado.

Francisco I, cuya vida privada dejaba mucho que desear, toleró en un principio a los hugonotes, principalmente porque su hermana Margarita de Orleans había abrazado las doctrinas protestantes; pero los excesos de los anabaptistas en el valle del Rhin atemorizaron a los gobiernos, y las leyes contra los herejes fueron aplicadas con todo rigor. A pesar de las persecuciones, el número de calvinistas aumentó, singularmente en tiempo de Enrique II.

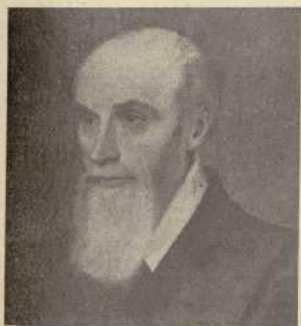
Francisco II: los partidos. — En 1559 ocupó el trono Francisco II, monarca enfermizo y de escasas luces. Casado

(1) Palabra derivada, según se cree, de la alemana *eidgenossen* (confederados) aplicada al partido ginebrino adicto a la reforma de Calvino.

con María Stuard, reina de Escocia, sobrina de los Guisas, éstos fueron los que en realidad ejercieron el poder, del cual alejaron a la familia Borbón, íntimamente emparentada con la dinastía reinante. En 1559 los Borbones, por odio a los Guisas, cuya política y alianzas tendían al catolicismo, se inclinaron a defender la causa de la Reforma. De este modo las pasiones religiosas se mezclaron a las intrigas políticas. Acaudillaban el partido calvinista, entre otros, Antonio de Borbón, rey de Navarra, el príncipe de Condé y el almirante Gaspar de Coligny. Al frente de los católicos figuraban Francisco, duque de Guisa, y su hermano el cardenal de Lorena. Comenzó la lucha a raíz de *la conspiración de Amboise*, por la que los hugonotes pretendían secuestrar el monarca a la influencia de los Guisas; pero éstos descubrieron el complot y castigaron severamente a sus autores. Hubo más de mil víctimas (1560).



EL CARDENAL DE LORENA (estampa de la época).



EL CANCELLER L'HOSPITAL (Museo Condé).

El canciller L'Hospital.—Por influencia de la reina madre, Catalina de Médicis, ejerció las funciones de canciller (jefe del supremo tribunal de justicia) Miguel de L'Hospital, jurisconsulto y legislador tolerante, enemigo de rigores por motivos religiosos. «¿A qué tantas hogueras y tormentos? — decía —. Procuremos combatir la herejía con la piedad y buenas obras.» Estas ideas moderadas no encontraban partidarios. Protes-

tantes y católicos eran igualmente intolerantes, y consideraban su primer deber exterminar a sus contrarios. L'Hos-

pital tomó medidas para imponer la tolerancia; pero nada pudo conseguir.

Carlos IX: regencia de Catalina de Médicis. — En 1560 murió Francisco II, después de un reinado de diez y ocho meses. Le sucedió su hermano Carlos IX. Como era menor de edad, fué ejercida la regencia por su madre, Catalina de Médicis, princesa italiana, aficionada a las artes y a las letras, diestra en las intrigas políticas, cautelosa y perversa. Catalina de Médicis, indiferente en materia religiosa, como los príncipes italianos del Renacimiento, quería únicamente gobernar. Obstáculo a su autoridad era la ambición de los Guisas y de los Borbones. Para combatirlos aprovechó su misma rivalidad, practicando la política



CARLOS IX (Museo Condé).



CATALINA DE MÉDICIS (esc. de los Clouet
Biblioteca nacional de Paris).

llamada *de báscula*, es decir, apoyándose hoy en unos, mañana en otros, según aconsejaban las circunstancias; política conforme con las tradiciones de su país y de su familia: el *maquiavelismo*; política de perfidia, seducción y engaño. La regente comenzó asociándose a los procedimientos moderados y conciliadores de L'Hospital. Los Guisas perdieron su influencia, entrando sus adversarios, los Borbones, en el favor.

Los Estados generales votaron una moción en pro de la tolerancia. Los suplicios por motivos religiosos fueron abolidos. Fué convocada una asamblea de católicos y protestantes en Poissy, para discutir tranquilamente sus

diferencias y ver de llegar a un acuerdo; pero, enardecidos los protestantes, activaron su propaganda, a la que los cató-

licos, mayores en número, contestaron con violencias. La matanza de Vassy, en la que perecieron sesenta hugonotes a manos de los amigos del duque de Guisa, hizo estallar la guerra.

Las guerras religiosas. — Comenzó entonces una serie de guerras que, con intervalos de paz, se prolongó hasta fines del siglo XVI. Se cuentan ocho guerras: cuatro durante el reinado de Carlos IX (1562-1574), motivadas únicamente por la cuestión religiosa; otras cuatro bajo Enrique III (1574-1589) y Enrique IV (1589-



TROPAS FRANCESAS DEL AÑO 1550 (según S. Neyrick, *Ancienne armure*).



TROPAS DE LA ÉPOCA DE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN (según S. Neyrick, *Ancienne Armure*).

1593), complicadas con cuestiones políticas y dinásticas. Fueron guerras atroces. Calvinistas y católicos, so pretexto de represalias, se exterminaban unos a otros sin piedad. No eran únicamente guerras religiosas, sino que tenían también carácter político. Además, los dos partidos rivales apelaron al extranjero, ya fuese que solicitasen el apoyo de sus correligionarios, como Felipe II de España, Isabel de Inglaterra, etc., ya alistando mercenarios sin distinción de nacionalidad ni aun de religión.

En la primera guerra los protestantes llevaron la peor parte; pero el duque de Guisa, jefe de los católicos, fué

asesinado. En la segunda y tercera guerras, los protestantes fueron también derrotados, concentrándose al sur del Loire.

La Rochela fué su principal refugio. No obstante, en 1570 obtuvieron, por la paz de Saint-Germain, el libre ejercicio de su religión y, en garantía de lo estipulado, la posesión de algunas plazas, llamadas *de seguridad* (La Rochela, Montauban, Cognac y La Charité).



COLIGNY (*Dibujo de Clouet; Biblioteca Nacional de Paris*).

Para asegurar la reconciliación se estipuló el enlace de Margarita de Valois, hermana de Carlos IX, con Enrique de Navarra (futuro Enrique IV), que a la muerte de Condé había sido reconocido jefe por los calvinistas, aunque a la cabeza de éstos se hallaba el almirante Coligny, que

formaba parte del Consejo real y ejercía gran ascendiente en el ánimo del monarca, joven de veintidós años, de carácter débil y arrebatado, aunque no carecía de inteligencia.

La noche de San Bartolomé. — Los proyectos políticos de Coligny, encaminados a socorrer a los protestantes de Flandes para combatir la casa de Austria, y la creciente influencia que ejercía en el ánimo del rey, inquietaron a la reina madre Catalina de Médicis, exasperada por su ambición y por los consejos de los católicos exaltados, singularmente por el joven Enrique de Guisa, que no perdonaba a



ENRIQUE DE GUISA (*Dibujo de la época; Biblioteca nacional de Paris*).

los calvinistas la aprobación que les había merecido el asesinato de su padre y deseaba vengarse. El 22 de agosto

de 1572, Coligny fué víctima de un intento de asesinato, que le dejó herido. El rey ordenó abrir una información judicial para castigar a los asesinos, información que puso de manifiesto la culpabilidad del duque de Guisa. Catalina de Médicis, temiendo ser descubierta, maquinó la existencia de un complot, convenciendo a su hijo de la necesidad de exterminar a los jefes hugonotes. La idea fué comunicada al duque de Anjou (después Enrique III) y al duque de Guisa. Éste último tomó las disposiciones necesarias. La matanza había de comenzár el día 24. A la madrugada los soldados, apostados en las puertas del Louvre, hicieron fuego sobre algunos hugonotes, y ésta fué la señal (1). El duque de Guisa, seguido de un puñado de asesinos, fué en busca de Coligny, a quien asesinaron en su propia casa. Entretanto sus colegas eran degollados en el patio del Louvre. El joven Enrique de Navarra pudo salvarse fingiendo la abjuración. Aunque el plan consistía en matar únicamente a los jefes calvinistas, el populacho se unió a los verdugos y la matanza fué general, por espacio de tres días, sin que pudieran librarse ni los niños. Tal fué la terrible «noche de San Bartolomé» (*la Saint-Barthélemy*), uno de los más abominables crímenes de la intolerancia. El ejemplo de París fué seguido por otras ciudades. El número de víctimas ascendió a unas 8,000. Contra lo que algunos historiadores afirman, ni Felipe II, ni el papa, tuvieron la menor participación en el hecho.

Aunque privados de sus jefes, los hugonotes no se desalentaron y siguió la guerra hasta 1573, en que Carlos IX hubo de concederles la libertad de conciencia. El rey murió en 1574, abrumado de crueles remordimientos.

Enrique III: la Liga. — Muerto Carlos IX sin hijos, heredó la corona su hermano Enrique, duque de Anjou, recientemente elegido rey de Polonia, país que abandonó a hurtadillas. El nuevo monarca carecía de virtudes, inteligencia y valor. Sus costumbres afeminadas, su carácter frívolo, su perfidia y duplicidad, le atraieron muy pronto el desprecio de sus súbditos. Además de los protestantes, que le odiaban por haber contribuido al abominable crimen

(1) Es novelesco el pretendido toque de campanas de la iglesia de San Germán l'Auxerois llamando a los conjurados, la «bendición de los puñales» y otros incidentes popularizados por la ópera de Meyerbeer y mil libros de fantasía.

de la *noche de San Bartolomé*, y porque rehusaba hacerles concesiones, el monarca tenía en contra suya una fracción de católicos, designada con el nombre de *políticos* o *malcontentos*, partido formado por los moderados que abundaban en las ideas del canciller L'Hospital, y por algunos ambiciosos, a cuya cabeza figuraba el duque de Alençon, hermano del monarca. Estalló de nuevo la guerra y, aunque los pro-



PATIO DEL LOUVRE (siglo XVI).

testantes fueron derrotados por el inquieto Enrique de Guisa, el rey, no sintiéndose seguro en el trono, y temeroso de los protestantes alemanes, que acudían en socorro de los de Francia, se apresuró a firmar la paz con sus adversarios, otorgando a los calvinistas concesiones que superaban a cuantas habían obtenido hasta entonces (igualdad civil y religiosa, tribunales de justicia mixtos, ocho plazas de seguridad, etc.).

Este tratado indignó a los católicos y, haciendo caso omiso de la autoridad real, se aprestaron a defenderse por sí mismos. Desde los comienzos de las guerras religiosas

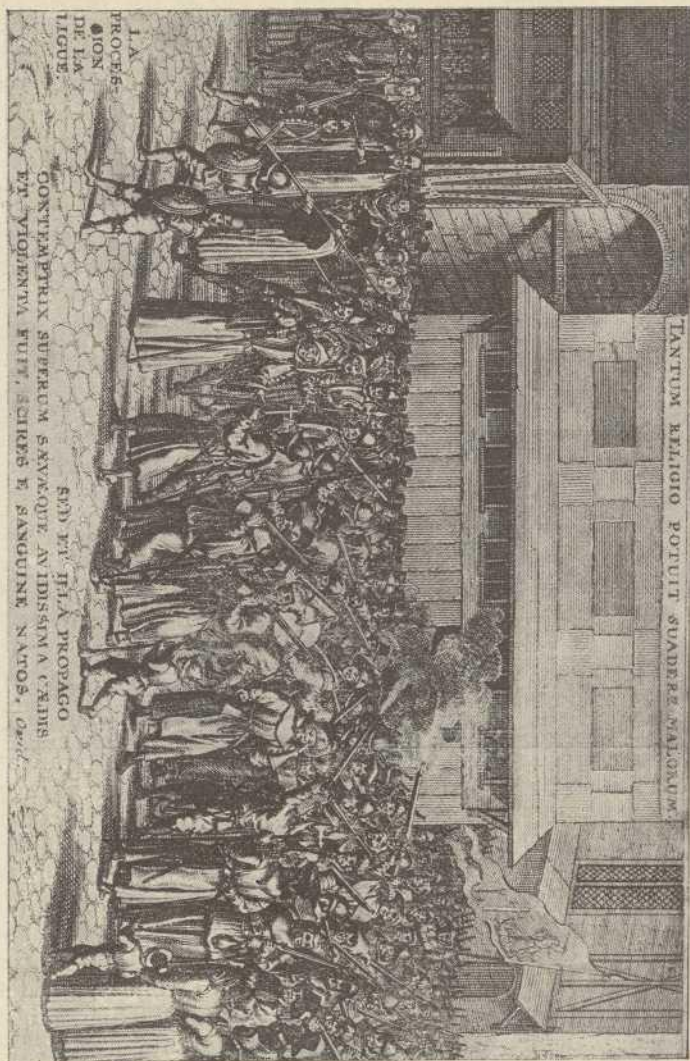
habíanse formado en provincias y ciudades asociaciones constituídas por clérigos, frailes, cofradías, municipalidades, burgueses y nobles, encaminadas a defender la fe contra los progresos de la herejía. En 1576 el duque de Guisa fusionó todas aquellas agrupaciones particulares en una asociación única; tal fué la famosa *Liga*, especie de federación, que tuvo su centro en París. Al mismo tiempo los calvinistas, después de la Saint-Barthélemy, se habían organizado federativamente, en forma análoga, y constituían la *Unión calvinista*, cuyo jefe era Enrique de Navarra. Francia quedó, pues, dividida en tres partidos: *calvinistas*, *políticos* (los católicos tolerantes) y *ligueros* (católicos radicales).



ENRIQUE III (Museo Condé).

La muerte del duque de Alençon, ocurrida en 1584, hizo que la lucha entre los dos partidos extremos, calvinistas y ligueros, fuese más encarnizada, porque como Enrique III no tenía hijos, su más próximo pariente, Enrique de Borbón o de Navarra, jefe de los calvinistas, devenía heredero presunto del trono. La mayor parte de la nación rehusaba un soberano hereje. La *Liga*, hostil al presunto monarca, se convirtió en un grave peligro para el soberano reinante, pues los ligueros, aunque acataban su autoridad, pretendían y juraban «restituir a las provincias del reino los derechos, franquicias y libertades antiguas», o sea substituir el gobierno absoluto por una monarquía limitada. De un modo análogo a los calvinistas, era la *Liga* un partido políticoreligioso, que pretendía substraerse a la autoridad real y constituir «un Estado en el Estado».

Reorganizada la *Liga* por Enrique de Guisa, opuso al heredero calvinista otro católico, el cardenal de Borbón, aunque el propio duque, ídolo de los ultracatólicos, a quienes apoyaba con tropas y dinero Felipe II de España, era, en realidad, el aspirante al trono. Enrique III hubo de ceder a la actitud revolucionaria de los ligueros, y anular las concesiones otorgadas a los calvinistas, lo cual encendió de nuevo la guerra. Francia se convirtió en un campo de batalla euro-



FAMOSA ESTAMPA SATIRICA LLAMADA LA PROCESION DE LA LIGAE (Mrs. Canham's).

peo, entre el partido católico, apoyado por Felipe II, y el protestante, defendido por Isabel de Inglaterra, el rey de Dinamarca y el elector palatino del Rhin. Los triunfos de Enrique de Guisa le rodearon de gran popularidad. París se alzó en favor suyo contra el propio monarca, quien, viéndose perdido, le hizo asesinar (1588). Este crimen irritó a los exaltados. La capital de Francia organizó un gobierno revolucionario, que depuso a Enrique III, el cual no tuvo más recurso que unirse con Enrique de Navarra y los calvinistas, a los cuales se asociaron los católicos moderados. Los dos Enriques marcharon sobre París, que se hallaba en poder de la Liga, y bloquearon la plaza con un ejército de treinta mil hombres; pero en agosto de 1589 un fraile fanático, llamado Jacobo Clemente, creyendo, sin duda, cometer una buena acción, asesinó a Enrique III, que al morir designó como sucesor a Enrique de Borbón.

Advenimiento de Enrique IV. — Enrique IV tomó el título de rey de Francia en el campo de Saint-Cloud; pero, abandonado por los católicos, que no querían un rey hugonote, y por una parte de los calvinistas, porque había anunciado solemnemente (agosto de 1589) su voluntad de mantener y conservar la religión católica, se vió obligado a levantar el sitio de París y reconquistar la mayor parte del reino.

Felizmente para él, la Liga se hallaba dividida en grupos opuestos, que disentían acerca de la persona en quien había de recaer la corona. Unos reconocían al cardenal de Borbón; otros sostenían las pretensiones del duque de Mayenne, hermano del difunto duque de Guisa; otros apoyaban las pretensiones del rey de España, Felipe II, que intrigaba por coronar como reina de Francia a su hija Isabel Clara Eugenia.

Enrique IV se retiró a Normandía, desde donde podía recibir refuerzos de Inglaterra. Hábil político y bravo guerrero, venció al duque de Mayenne en las batallas de *Arques* e *Ivry*. Esta última victoria le permitió bloquear París, con la idea de rendirlo por hambre; pero el pueblo parisién, fanatizado por los ligueros exaltados, resistió, dando tiempo a que Alejandro Farnesio pudiera socorrerlo y obligar a Enrique IV a retirarse.

Felipe II proseguía activamente sus negociaciones con

el gobierno de la Liga para conseguir sus designios. En muchas ciudades francesas había guarnición española; pero cuando el embajador del rey de España reclamó de los Estados generales, reunidos en el Louvre (1593), la abolición de la *ley sálica*, proclamando los derechos de la infanta española, el Parlamento afirmó las leyes constitucionales del reino, rehusando admitir un soberano extranjero.



ENRIQUE IV (escuela de Clouet).

firmaron la *paz de Vervins* (1598), simple ratificación de la de Cateau Cambresis, y Enrique IV, reconocido rey de Francia, inauguró la *casa de Borbón*.

Edicto de Nantes. — Quiso Enrique IV asegurar la paz interior, arreglando definitivamente la cuestión religiosa. Con este objeto, el 13 de agosto de 1598, promulgó el famoso *edicto de Nantes*. Por él se garantizaba a los protestantes la libertad de conciencia en todo el reino, libertad de culto en numerosas localidades, absoluta igualdad de derechos civiles, tribunales de justicia mixtos, libertad de reunión y la posesión de un centenar de plazas de seguridad. Este

(1) Con motivo de la conversión de Enrique IV, suele atribuírsele la socarrona frase *Paris bien vale una misa*, frase que, si pinta su carácter, parece que tiene otro origen. (Ver E. Fournier, *El ingenio en la Historia*, trad. esp., Madrid s. a. «La España Moderna»).

Entretanto Enrique IV, que a consecuencia de sus declaraciones en materia religiosa, hechas en 1589, había sido reconocido por una gran parte del episcopado francés, abjuró solemnemente el protestantismo en manos del arzobispo de Bourges, en la basílica de Saint-Denis (julio de 1593) (1), comprando después, mediante concesiones, la sumisión de las provincias y la de los nobles y personas más influyentes del reino.

Prosiguió después la guerra contra Felipe II, guerra que duró tres años. Agotados los recursos, ambos contendientes

edicto, que mantenía los privilegios del partido calvinista y era hijo del alto sentido político del monarca, si no inauguró la era de tolerancia, fué aplicado, a pesar de la oposición de los católicos, durante una gran parte del siglo XVII, dando a Francia un período de paz, mientras otras naciones se hallaban en plena lucha religiosa, como veremos.

Reorganización del reino. — Treinta años de guerras civiles habían dejado a Francia cubierta de ruinas y de miseria. La autoridad real poco menos que anulada, el país devastado, los campos desiertos. Los campesinos, hambrientos, se entregaban en muchas provincias al pillaje. Los recursos del erario apenas eran suficientes para pagar a los acreedores del Estado; la deuda pública alcanzaba enorme cifra. Reorganizar la nación y restablecer la autoridad real, tal fué la obra de Enrique IV. Hombre sencillo y familiar, de agudo ingenio, inaccesible al odio, templado y un tanto socarrón, sabía dar a sus mandatos apariencia de peticiones y sacar partido de las cualidades ajenas empleando indistintamente amigos y enemigos. Esto no impidió que desplegara una gran energía de carácter y supiera imponer muy pronto el respeto a la autoridad real.



SULLY (Dibujo de la esc. de los Clouet, Louvre).

En su obra restauradora fué secundado por numerosos colaboradores, el más célebre de los cuales fué Maximiliano de Bethune, duque de Sully, camarada del rey y uno de sus íntimos amigos. Hombre de gran sentido práctico y hábil administrador, Enrique IV le confió primero el arreglo de la hacienda y después le puso al frente de las obras públicas y de los asuntos militares.

Sully administró con la más estricta honradez y economía, evitando el déficit y aligerando las cargas públicas. Favoreció la agricultura y la ganadería, «las ubres de la nación», y alentó el comercio mediante tratados internacionales,

la reparación y el fomento de las vías de comunicación. Enemigo de empresas costosas, que requieren exponer grandes sumas, Sully se limitó a economizar; pero, asegurada la paz en el interior y en el exterior, Francia pudo reponerse de sus desastres.

La política exterior de Enrique IV fué pacífica; pero en 1610 comenzó a hacer preparativos de guerra, para intervenir en los asuntos de Alemania, preparativos impopulares, porque implicaban el aumento de los impuestos. En dicho año, al disponerse a marchar de París para ponerse al frente de sus tropas, fué asesinado por el fanático Ravailac.

Enrique IV es el más popular de los monarcas franceses. Sus compatriotas admiran en él las cualidades del guerrero, estadista, administrador y diplomático; pero más aún su carácter franco, expansivo, su ingenio, su ironía, su afición a los placeres, en fin, que reflejan admirablemente el temperamento nacional.

BIBLIOGRAFIA. — Sobre la Saint-Barthélemy, un excelente libro es el de A. Baschet, *La diplomatie vénitienne* (París, 1862). Acerca de Enrique IV las *Mémoires de Sully* (Londres, 1745, 3 vols.), interesantes por las opiniones de los contemporáneos acerca del asesinato del rey y la supuesta complicidad de los jesuitas y España. Ved además, *Journal de l'Etoile Extr.* (París, A. Colin, 1906); J. Nouaillac, *Henri IV raconté par lui-même*

(París, A. Picard, 1913), libro que además de una escogida selección de cartas de Enrique IV, que pintan admirablemente su carácter y temperamento, va precedido de una introducción que da clara idea del célebre monarca, considerado como militar, estadista, etc. — Para más detalles acerca de este período véase H. Hauser, *Les sources de l'histoire de France, XVI siècle* (París, A. Picard, 1912-1916, 2 vols.).



MISERIAS DE LA GUERRA (Dibujo de Callot; siglo XVII).

LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

(1618-1648)

La guerra de treinta años: su carácter, causas y períodos. — Durante la primera mitad del siglo XVII, Alemania, cuna de la Reforma, fué teatro de la última guerra europea religiosa; guerra que, habiendo comenzado por disensiones entre católicos y protestantes alemanes, se transformó en lucha europea política. Tal fué la *guerra de treinta años*.

Sus causas remontan al siglo XVI, a la paz de Augsburgo, cuyas concesiones, limitadas a los luteranos, no alcanzaban a otras sectas, como los calvinistas, que eran en Alemania bastante numerosos. El famoso artículo de la *reserva eclesiástica* no se cumplía. Príncipes eclesiásticos, como por ejemplo el elector arzobispo de Colonia, hacíanse protestantes, negándose a renunciar sus dominios temporales. De aquí numerosos conflictos. El catolicismo, reorganizado en Trento, pasaba de la defensiva al ataque. Poderosos príncipes de Alemania del sur, como los de Austria y Baviera,

adictos a Roma, favorecían la propaganda de los jesuitas, que se traducían en la fundación de colegios y universidades.

Resultado de aquella empeñada lucha fué acentuar la división de Alemania en dos campos opuestos: la *Unión evangélica* (1608), que juntaba luteranos y calvinistas — el elector palatino del Rhin, el duque de Wurtemberg, el elector de Brandeburgo, el landgrave de Hesse-Cassel y bas-



LA DEFENESTRACIÓN DE PRAGA (Grabado de la época).

tantes ciudades —, y la *Liga Católica*, dirigida por el duque Maximiliano de Baviera — los electores eclesiásticos de Maguncia, Tréveris y Colonia, y las ciudades de Alemania meridional.

Los Habsburgo, sucesores de Carlos V, Fernando I (1519-1564) y el hijo de éste, Maximiliano II (1564-1576), fueron tolerantes; pero no sus sucesores, Rodolfo II (1576-1611) y Matías (1612-1619), que se pusieron al frente de la reacción católica.

A la casa de Habsburgo pertenecía, entre otras posesiones, el reino de Bohemia (desde 1526), país habitado por pueblos de distinto origen, que profesaban distintas creencias, apasionados por sus libertades, que el propio empe-

rador Rodolfo II les había garantido por la *Gran Carta de Majestad* (1609).

Aquellas libertades fueron pronto violadas por el príncipe Fernando de Styria, primo del emperador Matías, gobernador de Bohemia y heredero presunto del Imperio. Una violenta oposición religioso nacional estalló en Bohemia. Los jefes de los descontentos, penetrando un día en el castillo de Praga, empuñaron una disputa con los oficiales imperiales y, pasando de las palabras a los hechos, les arrojaron por la ventana (1618). Esta escena, conocida con el nombre de *defenestración de Praga*, fué la señal de la guerra.

Además de Alemania, entraron en la lucha otras potencias: España, Dinamarca, Suecia y Francia. Divídese, por tanto, la guerra de treinta años en cuatro períodos: *bohemo o palatino, danés, sueco y francés*.



FERNANDO DE STYRIA EN TRAJE IMPERIAL (Grabado de Wolfgang Xilian).

Período palatino. — Los bohemos sublevados marcharon sobre Viena. Muerto el emperador Matías (1619), fué elegido Fernando de Styria con el nombre de Fernando II; pero los bohemos, en guerra contra Austria, ofrecieron la corona de su país al elector palatino Federico V, que se había hecho calvinista, y que, por ambición, aceptó el ofrecimiento, siendo coronado en Praga. El emperador, deseando reducir al rebelde vasallo, pidió ayuda al rey de España

(Felipe III), que tomó resueltamente partido por el emperador católico. Los príncipes protestantes, viendo su causa amenazada, apoyaron al elector. Las fuerzas de ambos contendientes consistían en mercenarios, mandados por aventureros análogos a los *condottieri* italianos. El jefe de las tropas del partido católico era Tilly, un belga, y el de las protestantes, Ernesto de Mansfeld. La batalla de la *Montaña blanca*, cerca de Praga, dió Bohemia al emperador. Las represalias fueron terribles. Perdió Bohemia sus privilegios, y los adversarios del Austria fueron desposeídos de sus bienes. Continuó la guerra en el



FEDERICO V, CONDE-PALATINO DEL RHIN
(grabado de la época).

Palatinado. Héroe de aquella campaña fué el ilustre capitán Ambrosio de Spínola, que dió a los imperiales los territorios de Federico V, el cual fué privado de su dignidad electoral y vió sus estados repartidos entre España y Baviera.

Período danés. — El emperador aprovechó su triunfo para someter a los príncipes y ciudades protestantes, que habían usurpado los bienes eclesiásticos. Los soldados de Tilly fueron enviados de guarnición a las ciudades de la baja Sajonia (norte de Alemania, entre el Weser y el Elba). Los alemanes, a merced del vencedor, temblaban por sus libertades y por sus adquisiciones. Entonces el rey de Dinamarca, Cristián IV, príncipe



TILLY, por Van-Dick (Pinacoteca de Munich).

ambicioso, a quien la posesión del territorio llamado Sleswig-Holstein hacía miembro del imperio, deseando extender su reino, voló en auxilio de los protestantes. Tal fué el comienzo del segundo período de la guerra, llamado *período danés* (1626-1628).

Waldstein. — Extendiase la guerra cuando el emperador recibió un poderoso refuerzo. Un noble bohemio, llamado Alberto Waldstein o Wallenstein,

propuso a Fernando alistar y sostener a sus expensas un ejército de cincuenta mil hombres, a condición de ser él el único jefe y recibir los países que conquistara, a título de indemnización. Waldstein no era un vulgar aventurero. Nacido en 1583, de familia regularmente acomodada, educado por los jesuitas, se había distinguido en la guerra contra los turcos y en la de Bohemia. Enriquecido con la compra de bienes confiscados a los bohemos rebeldes, adquirió el señorío de Friedland, en el norte de Bohemia, con el título de duque. De carácter sombrío y melancólico, inquieto y soñador, creíase llamado a los más altos destinos. Aceptado el ofrecimiento por el emperador, dióle Waldstein un ejército propio, independiente del de la Liga católica.



ERNESTO DE MANSFELD (Grabado
de la época).

Las bandas. — En aquel tiempo los ejércitos nacionales no existían aún. Eran tropas mercenarias. La guerra era un negocio emprendido por jefes, como Waldstein, Tilly, Mansfeld, etc. El alistamiento hacíase por medio de pregones. Cuando se trataba de un caudillo famoso, garantía de buen sueldo y promesa de rico botín, la multitud se apresuraba a engancharse bajo su bandera. Aventureros, segundones, burgueses arruinados, campesinos hambrientos, frai-

les exclaustrados, toda la escoria social sin distinción de clases, oficios, nacionalidad, religión, ni procedencia. El mayor beneficio que sacaban de la guerra era el pillaje. Católicos y protestantes, alistados indistintamente en el ejército de la *Liga católica* o de la *Unión evangélica*, vivían a costa del país ocupado, imponiendo contribuciones arbitrarias, despojando al comerciante y al agricultor pacíficos. A la zaga de aquellas feroces bandas iba una enorme nube

de bagajes, criados, mercaderes, rameras y ladrones (1). Su presencia en una comarca equivalía a la ruina, el hambre, la peste, la desolación. Durante la guerra de treinta años fué Alemania un vasto campamento, viviendo a costa de la población civil. Waldstein, por su prestigio y por las amplias facultades concedidas a sus tropas, pudo fácilmente reunir el ejército prometido al emperador.



CRISTIÁN IV (Grabado de la época).

Derrota de Dinamarca: edicto de Restitución. — Dos batallas dieron la victoria a los imperiales. Waldstein derrotó a Ernesto de Mansfeld en Dessau, y Tilly al rey de Dinamarca en

Lutter. Cristián IV, amenazado del despojo de su territorio, firmó con el emperador la paz de Lubeck. Esto no obstante, Waldstein continuó sus fechorías, apoderándose del norte de Alemania, confiscando ducados y principados, diciendo altaneramente que había llegado la hora de reducir los electores del imperio a la condición de simples «grandes de España» y los obispos a la de capellanes del emperador. Finalmente, Fernando promulgó en 1629 el *edicto de Restitución*, disponiendo que todos los bienes eclesiásticos usurpa-

(1) El nombre de *bandido*, sinónimo de salteador, deriva precisamente de «hombre de banda, bandolero».

dos desde la paz de Augsburgo (1555) fueran restituidos a la Iglesia católica. El ejército de Waldstein quedaba encargado de hacer cumplir aquel edicto, que no sólo atentaba a la constitución del imperio, sino que era una amenaza para la seguridad de Europa, consagrando el poderío de la casa de Austria. El rey de Suecia, Gustavo Adolfo, intervino entonces, comenzando un nuevo período de guerra: el *período sueco* (1630-1635).



WALDSTEIN, por Van-Dick.

Período sueco. — Gustavo Adolfo descendía de Gustavo Wasa, que en el siglo XVI había emancipado Suecia de la dominación de Dinamarca, fundando una dinastía y adoptando el protestantismo. Gustavo Adolfo había engrandecido su

GUSTAVO ADOLFO (*Biblioteca de la Univ. de Upsala*).

reino conquistando una parte del litoral oriental del Báltico. Las causas que le indujeron a mezclarse en los asuntos de Alemania fueron los temores que le inspiraban las conquistas de Waldstein en el litoral alemán del Báltico, su ambición de apropiarse la Pomerania, y, finalmente, sus convicciones religiosas profundamente luteranas. Estimulado y apoyado por Richelieu, ministro del rey de Francia, enemigo del engrandecimiento de los Habsburgo, Gustavo Adolfo desembarcó en Pomerania en 1630.

Su ejército, inferior en número a las tropas imperiales, les superaba en calidad, organización y disciplina. Los suecos, bien equipados, disponiendo de excelente artillería, iban

dirigidos por uno de los mejores tácticos de la época, pues Gustavo Adolfo fué, con Spínola y Mauricio de Nassau, uno de los fundadores del arte de la guerra en el siglo XVII.

Los príncipes alemanes, atemorizados del poderío alcanzado por Waldstein, habían exigido del emperador, en la Dieta de Ratisbona (1630), la separación del temible bohemio, que se retiró a sus tierras.



AMBROSIO DE SPÍNOLA, por Rubens (*Galería de Braunschweig*).

Gustavo Adolfo permaneció durante un año en Alemania del Norte, ocupando la Pomerania y varias plazas fuertes como base de operaciones, a la vez que negociaba con los electores de Sajonia y Brandeburgo, obligándoles al fin a reunírsele. Entretanto Tilly se apoderaba de Magdeburgo, ciudad que saqueó atrocemente; pero, en septiembre de 1631, Gustavo Adolfo entró en Sajonia, derrotando a aquel caudillo cerca de Leipzig, y al año siguiente se apoderaba de Munich, tras nueva victoria alcanzada sobre las

tropas de Tilly, que murió a consecuencia de sus heridas.

Fernando II, amenazado en sus propios estados, no halló más recurso que llamar de nuevo a Waldstein. El orgulloso bohemio consintió en reclutar un nuevo ejército. Después de algunos meses de expectativa, las bandas de Waldstein y el aguerrido ejército sueco trabaron la gran batalla de Lutzen (noviembre de 1632), en la que los imperiales fueron derrotados; pero que costó la vida al rey de Suecia.

Gustavo Adolfo dejó en el trono a su hija Cristina, men o de edad. Sin embargo, se prosiguió la guerra, dirigiendo las

tropas protestantes el duque Bernardo de Sajonia-Weymar, príncipe alemán que había militado en el ejército de Gustavo Adolfo. Aunque alcanzaron los suecos algunas ventajas, fueron derrotados en 1634 en la batalla de Nordlingen, por la infantería española, mandada por el cardenal-infante don Fernando, hermano de Felipe IV, rey de España. Estos triunfos devolvieron la preponderancia al emperador, quien, no muy seguro de la conducta de Waldstein, al que los suecos hacían proposiciones de alianza, ofreciéndole la corona de Bohemia, le hizo asesinar. La intervención de Suecia (apoyada por Francia) en el conflicto había trocado aquella guerra, religiosa y alemana, en una guerra política. Este carácter se acentuó más aún a partir del año 1635, en que Francia, fortalecida con alianzas ofensivas y defensivas con holandeses, suizos, italianos (los duques de Saboya, Parma y Mantua) y los protestantes alemanes, entró en acción resueltamente.



EL CARDENAL-INFANTE, por Van-Dick
(Museo del Prado).

Período francés. — Desde 1624 Francia se hallaba dirigida por el cardenal Richelieu, uno de los más grandes políticos de la época, gobernante profundamente hostil a la casa de Austria. Su política exterior iba encaminada a quebrantar el poder de los Habsburgo alemanes y españoles, y a evitar su unión. Con este fin movió guerras a España: la guerra de la Valtelina (1624-1626) y la motivada por la sucesión del ducado de Mantua (1627-1630). La derrota de los suecos en Nordlingen le hizo activar sus negociaciones con los enemigos de la casa de Austria (los príncipes alemanes, las Provincias Unidas, los suizos, los duques de Parma y Mantua, etc.). En 1635 declaró de nuevo la guerra al rey de España (Felipe IV), y al año siguiente al emperador. La lucha tuvo, pues, un campo tan vasto como variado: Alemania, Italia, los Países Bajos y la frontera hispanofrancesa. Después de múltiples alternativas la victoria definitiva quedó por Riche-

lieu, que se hizo dueño del Artois, y por los suecos, que dominaron el norte de Alemania.

El ministro francés murió en 1642; pero su sucesor, Mazarino, continuó su política. En 1643 el príncipe de Condé derrotó al ejército español en Rocroy, batalla que fué el golpe de gracia al prestigio de nuestras tropas, no obstante el heroísmo con que se batieron. Unido esto a los continuos triunfos de los aliados de Francia y a los trabajos que desde 1643 venían haciendo los diplomáticos en busca de una so-



EL CONGRESO DE MUNSTER (Westfalia).

lución para acabar la guerra, la conclusión de la paz fué recibida con júbilo en Alemania.

Paz de Westfalia. — La guerra de treinta años terminó con la paz de Westfalia, congreso europeo en el cual estuvieron representados el emperador y los príncipes de Alemania, los reyes de España, Francia, Suecia y Dinamarca, las Provincias Unidas de Holanda, la república de Venecia y el papa. Los tratados fueron firmados simultáneamente, el 24 de octubre de 1648, en las ciudades de Os nabruk, donde se había discutido la cuestión religiosa, y Munster, en la que se debatieron los asuntos políticos.

Las cláusulas de los tratados de Westfalia se hicieron ex-

tensivas a tres cuestiones: 1.^a, al estado religioso de Alemania; 2.^a, a su situación política, y 3.^a, a la paz europea.

Estado religioso de Alemania. — Subsistió la *reserva eclesiástica*, pero fueron reconocidos y consagrados los derechos de los protestantes, haciéndose extensivos a los calvinistas, manteniéndose como válidas las secularizaciones anteriores a 1624. En lo sucesivo el alto tribunal de justicia del Imperio quedaría constituido con igual número de jueces protestantes que católicos.

Situación política de Alemania. — Alemania continuó siendo una federación de Estados bajo la soberanía del Emperador. Concedíase la libertad religiosa a los príncipes de cada Estado; pero no a sus súbditos, quienes venían obligados a profesar la religión oficial: *cujus regio ejus religio*; pero príncipes y ciudades adquirían mayor poder político, es decir, los derechos llamados *de regalia* (impuestos, moneda, ejército, derecho de paz o de guerra, alianzas, etc.) y los asuntos comunes pasaban a poder de la Dieta, quedando el emperador reducido a ordenar el cumplimiento de sus decisiones.

Paz europea. — Quedó reconocida la independencia de las *Provincias Unidas* de Holanda y la de los Cantones Suizos. Francia adquirió Metz, Toul y Verdun, parte de Alsacia y — de hecho — el dominio del Artois. Suecia adquirió la Pomerania y algunas islas y plazas del Báltico. Los príncipes alemanes protestantes, aliados de Francia y Suecia, recibieron compensaciones, y algunos de ellos, como el elector de Brandeburgo (Federico Guillermo), adquisiciones territoriales importantes, origen del futuro reino de Prusia.

La paz no contentó a nadie. Los católicos, quejosos de la pérdida de los bienes de la Iglesia; los protestantes, irritados por el mantenimiento de la reserva eclesiástica, que no les permitía adquirir nuevos bienes. El papa protestó contra la usurpación de los bienes eclesiásticos, primera y principal causa de la guerra, y declaró nulo el tratado. La cuestión religiosa era en realidad secundaria, puesto que no fué más que el medio de que se sirvieron los beligerantes para atraerse aliados. Ninguno de los adversarios batallaba por la libertad de conciencia, pues todos pretendían imponer su religión; pero la imposibilidad de conseguirlo determinó *cierta tolerancia*, extensiva únicamente a los príncipes y a las tres religiones: católicos, luteranos y calvinistas.

El resultado capital de la guerra fué político, a saber: la derrota del imperialismo austríaco, en provecho del espíritu particularista de los príncipes alemanes y de la hegemonía de Francia en Europa.

Alemania, presa durante treinta años de una soldadesca desenfrenada, perdió dos tercios de su población y no pudo reponerse de sus desastres hasta mucho tiempo después.

BIBLIOGRAFIA. — No existe en español ninguna obra especial dedicada al tema de este capítulo, excepción hecha de los fragmentos que a la guerra de treinta años tienen que referirse los libros de historia nacional por la parte que tomó España en aquel conflicto. En cambio, son numerosas las obras alemanas, suecas, etc. Véase principalmente la biblio-

grafía de Dahlmann-Waitz, *Quellenkunde der Deutschen Geschichte* (Leipzig, 1912). Para los que puedan leer francés es excelente el libro de E. Charveriat, *Histoire de la guerre de trente ans* (Paris, Plon, 1878, 2 vols. en 8.º). Léanse el drama de Schiller, *Wallenstein* y la novela de Manzoni *I promessi sposi*.

DECADENCIA DE LOS HABSBURGO Y ENGRANDECIMIENTO DE LA CASA DE BORBÓN

España: Felipe III. — El 13 de septiembre de 1598 murió Felipe II en el Escorial, no sin recomendar a su heredero, el príncipe Felipe, que no abandonara jamás la fe católica y que gobernase con justicia. Aquel monarca dejó España empobrecida. Los desmesurados esfuerzos exigidos al país habían poco menos que agotado su población y su riqueza. Arruinadas la agricultura y la industria, en desorden la hacienda, mal distribuídos los tributos, corrompida la nobleza por el ocio y los placeres, la mitad del territorio en manos del clero, la administración en poder de togados y golillas; si todavía conservaba España su ejército y su prestigio de gran potencia, su imprevisión y su prodigalidad la arrastraron al abismo. La supremacía española en Europa desapareció, en el transcurso del siglo XVII, en provecho de Francia.

Felipe III carecía de condiciones de gobernante y, cambiando por completo de sistema, entregó el gobierno a su secretario favorito, el marqués de Denia, duque de Lerma, quien, convertido en una especie de ministro general, dirigió los negocios públicos a su antojo.

Al advenimiento del nuevo monarca continuó España la guerra en Flandes, contra las Provincias Unidas, que se negaron a reconocer la cesión de los Países Bajos, hecha por Felipe II, a favor de los archiduques Isabel y Alberto. Las felices campañas de Ambrosio Spínola, genovés al servicio de España, dieron por resultado que se firmara, en 1609, la *Tregua de doce años*, en la que España pactó con las Provincias Unidas de Holanda, como si fueran libres, viniendo a reconocer su soberanía. Continuó, además, la guerra contra

Inglaterra, hasta 1602, y más tarde con algunos príncipes italianos, con los turcos y los berberiscos. La intervención de Felipe III en la guerra de treinta años dió por resultado la conquista de una parte del Palatinado, por Spínola, en favor de la causa católica.

El hecho más característico de la política interior de este reinado fué la expulsión de los moriscos, mudéjares conver-

tidos violentamente al catolicismo, que no habían renunciado a sus creencias y que constituían para España un peligro, excitando continuamente a los piratas berberiscos y a los marroquíes a que desembarcaran de nuevo en la Península. A pesar de la oposición de la nobleza y de una parte del clero, en 1609 se publicó un edicto expulsándoles del reino, radical medida que, si evitó peligros más o menos imaginarios, disminuyó la población y la riqueza.



FELIPE III, por Velázquez (Prado).

Felipe IV. — Felipe III murió en 1621, sucediéndole su hijo Felipe IV, príncipe

que, si bien no carecía de inteligencia y aplicación, era de carácter frívolo y aficionado a la vida disipada. La multiplicidad de problemas políticos que ofrecía el Estado español hizo que pronto encargase su dirección a un noble favorito, el conde-duque de Olivares, hombre enérgico, inteligente y culto; pero irascible y orgulloso. Olivares prosiguió la política guerrera, imperialista, de los Habsburgo.

En 1621 había muerto el archiduque Alberto, esposo de la infanta Isabel Clara Eugenia. Los Países Bajos revertieron a la corona española. Terminado el plazo de la *Tregua de doce años* con los holandeses, continuó la guerra, dirigida por Ambrosio Spínola, haciéndose después extensiva contra los franceses, por la política hostil de Richelieu a la casa de

Austria. La lucha entre Francia y España no se apaciguó con los tratados de Westfalia. El cardenal Mazarino, sucesor de Richelieu, deseaba la posesión de Cataluña (sublevada contra el gobierno español) y del Rosellón, a cambio de los Países Bajos españoles y el Franco Condado, combinación que fué desechada. Prosiguió la guerra llevando ventaja los españoles, merced a los trastornos interiores de Francia, donde había estallado una guerra civil llamada *guerra de la Fronda*; pero, a la postre, triunfaron la diplomacia y las armas francesas, firmándose en 1659 la *paz de los Pirineos*. En aquel tratado obtuvo Francia el Rosellón y la Cerdeña, el Artois, Luxemburgo y varias plazas de Flandes, estipulándose, además, el enlace de la infanta María Teresa, hija de Felipe IV, con Luis XIV, heredero de la corona francesa; pero con la condición de que la infanta renunciaba a todo derecho de sucesión a la corona española, a cambio de un dote de quinientos mil escudos. Este matrimonio produjo graves consecuencias políticas, como veremos.



FELIPE IV, por Velázquez (Museo de Viena.)

Separación de Portugal. —

La anexión de Portugal a España no tuvo para aquel reino más consecuencia que la de ser regido por un soberano extranjero. El régimen español fué aceptado sin resistencia por la nobleza y la burguesía; pero, en el reinado de Felipe III, elementos hostiles a la unión, principalmente el clero, manifestaron su descontento por haberse prestado el duque de Lerma a revocar las leyes restrictivas que pesaban sobre los judíos portugueses. El aumento de los tributos, el desarreglo de la administración y la ausencia del monarca tenían descontento al país. Quiso Olivares poner en práctica algunas medidas encaminadas a estrechar más las relaciones entre Castilla y los portugueses: (v. gr., frecuentes visitas del rey a Portugal, conceder a los portugueses empleos en Castilla, y recíprocamente, etc.); pero su política fué interpretada como un

ateutado a la autonomía de Portugal. Las numerosas guerras sostenidas por España exigieron aumentar los tributos, lo cual acrecentó la efervescencia. En 1640 se había sublevado Cataluña (1). El conde-duque ordenó al virrey, duque de Braganza, y a la nobleza portuguesa que salieran a unirse al ejército real. Pero éstos, aprovechando aquella difícil situación, se sublevaron, apoderándose de Lisboa y proclamando al duque de Braganza rey de Portugal, con el nombre de Juan IV.

Extendida la sublevación a todo el reino portugués, las circunstancias hicieron imposible sofocarla. La guerra de Cataluña y la de Francia empleaban las mejores fuerzas militares; el erario estaba exhausto; el nuevo rey de Portugal fortificaba su posición aliándose con los enemigos de España (Francia y Holanda). La guerra, sin embargo, se prolongó, con escasa actividad, durante veinte años, no siendo reconocida la independencia de Portugal hasta 1668, por el sucesor de Felipe IV, Carlos II.

Decadencia de España. — Al morir Felipe IV, en 1665, España había perdido Holanda, parte de las provincias flamencas católicas, el Rosellón y Portugal, viendo además perturbado su comercio con América, merced a los ataques y piratería de ingleses, holandeses y franceses. Los errores políticos, la mala administración de los favoritos y otras mil causas, de índole muy compleja, dejaron a España con los campos yermos, los lugares despoblados, agotadas las fuentes de riqueza pública, la nación sin ejército ni marina,

(1) La sublevación y guerra separatista de Cataluña durante el reinado de Felipe IV (1640-1659) fué motivada, entre otras causas, por los celos de los catalanes contra la política absolutista y centralizadora de los Habsburgo, política que reducía los privilegios y particularismos locales; por el incumplimiento del gobierno en la convocación de Cortes, por el intento de introducir nuevos tributos, por la presencia de tropas, por el desempeño de empleos por quienes no eran hijos del país y por la resistencia de los catalanes en coadyuvar a las guerras exteriores. La lucha con Francia, las intrigas de Richelieu y la soberbia del ministro Olivares complicaron la situación, aumentando los agravios y las resistencias. En 1640 los aldeanos de las montañas del Ampurdán, declarados en rebeldía al grito de *¡Viva el rey, muera el mal gobierno!*, cometieron en Barcelona y otros puntos excesos sangrientos. El gobierno se vió precisado a enviar un ejército contra los sublevados, que ofrecieron la soberanía de Cataluña al rey de Francia, cuyo ministro les auxiliaba con tropas. En un principio el ejército realista sufrió grandes descalabros; pero en 1643, habiendo muerto Richelieu y caído Olivares en desgracia, cansada Cataluña de la guerra y odiando a los franceses, prevalecieron temperamentos de concordia, favorecidos por el triunfo de las tropas leales. La lucha no cesó por completo hasta la paz de los Pirineos (1659), conservando Cataluña sus privilegios con algunas restricciones. (Véanse para esta cuestión la *Crónica* de Miguel Parets, publ. en el *Memorial hist. español*, t. XX a XXV, y el libro de Melo, *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, numerosas ediciones).

el tesoro exhausto, el pueblo en la miseria y el monarca entregado a frívolos pasatiempos, ejercicios de piedad o prácticas supersticiosas. Por un extraño contraste, el siglo XVII fué la edad de oro del arte y de las letras en España, como veremos. Sobre la decadencia del gran imperio español, «veinte veces mayor que el imperio romano», se levantaban nuevas potencias europeas: Inglaterra, Holanda y sobre todo Francia, la más enriquecida con los despojos de su rival, la monarquía de los Habsburgo.

Francia: Luis XIII: regencia de María de Médicis. — Enrique IV dejó al morir un hijo de corta edad, Luis XIII. La regencia fué ejercida por su madre, María de Médicis, princesa de escasa inteligencia, que concedió su confianza a Concini, un aventurero florentino. Los abusos y desórdenes, contenidos por la energía y habilidad política de Enrique IV, renacieron. La corte fué teatro de intrigas y querellas, conduciéndose los nobles en las provincias

como soberanos independientes, mientras los protestantes resucitaban sus antiguas pretensiones. Pronto la anarquía se tradujo en guerra civil y la regente se vió obligada a acallar las pretensiones de la nobleza y de los parientes del rey (*príncipes de sangre*) concediéndoles honores y empleos.

Aunque fueron convocados los Estados generales, en 1614, no remediaron los abusos. En 1615 fué declarado mayor de edad Luis XIII, que, dejándose llevar por un favorito, Luynes, fué víctima de las intrigas cortesanas. Nobleza y protestantes amenazaban la monarquía cuando, en 1624, fué elevado a la categoría de primer ministro el célebre cardenal Richelieu.



MARÍA DE MÉDICIS, por Porbus el joven
(Mus. de Amiens).

Richelieu: su carácter y designios. — Armando Juan Du Plessis, cardenal de Richelieu, había nacido en París en 1585. Destinado a la carrera militar, abrazó el estado eclesiástico para conservar el obispado de Luçon en su familia. Graduado en la Sorbona, fué predicador en la corte, donde ganó, a fuerza de habilidad y adulaciones, a María de Médicis. Intrigante de talento, conecedor de los hombres, disimulado y enérgico, fué uno de los más grandes



LUIS XIII (*Escuela francesa*).

políticos que ha tenido Francia. La persona de Luis XIII queda completamente eclipsada por la de su ministro, si bien hay que advertir que ambos vivieron perfectamente compenetrados. Si el ministro fué en realidad el gobernante, Luis XIII tuvo el mérito de comprender a Richelieu y facilitar su tarea, encaminada a consolidar la monarquía y elevar la nación francesa a la altura de gran potencia.

Una vez en el gobierno, propúsose Richelieu «aniquilar a los hugonotes — como partido político —, humillar el orgullo de los grandes, reducir todos los súbditos a la autoridad real y combatir la casa

de Austria para engrandecer a Francia»; propósitos que llevó a cabo sin reparar en los medios, por caminos rectos o tortuosos.

Lucha contra los protestantes. — Enemigo de los protestantes, porque, según su expresión, eran «un Estado en el Estado», les combatió sin tregua. No contentos con su organización religiosa, consagrada por el edicto de Nantes, los calvinistas se habían organizado política y militarmente, celebrando asambleas sin autorización del rey, gobernando en sus provincias con independencia, negándose a restituir bienes eclesiásticos confiscados, etc. Luis XIII habíales com-

batido; pero, habiendo llegado a un arreglo (tratado de Montpellier), quedaban en su poder, como «plazas de seguridad», Montauban y La Rochela. Las dificultades surgidas en la aplicación de aquel tratado motivaron un nuevo levantamiento en armas, siendo auxiliados por sus correligionarios de Holanda e Inglaterra. Richelieu y el rey se pusieron en campaña y bloquearon La Rochela, plaza poco menos que inexpugnable. La tenacidad del cardenal triunfó de todas las dificultades. La Rochela fué tomada y los protestantes vencidos. El edicto de Nantes fué mantenido en cuanto a la libertad religiosa; pero las «plazas de seguridad» fueron rehusadas y las asambleas políticas prohibidas. Los protestantes dejaron de existir como partido político.



RICHELIEU, por F. de Champaigne (*Galería nacional de Londres*).

Lucha contra los grandes. — Richelieu fué un adversario terrible para los nobles, no porque pretendiera aniquilarlos como clase social, ni disminuir sus

privilegios, sino porque se arrogaban el derecho de conspirar contra los ministros del rey, a fin de suplantarles y dirigir ellos entonces el monarca a su antojo. Richelieu trató a los conspiradores como enemigos del Estado, al mismo tiempo que como adversarios personales. Todos los complots, fomentados muchos de ellos por la reina madre, que de protectora se había convertido en enemiga del cardenal, fueron severamente castigados. Sus promovedores murieron ajusticiados o desterrados, como María de Médicis, que fué expulsada de la corte, yendo a morir tristemente en Bruselas.

Una vez dominada la nobleza, impúsole Richelieu el respeto a las leyes y a los agentes de la autoridad, aboliendo la bárbara costumbre de los duelos (desafíos), vestigio del antiguo derecho de guerra privada, característico de las sociedades medievales. Aunque no faltaron quienes osaron escarnecer las órdenes del ministro batiéndose al pie de las ventanas de su propio palacio, la energía de Richelieu se impuso, y la orgullosa nobleza fué sometida. No solamente persiguió a los duelistas, sino que ordenó la demolición de los antiguos castillos, testimonio del poder señorial.

Administración de Richelieu. — La administración pública, relajada durante las guerras religiosas y la anarquía de la regencia, fué reorganizada por Richelieu en sentido centralizador y absoluto. El centro del gobierno residió, en lo sucesivo, en el Consejo de Estado; los Parlamentos perdieron el derecho de discutir las ordenanzas reales; la administración de las provincias pasó a manos de intendentes, funcionarios adictos al poder real. La gran preocupación del ministro fué la guerra y la diplomacia, dando también gran impulso a la marina de guerra y al fomento de la colonización por medio de Compañías. Protegió las letras, fundando en 1635 la Academia francesa. Se han visto anteriormente los resultados de su política exterior; pero su obra, grande y útil, fué también funesta, porque, concentrando en el monarca todos los poderes, hizo de una monarquía limitada una monarquía despótica. Murió el famoso cardenal el año 1642, y poco después el monarca, cuyos intereses había defendido con tanto tesón como talento.

Regencia de Ana de Austria: Mazarino. — Al morir Luis XIII dejó un niño de cinco años de edad. La reina madre, Ana de Austria, fué declarada regente; pero su acción en el gobierno quedaba limitada, habiéndolo así dispuesto el rey difunto, por la intervención del Consejo de Estado. Ana de Austria, humillada por aquella disposición, entabló negociaciones con el Parlamento (supremo tribunal de justicia con atribuciones políticas), que, esperando recobrar antiguas atribuciones que Richelieu le había mermado, mostróse favorable a los deseos de la reina, y en una sesión solemne le fué concedida «la plena y entera administra-

ción del reino» durante la menor edad de su hijo (el futuro Luis XIV).

Ana de Austria confirmó en el cargo de primer ministro al cardenal Julio Mazarino, que, por expresa recomendación de Richelieu al rey, había sido designado para aquel cargo. Mazarino era italiano (nacido en los Abruzzos, en 1602). Hombre de excelente educación, discípulo de la universidad de Alcalá y otras célebres escuelas, había sido militar, y dado prueba de inteligencia y grandes condiciones diplomáticas. Nombrado nuncio del papa en París, Richelieu, apreciando sus cualidades, se lo atrajo al servicio de Francia. Por su carácter y sus maneras, Mazarino no se parecía a Richelieu; pero su política fué la misma.



EL CARDENAL MAZARINO (Museo Condé).

La Fronda. — Después de la muerte de Richelieu estalló en Francia una reacción contra su política despótica, reacción motivada principalmente por cuestiones financieras. Mazarino, que supo ganar toda la confianza de la reina, hizo frente a diversas conspiraciones de la nobleza, y aunque en varias ocasiones vivió alejado de la corte, su habilidad maquiavélica y su constancia triunfaron de todos los obstáculos.

La política exterior de Mazarino, continuación de la de Richelieu, aseguró el triunfo de Francia en su lucha contra la casa de Austria. Las preocupaciones exteriores le hicieron descuidar la administración interior, dejando crecer los apuros financieros, lo cual, unido a las aspiraciones de los Parlamentos y de los nobles, que se resistían a perder sus poderes políticos, produjo un levantamiento general, que degeneró en guerra civil, llamada *la Fronda*; pero el ministro acabó por triunfar, por talento político antes que por el empleo de la fuerza.

Aquel período de trastornos fué fatal para el país. Con la indiferencia del gobierno en aliviar las miserias del pueblo contrasta el espíritu de caridad que desplegó el célebre San

Vicente de Paúl, cura de Chatillon-les-Dombes, fundador de cofradías y misiones encaminadas a socorrer a los pobres, recoger niños abandonados, cuidar enfermos, etc.

La guerra de la Fronda fué el postrer movimiento político-social encaminado a contrarrestar la fuerza de la monarquía absoluta, que triunfaba, y cuyos más fuertes pilares fueron, en Francia, en el siglo xvii, Richelieu y Mazarino.

BIBLIOGRAFIA. — El período de decadencia de España bajo los postreros monarcas austríacos ha sido estudiado en numerosos libros, españoles y extranjeros. Son fundamentales los siguientes: A. Cánovas del Castillo, *Hist. de la decadencia de España desde Felipe III hasta Carlos II*; 2.ª ed. (Madrid, 1910); id., *Estudios del reinado de Felipe IV* (Madrid, 1888, 2 vols. Bibl. de EE. CC.); A. Rodríguez Villa, *Ambrosio Spinola primer marqués de los Balbases* (Madrid, 1905), biografía acompañada de doc. y biblio-

grafía. Para las guerras entre Francia y España en el siglo xvii véase H. Lonchay; *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas* (Bruxelles, 1896). La bibliografía de Richelieu es vastísima. Son muy interesantes los estudios del vizconde G. d'Avenel, *La noblesse française sous Richelieu* (Paris, A. Colin, 1914); *Prêtres, soldats et juges sous Richelieu* (Paris, id., 1907), etc. Para estudios serios hay que acudir a las bibliografías citadas en capítulos anteriores.

LOS STUARDS Y LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA

Advenimiento de los Stuards al trono de Inglaterra. — Triunfante la monarquía absoluta en España y en Francia, no pudo consolidarse en Alemania ni en Inglaterra, pues mientras los Habsburgo alemanes fracasaron ante la resistencia de príncipes y ciudades sostenidas por la política francesa, los Stuards, queriendo consolidar en Inglaterra el absolutismo políticoreligioso, promovieron, en el transcurso del siglo XVII, dos revoluciones, que afirmaron el triunfo de un nuevo sistema político.

Isabel I Tudor murió sin hijos. Heredó la corona (1603) su más próximo pariente, Jacobo VI de Escocia, hijo de María Stuard, que con el nombre de Jacobo I inauguró la dinastía de su nombre, uniéndose Inglaterra y Escocia, aunque esta nación conservó sus leyes particulares, su Parlamento y su administración.

Jacobo I era contrahecho, pusilánime y tartamudo; gustaba de discusiones pedantes y controversias teológicas, uniéndose a su escasa inteligencia un orgullo desmesurado. El contraste entre sus pretensiones y su incapacidad hicieron la realeza antipática y ridícula.

Despotismo y persecuciones religiosas. — Los monarcas de la casa de Tudor habían gobernado Inglaterra despóticamente, sin oposición por parte de sus súbditos. Tres veces consecutivas cambiaron de religión, y, al proclamarse jefes de la Iglesia anglicana, habían perseguido a cuantos no se avenían con las creencias ni con el culto por ellos establecido, católicos y protestantes. Su autoridad se extendía sobre las creencias y sobre los individuos. Sin embargo, el Parlamento no había cesado en sus funciones: voto

de los impuestos y confección de las leyes. Como Inglaterra es un país marítimo, que para defenderse no necesita más que marina, carecían los reyes de ejército permanente. La habilidad política de Isabel y sus triunfos en el exterior habían hecho tolerable su despotismo.

Jacobo I, heredero de la autoridad política y religiosa de los monarcas antecesores, no sólo la exageró, sino que quiso establecerla *legalmente*, proclamando la doctrina, sostenida por el episcopado anglicano, de que la monarquía hereditaria es una institución divina, que nadie puede discutir, y que las leyes y constituciones que limitan el poder real son meras concesiones debidas a la liberalidad del príncipe, el cual puede, naturalmente, revocarlas.

Jacobo I era anglicano, religión favorable al sostenimiento de su autoridad. Convencido de la excelencia de sus doctrinas, gobernó despóticamente, imponiendo tributos arbitrarios, disolviendo el Parlamento que le resistía, encarcelando a los oradores más audaces y persiguiendo especialmente a los disidentes en religión. Eran éstos de varias clases, primeramente los católicos y luego los protestantes no anglicanos (llamados no-conformistas), divididos en multitud de sectas, la más célebre de las cuales fué la de los *Puritanos*, calvinistas exaltados, que formaban una democracia fanática, profesando en política ideales republicanos.

El rey persiguió a unos y a otros. Un famoso complot católico, llamado *conspiración de la pólvora*, porque los conjurados se habían propuesto volar el Parlamento con el rey, fué descubierto, dando lugar a sangrientos castigos. Numerosos disidentes emigraron a América septentrional, estableciéndose en las comarcas que más tarde habían de ser los Estados Unidos. El reinado del primer Stuard avivó, pues, las pasiones políticoreligiosas, encendiendo mortales odios contra la monarquía y la religión anglicana.

Carlos I y el Parlamento. — El sucesor de Jacobo, su hijo Carlos I, era un bravo y elegante mancebo. Convencido también de su derecho absoluto en materia de gobierno, se mostró intolerante y despótico. Su pérfida conducta, su disimulo y su incorregible mala fe, le hicieron impopular, aumentando además el descontento su enlace con la hija de Enrique IV, Enriqueta de Francia, princesa

católica, que favorecía a sus correligionarios, y el haber mantenido en el puesto de primer ministro al duque de Buckingham, favorito de Jacobo I.

La oposición políticorreligiosa encontró firme apoyo en el Parlamento. Carlos I, necesitado de dinero para los fines de su política extranjera (el auxilio a los protestantes franceses, insubordinados contra Luis XIII, y su hostilidad a España), hubo de pedirlo a la nación. Desde 1625 a 1628 convocó y disolvió tres Parlamentos consecutivos que, lejos de conceder al monarca los subsidios pedidos, protestaron contra los abusos del poder ejecutivo y recordaron al rey las libertades tradicionales del pueblo inglés.

Carlos I, resuelto a desahucarse de aquel espíritu de rebeldía, hostil a sus miras absolutas, firmó la paz con las naciones extranjeras, para consagrarse únicamente a los asuntos interiores de su monarquía. Usando de la *regia prerrogativa* gobernó once años (1629-1640) sin

Parlamento, hecho inusitado en la historia de Inglaterra. Sus ministros, el conde de Strafford y el arzobispo de Canterbury, Guillermo Laud, imitando a Richelieu, emprendieron la tarea de reducir a los disidentes a la autoridad de la Iglesia anglicana y establecer el absolutismo político, como en otras naciones del continente.

Faltos de impuestos regulares, apelaron a los extraordinarios; pero sus ilegalidades provocaron resistencias. Laud persiguió a los disidentes. El alto tribunal de justicia, llamado *Cámara estrellada*, fué convertido en una inquisición política. Comenzaron los castigos, que el pueblo inglés, refractario a la guerra civil, toleraba; pero Laud, no contento



CARLOS I, por Van-Dick (Louvre).

con el establecimiento del absolutismo, cometió la imprudencia de ofender los sentimientos religiosos y nacionales de los escoceses, imponiéndoles la liturgia anglicana, los cuales, formando la asociación llamada el *Covenant*, tomaron las armas en defensa de sus creencias.

Carlos I se dispuso a reducir a los sublevados por la fuerza; pero, sin ejército ni dinero, se vió obligado a convocar el Parlamento (1640). Disuelto al poco tiempo, por razones

análogas a las de antes, hubo el rey de convocarlo de nuevo a fines de aquel año. Este nuevo Parlamento es conocido con el nombre de *Parlamento largo*.



GUILLERMO LAUD (*Galería nacional de Londres*).

La revolución. — Los diputados del *Parlamento largo* hallábanse animados de un odio terrible contra el despotismo del gobierno y sus ministros. Laud y Strafford fueron encarcelados. El rey cedió ante la violencia de la oposición, prometiendo no establecer impuestos ilegales y convocar el Parlamento cada tres años. Sacrificó a su ministro Strafford, que fué condenado a muerte; pero estas medidas no fueron suficien-

tes a desarmar la oposición.

Entretanto, los católicos irlandeses, que estaban en mayoría en aquella isla (1), se sublevaron, haciendo una gran matanza de protestantes. Necesitábase un ejército para castigarles; pero el Parlamento, desconfiando del rey, se lo negó también. Carlos intentó dar un golpe de estado, encarcelando a los jefes de la oposición Pym, Hampden, etc.; pero éstos fueron recibidos en triunfo por el Parlamento, mientras Londres se sublevaba y el rey transfería su residencia a York (1642).

Las aspiraciones irreconciliables del Parlamento y el

(1) En Irlanda, desde tiempos antiquísimos, ha prevalecido el catolicismo. Los irlandeses son celtas de origen. Las diferencias de raza y de religión han provocado continuos conflictos, conocidos en Inglaterra con el nombre de *cuestión irlandesa*.

monarca encendieron la guerra civil entre dos grandes partidos: *los realistas*, partido formado por la nobleza, el clero, la rica burguesía, los católicos y los anglicanos; y el partido de *los parlamentarios*, apodados *cabezas redondas*, constituido por una minoría de aristócratas, propietarios rurales, comerciantes y todo el protestantismo disidente. En un principio llevaron ventaja los realistas. El Parlamento, en cuyo poder estaba la autoridad legislativa y el gobierno, disponía de los principales recursos del Estado; pero su ejército, compuesto de mercenarios y dirigido por un mediano general, el conde de Essex, era inferior en condiciones militares al del rey, constituido por la flor de la nobleza, habituada a la guerra.



OLIVERIO CROMWELL (Galería nacional de Londres).

Los puritanos: Cromwell. — En el partido parlamentario había una fracción llamada los *puritanos* o *independientes*,

constituida por hombres austeros, exaltados por la lectura de la Biblia, cuyo ideal político consistía en establecer una república democrática, análoga a la de Calvino en Ginebra, enemiga de los placeres mundanos, reducida a la estricta observancia de las leyes bíblicas interpretadas literalmente. Los puritanos formaban un partido extremo, unido por un sentimiento poderoso. Entre ellos había un hombre de genio, llamado Oliverio Cromwell, modesto propietario rural, nacido en Huntington, donde vivía consagrado al cultivo de sus tierras y a la educación de sus hijos, muy considerado de sus vecinos por su honradez y probidad. Cromwell era un sectario de la idea puritana y, aunque naturalmente ambicioso y político, jamás abandonó sus preocupaciones religiosas. En

1628 fué elegido diputado; pero su actividad no se manifestó hasta la época de la guerra civil. Comenzó por reclutar voluntarios entre los terratenientes y gentilhombres puritanos convencidos, capaces de sufrirlo todo por el triunfo de su fe, logrando constituir un aguerrido ejército, animado de irresistible ardor religioso, que entraba en combate al canto de los salmos.

Derrota de los realistas: ejecución de Carlos I. — Conducidos por Cromwell, los puritanos derrotaron a sus adversarios en las batallas de *Marston Moor* y *Naseby*, dejando arruinado al ejército real. Carlos I se refugió entre los escoceses, que, a pesar de su presbiterianismo, permanecían fieles al monarca. Dueños del ejército, comenzaron los puritanos la lucha con el Parlamento, en el cual una mayoría de presbiterianos se mostraba dispuesta a hacer las paces con Carlos I; pero éste no quiso suscribir las condiciones que le imponían los escoceses, los cuales le entregaron al Parlamento. Los puritanos se apoderaron de la persona real. Cromwell estaba dispuesto a reponerlo en el trono; pero pronto se convenció de la mala fe del rey, que sólo negociaba con él para comprometerle. Entonces Cromwell, dueño del ejército, se apoderó, por un golpe de fuerza, del Parlamento. Los puritanos, dueños del poder, procesaron al rey ante un tribunal extraordinario, que le sentenció a muerte por «tirano, traidor y enemigo público». La actitud de Carlos I ante sus jueces fué noble y digna. Su ejecución (30 de enero de 1649) fué un crimen cometido por el fanatismo religioso, que manchó a sus autores, reanimando la lealtad monárquica de los ingleses.

La república. — Consecuencia inmediata de la muerte de Carlos I fué la proclamación de la república. Fué suprimida la Cámara aristocrática, siendo ejercido el poder ejecutivo por un Consejo de Estado compuesto de cuarenta y dos miembros. La iglesia recibió una organización presbiteriana; pero, en realidad, el poder estuvo en manos de un ejército de sectarios, mandado por Cromwell.

El suplicio de Carlos I provocó una insurrección nacional religiosomonárquica, en Escocia y en Irlanda, que, en obio a los ingleses y a los puritanos, reconocieron la sobera-

nia del primogénito de Carlos, refugiado en el extranjero, el cual hizo un desembarco en Escocia. Cromwell pasó a Irlanda con su ejército y pacificó la isla mediante suplicios, confiscaciones y destierros. Marchó después a Escocia. Las victorias de Dunbar y Worcester obligaron al pretendiente a huir. Escocia e Irlanda quedaron entonces como provincias conquistadas.

Dictadura de Cromwell. — A partir del año 1651, Cromwell ejerció en Inglaterra la dictadura, con el apoyo del ejército. Tras algunas resistencias, el *Parlamento largo* quedó disuelto, y aunque fué convocado otro Parlamento no duró mucho tiempo. Una comisión militar otorgó a Cromwell el título de *lord Protector* vitalicio. El jefe de los puritanos asumió el poder.

Su protectorado fué un despotismo, atemperado por la moderación, sabiduría y magnanimidad del déspota. Su política exterior, inspirada en los intereses marítimos y comerciales de Inglaterra, levantó esta nación a gran altura. En 1652 promulgó el *Acta de navegación*, por la cual los productos coloniales (procedentes de Asia, Africa o América) habían de ser importados en buques ingleses, o de los países productores, medida prohibitiva, encaminada a proteger la marina inglesa contra la competencia extranjera. Esto produjo una guerra con Holanda, que redundó en beneficio de Inglaterra. Aliado con el cardenal Mazarino, combatió Cromwell a España, apoderándose de Jamaica. En resumen, la dictadura del célebre puritano fué beneficiosa para su país; pero, como veremos, su sistema político no pudo perpetuarse después de su muerte, ocurrida el 3 de septiembre de 1658.

BIBLIOGRAFIA. — Green, *Historia de Inglaterra*, trad. castellana (Madrid, La Esp. moderna); lord Macaulay, obras citadas en

la pág. 97; E. Sayous, *Les deux révolutions d'Angleterre* (Paris, Quantin, *Bibl. d'hist. illustrée*).

LAS LETRAS Y LAS ARTES EN ESPAÑA Y FLANDES (1)

El siglo de oro de las letras españolas.—El renacimiento iniciado en el siglo xv continuó en España bajo los monarcas de la casa de Habsburgo.



SUPUESTO RETRATO DE CERVANTES
(Prop. de la Acad. Española).

Con la decadencia política y económica contrasta el esplendor de las letras y de las artes, que alcanzaron su apogeo durante los siglos xvi y xvii. La cultura española se manifestó no sólo por una producción intensa y variada, sino por su difusión en todas las naciones civilizadas de Europa. Las ciencias fueron cultivadas, produciendo exuberante fruto en muchas de sus manifestaciones; pero la más alta expresión del genio español radica en las creaciones literarias y artísticas, en la novela, en el teatro y en la pintura. La superioridad literaria de los españoles se manifestó, principalmente, en la novela, cuyo más grande escritor fué Cervantes.

Cervantes. — Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares, en 1547. Estudió en Madrid, y hacia

(1) El medio más eficaz para comprender un movimiento literario o artístico consiste en leer las obras de los escritores y ver los cuadros, las esculturas, los monumentos, etc. Para el que no conoce las obras de que se trata, todo cuanto se le diga es letra muerta. Por esto es que en los libros de historia no puede hacerse más que indicar los nombres de los artistas y sus principales obras.

1568 pasó a Italia como chambelán del cardenal Acquaviva, alistándose después en el ejército. Asistió al combate de Lepanto, en el que perdió la mano izquierda. Cautivo en Argel durante cinco años, regresó a España en 1580, para no salir más de ella, muriendo en Madrid en 1616.

Tuvo Cervantes gran conocimiento del mundo y de su época. Aunque su instrucción no fué muy profunda, adquirió grandes conocimientos literarios, principalmente por influencia de los escritores italianos. Aficionado desde muy joven a las bellas letras, escribió poesías, comedias y novelas (las *Novelas ejemplares*); pero todas sus obras han quedado eclipsadas por el incomparable libro *Don Quijote de la Mancha*.

Es el *Quijote* la gran novela social de la España del siglo XVII. Aunque escrito con intención de ridiculizar los libros de caballerías, es, en el fondo, un *microcosmos* en el que aparecen trazados con gran relieve y colorido los españoles de aquella época, sus sentimientos, prejuicios, hábitos e instituciones. Libro único y universal, que lo mismo interesa a los niños que a los hombres, sin distinción de edades ni de países, tiene el *Quijote*, aparte de su mérito literario, que es mucho, un gran valor histórico, como espejo fiel de la sociedad española de aquel tiempo, valiendo en este concepto más que muchos libros de historiadores y moralistas que han pretendido juzgar o describir la España del siglo XVII (1).



SANTA TERESA, por Fray J. de la Miseria.

El teatro. — El teatro es uno de los géneros literarios en que más originalidad revelaron los españoles de los

(1) El valor histórico de una obra de imaginación como el *Quijote*, no se descubre a la primera lectura, porque se deja uno cautivar por el aspecto novelesco, siguiendo con interés los incidentes de la fábula; pero a la segunda o tercera lectura se entrevé el fondo real e histórico, sobre el cual destaca la ficción. Acerca del *Quijote* ha podido decirse, con gran exactitud, que si toda la literatura de entonces desapareciera, bastaría el libro de Cervantes para instruirnos acerca de la sociedad de su tiempo. (Morel Fatio, *Etudes sur l'Espagne*, 1.^a serie, p. 297 y ss.).

siglos XVI y XVII, y en el que mayor influencia ejercieron en la literatura del mundo civilizado.

El arte dramático español, nacido en la Edad media a la sombra de los templos, tuvo primeramente carácter litúrgico, imitando después, en la época del Renacimiento, las formas y asuntos del teatro clásico, imitación que alternó con producciones originales; pero el verdadero creador del teatro *nacional*, el que inicia la época culminante de su existencia, fué Lope de Vega (1561-1635), ingenio lozano y fácil, fecundo en argumentos y situaciones dramáticas, diestro en el manejo de la fábula y de los perso-



AUTORRETRATO DE VELÁZQUEZ (Prado).



VELÁZQUEZ: «LAS LANZAS» (Prado).

najes. El drama creado por Lope de Vega es, ante todo, nacional y popular. Prodigiosamente variado en los asuntos, trasladó a la escena casi toda la historia de España, y numerosas leyendas y biografías de santos. Sus comedias «de capa y espada» reflejan fielmente las costumbres de la época. La justa nombradía de aquel escritor, llamado «el fénix de los ingenios», «el monstruo», etc., eclipsó a otros muchos dramaturgos contemporáneos suyos, el más célebre de los cuales fué un mercedario, fray Gabriel Téllez, llamado *Tirso de Molina*.

Otro gran dramaturgo, sucesor de Lope de Vega, fué don Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), poeta nacional por excelencia, idealizador de los sentimientos caballescrescos y de los nobles impulsos de su raza, el que con más fidelidad expresó el catolicismo y pundonor de sus contemporáneos.



VELÁZQUEZ: «LAS MENINAS» (Prado).

Los místicos. — El misticismo (1) tuvo en España, desde tiempos antiguos, numerosos adeptos; pero, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, los escritores religiosos, llamados místicos, fueron muy numerosos, teniendo sus obras gran interés, no sólo desde el punto de vista filosófico y moral, sino por su gran belleza literaria. El más original de aquellos escritores fué una mujer, Teresa de Cepeda y Ahumada, conocida por el nombre de *Santa Teresa de Jesús*. Reformadora de la orden del Carmelo, fundó más de treinta

(1) Se llama así la doctrina filosófico-religiosa que hace consistir la perfección del hombre en su unión contemplativa, extática y misteriosa con la Divinidad.

conventos, revelándose como excelente organizadora. Mujer de espíritu práctico, estuvo a la vez dotada de una gran imaginación poética y de una gran potencia de abstracción y de ensueño. El ardor de su vida interior se manifiesta

en sus obras místicas, principalmente en las *Moradas o Castillo interior*. Escritora de una sinceridad incomparable, su estilo es su propio espíritu en acción, y su lenguaje, familiar y popular, es el arquetipo del castellano puro y neto, hablado por la buena sociedad de su época en Castilla la Vieja.



EL GRECO: «ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ»
(Santo Tomás de Toledo).

La Historia.—Numerosos historiadores florecieron en España durante el siglo de oro de las letras. El más notable de todos ellos, como historiador, fué el aragonés Jerónimo Zurita, cuyos *Anales de Aragón* son

el más sólido monumento de la historiografía española. Sin embargo, goza de mayor popularidad y nombradía, como literato, el jesuíta P. Juan de Mariana, llamado el Tito Livio español. Su *Historia de España*, escrita primero en latín y luego en castellano por su mismo autor, carece hoy de importancia como labor histórica; pero es uno de los más bellos monumentos de la lengua castellana. Otros muchos, como Sandoval, fray José de Sigüenza, Hurtado de Mendoza, Mármol, Coloma, etc., son notables como literatos y de gran importancia como historiadores de sucesos de su época.

Las bellas artes: la pintura. — Grande fué el esplendor alcanzado por las bellas artes en España; pero tanto la arquitectura como la escultura españolas conservan un rango inferior al arte pictórico, manifestación artística esplendorosa que, por su universalidad, corre parejas con la literatura.

Dos son los caracteres que ofrece la pintura española en su siglo de oro: el naturalismo y el sentimiento religioso. Estas dos manifestaciones o aspectos del alma nacional aparecen singularmente en los dos gran-



MURILLO: «TIPOS POPULARES» (Pinacoteca de Munich).



RUBENS: «EL DESCENDIMIENTO» (Catedral de Amberes).

des pintores del siglo XVII: Velázquez y el Greco.

Diego Velázquez de Silva (1599-1660), natural de Sevilla, ha sido llamado «el pintor de la verdad». Estudió en Italia, principalmente las obras de la escuela veneciana. Sus cualidades personales se desarrollaron bajo influencias diversas; pero, observador paciente de la realidad, supo expresarla sinceramente, dando a sus figuras el carácter, movimiento y expresión propias; bañándolas en una luz clara y verdadera. Elegante y varonil

como retratista, sus personajes tienen un aire de distinción

característico. Fué Velázquez el pintor naturalista por excelencia. Entre sus cuadros descuellan el de la rendición de Breda, vulgarmente llamado *Cuadro de las lanzas*, *Las meninas*, los retratos de Felipe IV, del conde-duque de Olivares, y otros muchos.

Domenico Teotokopulos, el Greco, no era español, sino griego. En 1575 se estableció en Toledo, y muy pronto se señaló como artista de primer orden. Caracterizan la pintura del Greco los tonos fríos, grises y plateados, y el dibujo de las figuras alargadas y adelgazadas. Esto no obstante, sus geniales dotes de pintor realista y expresivo resplandecen en sus retratos, retablos y apóstoles, principalmente en el magnífico cuadro *Entierro del conde de*

Orgaz, su obra maestra. Fué el Greco un pintor idealista y místico, que buscó, más bien que la reproducción del natural, la expresión completa, clara y enérgica de sus visiones idealistas, fase o aspecto único en la pintura española. El Greco ejerció una gran influencia sobre Velázquez.



AUTORRETRATO DE VAN-DICK (a la derecha), con el conde de Bristol (*Mus. del Prado*).



RUBENS (*Galería Uffizi*).

Aparte de los dos artistas indicados, en cuyos lienzos se expresan con una intensidad no superada las dos facetas del alma castellana en aquella época, hubo en nuestro país otros muchos pintores notabilísimos, cuyo estudio ocuparía muchas páginas: Ribera, Zurbarán, Coello, etc., etc. Entre ellos goza de gran popularidad el sevillano B. Esteban Murillo (1618-1682), cuyas Vírgenes son la expresión de la religiosidad superficial, agradable y mundana, traída por los jesuitas y fácilmente

apreciada por el vulgo. Se le ha considerado, erróneamente, como un pintor *idealista*. Los cuadros religiosos de Murillo son vulgares y pobres, insípidos, a manera de *chromos bonitos*. En cambio, pintó con mucha realidad los tipos del pueblo, tan bien descritos en las novelas picarescas. Fué Murillo, especialmente, un admirable colorista.

Las bellas artes en Flandes. — A fines del siglo XVI y comienzos del XVII, uno de los centros artísticos más importantes de Europa fueron los Países Bajos: Flandes y Holanda.

Aquellas regiones habían pasado un período de terribles convulsiones político-religiosas. El protestantismo acabó por triunfar en las provincias septentrionales; pero las del sur permanecieron adictas a la religión católica. Los archiduques Alberto e



JORDAENS: «EL REY BEBE» (Museo de Bruselas).



TENIERS: «LA KERMESSE» (Museo de Bruselas).

Isabel habían procurado reparar los males producidos por tantos años de guerra; así es que durante los primeros veinte años del siglo XVII el país recobró su vitalidad. Renació el bienestar material; el catolicismo triunfante reedificó numerosos templos y favoreció el desarrollo de la pintura. Es la época de los grandes artistas flamencos: Rubens, Van-Dick, Teniers, Jordaens y otros.

Rubens y su escuela. — Rubens (1577-1640) personifica la fuerza del arte en Flandes. Habíase formado en la escuela

pictórica italiana, cuando, en 1608, se estableció en Amberes, donde fué nombrado pintor de los archiduques. Uno de sus mejores cuadros, *El Descendimiento*, le reveló muy pronto



RUYSDAEL: «EL MOLINO» (Museo Real de Amsterdam).

como el primer artista de su país. Rubens fué un hombre del Renacimiento: pintor, arquitecto, arqueólogo, numismático, filólogo, como los grandes italianos del siglo XVI. Su labor fué inmensa y aun le quedó tiempo para desempeñar algunas misiones diplomáticas en Holanda e Inglaterra.

Su genio universal se extendió sin esfuerzo a todas las formas del arte, adaptándose a todas las manifestaciones de la sociedad de su época. Su sentimiento religioso no se tradujo en rigorismos de costumbres y de pensamiento, sino que, enamorado de la vida, dió a las escenas más patéticas del Evangelio y a la historia de santos y mártires la expresión sana y robusta, característica de todos sus lienzos, sin distinción de asuntos. Fué Rubens un gran colorista, notable por la gran amplitud y riqueza de sus composiciones. Se cuentan de él más de dos mil cuadros, y si bien se ayudó de sus discípulos y colaboradores, producía, como ha dicho un crítico, «como un árbol produce sus frutos, sin violencia ni esfuerzo». Sus cuadros de asunto religioso llenan las iglesias de Bélgica; sus retratos, sus escenas populares, sus cuadros mitológicos, enriquecen todos los museos de Europa.



FRANZ HALS (Museo de Haarlem).



FRANZ HALS: «BANQUETE DE LA OFICIALIDAD DE ARQUEROS DE SAN ADRIÁN»
(Museo de Haarlem).



FRANZ HALS: «LOS SÍNDICOS DEL HOSPITAL DE SANTA ISABEL» (Museo de Haarlem).

Alrededor de Rubens se agruparon numerosos discípulos, el más ilustre de los cuales fué Van-Dick (1599-1641), uno de los mejores retratistas que han existido, pintor de Carlos I de Inglaterra, distinguido y correcto.

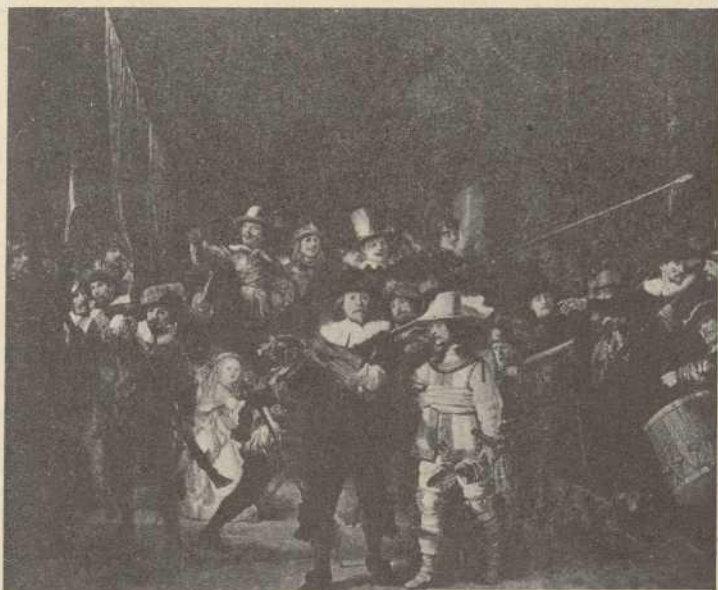
Entre los muchos pintores flamencos de aquella época hay que mencionar a Jordaens (1593-1673), amigo de Ru-



REMBRANDT: «LA LECCIÓN DE ANATOMÍA» (Museo de La Haya).

bens, y a David Teniers (1610-1690). El primero es notable como pintor de la vida familiar de Flandes, banquetes y otras escenas, a que tan apegados son los flamencos, amigos de comilonas y demás expansiones domésticas. Teniers pintó especialmente las costumbres populares, como las típicas *kermesses*, tabernas, bodas rurales, etc. Los asuntos escogidos por muchos artistas flamencos son vulgares; pero es innegable su gran talento, además de que sus cuadros nos dan la expresión fiel del espíritu, costumbres y carácter de aquel pueblo.

El arte holandés. — En un principio la pintura holandesa no se diferenci6 de la de Flandes; pero, a comienzos del siglo XVII, cuando Holanda, por efecto de haber triunfado en ella el protestantismo, se separ6 de los Países Bajos cat6licos, produjo una escuela pict6rica nacional y



REMBRANDT; «LA RONDA NOCTURNA» (Real Museo de Amsterdam).

característica, escuela familiar y burguesa, que se complació en la representación de la vida ordinaria. Los holandeses, gente pacífica y práctica, apegados a la vida doméstica, a su ciudad y modo de ser, se limitaron a pintar retratos, paisajes y escenas de costumbres. Su pintura es la descripción de la naturaleza y de la vida nacional, llena de sinceridad y hombría de bien. Entre los grandes maestros de la pintura holandesa se distinguen el paisajista Ruysdael, el gran retratista Franz Hals, llamado «el pintor de la risa», y otros muchos.

Los personajes pintados por Franz Hals cantan, hacen música, beben y, sobre todo, ríen. Franz Hals ha trasladado a sus lienzos todos los matices de la risa, con la espontaneidad de la fotografía instantánea. Pintor eminentemente realista, logra producir con sus cuadros la ilusión de la realidad, mucho mejor que los pintores detallistas y minuciosos de otras escuelas, hasta el punto de haber sido considerado por algunos críticos modernos como el fundador de la escuela pictórica llamada *impresionista* muchos años antes de aparecer esta modalidad del arte. Los lienzos de Franz Hals son numerosos, pero sus obras maestras están en Holanda, singularmente en el coquetón museo de Haarlem.



REMBRANDT.

Rembrandt. — Hubo, sin embargo, en Holanda, un gran pintor, llamado Rembrandt, que se exceptúa de la escuela holandesa por su gran originalidad y poder de imaginación. Rembrandt fué uno de los artistas únicos, personales, difíciles de comprender. Sobresale en sus numerosas obras una gran fuerza de expresión moral. Su gran originalidad consiste, entre otras cosas, en los grandes contrastes del claroscuro, en la manera admirable de pintar la luz. Rembrandt ha dejado numerosos cuadros de asunto diverso, señalándose entre sus obras

maestras la famosa *Ronda de noche*, del museo de Amsterdam, y la *Lección de anatomía*, joya del museo de La Haya.

BIBLIOGRAFIA. — Noticias bibliográficas acerca del arte en España y Flandes se hallan en las historias generales del arte, entre otras la del señor Pijoán citada, y en *Apolo*, de Salomón Reinach. En cuanto a las obras literarias, véanse los tratados modernos de historia de la literatura, v. gr. Cejador, *Historia de la literatura castellana* (Madrid, V. Suárez, 14 vols.), el manual de Fitzmau-

rice Kelly (trad. esp., Madrid, Suárez, 1914), y la *Historia de la Literatura española* de J. Hurtado y A. González Palencia (Madrid, 2.^a ed., 1925). En estos libros encontrará el lector sólidas noticias acerca de las ediciones, colecciones de textos y estudios sobre los escritores españoles, cuyo conocimiento debe, desde luego, adquirirse mediante el estudio directo de sus obras.

1715
8538
1391
077

LA MONARQUÍA ABSOLUTA EN FRANCIA

Luis XIV. — El reinado de Luis XIV (1661-1715) señala en la historia de Francia el apogeo de la monarquía absoluta. Hijo de Luis XIII y Ana de Austria, Luis XIV había nacido en 1638. En vida del cardenal Mazarino, que por espacio de diez y ocho años dirigió la gobernación del Estado, el joven monarca no había mostrado impaciencia ni deseos de gobernar; pero, fallecido que hubo aquel ministro (9 de marzo de 1661), ordenó el rey a los funcionarios del gobierno que en lo sucesivo acudieran a él para el despacho de los asuntos, prohibiendo que se tomase resolución alguna sin su consentimiento. Fué, pues, el reinado de Luis XIV un reinado eminentemente personal, que los historiadores han sintetizado en la célebre frase atribuída al monarca: *el Estado soy yo*.

Teoría del derecho divino. — Al llegar al trono recibía Luis XIV, por obra de sus predecesores, singularmente de los ministros Richelieu y Mazarino, una autoridad sin límites, que sus contemporáneos reconocieron y proclamaron. Con arreglo a las ideas de la época, era Francia «un Estado monárquico, en el cual el rey representa enteramente la nación. Todo poder reside en su persona, no pudiendo existir otra autoridad que la suya o la que deriva de él. Poder tan grande no emana de los hombres, sino de Dios, que estableció los reyes para que gobiernen el mundo en su nombre, los cuales a nadie más que a Él deben cuenta de sus actos. Los súbditos deben al rey obediencia y respeto; toda resistencia es una grave falta cometida contra Dios». Tal es, en substancia, la *teoría del derecho divino de los reyes*, brillantemente expuesta por Bossuet, uno de los más grandes ora-

dores de la corte de Luis XIV, en su célebre libro *Politica sacada de la Sagrada Escritura*. De este modo Francia, al



LUIS XIV (Busto en cera; Museo de Versalles).

advenimiento de Luis XIV, iba a convertirse en una monarquía despótica *de derecho divino*, análoga a la de los antiguos emperadores romanos o de los autócratas asiáticos. Luis XIV, sin ser un genio, dignificó la majestad real. Sus actos se inspiraron siempre en el amor a la gloria y al orden. Celoso de su autoridad, la ejerció personalmente, interviniendo en todas las cosas. Su esbelta figura, la distinción de sus maneras, su gracia majestuosa, su tacto y otras buenas cualidades le realzaron, no siendo obstáculo su orgullo y sus vicios a que fuese llamado, cual nuevo César, *el gran rey*.

Luis XIV y sus ministros.—

Luis XIV identificó los intereses del Estado con los suyos propios, esforzándose en desenvolver y acrecentar los recursos de la nación, con miras a su grandeza y a su gloria personales. Su acción gubernamental fué activa y laboriosa y supo el monarca rodearse de ministros capaces. Entre ellos ocupa el primer lugar Juan Bautista Colbert, de Reims, carácter rudo y leal, hombre laborioso como pocos, recomendado al rey por Mazarino. Colbert reorganizó la hacienda, aunque aumentó los impuestos; desarrolló la industria creando o protegiendo la fabricación de tapices, espejos, porcelanas, sedas y acero; favoreció el comercio mejorando las vías de comunicación;



COLBERT, por Ph. de Champaigne (según el grabado de Nanteuil. Bibl. nac. de Paris).



creó Compañías comerciales a la vez que protegía la marma mercante y fomentaba la colonización (Canadá, Luisiana y la India). La influencia de Colbert fué enorme. Se le ha llamado «el principal artífice de la gloria de Luis XIV». Otros ministros contribuyeron a engrandecer la monarquía francesa, como Louvois, ministro de la guerra, que reorganizó el sistema militar aumentando el efectivo del ejército permanente, introdujo el uniforme, impuso la disciplina e hizo construir cuarteles y hospitales para las tropas, y Vauban, que mejoró el sistema de fortificaciones, ordenando la construcción de las plazas fuertes del norte, que formaron la llamada «frontera de hierro».



LOUVOIS (Museo de Versailles).

Los ministros de Luis XIV, grandes administradores más bien que hombres de Estado, tendieron a enriquecer a Francia con objeto de hacer poderoso a su rey. Todos ellos trabajaron para constituir un sistema de gobierno centralizado, que envolvió al país en las infinitas trabas de una reglamentación minuciosa, substituyendo la iniciativa ministerial a la acción de los individuos y de las corporaciones. Francia fué grande y poderosa por obra del gobierno más que por impulso propio.



VAUBAN (Museo de Versailles).

Gobierno interior: la Corte.—

Bajo la monarquía absoluta, resultado del desenvolvimiento de las instituciones políticas y sociales, la Corte tomó una importancia inusitada, llegando a contar hasta seis mil personas afectas al servicio del monarca y de los individuos de la

familia real, además del séquito consiguiente a los grandes dignatarios, los huéspedes transitorios y diez mil hombres que formaban la casa militar del soberano. Fué la Corte el centro del gobierno, siendo necesaria en ella la presencia para los que aspiraban al menor favor o empleo. La Corte seguía al monarca en sus continuas andanzas de Saint-Germain a Fontainebleau y a Versailles, donde fué establecida en definitiva en 1682. Una etiqueta minuciosa regulaba los menores detalles de la existencia del rey, convertido en una especie de semidiós.

Luis XIV, al convertir a los nobles de Francia en séquito cortesano, dando a cada uno su rango y estableciendo entre ellos un *orden de precedencia*, destruía para siempre su espíritu de oposición y rebeldía, anulaba su importancia política, convirtiéndoles en una especie de domesticidad brillante de la monarquía. Arruinados por el lujo y los placeres de la Corte, los nobles se habituaron a vivir de los favores del rey, único dispensador de empleos y pensiones lucrativas. Las suntuosas fiestas de Versailles fueron aún más eficaces a dominarlos que los rigores y cadalsos empleados por Richelieu.

Versailles, teatro pomposo de la monarquía triunfante, fué también la capital del reino, residencia de los órganos de gobierno, *Consejos* y *Secretarías* de Estado. En algunas provincias subsistieron las Asambleas llamadas *Estados*, constituídas por delegados del clero, nobleza y burguesía, cuyas prerrogativas, limitadas por la intervención de los *comisarios reales*, quedaron reducidas a la distribución de los impuestos.

Luis XIV pretendió también imponer a sus súbditos una misma fe religiosa, lo cual produjo viva oposición. Fueron perseguidos los *jansenistas*, discípulos de Jansenius, obispo de Ypres, que profesaban doctrinas análogas a las de los calvinistas, y estos últimos, cuyas libertades, garantidas por el edicto de Nantes, no eran respetadas. Louvois y madame de Maintenon (1) inclinaron a Luis XIV a la unidad religiosa, a cuyo fin se procedió a la conversión de los protestantes mediante soborno o vejaciones — las dragonadas (2) — ,

(1) Luis XIV se dejó influir por madame de Maintenon (aya de los hijos habidos con otra dama de su corte, la marquesa de Montespan), hasta el extremo de contraer con ella matrimonio secreto. Mujer de gran talento, dirigió la política durante los últimos años del reinado de Luis XIV.

(2) Se llamaron así las vejaciones de que fueron objeto los protestantes, a quienes se obligaba a alojar en sus casas a las tropas (dragones), que cometían toda clase de violencias.

hasta que el rey procedió a la *revocación del edicto de Nantes* (1685), siendo los protestantes perseguidos o expatriados. Muchos de ellos se refugiaron en el extranjero, principalmente en el Brandeburgo (Alemania). Aquellas medidas mantuvieron latente un espíritu de oposición políticorreligiosa contra los Borbones, que, acentuado durante el siglo XVIII, había de influir y preparar un cambio en las ideas, factor importantísimo de la Revolución francesa.

Política exterior de Luis XIV.—La historia de la política exterior de Luis XIV comprende dos períodos:

El primero (1661-1686), de conquistas y triunfos militares, favorecidos por los grandes recursos de Francia, la debilidad de Austria, la alianza o neutralidad de Inglaterra y el aislamiento de España y de Holanda. El segundo (1686-1715) caracterizado por las coaliciones europeas, formadas a instigación de Guillermo de Orange, statuder de Holanda y después rey de Inglaterra, defensor del protestantismo y encarnizado enemigo de Luis XIV.



MME. DE MAINTENON (Museo de Versailles).

El derecho de devolución: conquistas de Flandes y del Franco-Condado.—En 1661, cuando Luis XIV comenzó a reinar, era Francia la monarquía más poderosa de Europa. El joven monarca pretendió, pues, imponer su supremacía. Siguiendo la política tradicional, emprendió la tarea de engrandecerse a costa de España.

Felipe IV, su suegro, murió en 1665, dejando en el trono a su hijo Carlos II, niño de cuatro años, enfermizo y débil. Ambicionando Luis XIV la vasta herencia de los Habsburgo, comenzó por reclamar una parte de ella invo-

cando el *derecho de devolución*, costumbre civil establecida en el Brabante, según la cual los hijos de un primer matrimonio, aunque fuesen hembras, eran preferidos a los varones de un segundo matrimonio. María Teresa, esposa de Luis XIV, había nacido del primer enlace de Felipe IV, mientras que el sucesor de éste en la corona española, Carlos II, lo era de su segunda mujer. Transfiriendo una costumbre de derecho privado al derecho público, Luis XIV reivindicaba en nombre de la reina, su mujer, el Brabante, el Hainaut y el Franco-Condado.



EL GRAN CONDÉ, por Van-Egmont
(Museo Condé).

Un ejército francés, mandado por Turenna, conquistó fácilmente una parte de Flandes (1667), sin que se opusiera Europa; pero muy pronto Holanda, Inglaterra y Suecia formaron la *Triple Alianza* (1668), para detener las rápidas conquistas de Luis XIV, mientras Condé, uno de los mejores generales del siglo, se apoderaba del Franco-Condado. Se firmó la *paz de Aquisgrán* (1668), devolviendo Luis XIV lo conquistado, menos algunas ciudades de Flandes (Lille, Douai, etc.).

Guerra con Holanda: coalición contra Luis XIV; paz de

Nimega. — La diplomacia francesa consiguió deshacer la *Triple Alianza*, convirtiendo a Suecia e Inglaterra en aliadas de Francia. Quedaron únicamente España y Holanda, aisladas y enemigas de Luis XIV. Sentía este monarca profunda antipatía por los holandeses, porque, además de haber puesto cortapisas a su ambición, eran, por su sistema político, carácter y costumbres, una nación absolutamente rival y enemiga de Francia. Formaban las *Provincias Unidas* una república federal, gobernada por la burguesía, con exclusión de la nobleza. Cada ciudad disponía de una administración autónoma; cada provincia decidía sus asuntos peculiares, y el conjunto de provincias constituía la asamblea de los «Estados generales». El poder ejecutivo estaba repar-

tido entre el *statuier* (primer magistrado civil), el *capitán* y el *almirante general* (guerra y marina), y el *gran pensionario*, especie de ministro de Estado.

Provincias protestantes, daban asilo a todos los disidentes en materia religiosa. Por su industria y su comercio rivalizaban con Inglaterra y Francia. Su flota mercante era la primera del mundo. Dos poderosas Compañías habían fundado florecientes colonias en las Indias orientales y occidentales. Luis XIV declaró la guerra a Holanda, en 1672, invadiéndola con numeroso ejército. Los holandeses, inferiores en poderío militar, pidieron la paz; pero, ante las exorbitantes pretensiones del vencedor, rompieron los diques, obligando a los franceses a retroceder. Al mismo tiempo una revolución intestina dió el poder a Guillermo de Orange, hábil político que, a fuerza de energía y constancia, logró formar una coalición europea contra Luis XIV, quien, obligado a hacer frente a numerosos adversarios (el emperador, el rey de España, el elector de Brandeburgo y otros príncipes alemanes), retiró sus tropas de Holanda para acudir al teatro de la guerra: el valle del Rhin. Turena y Condé, generales franceses, sostuvieron honrosamente las operaciones militares, terminando aquella guerra en 1678 por la *paz de Nimega*, a costa de los territorios del rey de España, que fué desposeído del Franco-Condado y numerosas plazas de Flandes.

La paz de Nimega marca el momento culminante de la supremacía francesa en Europa. Luis XIV, después de firmada la paz, continuó incorporando ciudades y territorios a su corona, con desprecio de los tratados y de la opinión pública europea. Sus ejércitos, sus escuadras y su diplomacia impusieron la voluntad del *rey Sol*.

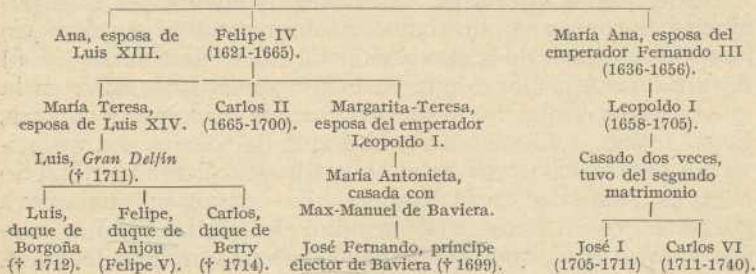
Liga de Augsburgo: paz de Ryswick. — Las potencias europeas soportaban con inquietud la supremacía francesa. Después de la revocación del edicto de Nantes (1686) se formó en Augsburgo una coalición contra Luis XIV, en la que entraron Holanda, el emperador, los príncipes alemanes, España, Suecia, Dinamarca y el duque de Saboya. La negativa del pontífice en proveer el obispado de Colonia nombrando a un candidato adicto a Francia, dió ocasión a una nueva guerra europea. Luis XIV invadió el Palatinado. Las tropas francesas exasperaron con sus abusos a los alemanes.

Entretanto, una revolución estallaba en Inglaterra (1688) contra Jacobo II Stuard, hijo de Carlos I, y los ingleses elegían rey a Guillermo de Orange, esposo de María, hija del Stuard destronado. A consecuencia de aquellos sucesos, Inglaterra enemistábase con Luis XIV, y la guerra hacíase general en Holanda, Bélgica y la frontera de los Alpes. Las tropas francesas, mandadas por el mariscal Luxemburgo, alcanzaron las victorias de Fleurus y Neerwinden. Se prolongaron las hostilidades durante ocho años, hasta que, cansados los beligerantes, se firmó la paz en Ryswick (Holanda), por la cual Guillermo de Orange fué reconocido rey de Inglaterra, y Luis XIV restituyó sus conquistas, menos la ciudad de Strasburgo (1697).

La guerra de sucesión española. — Luis XIV había triunfado de la coalición de Augsburgo; pero moderó sus pretensiones en la paz de Ryswick, porque en aquel momento se planteaba una cuestión gravísima en la política internacional: la sucesión a la corona española.

El rey de España, Carlos II *el hechizado*, postrer vástago de la dinastía austríaca, cuyo reinado había sido una continuada serie de desastres y de intrigas palaciegas, que tenían el país al borde de su ruina, iba a morir sin sucesión. Sus herederos naturales pertenecían a las familias de Borbón, Habsburgo y de la casa ducal de Baviera (1). Las princesas españolas Ana de Austria y María Teresa, casadas respectivamente con Luis XIII y Luis XIV, habían renunciado a la herencia paterna; pero Luis XIV, alegando que la dote de su mujer no había sido satisfecha, declaraba nula la renuncia.

- (1) Cuadro genealógico para inteligencia de la sucesión española en el siglo XVII:
Felipe III (1598-1621).



Semejantes alegatos no eran sino pretextos. Luis XIV ambicionaba la corona española para uno de sus descendientes. Previendo los obstáculos que habían de oponerse a la sustitución de los Habsburgo por los Borbones, intentó ponerse de acuerdo con el rey de Inglaterra. En La Haya (1698) y en Londres (1700) ambos soberanos pactaron para repartirse previamente la herencia del rey de España, e imponer aquellos tratados a Europa; pero el emperador Leopoldo y Carlos II de España se apresuraron a protestar. El rey español, enemigo de dividir su corona, había nombrado heredero a su sobrino segundo, José Fernando de Baviera; pero este príncipe murió en 1699. Entonces una tremenda



CARLOS EL HECHIZADO, por Sánchez Coello (Prado).

lucha diplomática se empeñó en la corte española, entre Luis XIV y el emperador Leopoldo, que pretendían la sucesión, respectivamente, para Felipe, nieto del rey de Francia, y Carlos, hijo del emperador. La intervención del papa, la destreza de los embajadores franceses, la hegemonía borbónica en Europa y otras causas, tan complicadas como curiosas, inclinaron el ánimo del moribundo soberano español en favor del nieto de Luis XIV. Murió Carlos *el hechizado* el 1.º de noviembre del año 1700, y pocos días después pudo decir el rey de Francia a su nieto: *¡Hijo mío, ya no hay Pirineos!*



FELIPE DE ANJOU, por Van-loo (Versailles).

El emperador Leopoldo protestó tomando las armas, y muy pronto se le unió Inglaterra. Luis XIV había despertado las susceptibilidades de las demás naciones por una serie de medidas imprudentes, v. gr., manteniendo a su nieto Felipe de Anjou, presunto rey de España, el título de «príncipe francés», lo cual equivalía a reconocer sus eventuales derechos a la corona

de Francia. Además, desde Versailles dirigía, por medio de sus agentes, los asuntos de la monarquía española, establecía guarnición francesa en las plazas de Flandes y, al morir Jacobo II Stuard, en 1701, rey destronado de Inglaterra, reconocía los derechos de su hijo, no obstante los compromisos contrarios contraídos en el tratado de Ryswick.



EL DUQUE DE MARLBOROUGH (Galería nacional de Londres).

En septiembre de 1701 se formó en La Haya la «Gran Alianza» entre el emperador, numerosos príncipes alemanes (entre otros el elector de Brandeburgo, Federico Hoenzollern, que, a cambio de su apoyo, recibió de su soberano el título de *rey de Prusia*), Inglaterra, Holanda y Dinamarca. Luis XIV contaba en favor suyo los electores de Colonia y Baviera, el rey de Portugal y el duque de Saboya, si bien estos dos últimos se unieron en breve a sus contrarios, teniendo el rey francés que llevar todo el peso de la guerra sin más apoyo que España,

de la cual había que restar todavía Cataluña y Mallorca, rebeldes a su nieto.

A Guillermo III de Inglaterra, muerto al poco tiempo, sucedió su cuñada la reina Ana Stuard (1702). Mantuvieron la lucha contra Francia el duque de Marlborough, generalísimo de los ejércitos ingleses, y el príncipe Eugenio de Saboya, hábil caudillo que dirigió gloriosamente las tropas imperiales.

Las tropas francesas, mandadas por el duque de Vendôme, el mariscal Villars, el inglés duque de Berwick y el propio rey de España, tomaron la ofensiva, alcanzando algunas ventajas, principalmente Vendôme en Italia; pero en 1704

comenzó para la causa de los Borbones una larga serie de desastres. Derrotados en Hochstett, los franceses hubieron de evacuar Alemania (1704). En Italia eran también vencidos en Turín (1706), y en los Países Bajos perdían las batallas de Ramillies y Oudenarde.

En España, el archiduque Carlos, apoyado por la escuadra angloholandesa, disputaba la corona a Felipe V. Los ingleses se habían apoderado de Gibraltar (1704), mientras una parte de la nación española se declaraba por el pretendiente austríaco. Luis XIV pidió la paz; pero los aliados exigieron condiciones tan duras que el rey se decidió a proseguir la guerra.

Marlborough y Eugenio de Saboya amenazaban el norte de Francia con un ejército de ciento veinte mil hombres. Luis XIV les opuso otro inferior en número que, al mando de Villars, fué derrotado en Malplaquet. Francia estaba irremisiblemente perdida cuando algunos acontecimientos imprevistos cambiaron la faz de las cosas.

En 1710 las armas de Felipe V alcanzaron en España algunas brillantes victorias (Brihuega, Villaviciosa, etc.), al propio tiempo que el pueblo español rehusaba acatar el pretendiente austríaco. En Inglaterra, el duque de Marlborough, jefe del partido gobernante, hubo de retirarse, porque la reina Ana llamó al poder a sus adversarios políticos (1712), a consecuencia de lo cual Inglaterra comenzó a negociar la paz con Francia. En 1711, muerto el emperador José I (primogénito de Leopoldo, fallecido en 1705), sucedíale su hermano el archiduque Carlos, suma de acontecimientos que favorecieron la terminación de la guerra.



EUGENIO DE SABOYA (*Grabado de la época.*)

Tratados de Utrecht y de Rastadt. — Los tratados de Utrecht (1713) y de Rastadt (1714), entre Francia y España por un lado y las potencias aliadas por otro, al poner

fin a la guerra de sucesión por la corona de España constituyeron la base de un nuevo sistema de *equilibrio europeo*. He aquí los principales acuerdos:

Francia cedió a los ingleses Accadia, Terranova y otros territorios de Norteamérica, y renunció a prestar apoyo al pretendiente Jacobo Stuard. Luis XIV conservó, pues, sus anteriores conquistas, y su nieto Felipe de Anjou fué reconocido rey de España.

España cedió a Inglaterra Gibraltar y Menorca, y algunas ventajas comerciales en las colonias de América, Abandonó al Austria los Países Bajos, Milán, Nápoles y Cerdeña. Con estos tratados perdía, pues, España la soberanía en Italia y sus dominios de Flandes.

El *duque de Saboya* recibió la isla de Sicilia, con el título de rey.

Holanda obtuvo ventajas comerciales.

Prusia, erigida en reino desde 1701, quedó confirmada en la calidad de tal.

BIBLIOGRAFIA. — Voltaire, *Siècle de Louis XIV* (numerosas ediciones, una de las mejores la del editor Garnier, de París, *Oeuvres complètes de Voltaire*, 52 vols.); P. Bonnefon, *La société française du XVII siècle* (París A. Colin, 1917), fragmentos de memorias y correspondencias contemporáneas; A. Legrelle, *La diplomatie française et la succession d'Espagne* (Gand, 1888-1892, 4 vols.), obra capital para las guerras y cuestiones diplomáticas; Ranke, *Histoire de France principalement pendant le XVI et*

le XVII siècle, trad. de J.-J. Porchat (París, Klincksieck, 1854-1889, 6 vols.); H. Vast, *Les grands traités du règne de Louis XIV*, (París, A. Picard, 1893-1899, 3 fasc.), etc. En general tienen gran importancia para el estudio de esta época, además de los documentos de archivo, los relatos contemporáneos. Para todo estudio serio es indispensable empezar por la bibliografía crítica de E. Bourgeois et L. André, *Les sources de l'histoire de France, XVII siècle* (París, A. Picard, 1913-1924, 4 vols.)



BACON DE VERULAMIO (*grab. de la época*).



DESCARTES, por Franz Hals. (*Louvre*).

MOVIMIENTO INTELECTUAL EUROPEO. EL SIGLO DE LUIS XIV

Las ciencias en Europa hasta fines del siglo XVIII.— En la historia del espíritu humano ocupa el siglo XVII un lugar importantísimo, no sólo por los adelantos realizados entonces, sino por haberse establecido las condiciones del progreso científico, a saber: los métodos de *observación* y *experimentación*, iniciados por el Renacimiento.

Durante la Edad Media se había tenido una fe ciega en los autores antiguos, que, por otra parte, eran conocidos a través de infieles traducciones. El método escolástico, al condenar la libre investigación, había paralizado el progreso científico; pero en el siglo XV, y aun antes, en la época del Renacimiento, el estudio de los autores antiguos, hecho en su texto original, y el descubrimiento de otros escritores antes desconocidos (Platón), demostraron que antiguamente no había existido una doctrina única, ni la certeza absoluta,

sino sistemas diversos y opiniones a menudo contradictorias. Pareció lógico, pues, no limitarse a buscar la ciencia en los libros, y poner en práctica métodos nuevos. Algunos hombres esclarecidos comenzaron, en el siglo XVI, a proclamar la necesidad de acudir a la experimentación para interpretar la Naturaleza.



NICOLÁS COPÉRNICO
(grabado holandés del siglo XVII).

heréticas. Los sabios del siglo XVII fueron, pues, *aficionados* que se ocuparon especialmente de matemáticas, física y ciencias naturales. Fueron creadas algunas instituciones que facilitaron el trabajo científico, como observatorios, museos, jardines botánicos, etc. Los que formularon los nuevos métodos científicos fueron Bacon de Verulamio y Descartes. El primero (1560-1626) preconizó el empleo único de la observación y del experimento, en su famoso *Novum organum scientiarum*. Descartes (1596-1650), uno de los hombres más eminentes de su siglo, era matemático.

Aquella transformación en el modo de estudiar no se originó en las universidades y demás centros de enseñanza, que se preocupaban únicamente de teología, derecho y filología. Los profesores, habituados al método escolástico, y el clero, vigilando la enseñanza, desconfiaban de las innovaciones, considerándolas



KEPLER (de un grab. del siglo XVII).

Con la práctica de la ciencia pura adquirió una confianza absoluta en la razón y una necesidad de *evidencia* y *claridad* que son los principios de su reforma. Su obra fundamental, el *Discurso del método* preconiza «no admitir cosa alguna por verdadera que evidentemente no lo sea», principio científico universal, aplicable no sólo a las ciencias propiamente tales, sino a toda investigación. Su sistema, llamado *cartesianismo*, fué adoptado por los pensadores del siglo XVII, y su influencia se prolongó al siguiente, teniendo por continuadores a los *enciclopedistas*.

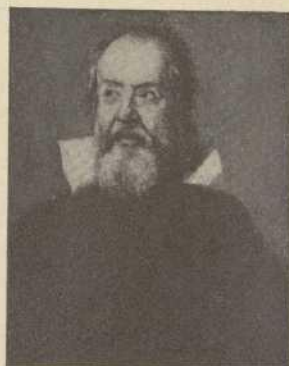
Con la aplicación de los nuevos métodos las ciencias que más progresaron son, pues, las matemáticas, la astronomía, la física y la geografía.

Los grandes matemáticos de los siglos XVI y XVII fueron Galileo, Kepler, Descartes, Newton y Leibnitz. Caracteriza el progreso matemático en aquella época la gran atención concedida en el cálculo a la idea *del infinito*, o sea el *análisis* o *cálculo* infinitesimal. Por aquel estudio fué renovada la mecánica y la astronomía, o mecánica celeste.



ISAAC NEWTON (Galería nac. de Londres; fot. Walker).

La astronomía hizo grandes progresos. En el siglo XVI, Nicolás Copérnico, canónigo polaco, había descubierto, contra lo que se creía con arreglo al sistema geocéntrico de Ptolomeo, el movimiento giratorio de la Tierra alrededor del Sol, sistema



GALILEO (Galería Uffizi).

discutido por las autoridades científicas de la época y al que otro célebre astrónomo, Ticho Brahe, no quería dar crédito, por ser un sistema reputado herético.



ORTELIUS (grab. holandés del s. XVII).

El alemán Kepler (1571-1630) formuló las célebres leyes de su nombre, acerca de las órbitas planetarias y el movimiento gíatorio del Sol. El italiano Galileo (1564-1642), profesor de la universidad de Padua, perfeccionó el telescopio y descubrió el relieve de la Luna, numerosas estrellas, la naturaleza de la Vía Láctea, los satélites de Júpiter, etc. Sus descubrimientos confirmaban el sistema de Copérnico, que fué defendido por Galileo en un libro denunciado a la Inquisición, que ésta condenó como «suspec-

to de herejía», siendo su autor encarcelado después de obligarle a retractarse.

El gran matemático inglés Isaac Newton (1642-1727), después de estudiar durante largo tiempo las leyes de Kepler, creó la mecánica celeste al formular en 1680 la sublime *ley de la gravitación universal*, por la que se rigen todos los cuerpos, descubrimiento de incalculables consecuencias.

Los adelantos de la física, debidos a la aplicación de los métodos formulados por Bacon y Descartes, comenzaron, entre otros, con Galileo, que halló la *ley de la caída de los cuerpos*; Descartes, las *leyes de la refracción*; Newton, que descubrió la *descomposición de*



MERCATOR (Grab. holandés del s. XVII).

la luz por el prisma; Torricelli, inventor del barómetro; Van Drebbel, del termómetro; etc. El progreso de las matemáti-

cas y de la astronomía favoreció también el de la geografía, ciencia que se había transformado a compás de la extensión de los descubrimientos y de la propagación de la imprenta. Hasta entonces la única autoridad en la ciencia geográfica había sido Ptolomeo, en cuyas ediciones, multiplicadas sin cesar, se consignaban los resultados de los descubrimientos; pero como el texto del geógrafo alejandrino no se avenía con las enseñanzas suministradas por marinos y exploradores, hubo que recurrir a la experiencia. Brotó en Alemania una escuela de ilustres cartógrafos, como Peurbach y Regiomontano, semilla de enseñanzas para otros países, que dieron por resultado el trazado de numerosos mapas locales, que fueron después base de los primeros mapas generales y *Atlas*, distinguiéndose en aquella labor el flamenco Ortelius, que en 1570 editó el famoso *Theatrum orbis terrarum*, y su compatriota Mercator, el más gran geógrafo del siglo XVI, inventor de la proyección que lleva su nombre.



CORNEILLE (según el grab. de Vallet).



MOLIÈRE (Escuela francesa).

El siglo de Luis XIV. — Los franceses han dado este nombre al siglo XVII, denominación justificada por la abundancia de escritores geniales que tuvo Francia en aquel entonces; por la influencia que en Europa ejercieron la moda, la educación, los hábitos, la

lengua y la literatura francesas y por la protección que a

las letras y a las artes otorgó aquel monarca. Sin embargo, hay que advertir que el florecimiento literario francés precedió al advenimiento de Luis XIV al trono, continuando en la época de decadencia política de la monarquía. El verdadero *siglo de Luis XIV* no duró más de un cuarto de siglo (1661 a 1685).



RACINE (según el grab. de Daulé, 1752).

nes en la vida de la sociedad. La nobleza, abandonando los castillos, se estableció en la Corte. A las rudas costumbres de la sociedad feudal sucedieron diversiones y pasatiempos delicados, y con el trato social se perfeccionó el arte de la conversación y aparecieron *los salones*: centros de reunión de personas cultas y bien educadas, que contribuyeron a la formación del buen gusto y al perfeccionamiento del idioma. El salón más célebre, en la primera mitad del siglo XVII, fué el de la marquesa de Rambouillet, en el que

La sociedad francesa: los salones. — Paralelamente a los cambios políticos ocurridos en Francia durante la segunda mitad del siglo XVII, produjéronse importantes transformacio-



BOSSUET, por Rigaud (Louvre).

se discutían cuestiones gramaticales, literarias, morales, etc. Corneille, Bossuet y otros muchos leían allí sus obras. Los salones ejercieron más tarde considerable influencia en la propagación de nuevas ideas políticas.

En los salones las personas que hoy llamaríamos *distinguidas* eran entonces llamadas *preciosas*. La suma distinción o *preciosidad* consistía en los buenos modos, esto es la elegancia aplicada al arte de la conversación; decir las cosas más difíciles sin crudeza ni ambigüedad; pero con el tiempo «la preciosidad» degeneró en afectación, empleándose en la conversación metafóricas exageradas. V. gr., se decía «la antorcha del silencio» en vez de la luna, «el imperio de Morfeo» por la cama, «el suplemento del Sol» por una bujía, «el consejero de las gracias» por un espejo, etc. Molière, en su famosa comedia *Las preciosas ridículas*, acabó con la *preciosidad*, que pasó de moda.



LA MARQUESA DE SEVIGNÉ, según el pastel de Nanteuil (Museo Carnavalet).



EL DUQUE DE SAINT SIMON
(Propiedad particular).

Literatura francesa.—Durante la primera mitad del siglo XVII la literatura francesa estuvo influenciada por la española y por la italiana. Al advenimiento de Luis XIV comenzó un nuevo período, caracterizado por la perfección de la forma literaria, por el predominio de las reglas y por la apoteosis del rey. «Literatura mundana, psicológica e impersonal, hija del genio de los escritores, del momento social y político, y de la madurez del idioma». En sus obras resplandecen el ingenio y el buen gusto francés. Luis XIV fué

un gran protector de las letras y de las artes. La distinción de sus maneras y su conversación noble y mesurada,

dieron el tono a la sociedad de su tiempo. Supo discernir, apreciar y recompensar el talento y el mérito. Casi todos los grandes hombres contemporáneos suyos fueron sus protegidos, particularmente Racine, Bossuet, Fenelon y Molière.

La mayor perfección alcanzada por la poesía francesa se manifestó entonces en la tragedia y en la comedia. Corneille, fundador del teatro clásico francés, fué eclipsado por Racine y, singularmente, por Molière, el escritor más original del siglo XVII.



MUSEO DEL LOUVRE: LA COLUMNATA DE PERRAULT (Siglo XVII).

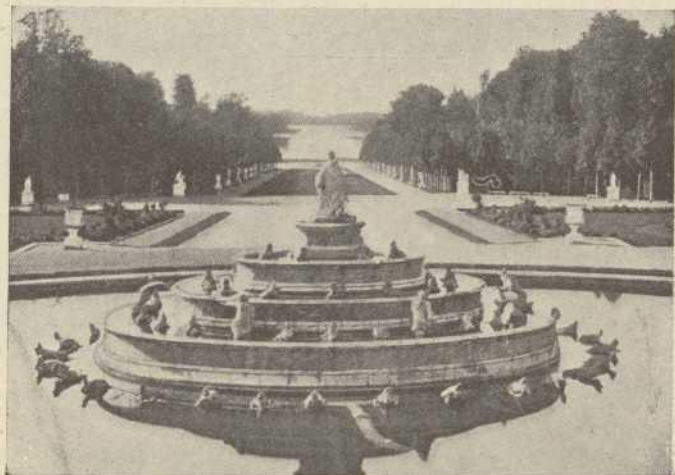
Molière ridiculiza en sus inmortales comedias la vanidad y la pedantería de sus contemporáneos; pero es también un escritor universal, porque en sus tipos se ve al hombre de todos los tiempos y países.

Además de la poesía dramática florecieron otros géneros literarios: el célebre fabulista Lafontaine, el crítico Boileau, el gran orador sagrado Bossuet, moralistas como La Bruyère y La Rochefoucauld, etc. En el género epistolar es notable madame de Sevigné. Aparte de las obras literarias, son de mucho valor en la literatura de aquel tiempo las *Memorias*, género característico de la sociedad francesa, calificado de «conversación con la posteridad». De la época de Luis XIV son un verdadero monumento las *Memorias* del duque de Saint-Simon.



PALACIO DE VERSAILLES: LA GALERÍA DE LOS ESPEJOS.

Las bellas artes. — El arte francés del siglo XVII rompió con la tradición, e inspirándose en las ideas de majestad y grandeza, características de la monarquía de Luis XIV,



VERSAILLES: PERSPECTIVA DE LOS JARDINES.

creó un estilo grave, correcto y noble; pero frío y triste, sin originalidad, inspirado en la Roma imperial.

La arquitectura francesa del siglo xvii se distingue por su nobleza, y su armonía. Los monumentos imponen por sus dimensiones y agradan por su majestuosa elegancia. Su ley dominante es la simetría. Tal es el estilo *académico*, llamado así por haber sido propagado por las academias de bellas artes (escultura, pintura y arquitectura), fundadas por Mazarino y por Colbert, estilo ordenado, sujeto a reglas fijas, conforme a lo que en literatura se llama el *espíritu clásico*. Todo adorno pintoresco, imprevisto y *personal* es desterrado.

Entre los principales monumentos de este género son los más característicos la *columnata de Perrault*, en el Louvre, y el famoso palacio de Versailles, obra del arquitecto Mansard, especie de «santuario de la realeza», en cuya construcción se invirtieron treinta años, empleándose, en ocasiones, hasta treinta mil hombres, y cuyo coste se ha calculado en unos doscientos millones, valor actual de nuestra mo-

moneda. El decorado es majestuoso. Los jardines, construídos por Le Nôtre, ofrecen perspectivas inolvidables. Tapices de césped, bosquecillos, surtidores, bronce y mármoles, hacen de Versailles una de las más suntuosas moradas de los poderosos de la Tierra; pero el conjunto produce una impresión de grandeza monótona y melancólica.

La pintura fué también *académica*, es decir, correcta y fría. Se distinguieron, sin embargo, Poussin, pintor de escenas históricas o alegóricas, y el paisajista Lorrain. A la misma época pertenecen el dibujante Callot y el retratista de Bruselas Felipe de Champaigne, establecido en Francia, autor, entre otros, del hermoso retrato de Richelieu. Más



«FRANCIA TRIUNFANTE» (Fuente de Versailles).

que la pintura y la escultura fueron notables las artes industriales (porcelanas de Sèvres, tapices de Gobelins, etc.).

Influencia francesa en Europa. — A partir del reinado de Luis XIV comenzó Francia a ejercer la hegemonía en Europa, primeramente por sus armas y su diplomacia,



NICOLÁS POUSSIN: «Los pastores de la Arcadia» (*Mus. del Louvre*).

más tarde por su cultura y su buen gusto. Cuanto más se acentuó la decadencia social y política de la monarquía, fué mayor el ascendiente del espíritu francés. La lengua francesa alcanzó el grado de universalidad que ha conservado hasta nuestros tiempos. La literatura, la moda, las costumbres francesas, fueron adoptadas e imitadas por casi todas las naciones europeas, singularmente durante el siglo XVIII. España es uno de los países donde la influencia francesa ha sido más considerable.

BIBLIOGRAFIA. — Obra capital para este período son las *Memorias del duque Saint-Simon* (varias ediciones). Véase también A. Cheruel, *Saint-Simon considéré comme historien de Louis XIV* (Paris, Hachette, 1865). Gaston Laurent, *Les grands écrivains scientifiques de Copernic a Ber-*

thelot (Paris, A. Colin); L. Gallois, *Les géographes allemands de la Renaissance* (Paris, E. Leroux, 1890; Bibl. de la Faculté de Lettres de Lyon, t. XIII); Gustave Lanson, *Manuel bibliographique de la littérature française moderne. II, Dix-septième siècle, 2.^a ed.* (Paris, Hachette, 1914).

LA REVOLUCIÓN INGLESA DE 1688

La restauración de los Stuarts: Carlos II. — A la muerte de Oliverio Cromwell le sucedió su hijo Ricardo, hombre pacífico, que abdicó muy pronto la jefatura que le había otorgado el ejército puritano. La anarquía reinó en Inglaterra, estallando una guerra entre el ejército de Londres y el de Escocia, mandado por Jorge Monck, quien logró triunfar de sus adversarios. La intolerancia de los puritanos había reanimado los sentimientos monárquicos de los ingleses. Comprendiéndolo así el general Monck, dueño de la situación, convocó unas elecciones generales y se constituyó de nuevo el Parlamento, que por una gran mayoría llamó al trono al hijo de Carlos I (1660), que se hallaba refugiado en Holanda.

Carlos II Stuard era un príncipe inteligente y valeroso. Las desgracias de su juventud le habían hecho escéptico; así es que cuando se vió en el trono, aclamado con entusiasmo por sus súbditos, no pensó más que en diversiones y placeres.

El Parlamento, convocado por el nuevo rey, se componía en su mayor parte de caballeros adictos a la monarquía, fieles servidores de la voluntad real, de modo que aquella restauración monárquica comenzó por una violenta reacción contra el régimen puritano, no sólo en la política, sino en las costumbres y en la literatura. El régimen puritano había exagerado la austeridad; luego se hizo alarde de llevar una vida disipada. De hecho, Carlos II se encontró en el trono tan rey absoluto como sus abuelos.

Sin embargo, no dejaron de estallar disentimientos entre el Parlamento y el monarca. Carlos II, por interés y simpatía, se subordinó a la política de Luis XIV. Este rey le suministraba los fondos que para sus gastos personales

le negaba el Parlamento, prometiéndole apoyo, además, en caso de una sublevación de sus súbditos. El rey inglés vendió la plaza de Dunkerque a Luis XIV, aliándose con él contra los holandeses, y se comprometió, secretamente, a restablecer el catolicismo con ayuda de Francia. La política exterior de Carlos II tenía, pues, muy disgustado al país.



MONCK (Galería nacional de Londres).

Causa mucho más grave del descontento público fué la cuestión religiosa. Los caballeros del Parlamento eran celosos anglicanos. No satisfechos con haber restablecido en su puesto y devuelto sus privilegios a los obispos de su Iglesia, persiguieron de una manera inexorable a todas las sectas disidentes, ya fuesen católicas o protestantes. Carlos II, después de haberse asociado a aquella política de rigores, quiso moderarla, promulgando un *acta de tolerancia*, medida de gobierno que fué interpretada por los parlamentarios como destinada a favorecer el catolicismo. Una gran desconfianza nació contra el rey, y sobre todo contra su hermano, el duque de York, que se había convertido públicamente a la religión católica.

Desde entonces el catolicismo fué para los ingleses motivo de terror y de odio; el enemigo nacional. Bajo el imperio de las pasiones dominantes el Parlamento promulgó el *Bill de Test* (ley de prueba), que obligaba a los funcionarios públicos a prestar juramento a la fe anglicana y *probar* que cumplían los ritos establecidos por la religión del Estado. Aquella ley vejaba especialmente a los católicos, obligándoles a abandonar sus empleos y sus puestos del Parlamento

descontento público fué la cuestión religiosa. Los caballeros del Parlamento eran celosos anglicanos. No satisfechos con haber restablecido en su puesto y devuelto sus privilegios a los obispos de su Iglesia, persiguieron de una manera inexorable a todas las sectas disidentes, ya fuesen católicas o protestantes. Carlos II, después de haberse asociado a



CARLOS II STUART.
(Grabado de la época).

para no abjurar. La persecución religiosa tomó caracteres más violentos todavía, con motivo de la existencia de un supuesto complot católico, que ocasionó muchas víctimas.

Carlos II disolvió el Parlamento en 1679, siendo reemplazado por otro constituido por una gran mayoría de presbiterianos, muchos de ellos hostiles a la dinastía reinante. La enemiga del nuevo Parlamento a los Stuards quedó demostrada en dos actos célebres: el *Habeas Corpus* y el *Bill de exclusión*.

El primero era una ley en virtud de la cual nadie podía ser encarcelado sin orden escrita, en la que constaran los motivos de la detención, debiendo ser conducido el prisionero ante sus jueces en un plazo fijo. El *Habeas Corpus* era una cortapisa a la arbitrariedad del poder absoluto.

Otra ley, llamada *Bill de exclusión*, tenía por objeto excluir del trono a todo príncipe católico, particularmente al duque de York, presunto heredero de la corona, pues Carlos II no tenía hijos legítimos. La Cámara de los lores la rechazó.

A medida que la oposición a los Stuards aumentaba, habíanse formado en el Parlamento (principalmente en la Cámara de los comunes) y en el país, dos partidos: los *whigs* y los *tories* (1). Los primeros querían al rey sumiso al Parlamento. Sin dejar de ser monárquicos, no transigían con un rey católico, y para evitar este peligro proyectaban, para cuando llegara el caso, ofrecer la corona al duque de Monmouth, hijo natural de Carlos II, o bien a cualquier otro miembro protestante de la familia real, antes que al duque de York, al que detestaban. Los *tories* ponían por encima de todo la autoridad del monarca. Ni el descontento general, ni la oposición de los *whigs* produjeron cambio alguno. Los ingleses preferían el despotismo tradicional a la dictadura militar, y Carlos II, aprovechándose hábilmente de aquel estado de opinión, supo, so pretexto de complots, deshacerse de los *whigs* más exaltados, como Sidney y Rusel, mientras él se entregaba a una vida de placeres y disipación

(1) La palabra *whig* designaba los presbiterianos fanáticos de Escocia, y *torie* los católicos de Irlanda proscritos. La primera fué aplicada al partido parlamentario; la segunda a los partidarios incondicionales de los Stuards. En lo sucesivo los nombres de *whigs* y *tories* sirvieron para designar los dos grandes partidos políticos de Inglaterra, aun cuando han tenido diverso sentido según los tiempos. Por partido *whig* puede entenderse partido liberal y por *torie*, conservador, significaciones inexactas en el siglo XVII, pero aproximadas a la idea que se quiere dar a comprender.

que acabó por llevarle al sepulcro (1685), recibiendo en sus últimos momentos los auxilios de la religión católica.

Jacobo II. — A pesar de su probado catolicismo, el duque de York sucedió en el trono a su hermano, con el nombre de Jacobo II. El Parlamento estaba en su mayoría compuesto de tories; pero los whigs, refugiados en el continente, acaudillados por Monmuth y el duque d'Argyle,



JACOBO II STUARD (Galería nacional de Londres).

jefe de los presbiterianos escoceses, imaginaron que su presencia en Inglaterra sería suficiente para provocar un levantamiento entre los enemigos del catolicismo y destronar a Jacobo. D'Argyle desembarcó en Escocia y Monmuth en Inglaterra; pero no lograron levantar más que a un reducido número de partidarios, siendo vencidos y ajusticiados.

Jacobo II abusó de su triunfo, persiguiendo cruelmente a sus adversarios políticos. No contento con esto, se propuso restablecer el catolicismo. Acogió en la corte al embajador de la santa

sede, restableció la celebración de la misa en palacio y permitió el culto católico en las capillas privadas. Por el edicto llamado de *declaración de indulgencia* anuló la aplicación del *bill de test*; pero el clero anglicano protestó, rehusando acatar los edictos reales. La resistencia del clero fué secundada por el pueblo.

La Revolución. — Jacobo II, casado en segundas nupcias con una princesa italiana, católica, tenía dos hijas de su primera esposa: la mayor, María, casada con Guillermo de Orange, statuder de Holanda; ambas protestantes. La corona de Inglaterra había de recaer en una de aquellas dos princesas. Esta esperanza mantenía a los ingleses resignados con el despotismo religioso de Jacobo; pero, en 1688, la reina, su segunda mujer, dió a luz un hijo, acontecimiento

que destinaba el país a ser gobernado por una dinastía católica. Este hecho motivó la caída del rey.

Los jefes del partido whig y la aristocracia seglar y eclesiástica conspiraron, ofreciendo la corona de Inglaterra a Guillermo de Orange, príncipe ambicioso y astuto, que desaprobaba la política de su suegro. Aprovechándose del descontento general, se entendió con los protestantes ingleses, y, auxiliado por los Estados generales de Holanda, invadió Inglaterra con un ejército engrosado por los descontentos. Su sola presencia bastó para triunfar, pues Jacobo II, abandonado de todo el mundo, huyó de Inglaterra, refugiándose en la corte de Luis XIV.

Declaración de derechos.

— A instigación de una asamblea de notables, Guillermo de Orange convocó el Parlamento, constituido en Convención Nacional. La Cámara de los lores declaró vacante el trono y, cambiando la ley de sucesión, propuso conferir la dignidad real a Guillermo y María, hija de Jacobo II.

La Cámara de los comunes aceptó aquella proposición y redactó un documento en el que enumeraba todas las libertades y todos los derechos violados por el monarca depuesto, documento que servía de preámbulo a la declaración que llamaba a María y a Guillermo al trono de Inglaterra. Aceptando la corona ambos príncipes, admitían implícitamente los derechos y libertades consignados en el documento llamado *Declaración de derechos*.

Sus principales artículos son los siguientes:

- 1.º Que la experiencia ha demostrado que un reino protestante no puede estar bien gobernado por un rey católico;
- 2.º El rey carece del derecho de suspender las leyes y de dispensar su aplicación;
- 3.º Prohibición de establecer impuestos sin consentimiento del Parlamento.



GUILLERMO DE ORANGE (Galería nacional de Londres).

4.º Prohibición de sostener ejército permanente;

5.º Prohibición de instituir tribunales excepcionales, de infligir multas excesivas, de restringir el derecho de petición de los súbditos o la libertad de palabra en el Parlamento y de intervenir en las elecciones parlamentarias;

6.º Reunir con frecuencia el Parlamento y que todos los súbditos protestantes tengan derecho de usar armas.

La declaración de derechos limitaba el poder real de una manera análoga a las limitaciones impuestas a los reyes por las aristocracias feudales de ciertas monarquías, v. gr., la de Aragón en los tiempos medios. Estas libertades no eran nuevas. Siglos hacía que las reivindicaban los Parlamentos contra los soberanos que las violaban; pero, a partir de esta época, las circunstancias históricas las convirtieron en realidad.

La revolución de 1688 fué religiosa y política, como la de 1648; pero, a diferencia de aquélla, tuvo por causa principal el designio de los Stuards de restaurar el catolicismo en Inglaterra, desarrollándose sin derramamiento de sangre, en medio de un cambio de sucesión a la corona. Sus resultados han sido duraderos, pues la *Declaración de derechos* es el fundamento del régimen parlamentario moderno. L

BIBLIOGRAFIA. — Lord Macaulay, *Hist de la revolución de Inglaterra* (Madrid, Bibl. clás., 4 vols.); id., *Historia del reinado*

de Guillermo III (id., 6 vols.); *La cour galante de Charles II* (col. Albert Savine).

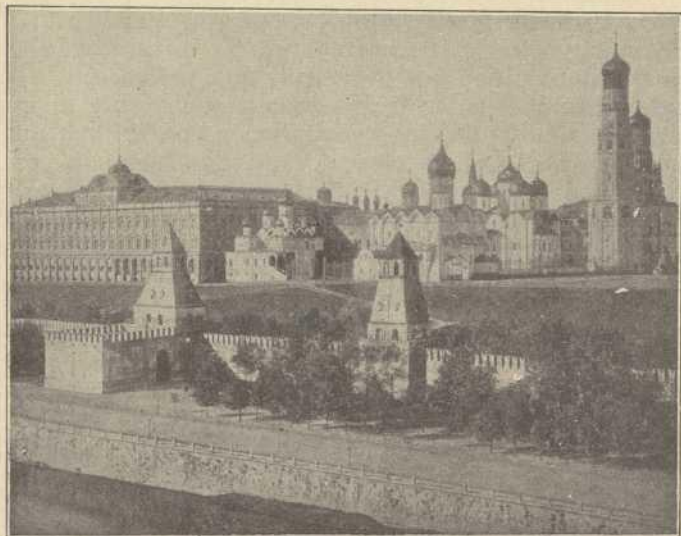
EUROPA ORIENTAL

Rusia durante el siglo XVII. — En el siglo XVI Rusia llamábase *Moscovia*, del nombre de su capital *Moscou*. Separada del Báltico por provincias que pertenecían a Suecia, y del mar Negro por una zona perteneciente al imperio otomano, no tenía más comunicación con Europa que el puerto de Arkhangel, en el mar Blanco, frecuentado por los ingleses y holandeses. Era, pues, un imperio más asiático que europeo. Los habitantes, de raza eslava, convertidos al cristianismo griego por los bizantinos, estaban en constantes relaciones, guerreras o pacíficas, con los pueblos asiáticos. La organización política rusa era también idéntica a la de los pueblos del Asia. El *czar* (césar) era soberano absoluto. Manifestaba su voluntad por medio de decretos (*ukases*). Su residencia era el *Kremlin*, ciudadela situada en el centro de la capital.

El pueblo ruso hallábase constituido por dos clases sociales: los *boiards*, nobles, brutales y sanguinarios, opresores de los *mujiks* (aldeanos), reducidos a dura servidumbre. El clero (*popes*) no formaba clase aparte. Componíase de fanáticos ignorantes, reclutados entre la gente del pueblo. No existía clase media. El comercio estaba en manos de judíos y de extranjeros. La civilización era de origen bizantino. Las iglesias, aunque no carecen de alguna originalidad, son bizantinas, como todas las demás obras de arte. Las costumbres eran puramente orientales.

Formación territorial de Rusia. — Políticamente comenzó a formarse Rusia a mediados del siglo xv. El primer soberano que llevó el título de *czar* fué Ivan el Terrible (1533-1584), conquistador de Kazan y de Astrakan, y colonizador de la Siberia. A principios del siglo xvii recayó la

corona en Miguel Romanof, fundador de la dinastía de este nombre. Sus primeros príncipes comenzaron a establecer relaciones con las potencias europeas, enviando embajadas a las cortes de occidente y abriendo su país a comerciantes y aventureros. Finalmente, en 1682, un nieto de Miguel Romanof subió al trono. Era Pedro I, que más tarde fué llamado *el Grande* y de cuyo advenimiento data la europeización de Rusia y el comienzo de sus relaciones con los pueblos de Occidente.



MOSCOU: EL KREMLIN.

Pedro el Grande. — A diferencia de sus antecesores, Pedro el Grande, cuya infancia transcurrió bajo la regencia de su hermana Sofía, se educó en la más completa independencia. Hombre activo y curioso, sentía gran afición por las cosas nuevas y despreciaba las costumbres y tradiciones de su país. Frecuentando el barrio de los extranjeros, en Moscou, aprendió el alemán, juntándose con algunos aventureros que le iniciaron en la civilización europea y que fueron más tarde sus colaboradores. Aficionado a las cien-

cias exactas, a las artes mecánicas y a los ejercicios militares, formó un batallón que maniobraba a la europea.

La ambiciosa Sofía, recelosa de su rival, intentó apartarle del poder, estallando una guerra civil entre los partidarios de Pedro y los de su hermana, que fueron vencidos, siendo aquélla reclusa en un convento. Pedro gobernó a partir del año 1696.



BOIARDS (Según Olearius, un viajero del siglo XVII).

Guerra contra los turcos. — Para civilizar a Rusia era preciso ponerla en contacto con Europa, poseer un puerto de mar. Suecia, dueña del Báltico, y Turquía, del mar Negro, lo impedían. Considerando a los turcos más débiles, Pedro I excitó contra ellos el odio que a los rusos inspiraban por antagonismo religioso, y les hizo la guerra, apoderándose de Azow, puerto situado sobre la desembocadura del Don, en el mar Negro.

Guerra con Suecia: Carlos XII. — Más importante para los designios de Pedro era todavía el acceso al Báltico,

mar internacional, que ofrecía mayores ventajas. Los descendientes de Gustavo Adolfo de Suecia habían convertido esta nación en la primera potencia del norte, en detrimento de Polonia, Dinamarca, Prusia y Rusia, sus naturales enemigas, que ansiaban el momento de la revancha.

La ocasión se presentó en 1699, al advenimiento de Carlos XII al trono de Suecia, joven monarca de excelentes



MOSCOU: IGLESIA DE SAN BASILIO (Siglo XVI).

dotes militares y sentimientos caballerescos, contra el cual se unieron Dinamarca, Polonia, y Rusia; pero aquella coalición quedó deshecha ante la prodigiosa actividad de Carlos, que, después de obligar al rey de Dinamarca a pedir la paz, y vencer a los rusos en *Narva*, persiguió encarnizadamente al rey de Polonia, Augusto II, a quien destronó, reemplazándolo por Stanislaw Leczinski, y, no contento con esto, anduvo persiguiéndole hasta Sajonia,

de donde era a la vez elector. Aquellas campañas, que duraron seis años, favorecieron a Pedro I, el cual pudo reorganizar sus tropas y apoderarse de las provincias suecas del Báltico y orillas del Neva, donde echó los cimientos de San Petersburgo (hoy Leningrado), futura capital del imperio ruso.

Carlos XII, después de combatir a su adversario de Polonia, invadió Rusia, en 1708, con un ejército numeroso, aguerrido y disciplinado, encaminándose a Moscou, sin

hacer caso de las proposiciones pacíficas de Pedro I. Este, lejos de presentar batalla a los invasores, siguió la táctica de huir al enemigo, hostigándole de flanco y devastando el territorio, con lo cual el ejército de Carlos XII se vió muy pronto merchado por las privaciones y las fatigas de un camino interminable. Requerido el rey de Suecia por Mazeppa, jefe de los cosacos de Ucrania, que formaban una especie de república militar en la ribera izquierda del Dnieper y temían el engrandecimiento del belicoso czar, aceptó Carlos XII el recurso que se le ofrecía y con el cual contaba levantar las provincias meridionales de Rusia contra su soberano. Pero las cosas pasaron de muy distinto modo.



IVAN EL TERRIBLE (Grabado de la época).



MIGUEL ROMANOF (Antes en la Galería de San Petersburgo).

Habiendo Carlos XII puesto sitio a *Poltava* voló Pedro I en auxilio de aquella ciudad, con numerosas fuerzas. El ejército sueco, que en el terrible invierno de 1709 había perdido casi todos sus caballos y artillería, fué derrotado. Su caudillo, pasando a escape la frontera más próxima, hubo de refugiarse en Turquía, donde consiguió que el sultán se decidiera a hacer la guerra al czar. En efecto, un fuerte ejército turco amenazó a Pedro I; pero la heroica esposa de éste, Catalina, se dió maña para atraer a su causa al gran visir de Constantinopla, cediendo a los turcos la plaza de Azow.

Con esto el triunfo de Rusia quedó asegurado. Carlos XII, cuya vida parece la de un

héroe de novela, pudo evadirse de Turquía y regresar a su país; pero, durante su ausencia, las potencias del norte, antes vencidas, habían vuelto a coligarse contra Suecia.



PEDRO EL GRANDE, por Nattier (según el grabado de Telemessoff).

Estalló de nuevo la guerra y el animoso monarca siguió batallando, hasta caer herido de muerte ante los muros de Frederickshall (Noruega), en 1718. Las hostilidades no cesaron hasta 1721, firmándose la Paz de *Nystadt*, que señala el ocaso del poderío sueco en el norte de Europa. Las provincias bálticas pasaron a manos de Dinamarca, Prusia y Rusia. Esta última, especialmente, conservó sus adquisiciones de la región oriental del

Báltico, a saber: Livonia, Estonia, Ingria y parte de Finlandia, con lo cual pasó a ser la primera potencia septentrional de Europa.

Pedro el Grande fomentó también la expansión rusa en Asia, apoderándose de Derbend y Baku, puertos sobre el Caspio, pertenecientes hasta entonces a Persia.

Reformas de Pedro el Grande.—No se limitó Pedro el Grande a extender su imperio a costa de sus vecinos, sino que, rompiendo con las tradiciones de sus antepasados, emprendió la tarea de reformar el país. A este fin viajó por Europa. En 1697



CARLOS XII DE SUECIA, por Crast (grabado de Fiqués).

visitó Holanda e Inglaterra, países renombrados por su marina, y en 1717 estuvo en Alemania, Dinamarca y Francia, con objeto de conocer los intereses políticos europeos.

El czar reformista importó a su país variados elementos de cultura: plantas, animales e industrias. Numerosas manufacturas fueron establecidas; impulsó la explotación minera; hizo construir el canal del Ladoga, que pone en comunicación Leningrado y el Báltico con el Volga, la gran arteria fluvial rusa. Hizo obligatoria la instrucción para los hijos de los nobles y de los sacerdotes; creó academias y escuelas especiales; organizó la marina de guerra y el ejército, y se esforzó en que desaparecieran las costumbres asiáticas, principalmente la reclusión de las mujeres.

Todas sus reformas promovieron encarnizada resistencia. La milicia de los strelitz se sublevó; pero el czar pudo vencerla a fuerza de suplicios. Pedro I, dotado de salvaje energía, salió victorioso en su lucha contra los representantes de la Rusia tradicional, gracias al enorme poder de que estaba investido, poder que aumentó asumiendo la autoridad religiosa y vinculando en el soberano el derecho de designar sucesor. La nobleza rusa fué convertida en una jerarquía de funcionarios, mientras que las clases rurales tendían a una condición social uniforme: la servidumbre de la gleba.

Pedro el Grande murió en 1725. Conquistador y civilizador por procedimientos bárbaros, «mitad héroe y mitad tigre», puso a Rusia en comunicación con Europa, convirtiéndola en la primera potencia del norte y poniendo a servicio del despotismo de sus soberanos una flota, un ejército y una administración europeos; pero su genio no pudo transformar completamente la nación rusa, que continuó siendo en el fondo bárbara y asiática. La civilización occidental no pasó en ella de la superficie.

BIBLIOGRAFIA. — Véase K. Waliszewski, *Pierre le grand* (París, Plon, 1905); Voltaire, *His-*

toire de Charles XII, roi de Suède (París, Larousse).

EL SIGLO XVIII

FRANCIA Y ESPAÑA

Caracteres generales del siglo XVIII. — En orden a los hechos políticos e internacionales ofrece el siglo XVIII la particularidad de que ninguna potencia ejerció en Europa la supremacía que en los siglos XVI y XVII habían ejercido respectivamente España y Francia. Esta nación perdió, en efecto, su hegemonía política durante los últimos años del reinado de Luis XIV, mientras Inglaterra desenvolvía sus instituciones parlamentarias y fundaba su imperio colonial. La casa de Habsburgo consagró casi exclusivamente a consolidar sus posesiones austríacas y aparecieron dos nuevas potencias: Rusia y Prusia, cuyo engrandecimiento había de modificar sensiblemente el mapa político de Europa. Pero el interés de la historia del siglo XVIII, más que en las cuestiones políticas y diplomáticas, estriba en la evolución y en la influencia ejercida por las *ideas nuevas*, nacidas del espíritu de discusión y de análisis, en la propagación de un nuevo concepto de la sociedad divulgado desde Francia por *filósofos* y *economistas*, cuya obra preparó el advenimiento de la Revolución.

Francia: regencia del duque de Orleans. — El sucesor de Luis XIV, su biznieto el delfín Luis (1), no contaba más que cinco años cuando falleció su bisabuelo (1715), el cual había designado en su testamento como regente a su sobrino Felipe, duque de Orleans, sometiéndole, sin embargo, a un Consejo de Regencia, nombrado de antemano bajo la influencia de madame de Maintenon y del duque del Maine,

(1) Luis XV, hijo del duque de Borgoña (nieta de Luis XIV) y de María Adalaida de Saboya, había nacido en 1710.

hijo natural del difunto monarca; pero el duque de Orleans supo atraerse hábilmente el Parlamento de París y, anulando de hecho el testamento de Luis XIV, guardar para sí el poder.

Felipe de Orleans era un hombre de talento, hábil político, administrador capaz y guerrero apreciable; bueno, humanitario, compasivo, algo semejante al gran Enrique IV; pero tenía también muchos vicios y defectos. Esceptico y disoluto, carecía de perseverancia, era falso, irreligioso y cínico. Educado por un detestable preceptor, el cardenal Dubois, su primer ministro, una vez en el poder hizo alarde de la vida depravada que antes había llevado secretamente con sus camaradas. Una elegante corrupción de costumbres fué la nota distintiva de la nobleza francesa durante el período de la regencia de Felipe de Orleans.

Luis XIV había dejado, al morir, una deuda de tres mil quinientos millones; así es que la gran preocupación del gobierno de la regencia fué la de remediar el enorme déficit nacional. Arbitraronse diversos recursos, que no dieron resultado. Entonces fué cuando se ensayó el célebre sistema financiero ingeniado por el escocés Law.



EL REGENTE DUQUE DE ORLEANS.
(Versailles).

El sistema Law. — Juan Law era hijo de un platero de Edimburgo. Jugador afortunado y especulador atrevido, estudió la organización bancaria en diversas ciudades de Europa: Londres, Amsterdam, Venecia, Génova, etc. Establecido en París, imaginó crear esa fuerza social, fecunda y delicada, no existente entonces, llamada *crédito*. Fundándose Law en que la abundancia de numerario hace prosperar el comercio y la industria, sacó la consecuencia de substituir la moneda en metálico, no susceptible de un aumento indefinido, por el «papel moneda», que puede multiplicarse indefinidamente.

Como el Gobierno se opuso en un principio a aceptar la idea, Law fundó un banco particular, y comenzó sus operaciones de crédito y descuento sobre valores comerciales, emitiendo billetes que todo el mundo se disputaba, porque facilitaba las transacciones. En 1718 el banco de Law fué transformado en *Banco Real*, y los billetes fueron de uso corriente. Poco después fundó Law una Compañía destinada



JUAN LAW (grab. en talla dulce de 1730).

a la explotación del Canadá y la Luisiana, la cual se fusionó más tarde con la *Compañía de las Indias*, constituyendo una vasta empresa colonial. Law adquirió, además, el privilegio de la acuñación de la moneda, el arrendamiento de numerosos impuestos, algunos monopolios, etc. El capital necesario al funcionamiento de las diversas compañías coloniales estaba dividido en *acciones* iguales, asequibles a todo el mundo, que, naturalmente, daban derecho a una parte de los beneficios. Law emitía nuevas acciones, pagaderas en parte con títulos de la deuda pública. Previendo el público enormes beneficios, puesto que se hablaba de yacimientos de piedras preciosas y minas de oro, el precio de las acciones llegó a subir hasta *cuarenta veces* su valor primitivo (500 libras). Pero, cuando el público pudo convencerse de que los dividendos no eran proporcionados al precio de las acciones, entró la desconfianza y comenzó la baja. Law fusionó la Compañía con el banco, lo cual ocasionó la pérdida de ambos, porque, al mismo tiempo que se extendía el descrédito de las acciones, apresurábanse los tenedores de billetes a reembolsar su valor. Como el numerario era infinitamente menor al valor representado por los billetes emitidos, fueren éstos desechados y, no obstante las medidas tomadas por el gobierno, el *sistema Law* se convirtió en enorme bancarrota.

Sus consecuencias fueron desastrosas. Muchas familias quedaron arruinadas, otras se enriquecieron súbitamente, con grave detrimento de la moral; pero el Estado pudo ex-

tinguir parte de la deuda pública, mientras la creación de compañías reanimó la actividad comercial. Law no era un mal hombre. En su sistema hubo verdad y error, cálculo y fantasía. El famoso especulador murió en Venecia, casi en la miseria.

Fin de la regencia. — La regencia del duque de Orleans duró siete años. El principal ministro fué el cardenal Dubois, hombre poco escrupuloso aunque se distinguió como diplomático. En 1722 fué declarado mayor de edad Luis XV; pero el regente continuó en el gobierno con el título de *primer ministro*, hasta el día de su muerte, ocurrida en 1723.

Los borbones en España: Alberoni. — Después de los tratados de Utrecht y de Rastadt, la paz europea fué amenazada por los ambiciosos proyectos políticos de Felipe V de Borbón, rey de España, política dirigida (a partir de 1714) por una mujer y un clérigo.

El nieto de Luis XIV, Felipe de Anjou, fué rey de España a los diecisiete años. Aunque *animoso* y valiente militar, era débil de carácter e irresoluto. Mojigato y lujurioso, padecía accesos de melancolía. Su acción personal en el gobierno fué casi nula. Durante los primeros años del siglo XVIII el rey de España fué, en realidad, Luis XIV. Su nieto estuvo sometido a la beneficiosa tutela de su primera mujer, María Luisa de Saboya, y de la princesa de los Ursinos, dama de la corte, cuya política consistió en *afrancesar* nuestro país.

En 1714 cambiaron las cosas. Viudo Felipe V, contrajo nuevo matrimonio con Isabel Farnesio de Parma, mujer



EL ABATE ALBERONI (Bibl. nac. de Madrid).

insinuante, graciosa y enérgica, que dominó por completo al rey. Inspirador y representante de la política de la reina fué un italiano, el abate Alberoni. Hijo de un pobre jardinero de Parma, siguió la carrera eclesiástica, y fué encumbrado por el duque de Vendôme, a quien se ha dicho que servía de secretario, bufón y cocinero. Conducido a España, ganó la confianza de la princesa de los Ursinos y más tarde la de Isabel Farnesio. Nombrado primer ministro y cardenal, su política fué la de restablecer la soberanía española en Italia, sustrayéndola de la dominación austríaca.

Por los tratados de Utrecht y de Rastadt, el Milanesado, Mantua, Nápoles y Cerdeña habían sido adjudicados a la casa de Habsburgo, y Sicilia al duque de Saboya, con el título de rey. Isabel Farnesio codiciaba para su hijo el infante don Carlos la herencia de sus tíos, los duques de Parma y Toscana, faltos de herederos directos. Por otra parte, la renuncia de Felipe V a la corona de Francia no era sincera, sino que, caso de morir Luis XV, contaba el rey de España hacer valer sus derechos.

La política borbónica española fué contrariada por las tres potencias interesadas en mantener los tratados de 1713-1714, Inglaterra, Francia y Holanda, las cuales constituyeron la *Triple alianza* (La Haya, 1717).

Alberoni puso en juego toda su travesura para la consecución de sus fines. Organizó complots contra los gobiernos de Inglaterra y Francia; estuvo en inteligencia con los turcos, enemigos del Austria, y al mismo tiempo las tropas españolas se apoderaron de Cerdeña y Sicilia; pero, poco después, Austria, vencedora de los turcos, se unía a las naciones enemigas de España, que juntas constituían la *Cuádruple alianza* (1718). Los austríacos reconquistaron Sicilia, y los ingleses derrotaron una escuadra española frente a Siracusa. Felipe V hubo de resignarse a desterrar a su ministro y firmar la paz de La Haya, en la cual las cláusulas del tratado de Utrecht fueron mantenidas, reconociéndose en cambio a los infantes españoles, hijos de Felipe V, el derecho a la herencia de los ducados de Parma y de Toscana. El duque de Saboya, Víctor Amadeo II, cedió al emperador la isla de Sicilia a cambio de la de Cerdeña, con el título de rey. De esta familia proceden los monarcas de Italia unificada.

La inteligencia entre España y Francia estuvo a punto de romperse en 1725, con motivo del matrimonio de Luis XV con María Leczinska, hija del rey de Polonia Estanislao, cuya elevación al trono motivó otro conflicto europeo, llamado *guerra de sucesión de Polonia*, lucha diplomática más que militar, que terminó con los tratados de Viena de 1735-1738. España, que había apoyado a Francia en favor del suegro de Luis XV, recibió el reino de las dos Sicilias para don Carlos, hijo de Felipe V e Isabel Farnesio.

Restauración interior de España bajo Felipe V y Fernando VI. — Las guerras internacionales en que tomó parte Felipe V no fueron obstáculo a la restauración interior del reino. Secundaron aquella obra restauradora, entre otros, el hacendista Orry, el ministro Patiño, a quien debió España el fomento de la marina y del comercio marítimo, Campillo, Macanaz, etc. La prosperidad de España se acentuó notablemente durante el reinado de Fernando VI, hijo y sucesor de Felipe V. La neutralidad de su política exterior y el apoyo de ministros inteligentes, como el marqués de la Ensenada y don José de Carvajal, permitieron el fomento de la riqueza pública. Florecieron también las ciencias, las letras y las artes. La enseñanza pública fué objeto de especial atención, fundándose escuelas y academias. Decayó, es cierto, el buen gusto literario; pero el siglo XVIII fué para España la edad de oro de las ciencias y de la erudición. El arte tuvo un solo pintor de genio: Goya.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de las complicadas cuestiones políticas e internacionales de este capítulo, la bibliografía es vastísima; pero es suficiente señalar dos obras, ambas capitales, en las que hallará el estudioso cuanta orientación pueda apetecer: A. Baudrillart, *Philippe V et la cour de France* (París, 1899-

1901, 5 vols.), y E. Bourgeois, *La diplomatie secrète au XVIII siècle* (París, A. Colin, 3 vols.). Para la historia de las instituciones y de la cultura de España en el siglo XVIII, la mejor obra que existe es la de Desdèvises du Dezert, *L'Espagne de l'ancienne régime* (París, 1897-1904, 3 vols.).

EL SIGLO XVIII

LAS NUEVAS POTENCIAS EUROPEAS

El Estado prusiano. — La monarquía prusiana fué fundada por los Hoenzollern, familia de señores alemanes que, en el siglo xv, habían obtenido la provincia de Brande-



EL GRAN ELECTOR (Grabado alemán de la época).

burgo y la dignidad electoral. En el decurso del siglo xvii los Hoenzollern adquirieron otros territorios: el ducado de Cleves, en la orilla derecha del Rhin, y el de Prusia, en la ribera del Báltico. El verdadero fundador del Estado prusiano fué Federico Guillermo (1640-1688), llamado *el gran Elector*, que en los tratados de Westfalia adquirió una parte de la Pomerania y, para repoblar sus posesiones devastadas durante la guerra de Treinta años, atrajo colonos extranjeros y alemanes de otros territorios; acogió numerosos protestantes, expulsados de Francia por la revocación

del edicto de Nantes; organizó un ejército de veinticinco mil hombres, con el cual pudo representar un importante papel en los conflictos internacionales, y dejó, al morir, un Estado centralizado, provisto de rentas; un ejército perma-

nente y un pueblo habituado a la obediencia. Faltábale únicamente el título de rey, que fué adquirido por su hijo Federico I, en 1701 (1).

El reino de Prusia fué acrecentado y organizado por el nieto del gran Elector, Federico Guillermo I (1713-1740), príncipe avaro y violento, de modales soldadescos, por lo cual ha sido llamado irónicamente «el rey sargento». Enemigo de ostentaciones y derroches cortesanos, económico hasta la sordidez, gobernó hábilmente sus estados, dotando la monarquía de una administración modelo y de un fuerte ejército. El rey tenía la pasión de la milicia. Hacía buscar a precio de oro los mozos de elevada estatura. Su guardia componíase de soldados agigantados. Las tropas prusianas, sometidas a rudos ejercicios y disciplina severa, constituyeron desde entonces el mejor ejército de Europa.



FEDERICO-GUILLELMO I (*Mus. de los Hoenzollern*).

Federico II. — El sucesor del «rey sargento», su hijo Federico II, era en un todo opuesto a su padre. Apasionado por la música y la poesía, buscaba el trato de las personas instruídas. Relacionado con poetas y escritores, entre otros el célebre Voltaire, detestaba los ejercicios militares; pero vivía sin lujo ni ceremonial. Era laborioso y económico. Aunque absoluto en política, profesaba la teoría de que el poder imponíale el cumplimiento de sagrados deberes. «El rey — decía —, lejos de ser el amo del Estado, es su primer servidor.» Trabajaba constantemente, recorría las provincias del reino y, aunque no gustaba de la guerra, dirigía siempre sus tropas. Temperamento aristocrático, sólo tenía confianza en los nobles y, en realidad, era muy tolerante.

(1) Le fué confirmado en los tratados de Utrecht y de Rastadt.

«Todas las religiones son igualmente buenas, siempre que las gentes que las profesan sean personas honradas». Como su padre, su preocupación primordial fué la de aumentar la población y riqueza de sus Estados, a cuyo fin creó pueblos enteros, atrayendo colonos, saneando tierras pantanosas, favoreciendo la industria y la agricultura. Aumentó el contingente de tropas, sometiéndolas a severa disciplina y redactando el monarca mismo unas célebres ordenanzas militares, que hicieron del ejército prusiano el primero de Europa.



FEDERICO EL GRANDE, por A. Pesche.

En los cuarenta y cinco años que reinó Federico II, apodado el Grande, Prusia dobló casi su territorio y triplicó la población, convirtiéndose en potencia de primer orden.

Guerra de sucesión austríaca.—El engrandecimiento de Prusia fué facilitado por la debilidad de las potencias vecinas. Suecia, arruinada por las empresas de Carlos XII; Polonia, en plena anarquía, y el elector de Hannover atento únicamente a los intereses de Inglaterra, cuya corona ceñía desde 1714. Sólo Austria podía oponerse al

engrandecimiento de Prusia. Pero la monarquía austríaca, no obstante sus recientes adquisiciones territoriales (1), que habían aumentado su extensión, hallábase imposibilitada de oponer resistencia. El emperador Carlos VI (1711-1740) no tenía más preocupación política que asegurar la herencia a sus descendientes. Falto de hijos varones, promulgó la «Pragmática sanción», por la cual instituía heredera a su hija María Teresa, haciendo reconocer la Pragmática como ley orgánica de la monarquía, primero a las *Dietas* de sus respectivos Estados y después a las potencias europeas, que la aceptaron también. Carlos VI murió, dejando exhausto el tesoro y el ejército desorganizado. Las naciones europeas consideraron propicia la ocasión para despojar a María

(1) Por los tratados de 1713-1714.

Teresa. El elector de Baviera reclamó la herencia. Federico II pretendió la Silesia, provincia austríaca vecina del Brandeburgo, invadiéndola con un ejército que derrotó a los austríacos en Molwitz.

Unieronse Francia, España y Baviera al agresor. María Teresa buscaba apoyo entre los húngaros, que a cambio de ciertas concesiones le proporcionaron un ejército, y negoció la paz con Federico II, a quien cedió la Silesia, con lo cual pudo rechazar a los franceses y bávaros.

Inglaterra sostuvo la causa de María Teresa; pero los ministros franceses se declararon en contra suya, por odio tradicional a la casa de Habsburgo, a la que consideraban más poderosa de lo que era en realidad. Gracias al apoyo de los magnates húngaros y a la intervención de Inglaterra y de Holanda, pudo conservar María Teresa la mayor parte de sus Estados. El rey de Francia (Luis XV)



CARLOS VI (*Grabado de la época.*)

conquistó los Países Bajos meridionales, tras la brillante victoria de Fontenoy; pero los generales franceses fueron derrotados en Italia.

Por la paz de Aquisgrán (1748) cedió María Teresa los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe, hijo segundo de Felipe V e Isabel Farnesio, una parte del Milanésado a la casa de Saboya, abandonando la industriosa provincia de Silesia a Federico II, pero recobrando de Francia los Países Bajos meridionales.

Inversión de las alianzas: guerra de siete años. — La conquista de Silesia por Federico II transformó la situación de Alemania, haciendo de Prusia una gran potencia que, si bien era inferior al Austria en extensión, convirtiase en rival temible por la superioridad de su ejército. Por otra

parte, Francia e Inglaterra, aunque estaban en paz, eran rivales en América y en la India, con motivo de sus nacientes colonias. Como el rey de Inglaterra era a la vez elector de Hannover, la política de Francia en el continente hubo de ser anglófoba. Como hasta entonces la aliada de Francia en Alemania había sido Prusia (por el tradicional antagonismo entre Francia y Austria), el sistema de las alianzas fué invertido por la cuestión de Hannover. Inglaterra se alió, pues, a Prusia y Francia al Austria.



MARÍA TERESA DE AUSTRIA, por Liotard
(Museo de Ginebra).

La emperatriz María Teresa, que alimentaba esperanzas de recobrar la Silesia, se atrajo la alianza de Rusia y preparó la guerra; pero Federico II rompió las hostilidades invadiendo Sajonia. Una terrible lucha, que costó a Europa un millón de víctimas, estalló simultáneamente por mar y por tierra, desde la India a Norteamérica. Duró siete años y tuvo múltiples teatros y vicisitudes, singularmente Alemania central. Federico II, gracias a la superioridad de sus tropas, pudo defenderse de sus numerosos enemigos, que habían aumentado con la cooperación de Rusia y

de Suecia, obteniendo las ruidosas victorias de *Roszbach* y *Leuthen*, que le dieron fama europea. Aunque sus adversarios vengaron aquellas derrotas, llegando a amenazar a Berlín, Federico II les resistió con éxito. Finalmente, la defeción de Rusia, que por un cambio de soberano se puso de parte de Prusia, y el cansancio de Francia, que se disponía a tratar con los ingleses, dispusieron el Austria a la paz.

Por los tratados de *Hubertsburg* y de *París* adquirió Prusia definitivamente la Silesia, e Inglaterra ricas colonias a expensas de Francia. El *equilibrio europeo*, establecido en los tratados de Utrecht, quedaba roto por la preponderancia adquirida por Prusia.

Rusia: sucesores de Pedro el Grande. — El impulso dado a Rusia por Pedro el Grande continuó durante el siglo XVIII, sin que pudieran impedirlo los esfuerzos del partido de «la vieja Rusia», que después de la muerte de Pedro I procuró anular las influencias europeas. El gobierno, debilitado por numerosas revoluciones palaciegas, estuvo dirigido por extranjeros, alemanes o franceses, y Rusia tomó parte en las guerras de sucesión de Polonia y de los siete años.

En 1762 subió al trono la célebre emperatriz Catalina II, que siguió las huellas de Pedro el Grande, ensanchando las fronteras de Rusia en dirección a Europa central y al mar Negro. Para conseguir este propósito hizo a los turcos dos grandes guerras, muy populares entre los rusos ortodoxos. En la primera (1768-1774) los ejércitos rusos alcanzaron brillantes victorias, en Azow y a orillas del Danubio, sobre los turcos, cuya escuadra fué también derrotada por la rusa cerca de Smyrna. El tratado de Kaïnardji hizo a Rusia dueña de Azow y de los países situados al norte del Cáucaso.



CATALINA II (Grabado de la época).

Algunos años más tarde (1783-1786) los rusos ocuparon Crimea. Catalina, puesta de acuerdo con el emperador de Austria José II, pensaba en la desmembración de Turquía, y por el tratado de Iassi le fueron reconocidas sus nuevas conquistas.

Catalina II, como otros soberanos contemporáneos suyos, afectaba profesar doctrinas «filantrópicas»; pero sus actos políticos no andaban acordes con sus máximas filosóficas. Durante su reinado la condición de los siervos se agravó, y la burocracia fué más opresora que nunca. No obstante, la famosa emperatriz fomentó la colonización interior y los trabajos públicos, fundando numerosos centros de población. Creó escuelas, para atraerse las alabanzas de los filósofos de la época, con los cuales mantenía correspondencia. En resumen, Catalina II prosiguió la política de Pedro el Grande.

Los repartos de Polonia. — A fines del siglo XVIII la situación política de Europa oriental fué profundamente modificada por la desmembración del imperio otomano y, singularmente, por la desaparición de Polonia.

Este país, extendido desde el Báltico al mar Negro, estaba habitado por cuatro pueblos: polacos, lituanos, alemanes y rusos, de idioma y religión distintos. Los nobles, que eran muy numerosos, no pagaban impuestos y eran los únicos que podían desempeñar cargos públicos, llevar armas y otros privilegios. Las ciudades eran reducidas y pobres; el comercio se hallaba en manos de judíos.

La situación del pueblo era análoga a la de los siervos de los tiempos medios. Estaba Polonia sumida desde lejanos tiempos en espantosa situación anárquica, resultado de instituciones defectuosas. La monarquía era electiva. Los negocios públicos se resolvían en la *Dieta*, bastando la negativa de uno de sus miembros (*liberum veto*) para impedir la resolución de un asunto cualquiera. En sus luchas civiles los polacos acudían en demanda de auxilio al extranjero. Las querellas religiosas aumentaban el desorden.



ESTANISLAO PONIATOWSKI (*Biblioteca nacional de París*).

Desgarrada por las discordias y rodeada de poderosos vecinos, que esperaban ocasión para caer sobre su presa, al morir el rey Augusto III (1763), la emperatriz Catalina impuso como rey a un protegido suyo, llamado Estanislao Poniatowski; pero, por creerlo esclavo de la voluntad de la zarina, los polacos organizaron conspiraciones contra él; siendo vencidos por las tropas rusas.

Las potencias vecinas aprovecharon aquella ocasión, y en 1772 pactóse el reparto de dos quintas partes del territorio polaco entre Catalina II de Rusia, Federico II de Prusia y María Teresa de Austria.

Los polacos, comprendiendo el peligro que corrían, constituyeron un partido patriótico y se apresuraron a reformar la Constitución, declarando la monarquía hereditaria, abo-

lición del *liberum veto*, igualdad ante la ley, formación de un ejército permanente, etc.; reforma tardía, puesto que la nobleza, al verse desposeída de algunos de sus privilegios, levantó la bandera de las tradiciones polacas y reclamó la intervención de la emperatriz de Rusia, para salvar al país de las ideas de la Revolución francesa, que triunfaba (1793). Rusos y prusianos entraron en Polonia, adjudicándose sendos territorios.

En 1794 los patriotas, conducidos por Kosciusko, tomaron las armas para protestar de aquella expoliación y se constituyeron en República; pero, aunque obtuvieron algunas victorias, fueron fácilmente anonadados en la batalla de Maciejowice, en la que cayó herido y prisionero Kosciusko, a quien se atribuyó injustamente la exclamación *finis Poloniae*. Rusia, Prusia y Austria procedieron, en 1795, al tercer reparto de Polonia. Los habitantes, después de brutal represión, pasaron a la condición de súbditos de las tres monarquías orientales; pero conservaron su idioma, religión, traje nacional, etc., y continuaron considerándose como nación que, después de otras vicisitudes, había de alcanzar su independencia en nuestros días.



KOSCIUSKO (Grabado de la época).

BIBLIOGRAFIA. — Ch. Veiss, *Histoire des réfugiés protestants de France, depuis la révocation de l'édit de Nantes jusqu'à nos jours* (París, Charpentier, 1853, 2 vols.), interesante para el conocimiento de las causas del engrandecimiento económico de Prusia. Para las guerras y cuestiones de política internacional hay que acudir a historias diplomáticas. Un buen manual es el de E.

Bourgeois, *Manuel historique de politique étrangère* (París, 8.^a ed., Belin, frères, 1922, 3 vols.). Véase, para la cuestión de Polonia, H. Grappin, *Histoire de la Pologne, des origines à 1922* (París, Larousse), y el excelente libro de Rovira y Virgili, *Historia de los movimientos nacionalistas*, trad. castellana (Barcelona, edición *Mi-nerva*).

EL RÉGIMEN PARLAMENTARIO EN INGLATERRA

LA COLONIZACIÓN EN EL SIGLO XVIII

Reinados de Guillermo III y Ana Stuard. — Guillermo III jamás fué popular en Inglaterra. Llamado al trono por los whigs, por una parte de los tories y por el clero anglicano, coligados contra la tentativa de restauración católica emprendida por Jacobo II, fué pronto abandonado. Querían unos el poder para la princesa Ana, hija del destronado Jacobo; aborrecían otros a Guillermo porque toleraba el presbiterianismo o religión de los escoceses, mientras en el norte de Escocia abundaban los jacobitas (partidarios de los Stuarts) y en Irlanda los católicos, enemigos del soberano protestante. Guillermo, como extranjero, no tenía más apoyo que los whigs, decididos a defender sus derechos y a no dejar al rey más que una sombra de poder. La especial situación de Guillermo, que le convertía en una especie de jefe de partido en medio de escoceses e irlandeses hostiles, dió por resultado aumentar la importancia del Parlamento en el gobierno, establecer una serie de leyes restrictivas de la autoridad personal del soberano y crear, en fin, los órganos esenciales de la monarquía parlamentaria. Se estableció la costumbre de nombrar el rey un ministerio, cuyos individuos profesaran idénticas opiniones políticas, escogido entre los miembros del partido que tenía mayoría en el Parlamento, retirándose del poder cuando quedaba en minoría. Se votó después una ley que limitaba a tres años la duración de un Parlamento, y otras que fijaban anualmente los impuestos extraordinarios, el contingente del ejército, la disciplina militar etc.

Guillermo III murió sin hijos, siete años después que su esposa María (1702). Con arreglo a las leyes de sucesión,

votadas por el Parlamento (encaminadas a excluir a los descendientes varones de Jacobo II Stuard, tildados de catolicismo), fué otorgada la corona a la princesa Ana, segunda hija de Jacobo II, adicta a la religión anglicana. Durante su reinado (1702-1714) combatieron los ingleses contra los Borbones (por la sucesión española), y ocurrió la unión de Escocia e Inglaterra, que formaron en lo sucesivo el Reino Unido de la Gran Bretaña. La «buena reina Ana» vivió adorada de su pueblo. Murió sin sucesión, recayendo entonces la corona en su más próximo pariente protestante, Jorge I, príncipe elector de Hannover (Alemania), descendiente de una hija de Jacobo I Stuard.

Casa de Hannover: los partidos. — El nuevo soberano era un alemán que no supo jamás hablar inglés. Rodeado de favoritos alemanes y atento únicamente a su electorado de Hannover, dejó el gobierno de Inglaterra en manos de sus ministros. Dió el poder a los whigs, que lo conservaron durante medio siglo y establecieron, en realidad, el gobierno de la nación por el Parlamento. Dos ministerios whigs se sucedieron durante el reinado de Jorge I: el de Stanhope, que hizo votar una ley ampliando a siete años el período de legislatura (duración de un Parlamento), y el de Walpole, cuya política consistió en evitar las guerras y disminuir los impuestos.

En 1727 murió el rey, sucediéndole su hijo Jorge II, tan extranjero en Inglaterra como su padre. Walpole conservó el poder hasta 1742. Durante los veinte años que dirigió los negocios públicos, Inglaterra restableció su hacienda y aumentó mucho su comercio. La caída de aquel ministro fué motivada por el espíritu belicoso del pueblo londinense, partidario de hacer la guerra a España, en represalias de los castigos que nuestros gobernantes de las colonias de América infligían a los marinos ingleses contrabandistas. A fines del reinado de Jorge II, estuvo Inglaterra gobernada por un gran ministro, Guillermo Pitt, conde de Chatham, adversario de Walpole, uno de los estadistas que con mayor energía contribuyeron a la fundación del imperio colonial inglés.

En 1760 comenzó el reinado de Jorge III, que, a diferencia de sus antecesores, habíase educado en Inglaterra. Hombre honrado y económico, inclinóse a los tories, partido que

durante la primera mitad del siglo XVIII había evolucionado, dejando de ser, como antes, un partido antidinástico. La opinión política de los tories reducíase en aquel tiempo a querer aminorar el poder del Parlamento en favor del poder real. En 1761 fueron los tories llamados al poder, que les fué disputado violentamente por los whigs. El período comprendido entre la vuelta de aquéllos al poder y la Revolución francesa (1789) fué un período de grandes agitaciones políticas, cambios de ministerios, motines y revueltas populares; pero la dinastía de Hannover arraigó en el país y el régimen parlamentario quedó consolidado.



LORD CHATHAM, por Holl.
(Fot. Underwood).

Formación del régimen parlamentario. — Los monarcas que se sucedieron en el trono de Inglaterra, después de la revolución de 1688, halláronse en situación difícil. Los Stuarts (Jacobo II y sus descendientes) continuaban apellidándose «reyes de Inglaterra». Un partido numeroso, formado por los escoceses y muchos ingleses, continuaba considerándolos como soberanos legítimos.

Este partido, llamado *jacobita*, tomó las armas en diversas ocasiones con el intento de restablecer a los Stuarts. Los reyes de la casa de Hannover, para defenderse de los jacobitas, hubieron de apoyarse en el partido whig, que dominaba en el Parlamento; pero como los whigs no sentían afecto por la familia real reinante, no sostenían al rey más que en interés propio y a condición de que dejara que ellos le dirigieran. Los reyes, en vez de escoger los ministros entre sus favoritos personales, como hacían los demás soberanos de Europa, viéronse obligados a valerse de los personajes que tenían mayoría en el Parlamento. De ahí que, en lo sucesivo, el Parlamento no se limitó a votar los impuestos e intervenir en los actos de gobierno, sino que gobernó por medio de los jefes de la mayoría. De este modo se constituyó, en el transcurso del siglo XVIII, el régimen parla-

mentario, que consiste en dar el poder a una asamblea de representantes, régimen que en el siglo XIX había de servir de modelo a los estados europeos. Sus comienzos fueron deplorables, estableciéndose en medio de violencias, intrigas e inmoralidades. Comenzó con el ministro Walpole. La lucha de los partidos en el Parlamento, en las asambleas populares, en las reuniones electorales, fué, antes que otra cosa, la disputa por el poder y por los beneficios que reporta, como lo prueba la corrupción y la venalidad de las costumbres políticas.

El régimen parlamentario engendró la elocuencia política, a estilo de la oratoria, que antiguamente habían practicado los griegos y los romanos en el *ágora* y en el *forum*. Los ingleses hicieron el aprendizaje de la libertad política, y a fines del siglo XVIII presentaba Inglaterra el espectáculo de un país libre en medio de los Estados absolutos del continente.



LORD CLIVE. (Galería Nac. de Londres).

La colonización inglesa: la India. — Inglaterra no entró en la vía de los descubrimientos y empresas oceánicas hasta el siglo XVII, mucho tiempo después que los españoles, portugueses y franceses. El impulso marítimo partió de Isabel I, después que hubo triunfado de su rival Felipe II de España. Los primeros descubrimientos de los marinos ingleses dieron por resultado la explotación de las famosas pesquerías de Terranova (1497). Las expediciones de Walter Raleigh (1585-1587) a Virginia fueron más bien tentativas de aventureros que ensayos de colonización. El movimiento colonial inglés comenzó, en realidad, durante el siglo XVII, al finalizar el reinado de Isabel I, continuándose bajo los dos primeros Stuarts, y después en tiempos de Cromwell, la Restauración y el reinado de Guillermo de Orange.

Una Compañía comercial, instituída en Londres en 1599 y reconocida oficialmente en 1600, fundó factorías en las costas del Indostán, en Surate y Madras, en Bombay (cedido

por Portugal a Carlos II) y más tarde en Calcuta. Estas posesiones no eran sino factorías; las verdaderas colonias fueron las de Norteamérica.

La India, en el siglo XVIII, estaba más poblada que Europa; pero no formaba nación. Desde la antigüedad hallábase gobernada por extranjeros. La postrer dominación, establecida en el siglo XVI, había sido la de un príncipe tártaro, residente en Delhi, llamado el *Gran Mogol*, cuyos descendientes habían logrado reunir bajo un solo imperio todos los países de la India; pero en el siglo XVIII aquel estado había desaparecido. Los gobernadores, convertidos en jefes de banda, hacíanse la guerra unos a otros con ayuda de tropas mercenarias.

Los ingleses y los franceses habían fundado Compañías encaminadas a explotar el comercio de la India. Aquellas Compañías hallábanse organizadas de idéntico modo. Poseían algunas plazas litorales, con sus almacenes, un fuerte, un cuerpo de empleados, alguna tropa y un gobernador. La perspicacia de algunos hizo entrever que, organizando un pequeño ejército a la europea, sería fácil dominar el país. La rivalidad entre las Compañías inglesa y francesa, y las guerras de sucesión del Austria y de los siete años, extendieron la lucha entre Inglaterra y Francia a las costas del Indostán. Los ingleses fueron más hábiles. Mientras que el gobierno francés impedía a los agentes de la Compañía que se ocupasen de asuntos políticos y militares, ajenos a los mercantiles, Inglaterra dejaba obrar a los suyos. Un célebre aventurero, llamado Clive, hombre de excelentes dotes militares, ganó en una sola batalla todo el reino de Bengala, y venció después a los franceses, estableciendo la hegemonía inglesa en aquellos ricos y vastos territorios. Otro gran colonizador de la India fué Warren Hastings.

A consecuencia de la tiranía que los empleados ingleses establecieron en el país, despojando a sus habitantes y haciendo escandalosas fortunas, el gobierno inglés se reservó el derecho de nombrar el gobernador general, dejando únicamente a la Compañía el monopolio del comercio.

Parece extraño que un país de 200 millones de habitantes se dejara conquistar por un puñado de comerciantes extranjeros. La causa de ello es que la India no era una nación, sino un grupo de pueblos, sin lazo de unión común, pertene-

cientes a razas diversas, profesando religiones distintas, algo análogo a Méjico en los tiempos de Hernán Cortés. La masa de la población la constituían campesinos, habituados a vivir bajo el yugo del extranjero.



FRANKLIN (Grabado de la época).

Las colonias americanas: guerra separatista. — En el siglo XVIII los ingleses poseían en Norteamérica, entre los montes Alleghanys y el Atlántico, un vasto territorio, sobre el cual se habían formado *trece colonias*, fundadas en épocas y circunstancias diversas, razón por la cual eran independientes unas de otras. A pesar de ciertos rasgos comunes, diferían en su constitución social

y política. Las del norte, habitadas por puritanos, eran democráticas y republicanas; las del sur, pobladas de ricos propietarios regidos por la legislación feudal de Inglaterra, eran aristocráticas y monárquicas. Su comunidad de origen, de condición y de creencias; su establecimiento en un país del cual había sido aniquilada la población indígena; las tradiciones de libertad que habían aportado consigo; todo esto favorecía la tendencia a gobernarse por sí solos (*self government*). Respetaban, sin embargo, su patria de origen y su gobierno; pero la irritación causada por la política de los ministros de Jorge III les empujó a la insurrección.



WARREN HASTINGS (Gal. nac. de Londres).

Después de la guerra de los siete años la deuda pública inglesa había crecido considerablemente. Los ministros in-

gleses pretendieron imponer a los colonos americanos nuevas tasas, como el derecho del timbre, un impuesto sobre el té, el papel, etc. Los americanos protestaron, invocando el principio de que todo impuesto, para ser legal, debe ser votado por los representantes del pueblo. Como no tenían representación en el Parlamento inglés, comisionaron a su compatriota Franklin (1) para que llevara sus reclamaciones a Londres, las cuales fueron defendidas por Pitt. El gobierno inglés abolió las tasas impuestas, menos la del té; no obstante lo cual, continuó la protesta de los americanos, quienes no pretendían discutir la tasa, sino el derecho de imponerla. Estalló en Boston un motín, que degeneró en sublevación. Las tropas insurrectas fueron mandadas por Washington.

En 1774 un congreso o asamblea, reunido en Filadelfia, redactó una *declaración de derechos*. Las trece colonias se unieron en resistencia común, y el 4 de julio de 1776 el congreso promulgó la *declaración de independencia*, por la cual aquéllas se transformaron en la república federal de los *Estados Unidos*.

Inglaterra hizo grandes esfuerzos para restablecer su autoridad. Un ejército mercenario fué enviado a sofocar la rebelión; pero los americanos, apoyados por Francia y España, resistieron valerosamente. Duró la guerra algunos años. Obligados los ingleses a capitular en Yorktown, la paz se firmó en Versailles, el 9 de septiembre de 1783, reconociendo Inglaterra la independencia de los Estados Unidos.

BIBLIOGRAFIA. — Lord Macaulay, *Estudios históricos* (Madrid, *Bibl. clás.*), en los que se hallarán dos interesantísimos estudios acerca de lord Clive y Warren Hastings, grandes colonizadores de la India inglesa;

Saville, *Histoire des Etats-Unis d'Amérique*, trad. fr. (Paris, Larousse), con ilustraciones y bibliografía; E. Channing, *Histoire des Etats-Unis d'Amérique* (1765-1865), trad. fr. (Paris, A. Colin, 1919), etc.

(1) El inventor del pararrayos.

MOVIMIENTO INTELECTUAL Y POLÍTICO DURANTE EL SIGLO XVIII

Movimiento intelectual. — Durante el siglo XVIII se produjo en Europa un poderoso movimiento científico, filosófico y literario, que, acelerando la caída de las instituciones antiguas, preparó el advenimiento de un nuevo orden de cosas. Aquel movimiento ofreció la particularidad de no encerrarse en la especulación pura, sino que, por el contrario, tendió inmediatamente a aplicaciones prácticas, y aspiró a gobernar el mundo. Foco de aquel movimiento fué Francia. De ella partieron las ideas nuevas, revestidas de una forma clara y brillante, asequible a todo el mundo.



LAVOISIER (*Grabado de la época*).

Progreso de las ciencias en el siglo XVIII. — En el progreso científico del siglo XVIII se deben distinguir dos fases: el desenvolvimiento de las ciencias creadas o cultivadas en los siglos anteriores, y la creación de ciencias nuevas. Continuación y complemento de los descubrimientos de Newton fueron los progresos matemáticos y astronómicos debidos a d'Alembert, Monge, Herschell y Laplace, y el adelanto de las ciencias físicas. Paralelamente nacieron, durante el siglo XVIII, la química y las ciencias naturales. Lavoisier, Buffon, Linneo, Cavendish, Spallanzani, Lamark, etc., fueron sus más ilustres cultivadores. Las verdades científicas no permanecieron

confinadas en manos de los sabios, sino que fueron poco a poco del dominio público. El siglo XVIII inició también la era de los viajes de carácter científico. Fueron los más célebres los cruceros del capitán Cook, encaminados a averiguar la existencia de un supuesto continente austral; los viajes de La Perouse por los mares orientales, y otros muchos, que completaron el conocimiento del Globo, echando las bases de la Geografía científica.



BUFFON (Grabado de la época).

únicamente la destrucción de los abusos tradicionales y la formación de una sociedad a base de la razón. Los orígenes de estas ideas hay que buscarlos en Inglaterra, en los escritos de Locke, para quien la filosofía no consiste en especulaciones metafísicas, sino en finalidades prácticas: tolerancia religiosa, libertad política, reforma económica, educación racional, etc.

Los filósofos franceses que mayor influencia ejercieron en la transformación de las ideas fueron Voltaire, Montesquieu y Rousseau.

Voltaire, hijo de un notario de París, fué educado por los jesuitas. Comenzó su reputación escribiendo un poema en honor de Enrique IV, la *Henriada*. Estuvo después en Inglaterra, donde vivió relacionado con escritores y sabios, admirando la constitución y la libertad religiosa de los ingleses. De regreso a Francia escribió obras históricas, dramá-

Los filósofos: Voltaire, Montesquieu y Rousseau.—Los escritores del siglo XVIII, historiadores, poetas, literatos, fueron pensadores y se llamaron *filósofos*. No crearon filosofía alguna. Propusieron



EL CAPITÁN COOK (Galería nacional de Londres).

ticas y científicas; pero sus más famosos escritos son sus *Cuentos* y *Novelas*. Pasó dos años en la corte de Federico II de Prusia, viviendo luego en su finca de Ferney, en la frontera suiza. Defendió Voltaire la tolerancia, fustigando los procedimientos inhumanos, el tormento, los suplicios, las persecuciones religiosas. El arma de Voltaire fué la ironía. Su vida y su obra fueron una incansable polémica contra los errores y los abusos del pasado, una batalla en pro de las ideas de humanidad y de tolerancia. Sus discípulos, los volterianos, no profesaron una doctrina política determinada; pero continuaron atacando la Iglesia, en nombre



VOLTAIRE (Dibujo de la colección del barón de Beroleingen, en Spira).



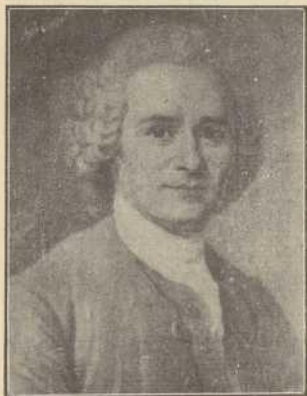
MONTESQUIEU (Grabado de la época).

de la razón y de la humanidad.

Montesquieu, presidente del Parlamento de Burdeos, se dió a conocer como escritor en sus *Cartas persas*, novela en la que satiriza la sociedad de su tiempo, burlándose de la Corte, del Gobierno y de la Iglesia. Su obra más célebre es el *Espíritu de las leyes*, en la que describe la constitución inglesa, presentándola como modelo de buen gobierno. El ideal político de Montesquieu era la *monarquía constitucional*, con un rey hereditario y una asamblea de representantes elegidos por los ciudadanos, con exclusión de los pobres.

Juan Jacobo Rousseau, hijo de un relojero de Ginebra, había ejercido humildes oficios, viviendo pobremente. Su obra más notable es el *Contrato social*. Rousseau repudia

los gobiernos y religiones de su tiempo, afirmando que todas las instituciones son malas, porque han sido creadas por el hombre, y porque son contrarias a la Naturaleza. El fundamento de su moral es que el hombre es un ser naturalmente bueno, amigo de la justicia y del orden; pero que la sociedad le deprava y envilece. «La sociedad — dice Rousseau — es injusta, porque no da a los hombres las mismas ventajas; la propiedad es injusta, porque se ha formado del «fondo común», que únicamente debería pertenecer a la humanidad, y más injusto es todavía el gobierno, por el cual «un niño manda a un anciano, un imbécil dirige a un cuerdo». Precisa, pues, destruir la sociedad, la propiedad, el gobierno, y volver a la Naturaleza. Los hombres se pondrán de acuerdo para fundar una sociedad apoyada en el mutuo convenio: *el contrato social*. Establecerán un gobierno que conceda por igual todos los mismos derechos y ejerza todos los poderes. En vez de la *soberanía del rey*, existirá la *soberanía del pueblo*. Todos los ciudadanos serán iguales y el gobierno elegido ejercerá la autoridad absoluta, regulando la fortuna, la educación y la religión.» Rousseau rechaza la religión cristiana; pero admite el culto del *Ser Supremo*. Sus discípulos fueron revolucionarios, defensores de la igualdad.



J. J. ROUSSEAU (Museo Carnavalet).

que únicamente debería pertenecer a la humanidad, y más injusto es todavía el gobierno, por el cual «un niño manda a un anciano, un imbécil dirige a un cuerdo». Precisa, pues, destruir la sociedad, la propiedad, el gobierno, y volver a la Naturaleza. Los hombres se pondrán de acuerdo para fundar una sociedad apoyada en el mutuo convenio: *el contrato social*. Establecerán un gobierno que conceda por igual todos los mismos derechos y ejerza todos los poderes. En vez de la *soberanía del rey*, existirá la *soberanía del pueblo*. Todos los ciudadanos serán iguales y el gobierno

elegido ejercerá la autoridad absoluta, regulando la fortuna, la educación y la religión.» Rousseau rechaza la religión cristiana; pero admite el culto del *Ser Supremo*. Sus discípulos fueron revolucionarios, defensores de la igualdad.

La Enciclopedia. — Se dió este nombre a la escuela filosófica fundada por Diderot y sus amigos (los *enciclopedistas*), los cuales se propusieron publicar un resumen de todo el saber humano, «con objeto de reunir todos los conocimientos esparcidos sobre la superficie de la Tierra y exponer el sistema general de los mismos a las generaciones futuras». Fué una vasta empresa, en la que colaboraron matemáticos, como D'Alembert; filósofos semipanteístas, como Diderot y Lamark; ateos y materialistas, como d'Holbach, etc. Aunque sostenida por hombres importantes, fué condenada

por el Parlamento de París, porque tendía a propagar opiniones revolucionarias. En efecto, los enciclopedistas negaban la existencia de Dios y del alma humana, afirmando que el fin del hombre es el placer. Protegidos por madame de Pompadour, favorita de Luis XV, la Enciclopedia fué publicada enteramente.

Los economistas. — Al mismo tiempo que los filósofos exponían ideas nuevas acerca del gobierno, constituíase la *economía política*, es decir, la ciencia que estudia la riqueza de las naciones, su producción, distribución y consumo. El padre de la economía política fué el escocés Adan Smith (1723-1790). Hubo en Francia una escuela de economistas, fundada por Quesnay, médico de la Pompadour, cuyos adeptos se llamaron *fisiócratas*, porque consideraban la tierra como única fuente capaz de producir la riqueza. En el orden económico, como en el social y político, las ideas científicas iban paulatinamente substituyendo la tradición y el empirismo.



D'ALEMBERT (Grabado de la época).

Propagación e influencia de las ideas nuevas.—Las ideas de los filósofos y economistas se propagaron rápidamente, porque aquéllos eran hábiles escritores, que presentaban sus doctrinas de un modo claro, sencillo y ameno, en forma de cuentos, sátiras, epístolas y otras mil maneras asequibles fácilmente. Sus libros eran artículo de moda y, a pesar de las prohibiciones y condenas de que fueron objeto, circularon por toda Europa (1). Los escritores eran admitidos en los salones de los grandes personajes. Los príncipes mismos les abrían las puertas de sus palacios y sostenían con ellos correspondencia. La *filosofía*, pues, se extendió por

(1) Cuenta Alcalá Galiano en sus *Memorias* que en la biblioteca de su padre existían ejemplares de las obras de Voltaire y demás escritores franceses, en cuyas cubiertas se leía *Comedias de Calderón* y otros títulos de libros no sospechosos a la vigilancia de la Inquisición.

toda Europa. Aunque las doctrinas diferían en muchos puntos, estaban todas ellas acordes en un principio, a saber: que era preciso destruir la sociedad, fundada sobre la base de la tradición y de la religión, y edificarla de nuevo sobre la razón. Esta *razón*, así como la entendían los hombres del siglo XVIII, no es la ciencia ni la observación de los hechos, sino el sentido común y la lógica. Los filósofos desconocían la realidad, y no se preocupaban del pueblo, ni de las masas. Concibieron un *hombre* imaginario, a su imagen y semejanza, sin creencias ni usos, que sólo busca la felicidad, guiándose en el mundo por razones abstractas. Juzgaron a todos los hombres iguales, igualmente buenos, y creyeron que un decreto bastaba para reformar la sociedad. Tal fué la *filosofía*, que se convirtió en regla política en el siglo XVIII y que, aplicada por los gobernantes, provocó en Europa un movimiento de reformas que preparó la Revolución.

Movimiento de reformas en Europa durante el siglo XVIII. — Bajo la influencia de las nuevas ideas en materia de gobierno y religión, esparcidas por las obras de los escritores franceses, prodújose en Europa, a excepción de Inglaterra, un movimiento general de reformas, desde Suecia a las dos Sicilias, desde Rusia a Portugal, reformas implantadas por los reyes o sus ministros. Dos causas principales las explican: de un lado la crisis que atravesaban los Estados europeos en el siglo XVIII, arruinados por los gastos de la corte y sostenimiento de los ejércitos, circunstancias que inclinaron a los gobernantes a destruir privilegios, suprimir abusos e intentar innovaciones económicas para procurarse recursos. Por otra parte, la difusión de las nuevas doctrinas, que presentaban a las instituciones contemporáneas (principalmente la Iglesia) y los privilegios sociales como abusos, supersticiones y prejuicios, contrarios a la felicidad de los pueblos (*filantropía*).

Se comenzó por admitir que los reyes viven para la nación y no la nación para el soberano; que éste no es el propietario del Estado, sino su jefe, cuyo deber consiste en emplear sus fuerzas en mejorarlo, debiendo llamar al poder hombres íntegros e instruídos, que puedan consagrarse a hacer la felicidad del país.

Los reyes y ministros reformadores, habituados a ser

obedecidos, y firmes en la creencia de que los gobernados dependen del gobierno, se limitaron a querer transformar la sociedad sin consultar a sus súbditos, ni tener para nada en cuenta sus creencias ni sus costumbres, e implantaron un sistema político que ha recibido el nombre de *despotismo ilustrado*, el cual se caracteriza por un marcado interés en mejorar las condiciones económicas, sociales y morales del pueblo, mediante el fomento de la población y de los cultivos, el renacimiento industrial y mercantil, y la difusión de la cultura en sentido popular (creación de sociedades económicas de *Amigos del País*, fundación de escuelas de artes e industrias, etc.). Se diferenció de la democracia revolucionaria en no trascender a las cuestiones políticas, esto es, de participación del pueblo en los asuntos de gobierno.

Tipo acabado del *déspota ilustrado* fué el emperador de Austria José II. Desde su advenimiento al trono se consagró enteramente a sus deberes de soberano. Laborioso, sobrio y económico, suprimió el ceremonial y la ostentación cortesana. Siguiendo los principios humanitarios proclamados por los filósofos, abolió la servidumbre y la pena de muerte, suprimió la censura que pesaba sobre la imprenta y autorizó los cultos disidentes.



JOSÉ II, (según el retrato de A. Von Maron).

Los Estados austríacos diferían entre sí por la raza, idioma y costumbres de sus habitantes; en ningún país europeo era más absurda la aplicación de procedimientos uniformes. El rey José, atento a reorganizar el Austria bajo un nuevo plan, suprimió las antiguas provincias y dividió sus Estados en trece departamentos, subdivididos en círculos, estableciendo en todas partes las mismas leyes, los mismos impuestos e idéntica administración. Confiscó los bienes de numerosos conventos, transformando sus edificios en hospitales, colegios, cuarteles y manufacturas. Sin embargo, no autorizó la libertad religiosa. José II hallábase animado del deseo de

gobernar bien. Despreciaba las creencias y las prácticas que no le parecían conformes con la razón. Su autoridad se estrelló contra las creencias y las costumbres de sus pueblos. Bélgica y Hungría se sublevaron, viéndose obligado el propio monarca a revocar muchas de sus reformas.

Otros monarcas y ministros implantaron en Europa reformas en armonía con las ideas de la época: Leopoldo en Toscana, Federico II en Prusia, Catalina II en Rusia, Tanucci en Nápoles, Pombal en Portugal, el conde de Aranda en España, etc.

BIBLIOGRAFIA. — G. Lanson, *Manuel bibliographique de la littérature française moderne. III.*

Le dix-huitième siècle (Paris, Hachette, 1911).



EL TEMPLETE DE LA MÚSICA EN LOS JARDINES DEL TRIANÓN. (*Aguafuerte de Foy*).

EL OCASO DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Francia: Luis XV: ministros y favoritas. — Luis XV, declarado mayor de edad en 1722, era un joven elegante, pero tímido, enfermizo y egoísta. Los veinte primeros años de reinado confió los negocios públicos a su preceptor, el anciano cardenal Fleury, cuya política fué encaminada al orden y economía. El gobierno personal de Luis XV no empezó hasta 1743; pero, en realidad, la monarquía francesa estuvo dirigida por las favoritas del rey. El período comprendido entre la muerte del cardenal Fleury y la del monarca (1743-1774) estuvo caracterizado en el interior por la degradación y decadencia de la monarquía absoluta; en el exterior, por la humillación de Francia como potencia.

Aunque sería erróneo culpar o atribuir aquella decadencia al carácter del monarca, es innegable que en una monar-

quía absoluta, como fué la francesa durante los siglos XVII y XVIII, las pasiones del rey y los desórdenes de su vida privada ejercieron considerable influencia en los negocios públicos.



LUIS XV, por Drouais.
(Mus. de Versailles).

Tres mujeres ocupan un puesto muy señalado en la historia del reinado de Luis XV: la duquesa de Châteauroux, la marquesa de Pompadour y la condesa Du Barry. De todas ellas, la más célebre fué la segunda, la elegante Juana Poisson, mujer de la clase media, ennoblecida por el monarca, que la hizo marquesa de Pompadour y que, por espacio de veinte años, «hizo de estadista», nombrando y deponiendo ministros, dirigiendo la

política interior y exterior, y disponiendo, como verdadera soberana, de cargos, pensiones, honores y empleos.

Numerosos ministros se sucedieron en Francia, durante aquel reinado, por influencia de las favoritas del rey. Uno de los principales fué el duque de Choiseul, y el hecho más ruidoso de su política interior fué la abolición de los jesuitas. Preceptores de la nobleza, consejeros y confesores de los reyes, eran muy poderosos, no sólo en la corte francesa, sino en casi todas las de Europa. Tenían por adversarios los jansenistas, los ultramontanos y los filósofos, que atacaban su fanatismo y su moral casuista. En 1759 habían sido expulsados de Portugal (por



EL CARDENAL FLEURY, por Rigaud.
(Galería de Budapest).

expulsados de Portugal (por

el marqués de Pombal). Choiseul y madame de Pompadour, amigos de los enciclopedistas, decretaron su expulsión en 1764, y algunos años más tarde (1767) fueron también expulsados de España y de otros países. El rey de Prusia les amparó; pero los príncipes católicos recabaron de la Santa Sede la abolición de la Orden, obteniéndola del pontífice Clemente XIV en 1773. La supresión de los jesuitas en Francia no fué más que un episodio de la prolongada lucha religiosopolítica que caracteriza la historia interior del reinado de Luis XV, entre los ministros y la magistratura (los Parlamentos).



EL DUQUE DE CHOISEUL, por Van-Loo
(Mus. de Versailles).

La política exterior consistió en mantener la unión con Austria, contra Inglaterra. La guerra de los siete años perjudicó a Francia, si bien Choiseul tuvo la habilidad de formar, entre los principales soberanos de la casa de Borbón, el *pacto de familia*, que tantos daños ocasionó a España. Las complicaciones internacionales agotaron el tesoro francés; perdió Francia importantes colonias, si bien adquirió la Lorena y la isla de Córcega.



CLEMENTE XIV (según un grab.
de 1776).

Luis XV murió en 1774. Monarca que en los comienzos de su reinado había sido muy popular, bajó al sepulcro despreciado de todo el mundo. En su indolencia y sus vicios se personifica el espectáculo de aquella brillante corte de Versailles, organizada como en tiempos de Luis XIV; pero afeminada y corrompida. Así, a los solemnes y fastuosos edificios del siglo XVII suceden coquetones palacios, y a las suntuosas ceremonias de

ceden coquetones palacios, y a las suntuosas ceremonias de

la corte del *rey Sol*, las cacerías y banquetes íntimos de Chantilly, Fontainebleau, Parc aux cerfs y otros escondrijos del vicio más refinado.



LA DUBARRY, por Deceuze (Mus. de Versailles).

Las dependencias del *Pequeño Trianón* (1), como el *Templo del amor*, los *menuettos* de Mozart, las telas del pintor Watteau, los *muebles Luis XV*, etc., llevan el eco de aquella sociedad frívola, discretamente voluptuosa y elegante, perpetuada, con sus mil incidentes, intrigas y detalles, en numerosos libros.

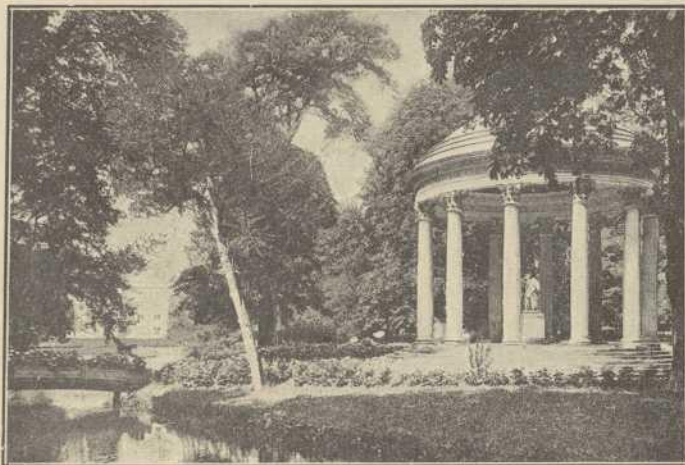
Advenimiento de Luis XVI: intento de reformas. — Luis XV dejó en el trono a un nieto suyo de veinte años de edad, Luis XVI. Carácter débil e irresoluto, escaso de aptitudes, falto de educación política, no obstante sus buenos deseos y su honradez, Luis XVI fué siempre juguete de sus cortesanos y, especialmente, estuvo dominado por su esposa, la célebre María Antonieta de Austria, hija de María Teresa y hermana del emperador José II. Hermosa, altiva y locamente aficionada a las fiestas y caprichos que constantemente le brindaba la corte corrompida y frívola de



LA POMPADOUR, por L. de la Tour (Louvre).

(1) Palacio construido posteriormente por María Antonieta; pero que es expresión del gusto imperante desde los tiempos de Luis XV.

Versailles, ejerció mucha influencia en el gobierno; no por inclinación a la política, sino por el ascendiente que ejerció siempre sobre el rey su esposo. Prodigó pensiones y regalos a los amigos y deudos que pululaban en la corte, en detrimento del tesoro, entregándose a una vida de placeres y diversiones cortesanas que le acarrearón el odio del pueblo y las censuras de cuantos veían con despecho los vicios del *antiguo régimen* (1). Otra causa importante que contribuyó a



«EL TEMPLO DEL AMOR», EN EL PETIT TRIANON (Versailles).

la antipatía con que la miraba el pueblo fué su condición de princesa austríaca.

Luis XV había dejado la hacienda en situación apurada. Veintidós millones anuales de déficit que, por efecto de los adelantos percibidos, hacía subir la deuda a setenta y ocho millones. Luis XVI nombró ministro al anciano Maurepas, por indicación del cual fué nombrado intendente general de hacienda Turgot, hombre recto y economista de fama. Turgot se propuso evitar la bancarrota haciendo economías, proscribiendo los empréstitos y el aumento de los impuestos.

(1) Se llama así el conjunto de instituciones sociales y políticas, usos, costumbres, prejuicios, hábitos, etc., anteriores a la Revolución, característicos, no sólo de la sociedad francesa, sino de todas las de Europa.

Dictó algunas sabias medidas económicas, como la libre circulación de granos; substituyó la corvea real por un impuesto sobre la propiedad inmueble, sin excluir las clases privilegiadas (clero y nobleza), y abolió los gremios y corporaciones, que constituían una traba para el desarrollo de la industria. Estas reformas, que suprimían algunos abusos y privilegios, descontentaron a muchos. Unido esto a las



MOZART, por Jaeger (fot. Brückmann).

intrigas cortesanas (en las cuales andaba mezclada la reina, que odiaba al ministro por su afán de economías), sus adversarios precipitaron su caída, que el débil Luis XVI aceptó contrariado, exclamando: «Sólo Turgot y yo amamos al pueblo.»

Necker, banquero ginebrino establecido en París, fué nombrado después director general del tesoro; pero sus reformas financieras fracasaron también ante la hostilidad de la corte. Fué substituído por Calonne, que, después de recurrir al sistema de los empréstitos, quiso remediar el déficit convocando una *asamblea de notables* (1787), a la que

propuso el establecimiento de un impuesto general sobre los bienes raíces, medida que fué rechazada por aquéllos.

Convocación de los Estados generales. — El fracaso de los ministros y el aplazamiento o la ineficacia de las reformas, el déficit creciente del tesoro, el derroche de la familia real, las nuevas ideas esparcidas en la aristocracia y en la clase media, el ejemplo de la independenciam de los Estados Unidos; las malas cosechas, azote de Francia, durante los primeros años del reinado de Luis XVI, todo contribuyó a modificar sensiblemente los sentimientos del público con respecto al gobierno. Después de la caída de Calonne, y tras el ministerio de Lomenie de Brienne, fué llamado de nuevo Necker, cuya popularidad como hacendista era extraordinaria. Impotente el gobierno para remediar la situación

financiera y acometer las reformas necesarias, todas las clases sociales invocaron, como supremo recurso, la convocación de los *Estados generales*, que no habían vuelto a reunirse desde 1614.



WATTEAU: «L'EMBARQUEMENT POUR CYTHÈRE» (Louvre).

Durante el segundo semestre del año 1788 publicáronse de dos a tres mil escritos (folletos, libelos, etc.) acerca de los *Estados generales*, su composición, sus derechos, etc. Una dificultad preocupaba al gobierno: la de si el *tercer estado* (la burguesía, estado llano o clase media) había de tener igual o doble número de representantes que el de las clases privilegiadas (nobleza y clero). Necker, dejándose llevar de los publicistas (1) y de la opinión pública, hizo decretar por el Consejo la convocatoria en pro de la *duplicidad del tercer estado*; pero cometiendo la grave falta de no resolver si el voto debía ser individual (por cabezas) o colectivo (por clases).

(1) Entre aquellos tuvo gran celebridad el abate Siéyes, autor de un famoso folleto, cuyo título es *¿Qué es el tercer estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta la fecha? Nada. ¿Qué pretende ser? Algo.*

En enero de 1789 fué publicado el decreto de convocatoria, en la que el rey reclamaba «el concurso de nuestros fieles súbditos, para que nos ayuden a solventar las dificultades relativas a la situación de la hacienda, y para establecer un orden constante e invariable en todo lo concerniente al gobierno».

La monarquía absoluta, ante el fracaso de los ministros y de sus reformas, veíase obligada a recurrir a los representantes de la nación; pero los Estados generales no habían de limitarse al cumplimiento de las reformas pedidas,



LUIS XVI (Museo de Versailles).



MARÍA ANTONIETA, por madame Vigée Lebrun (Versailles).

sino que, por una serie de circunstancias y complicaciones imprevistas, iban a iniciar la era de la Revolución.

Situación política, social y económica de Francia en 1789.—En vísperas de la Revolución, era Francia una monarquía absoluta, poblada por 24 millones de habitantes, divididos en tres clases sociales: clero, nobleza y pueblo. Ninguna constitución regulaba los derechos ni los deberes entre gobernantes y gobernados. El rey disponía arbitrariamente de

los destinos de la nación. Las instituciones generales o locales,

que antiguamente habían refrenado el poder absoluto, no existían. La corte continuaba siendo, como en tiempos de Luis XIV, un brillante séquito del soberano. La casa real empleaba unas catorce mil personas, civiles y militares.

Los gastos de la corte elevábanse a la décima parte de los ingresos públicos (45 millones anuales). Los impuestos, abrumadores y mal repartidos, pesaban casi exclusivamente sobre el pueblo. El clero y la nobleza constituían dos clases sociales privilegiadas, que no solamente pagaban un impuesto ínfimo, sino que percibían tributos del pueblo. Antiguos *derechos señoriales* estaban en vigor. La desigualdad social no quedaba reducida a los impuestos, sino que se extendía a otros muchos actos y circunstancias de la vida. La agricultura hallábase arruinada por las excesivas cargas que pesaban sobre la población rural (tallas, gabelas, diezmos, corveas, etc.). La industria,

sometida al régimen gremial y los oficios rigurosamente separados, no prosperaba. El comercio, entorpecido por la existencia de aduanas interiores, por la diversidad de pesas y medidas, por restricciones y monopolios, languidecía.

En resumen, la organización social, política y económica del antiguo régimen adolecía de graves defectos, siendo los principales el exorbitante poder del monarca, los injustos privilegios sociales y los inveterados abusos de la administración pública, a saber: la confusión de poderes, la venali-



TURCOT (*Hotel de Ville de Paris*).

dad de los empleos, oficios y dignidades, el defectuoso alistamiento del ejército, la desigualdad del impuesto y el desorden en la hacienda.

Situación de Europa en vísperas de la Revolución francesa. — Europa, a fines del siglo XVIII, hallábase constituida en *estados y naciones*. Varios de los primeros eran al mismo tiempo naciones, como España, Portugal, Francia, Inglaterra y Rusia. Otros estados, como Austria y Prusia, contenían naciones diversas. Alemania e Italia se hallaban fraccionadas en diversos estados. Todos los estados, a excepción de Inglaterra, Holanda, Suiza y Venecia, estaban gobernados por reyes más o menos absolutos. En el interior, los estados europeos sufrían una crisis profunda; la anarquía reinaba en las relaciones internacionales, sin otra regla de conducta que la fuerza y la conveniencia de los soberanos.



NECKER (Grabado de la época).

En Europa occidental, Inglaterra, potencia marítima y colonial, intervenía en los asuntos continentales, atenta únicamente a sus intereses comerciales y a los particulares de la casa de Hannover, cuyos príncipes eran soberanos alemanes.

Francia hallábase paralizada por la gran crisis interior que iba a producirse; pero, monarquía la más unificada y la más centralizada de Europa, su homogeneidad nacional le daba una fuerza incalculable.

Prusia era un estado nuevo. Su administración, su ejército, su diplomacia, la colocaban entre las grandes potencias. Su estructura geográfica variada inclinaba su ambición a los más diversos fines.

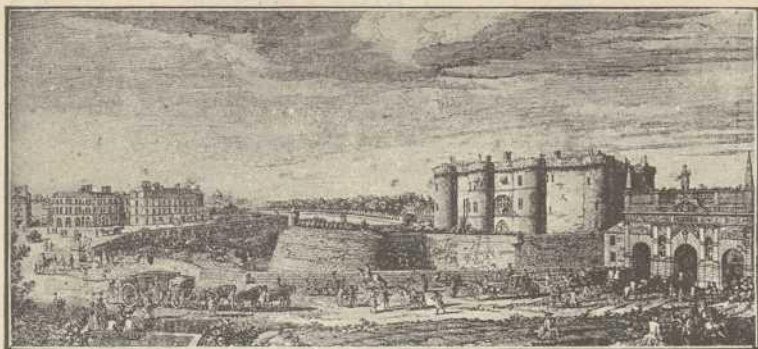
Austria, yuxtaposición de países diversos por su raza, lengua e intereses, no tenía más lazo de unión que la persona de su soberano, rey de Austria y emperador de Alemania, que ambicionaba la extensión de sus dominios por el Danubio, norte de los Karpatos y península Balkánica.

Italia era «una expresión geográfica». Portugal, un feudo

de Inglaterra. España, sometida a la política del *pacto de familia*. Rusia, engrandecida a costa de Suecia y de Polonia, intervenía también en la política europea con miras a su engrandecimiento por oriente, a expensas de Turquía.

BIBLIOGRAFIA. — El estudio de la sociedad francesa del siglo XVIII es tan ameno como innumerables los libros históricos o literarios en que está descrita. No es posible hacer más que señalar algunas obras célebres, base de orientación para ulteriores lecturas. Véanse, *Journal du marquis d'Argenson*. Extr. (Paris, A. Colin, 1898); P. Bonnefon, *La société française du XVIII siècle* (Paris, A. Colin); E. et J. Goncourt, *La femme au XVIII siècle*; *La duchesse de Châteauroux et ses sœurs*; *Mme. de Pom-*

padour; *La Du Barry* (Paris, Charpentier), etc. Bajo la dirección del erudito archivero Mr. Funck-Brentano ha publicado el editor A. Fayard, de Paris, *Memoires sur Mme. de Pompadour*; *Memoires du duc de Lauzun*; *Souvenirs de Mme. Vigée-le-Brun*; *Memoires authentiques de Latude*, etc. Un libro interesantísimo es *L'affaire du collier* (Paris, Hachette, 19.^a ed., 1919), del citado Funck-Brentano, y otros que indicamos en la BIBLIOGRAFIA de la Revolución.



LA BASTILLA EN 1789 (Grabado de la época).

EDAD CONTEMPORÁNEA



LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La Revolución francesa: sus períodos. — Llámanse *Revolución francesa* la crisis que puso fin en Francia a la organización social y política conocida con el nombre de *antiguo régimen*. Consumada durante el último decenio del siglo XVIII, la Revolución presenta cuatro fases, cada una de las cuales comprende un período de su historia, a saber: *Asamblea constituyente* (mayo de 1789-octubre de 1791), *Asamblea legislativa* (octubre de 1791-septiembre de 1792), *Convención* (septiembre de 1792-octubre de 1795) y *Directorio* (octubre de 1795-noviembre de 1799).

Reunión de los Estados generales. — Luis XVI había convocado los Estados generales para obtener los recursos financieros que los ministros reformadores no habían podido arbitrar; pero la opinión pública reclamaba la su-

presión de los abusos existentes y una reforma general en el Estado. Transcurrieron las elecciones generales en medio del mayor orden, siendo elegidos en representación de la nobleza doscientos setenta y nueve diputados, doscientos noventa y uno en representación del clero y quinientos setenta y ocho por la clase media, llamada entonces *tercer estado*.

Siguiendo una costumbre antigua, los electores (1) consignaban sus aspiraciones en unos cuadernos (*cahiers*), que ponían en manos de sus diputados respectivos. En todos aquéllos se manifestó unánime la aspiración a introducir reformas radicales en el Estado, la fidelidad a la monarquía, la petición de participar en el poder legislativo, la igualdad civil y la equidad contributiva. Los nobles pedían el mantenimiento de sus privilegios sociales y honoríficos; el clero la conservación de las propiedades eclesiásticas, el sostén de la ortodoxia y la censura sobre la educación y la imprenta.



DIPUTADO DE LA NOBLEZA
(Estampa de la época).

La mayoría de diputados estaba formada por el clero rural y la burguesía, principalmente por jurisperitos. Algunos privilegiados, como Mirabeau y el abate Sièyes, habían sido elegidos por el *tercer estado*.

Los Estados generales se reunieron en Versalles, residencia de la corte, el 5 de mayo de 1789, inaugurando las sesiones el rey, quien, por boca de sus ministros, recomendó a los diputados que se ocuparan únicamente de la cuestión para que habían sido convocados, es decir «la situación financiera».

Su transformación en Asamblea Nacional.—Opuesto a las miras de la corte y de los privilegiados era el espíritu que animaba la mayoría de la asamblea, pues mientras aquéllos se obstinaban en no ver sino contribuyentes en los diputados del estado llano, considerábanse éstos como legisladores. El disentimiento estalló muy pronto, en la primera

(1) Unos cinco millones. Eran electores los franceses mayores de veinticinco años que pagasen un impuesto directo cualquiera.

sesión, al procederse a la comprobación de los poderes (1). ¿Se procedería separadamente o en común?, es decir, ¿las votaciones serían *por órdenes* o por *cabezas*? Cuestión de suma trascendencia, pues si las votaciones habían de efect-



DIPUTADO DEL CLERO
(Estampa de la época).

tuarse por órdenes (clases sociales), la derrota del estado llano era inevitable. Comprendiéndolo así los diputados del tercer estado esperaron, durante cinco semanas, a que los nobles y el alto clero se les unieran para proseguir las sesiones y, haciendo caso omiso de la resistencia de aquéllos, el 17 de junio, «atendiendo a que esta asamblea está formada por representantes enviados directamente por las noventa y seis centésimas partes de la nación, y no es cosa de que permanezca inactiva por ausencia de algunos representantes», se declararon *constituídos en Asamblea Nacional*.

La Asamblea acordó: 1.º rehusar el pago de los impuestos en caso de ser disuelta; 2.º que la deuda pública quedase bajo la garantía de la nación, y 3.º nombrar una comisión para asegurar las subsistencias. Por el primero de aquellos acuerdos quedaban la corte y el gobierno bajo su dependencia; por el segundo, se atraía los capitalistas y acreedores del Estado; por el tercero, se aseguraba las simpatías del pueblo.

La corte y los privilegiados resistieron, e influyendo en el ánimo del indeciso monarca, le sugirieron la idea de dar un golpe de Estado. Celebraríase una sesión regia (*lit de justice*), en la que el monarca impondría su voluntad a los diputados, obligándoles a ocuparse de las reformas financieras y a deliberar separadamente.

La Asamblea acordó: 1.º rehusar el pago



DIPUTADO
DEL ESTADO LLANO
(Estampa de la época).

(1) Operación parlamentaria, que en los términos políticos actuales se llama *revisión de actas*.

Suspendiéronse las sesiones de la Asamblea, so pretexto de preparar el salón para la sesión regia; pero los diputados se reunieron en otro local desmantelado, que se utilizaba para partidas de juego de pelota, y allí juraron solemnemente no separarse hasta haber dado una constitución a Francia. Esta famosa escena, llamada el *Juramento del juego de pelota*, fué seguida de otros actos análogos, que pusieron de manifiesto la decisión y espíritu patriótico que animaba a los diputados. El 23 de junio

celebróse la sesión regia, en la cual Luis XVI, haciéndose eco de los propósitos de la corte y de las clases privilegiadas, prescribió el mantenimiento de la división de los tres órdenes, declarando que no autorizaría en modo alguno, sin consentimiento de los privilegiados, las reformas que afectarían a la Iglesia, impuestos, ejército y

derechos señoriales. Retiráronse después el rey y su séquito del salón de sesiones; pero los diputados se mantuvieron firmes en sus puestos, y requeridos por el maestro de ceremonias a que despejaran el local, el conde de Mirabeau, el más grande orador de la Asamblea, replicó que no saldrían sino por la fuerza de las bayonetas. Luis XVI, contrariado, exclamó: «¡Dejadles!» Muchos diputados nobles se les unieron, y la Asamblea quedó constituida, continuando sus deliberaciones.



JURAMENTO DEL JUEGO DE PELOTA (Mus. de Versailles).

Toma de la Bastilla. — Era la Bastilla una antigua fortaleza, edificada en París en el siglo XIV, que servía de prisión de Estado, odiada del pueblo como *símbolo del despotismo*, y acerca de la cual corrían tenebrosas leyendas.

El fracaso del partido de los privilegiados, ante la entereza de la Asamblea, predispuso la corte a intentar un golpe de fuerza. Fué constituido un nuevo ministerio, con elementos adictos al antiguo régimen, y a principios de julio hízose

una concentración de tropas en París y alrededores, tropas en su mayor parte extranjeras (suizas, alemanas, croatas, etc.). El pueblo parisién vivía inquieto y agitado. A la noticia de haber sido Necker separado del ministerio, y en vista de que las tropas patrullaban por la ciudad, la agitación popular, alentada por la prensa, fué aumentando. El 12 de julio, un fogoso abogado y publicista, llamado Camilo Desmoulins, arengaba a las masas reunidas en los jardines del



MIRABEAU (Museo de Versailles).

Palais-Royal (1), diciendo que la corte maquinaba «una Saint-Barthélemy de patriotas», y distribuyendo, a modo de divisa, hojas de castaño, llamaba al pueblo a la insurrección. Los dragones dieron una carga sobre la multitud reunida en el jardín de las Tullerías, mientras algunas tropas, haciendo causa común con el pueblo, dispararon sobre los soldados mercenarios extranjeros. La insurrección se propagó rápidamente. La casa comunal (*hôtel de ville*) fué asaltada y expulsados los regidores, mientras los amotinados organizaban una municipalidad revolucionaria y una guardia cívica, compuesta de cuarenta y ocho mil hombres. Al día siguiente, el pueblo, armado de picas, fusiles y cañones, procedentes del saqueo del cuartel de Inválidos, se dirigió a la Bastilla, que fué sitiada y destruída (14 de julio de 1789). La revolución, comenzada por la Asamblea y proseguida por el pueblo de París, se extendió pronto a las provincias, donde el pueblo se apoderó de las fortalezas y entró en conflicto con la fuerza armada. Los campesinos, creyéndose libres del pago de los impuestos, saquearon e incendiaron castillos y palacios, cometiendo numerosos atropellos.

Noche del 4 de agosto de 1789. — Los hechos acaecidos suscitaban delirante entusiasmo en todos los que aborrecían el antiguo régimen, que eran muchos. La Asam-

(1) Los jardines del Palais-Royal, edificio que todavía existe, eran el paseo de moda en aquel tiempo. El palacio había pertenecido al cardenal Mazarino, que lo legó a Luis XIV, pasando luego al dominio del duque de Orleans, diputado por el estado llano.

blea, participando del delirio general, tomó una resolución heroica. En la sesión del 4 de agosto de 1789, a propuesta del vizconde de Noailles, votó la abolición de todos los derechos feudales, corveas y servidumbres personales, privilegios señoriales, etc., estableciendo la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, acontecimiento memorable, del cual data el advenimiento del régimen moderno.

Jornadas de octubre.—Fueron los motines promovidos por el bajo pueblo de París (5 y 6 de octubre de 1789), inquieto por la carestía de las subsistencias y temeroso de una reacción militar en represalias de los acontecimientos (1). A instigación de periodistas y oradores populares revolucionarios, que mantenían la desconfianza en las masas con respecto al rey y a la corte, una muchedumbre, compuesta en su mayoría de verduleras, populacho, guardias nacionales, etc., se encaminó en actitud levantisca a Versailles, obligando a los reyes a regresar a París y establecerse en él, como así se hizo. Luis XVI y su familia residieron desde entonces en el palacio de las Tullerías. A la corte siguió también la Asamblea, que continuó sus deliberaciones en París, en una de las salas de aquel palacio; pero la corte y la Asamblea quedaron, en lo sucesivo, bajo la presión de los revolucionarios, dueños de la municipalidad.



CAMILO DESMOULINS (*Mus. Carna. alet.*)

La Federación. — Se llamó así el movimiento de adhesión de las provincias francesas a la tarea constituyente que se había impuesto la Asamblea. Formáronse en las distintas localidades de Francia (provincias, ciudades, pueblos, etcétera) federaciones cívicomilitares, sin distinción de personas, sexos, edades y condición, encaminadas a proteger los

(1) El día 2 de octubre, en un banquete celebrado en Versailles en honor de la oficialidad del regimiento de Flandes, habíanse entonado himnos realistas a presencia de los reyes y pisoteada la divisa tricolor (revolucionaria), substituyéndola por la borbónica y la austríaca.

intereses públicos, sostener las leyes emanadas de la Asamblea y «defender la nación, la ley y el rey».

La suma de aquellas federaciones locales constituyó «la federación nacional», cuya primera fiesta se celebró en París el 14 de julio de 1790, aniversario de la toma de la Bastilla, con asistencia del rey, que juró «aceptar, respetar y mantener, como ley fundamental del Estado, la constitución votada por la Asamblea».



ROUGET DE L'ISLE (Grabado de la época).

En aquella célebre fiesta fué divulgada *La Marsellesa*, himno patriótico, compuesto por Rouget de L'Isle, cantado por los federados de Marsella y convertido luego en himno nacional.

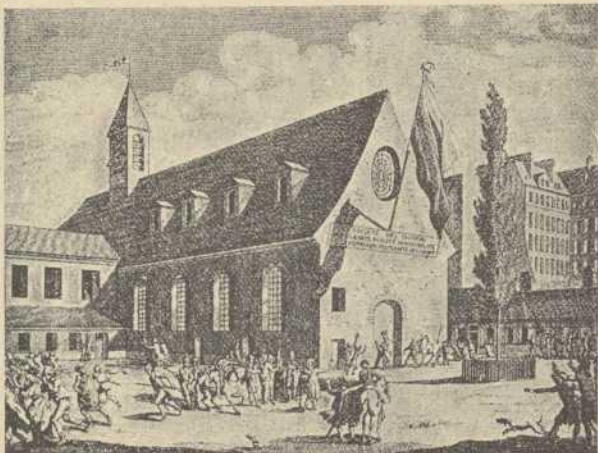
Los partidos.—La fiesta de la Federación había consagrado solemnemente los hechos acaecidos, a saber: la transformación de la monarquía absoluta en monarquía constitucional, y el establecimiento de la igualdad civil; pero en el seno de la Asamblea existían profundos disentimientos, que habían

de dar por resultado la formación de partidos políticos, enemigos encarnizados unos de otros.

En realidad, la Asamblea, como el país, hallábase dividida en dos campos: los adversarios y los partidarios de la Revolución. Estos últimos se llamaban *patriotas*. Estaban en mayoría en la Asamblea y tenían en su favor la municipalidad y el público de las tribunas, que asistía a las sesiones. Los adversarios de la Revolución eran motejados de *aristócratas* y se les reprochaba el querer conservar los privilegios de la aristocracia.

Numeroso público seguía apasionadamente las discusiones de la Asamblea y se preocupaba de las cuestiones políticas. Con este fin nacieron las sociedades llamadas *clubs*, establecidas en antiguos conventos, de los cuales tomaron nombre, como el club de los *Fuldenses*, el de los *Franciscanos* y el famoso de los *Jacobinos*, cuya influencia en los sucesos de la Revolución fué extraordinaria. Abolida la

censura, fundáronse los *periódicos*, cuyo número aumentó considerablemente, realistas, revolucionarios y demagógicos; como *El amigo del pueblo*, dirigido por Marat, un revolucionario exaltado, que apasionaba a la multitud con sus sangrientas amenazas y soeces improperios. La Asamblea veíase obligada a deliberar en público y a admitir peticiones del populacho, mientras que los diputados impopulares eran injuriados y amenazados.



EL CLUB DE LOS JACOBINOS (Estampa de la época).

La emigración. — La inseguridad en que se hallaban los partidarios del antiguo régimen, y el deseo de restablecerlo, motivó la emigración de muchos nobles al extranjero. Los hermanos del rey (condes de Artois y de Provenza) y algunas linajudas familias, como los Condé, los Polignac, etc., salieron del reino. Su ejemplo fué seguido por otros muchos, a medida que la Revolución se propagaba. El núcleo principal de emigrados se refugió en Coblencz, ciudad del arzobispado de Colonia. Muchos de aquéllos eran oficiales del ejército. El príncipe de Condé reclutaba tropas, a orillas del Rin, para invadir a Francia, librar al rey y restablecer el antiguo régimen; pero todos los manejos que en este sentido fraguaron los emigrados fracasaron por completo.

La constitución civil del clero: huída del rey. — Uno de los decretos de la Asamblea que más excitación produjo, y que mayor número de enemigos acarreó a la causa revolucionaria, fué la *constitución civil del clero*, decreto que reducía el número de diócesis, hacía los cargos eclesiásticos electivos, como las demás magistraturas del Estado; despojaba al pontífice del derecho de investidura canónica, y exigía de los eclesiásticos el juramento constitucional (julio de 1790).



MARAT (Museo Carnavalet).

Aquella constitución fué, naturalmente, condenada por el Papa, a la vez que el rey, aunque la juró a regañadientes, sentía escrúpulo por ello. Consecuencia inmediata fué un cisma religioso: los clérigos se dividieron en *juramentados* o *constitucionales* y *refractarios* o *no juramentados*. Se desataron las pasiones religiosas y hubo revueltas sangrientas.

El poder que la Asamblea había quitado a la monarquía hallábase en realidad en manos de la multitud. Las autoridades del antiguo régimen no existían, las nuevas eran desobedecidas, la anarquía iba en aumento con los apuros financieros, pues la resistencia al pago de los impuestos agravaba la deplorable situación del tesoro. La desconfianza aumentaba entre el rey por una parte y la Asamblea y el pueblo por otra.

Como el tesoro estaba exhausto y los empréstitos que se intentaron no pudieron cubrirse por falta de prestadores, el obispo de Autun, Talleyrand, propuso al gobierno que se incautase de los bienes de la Iglesia. De este modo los dominios eclesiásticos fueron declarados *bienes nacionales* y revendidos. No pudiéndose vender todos de una vez, se crearon billetes, llamados *asignados*, reembolsables con el producto de la venta de aquellos bienes. Cada asignado valía 1,000 libras; pero acabaron por emitirse otros de menos valor, declarados de circulación forzosa. Fueron los asignados un papel moneda que substituyó el metal. Con el tiempo los *bienes nacionales* fueron ventajosamente vendidos por el Estado a campesinos y

burgueses, los cuales quedaron interesados en la defensa de la Revolución.

Confinado Luis XVI en las Tullerías, no daba de buen grado su aprobación a los actos de la Asamblea. Impulsado por la reina y contando con que sería apoyado por las tropas de la frontera, con cuyo auxilio podría restablecer su autoridad, aceptó el plan de huir de París; pero aquel triste complot tuvo un funesto desenlace. El 21 de junio de 1791, Luis XVI,



UN ASIGNADO.

disfrazado, huyó de París con su familia; pero al llegar a Saint Menehould fué reconocido por un hombre del pueblo (Drouet) y detenido el convoy real en Varennes, de donde hubo de retroceder a la capital, conducido por tres emisarios de la Asamblea, entre las sordas injurias y el desprecio de su pueblo.

Una gran conmoción estalló entonces en París, temeroso de una invasión extranjera. La Asamblea procuró calmar los ánimos, encargándose del poder ejecutivo; pero como en su mayoría era monárquica, no se atrevió a deponer al rey, cuya huida y la actitud respetuosa y conciliadora de la Asamblea enardecieron los partidos exaltados, a consecuencia de lo cual el republicanismo, apenas existente, comenzó a contar muchos partidarios. Estos depusieron entonces *sobre*

el altar de la patria (en el campo de Marte, próximo a París, donde se había celebrado la fiesta de la Federación) una petición, reclamando que el rey fuera destituido, petición que se cubrió de millares de firmas; pero la Asamblea, temerosa de ver sus intenciones excedidas, empleó la fuerza. Con ello perdió su popularidad, no obstante lo cual acabó su tarea legislativa y, en septiembre de 1791, declaró su misión terminada, reponiendo en el trono a Luis XVI, que juró fidelidad a la Constitución. La Asamblea, antes de disolverse, acordó que ninguno de sus miembros pudiera ser elegido para la Asamblea nueva.

La obra de la Asamblea constituyente. — La Asamblea constituyente, investida por las circunstancias del poder legislativo y de las funciones de gobierno, dictó unos *cuatro mil decretos*, que afectaban a la organización social, política y económica de Francia. Su obra tomó cuerpo en la *Constitución de 1791*, la primera de las constituciones escritas modernas.

Aquella Constitución fué obra de legisladores discípulos de los *filósofos* del siglo XVIII, principalmente de Montesquieu y Rousseau, quienes, guiados por algunos principios sencillos, aplicables no sólo a Francia, sino a todas las sociedades, hacían tabla rasa de las instituciones del pasado y construían un edificio completamente nuevo.

Fundábase la Constitución de 1791 en los principios resumidos en la famosa *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, que la encabezan, y cuyos principales artículos son los siguientes:

1.º «Los hombres nacen y son libres e iguales en derechos.»

2.º «Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.»

3.º «El fundamento de toda soberanía reside en la nación.»

4.º «La ley es la expresión de la voluntad general, pudiendo concurrir a su formación todos los ciudadanos, personalmente o por medio de sus representantes, debiendo ser la misma para todos, tanto si castiga como si protege.»

5.º «Todos los ciudadanos son iguales ante la ley e igualmente admisibles a todas las dignidades, funciones y empleos

públicos, sin más distinción que la de sus virtudes y la de sus talentos.»

6.º «Nadie puede ser acusado ni privado de su libertad, más que en los casos prescritos por la ley y con arreglo a las formas prescritas.»

7.º «Nadie puede ser molestado por sus opiniones, incluso las religiosas, a menos que se hagan manifestaciones que trastornen el orden público establecido por la ley.»

8.º «Siendo la libre comunicación del pensamiento y de la opinión uno de los más preciados derechos del hombre, todo ciudadano puede hablar, escribir, y publicar libremente.»

9.º «Siendo indispensable establecer una contribución común para atender a los gastos de la administración y al sostén de la fuerza pública, deben todos los ciudadanos contribuir a ella en proporción a sus haberes.»

10.º «La propiedad es un derecho sagrado e inviolable: nadie puede ser privado de ella, como no sea en caso de utilidad y previa indemnización.»

La obra de la Asamblea constituyente derivó de la aplicación de los anteriores principios. En el orden político, la soberanía y los poderes públicos fueron transferidos a la nación; en el orden social, la igualdad y la libertad substituyeron al régimen de privilegio. *Libertad, igualdad, fraternidad*, fué la divisa de la Revolución.

En su consecuencia, el *poder legislativo* fué encomendado a una Asamblea única, compuesta de setecientos cincuenta representantes, elegidos por sufragio restringido; el *poder judicial* confiado a jueces de elección, y el *poder ejecutivo* en manos del rey, el cual podía nombrar y revocar a los ministros (nombrados fuera de la Asamblea), dirigir la política exterior, mandar como jefe supremo las fuerzas de mar y tierra, y ejercer el *veto suspensivo* (durante cuatro años) sobre los decretos del cuerpo legislativo. La monarquía conservaba aún mucha parte de su poder y sus partidarios eran numerosos.

La Asamblea legislativa: los partidos. — La *Asamblea legislativa*, sucesora de la constituyente, componíase de setecientos cuarenta y cinco diputados, jóvenes y nuevos en la vida política. Hallábanse divididos en tres partidos: monárquicos *constitucionales*, llamados también *fuldenses*,

del nombre del club a que pertenecían; *girondinos*, así llamados porque algunos de ellos eran diputados del departamento de la Gironda (suroeste de Francia), siendo sus principales jefes Vergniaud, Guadet, Isnard, Condorcet, etc., y *montañeses*, partido de la extrema izquierda, representado por Couthon, Merlin de Thionville, etc.; cuya fuerza principal residía en el club de los jacobinos, sociedad política cuyo poder era extraordinario. El club de los jacobinos era una



VERGNIAUD (Grabado de la época).

especie de rival de la Asamblea, con su presidente, su tribuna y sus galerías llenas de público. En todas las ciudades y pueblos habíanse constituido sociedades de jacobinos, afiliadas a la sociedad madre, de la cual recibían órdenes y adoptaban sus acuerdos, reemplazando así la antigua centralización administrativa por una confederación de sociedades. Sus afiliados vigilaban a los funcionarios públicos, denunciaban a los suspectos, intimidando a los adversarios de la Revolución, a la vez que fueron los impulsores

de la defensa nacional y de todas las medidas revolucionarias. Aunque no eran muy numerosos, lograron imponerse por su actividad, organización y disciplina. En las elecciones del otoño de 1791 acapararon una tercera parte de los cargos públicos. Tenían doscientos cincuenta diputados en la Asamblea, y fuera de ella contaban con los principales revolucionarios, como Petion (alcalde de París), Danton, Robespierre, Santerre, Marat, etc.

Luchas políticas. — La Constitución de 1791 careció de eficacia para que desapareciera el antagonismo existente entre la monarquía y la revolución. Luis XVI, María Antonieta y sus partidarios esforzábanse en destruir aquella constitución, aceptada por la fuerza de las circunstancias. Adversarios de los constitucionales eran los realistas puros y los sacerdotes refractarios, que en los departamentos del sur y del oeste fanatizaban a la multitud confundiendo la

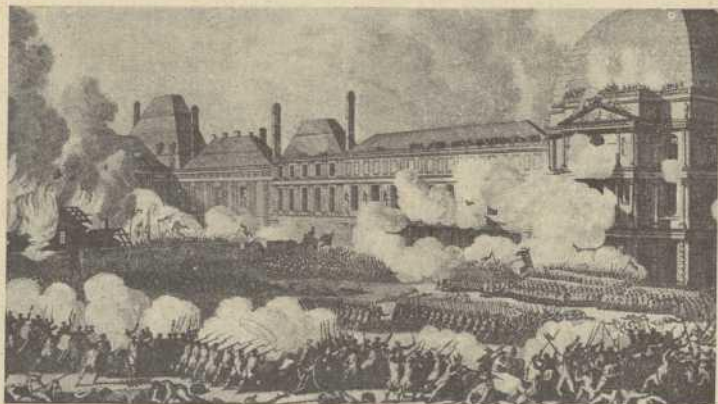
causa del rey con la de la religión. Los realistas y la corte estaban en correspondencia con los emigrados, y maquinaban en las cortes extranjeras alianzas para restaurar por la fuerza armada el antiguo régimen.

La lucha estalló con motivo de los emigrados y de los sacerdotes refractarios. La Asamblea decretó la pena de muerte y confiscación de bienes contra los emigrados que, antes de fin de año, no se restituyeran a la patria, y en un segundo decreto hizo obligatorio el juramento constitucional del clero, declarando suspectos, y colocando bajo la vigilancia de las autoridades, a los clérigos no juramentados. Luis XVI opuso el veto a aquellos decretos.

La hostilidad entre el rey y la Asamblea, y la irritación popular, aumentaron ante las amenazas proferidas por los soberanos extranjeros. Efectivamente, el 2 de enero de 1792 los reyes de Austria y Prusia habían firmado un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Los emigrados les alentaban a intervenir en los asuntos de Francia. La infortunada María Antonieta solicitaba su apoyo. Los girondinos, sospechando la inteligencia de la corte con los reyes europeos, naturales enemigos de la Revolución, combatían con fogosos discursos a los ministros fuldenses, adictos a la monarquía. En marzo de 1792 Luis XVI hubo de aceptar un ministerio girondino, y al mes siguiente la Asamblea declaró la guerra a Austria. Un inmenso entusiasmo se apoderó de la nación. Seiscientos mil hombres se alistaron como voluntarios. Las iglesias fueron convertidas en talleres nacionales, las mujeres prestaron su concurso para coser los uniformes y preparar las ambulancias. En todas partes fabricábanse armas y cartuchos. La Asamblea redoblaba el ardor guerrero, tomando acuerdos belicosos, que Luis XVI aplazaba o se negaba a sancionar. La actitud equívoca del rey aumentaba la efervescencia del pueblo contra la monarquía. El 20 de junio penetraron las turbas en el palacio de las Tullerías. Un carnicero, llamado Legendre, insultó al rey, llamándole «pérfido». Luis XVI respondió tranquilamente que no se había separado de la constitución.

Revolución del 10 de agosto. — La jornada del 20 de junio fué desaprobada por la Asamblea. Sin embargo, el peligro iba creciendo en el exterior y en el interior. La

invasión prusiana organizábase en la frontera, mientras en las provincias del sur y del oeste incubaba la reacción realista. El ejército prusiano, mandado por el duque de Brunswick, disponíase, en Coblentz, a entrar en Francia y dirigirse a París. El 11 de julio fué declarada «la patria en peligro».



EL 10 DE AGOSTO DE 1792 (*Estampa de la época*).

La fermentación belicosa llegaba a su colmo cuando fué conocido en la capital de Francia «el manifiesto del duque de Brunswick», proclama violenta, que resumía las acusaciones de los reyes contra la revolución y amenazaba «entregar París a una ejecución militar y a una subversión total». Aquel mismo día las secciones votaron la destitución del rey. La Asamblea licenció los cuerpos de la guardia nacional, compuestos de realistas. Los arrabales (*faubourgs*) de Saint-Antoine y Saint-Marceau, minados de revolucionarios, auxiliados por antiguos guardias franceses y por soldados federados, bretones y marseleses, prepararon una insurrección. La corte, mientras aguardaba al ejército libertador, disponíase a la defensa, contando con la municipalidad y un cuerpo de mercenarios suizos; pero, la víspera del 10 de agosto, la municipalidad fué violentamente substituída por otra revolucionaria. Al día siguiente comenzó el sitio de las Tullerías, que cayeron en poder de los revolucionarios.

El rey y su familia hubieron de refugiarse en el seno de la Legislativa, que decretó la suspensión del monarca y declaró que una nueva asamblea, la Convención, resolvería acerca del destino de la monarquía.



LA FAMILIA REAL (Estampa realista de la época).

Matanzas de septiembre de 1792.—La Revolución del 10 de agosto fué la derrota de la monarquía y de la Asamblea. El poder había pasado a manos de la municipalidad revolucionaria. El rey fué encerrado en el *Temple*. Las cárceles de París se llenaron de suizos, realistas y sospechosos. Entretanto, los prusianos habían pasado la frontera y hallábanse a algunas jornadas de París. El pueblo, exasperado, no veía más que traidores y cómplices de los

prusianos. Danton, fogoso orador y quizás el primero de los estadistas de la Revolución, nombrado ministro de Justicia, aconsejaba *audacia, audacia y audacia* para exterminar a los enemigos de la patria. El furor popular, excitado por algunos sanguinarios, como Marat, Maillard, Hébert, etc., se desencadenó, y numerosas víctimas, amontonadas en las cárceles, perecieron asesinadas durante los primeros días de septiembre. Los ministros o no pudieron o no quisieron impedir aquellas sangrientas jornadas.

El 20 de septiembre la victoria de Valmy libró a Francia de la invasión extranjera. La Asamblea legislativa terminó sus sesiones en septiembre de 1792, habiendo presenciado la segunda revolución, caracterizada por la derrota de la monarquía constitucional y el triunfo de la democracia.



DANTON (Museo Carnavalet).

La Convención: los partidos: proclamación de la República. — Asamblea nueva, encargada de dar a Francia una constitución republicana, la *Convención nacional*, compuesta de setecientos cincuenta miembros elegidos por sufragio universal (establecido por la Legislativa después del 10 de agosto), se reunió el 20 de septiembre de 1792. Los partidos políticos que la dirigieron, y que en realidad gobernaron el país, fueron dos, no muy numerosos: la *Gironda* y



SAINT-JUST (Museo Carnavalet).

la *Montaña*. Constituían el partido girondino los mismos que habían figurado en la Legislativa, y con ellos algunos antiguos individuos nuevos. La *Montaña*, así llamada porque sus miembros ocupaban los bancos altos de la asamblea, era un partido constituido por antiguos constitucionales demócratas, como Robespierre, y una multitud de hombres nuevos en la vida parlamentaria; pero todos ellos *jacobinos* o de otros grupos radicalmente revolucionarios, como Danton, Camilo Desmoulins, Marat, Legendre, Saint-Just, Fouché, Barras, etc. El resto de la asamblea (unos quinientos diputados), llama-

do la *llanura* o el *pantano*, aunque formaba la mayoría de la Convención, siguió siempre el impulso de los otros dos partidos, los cuales, divididos en numerosos grupos, acabaron por destrozarse mutuamente. Hubo en el *pantano* hombres laboriosos y competentes, como Siéyes, Camus, Daunou, etc.; pero en las luchas políticas formó una masa inerte, que se dejó arrastrar por los partidos extremos, prestandose a un *juego de báscula* en vez de imponerse por el número y dominar la asamblea.

El 21 de septiembre de 1792 la Convención decretó, unánimemente, establecida la república en Francia. Unida la Convención para fundar la república, se dividió luego con motivo del gobierno que convenía establecer. Los *girondinos* querían la promulgación rápida de una Constitución, la obediencia a la ley, la libertad de la asamblea y que cesara

el despotismo ejercido por la municipalidad y el populacho de París. Los *montañeses* reclamaban un gobierno revolucionario y medidas de excepción (extraordinarias) para combatir a los enemigos del interior y del exterior. Los primeros querían una república burguesa; los segundos, una república democrática. La lucha estalló desde las primeras sesiones. Acusaban los girondinos a sus adversarios de aspirar a la dictadura, mientras estos últimos tachaban a aquéllos de *federalismo*, de atentar a la unidad nacional.



EJECUCIÓN DE LUIS XVI (Estampa de la época).

Proceso y ejecución de Luis XVI. — El partido jacobino, queriendo consumir la ruptura entre el pasado y el presente, establecer sólidamente la república y aniquilar toda esperanza de restauración monárquica, propuso a la Convención que Luis XVI, prisionero con su familia en el *Temple* (1) desde el 10 de agosto, fuera procesado. Aunque el rey depuesto no ofrecía peligro alguno, ni los *montañeses* ni los *girondinos* se opusieron al proceso, por no pasar por moderados. Un diputado, amparándose en la Constitución de 1791, sostuvo la inviolabilidad del rey; pero dos diputados jacobinos, Saint-Just y Robespierre, sostuvieron la teoría de que Luis XVI no había de ser juzgado, sino sencillamente

(1) Antigua fortaleza de los Templarios.

tratado como enemigo público. La Convención decretó la instrucción del proceso ante una comisión, compuesta de veintiún miembros. Reprochábanse al infortunado monarca, entre otras cosas, su huída, la sangrienta jornada del campo de Marte, las medidas encaminadas a provocar deserciones en el ejército, sus inteligencias con los emigrados y con el extranjero (ciertas, pero no probadas entonces, a pesar de los documentos del famoso *armario de hierro*) (1). El acusado se defendió ante la Convención, amparándose en la prerrogativa constitucional y negando numerosas acusaciones. Los girondinos querían salvarle, y se dividieron acerca de la pena que debía aplicársele. Finalmente, el 17 de enero de 1793, la Convención, por una mayoría de cincuenta y tres votos, le condenó a muerte. Luis XVI fué guillotinado en la plaza de la Revolución (hoy plaza de la Concordia), el 21 de enero de 1793. Murió con toda entereza, proclamándose inocente desde el cadalso.



EL DOCTOR GUILLOTIN, INVENTOR DE LA GUILLOTINA. (Mus. Carnavalet).

Luchas políticas: la Vendée.

— Ejecutado Luis XVI, terribles peligros se cernieron sobre la Convención. A la guerra que desde 1792 hacían Austria y Prusia a Francia, uniéronse Inglaterra, Holanda, España, el imperio germánico, etc. En el interior estalló la guerra civil. La muerte del rey, las medidas tomadas contra los clérigos refractarios y la *requisición*, es decir, el llamamiento de trescientos mil hombres a filas, provocaron la insurrección de los departamentos de la Vendée y la Bretaña (oeste de Francia), países rurales, poblados por gente fanática. En un principio la insurrección de la Vendée, acaudillada por individuos del pueblo, como Cathe-

(1) Uno de los principales elementos del proceso consistía en unos papeles hallados en las Tullerías, ocultos en un armario de hierro secreto, cuya existencia fué cobardemente revelada al ministro del Interior, Roland, por el herrero que lo había construído de orden del rey. Contenía el armario papeles diversos: cartas, memorias, etc.; pero ninguna de las pruebas decisivas de las relaciones secretas de Luis XVI con los emigrados y con las potencias extranjeras, que hoy son del dominio de la Historia. El mismo Michelet, historiador nada sospechoso, afirma que en 1793 no era conocida ninguna prueba decisiva contra el rey.

lineau, carretero, Stofflet, guardabosque, etc., fué un movimiento religioso y popular, que degeneró más tarde en reacción monárquica.

A la guerra civil y extranjera sucedieron los reveses y las defecciones.

En situación tan apurada, la Convención tomó medidas extremas, y sacó de su seno un gobierno revolucionario. Para la defensa de las fronteras decretó una leva de trescientos mil hombres; para la defensa interior dispuso la creación de un *tribunal revolucionario*, investido de jurisdicción excepcional, encargado de castigar a los rebeldes, traidores, cómplices del extranjero, contratistas infieles, falsificadores de asignados, etc.; el establecimiento en cada municipalidad o sección de un *comité revolucionario*, para vigilar a los sospechosos; y la fundación del *comité de salud pública* (compuesto de nueve miembros de la Convención, renovados mensualmente), que debía concentrar todos los poderes, dar órdenes a los ministros, trazar a los generales de la república los planes de campaña, etc.

Unánimes los partidos contra la invasión, la guerra civil y los traidores, dividiéronse en los demás asuntos. Los girondinos, que tenían el gobierno en sus manos (no sólo los cargos públicos, sino el apoyo de la mayoría de la Convención formada por *el pantano*), se resistían a establecer medidas de excepción y violencia, pidiendo el pronto establecimiento de un gobierno regular; pero los *montañeses* justificaban las medidas revolucionarias, en vista de las circunstancias excepcionales por que atravesaba la nación, con miras a la *salvación pública*. A medida que los peligros iban en aumento, hacíanse ambos partidos mutuamente responsables de los males de la patria. Aquella lucha había de terminar por el exterminio de uno de los dos partidos adversarios. Después de numerosos incidentes, el club de los jacobinos, la municipalidad y una de las secciones de París (*l'Évêché*), centro de acción de los comités revolucionarios de la capital, se pusieron de acuerdo para obtener de la asamblea la expulsión de los principales diputados girondinos, cosa que lograron empleando la fuerza contra la Convención, *golpe de Estado* que venía a sentar un funesto precedente (2 de junio de 1793).

La Constitución de 1793. — Los jacobinos, dueños de la Convención, se apresuraron a redactar la Constitución prometida. Los principios políticos que la fundamentan son las teorías del *contrato social* de Rousseau, exageradas todavía. Multiplicanse en ella las precauciones contra el gobierno, colocándole enteramente bajo la dependencia de los gobernados, constitución inaplicable, aun dentro los estrechos límites de una pequeña ciudad. Aquella constitución no rigió jamás, puesto que su aplicación fué aplazada «a la paz general».



CARLOTA CORDAY (*Versailles*).

Gobierno revolucionario: el Terror. — La expulsión de los girondinos coincidió con la agravación de los sucesos interiores y exteriores. Los austríacos invadieron el norte de Francia; los españoles, el mediodía, por los Pirineos orientales; los ingleses bloquearon algunos puertos y se apoderaron de Tolón; la reacción realista de la Vendée se complicó con insurrecciones provocadas por los girondinos en las grandes ciudades, como Lyon, Marsella, Burdeos, etc. Normandía, Bretaña y la Provenza, alzaronse contra la Convención.

Carlota Corday, una joven de Caen, exaltada por los discursos de los girondinos proscritos, se presentó en casa de Marat, en París, y le asesinó.

En medio de aquella terrible crisis, los jacobinos, dueños de la situación, organizaron un gobierno revolucionario, decretando la *leva en masa* de la nación y dictando una serie de medidas radicales. El gobierno quedó concentrado en el *comité de salud pública*, cuyo verdadero soberano fué Robespierre, el ídolo del club de los jacobinos. La Convención votaba dócilmente los decretos del Comité, especie de ministerio en cuyas manos estaban los poderes legislativo y ejecutivo y la administración. Instrumentos suyos eran el *comité de seguridad general*, especie de inquisición policiaca que ordenaba la detención de los sospechosos de *realismo* o de

federalismo, y el *tribunal revolucionario*, tribunal supremo excepcional, con facultades para condenar sin pruebas, sin alegato, sin defensa y sin apelación. El *comité de salud pública* ejercía su acción tiránica, hasta las más apartadas provincias, por medio de delegados especiales, llamados *representantes en misión*, investidos de poderes civiles y militares.

Aquel régimen de dictadura revolucionaria, conocido por «el terror», fué inaugurado en junio de 1793, e hizo numerosas víctimas. Fué enviada al cadalso la viuda de Luis XVI, María Antonieta (16 de octubre); los más elocuentes diputados girondinos (31 de octubre); los antiguos constitucionales, como Baylli. En provincias se cometieron verdaderas atrocidades, como los fusilamientos en masa de Lyon y Tolón, y más tarde las *noyades* (1) de Carrier, en Nantes.

Los vencedores de los girondinos no tardaron en dividirse. La *montaña* se dividió en tres partidos: los *dantonistas*, quienes, una vez rechazada la invasión extranjera durante los últimos meses de aquel *año terrible* (1793), pedían la creación de un comité de «clemencia» y comparaban el terror al «despotismo de Roma bajo Tiberio»; los *hébertistas*, que, por el contrario, reprochaban al gobierno «su moderantismo», y querían destruir la religión católica y proclamar el culto de la *diosa Razón* (2); y los *robepierristas*, dueños del gobierno, a cuyo jefe, Robespierre, llamaban *el incorruptible*, el cual desaprobaba a sus adversarios y quería mantenerse entre las opuestas tendencias de ambos, tomando por divisa «el orden y la justicia».



REPRESENTANTE EN MISIÓN (Estampa de la época).

(1) Ejecuciones colectivas que consistían en embarcar numerosos condenados en buques que eran echados a pique en el Loire.

(2) Efectivamente, celebróse en París por aquellos días una gran ceremonia cívico-religiosa, simbólica del culto que pretendían establecer los hébertistas (llamados así de su jefe Hébert, director de un soez periódico titulado *Père Duchêne*), como más tarde Robespierre ordenó la celebración de otra ceremonia cívico-religiosa en la catedral de Nôtre-Dame, en honor del *Ser Supremo*, en la cual ofició él como sumo sacerdote.

Dictadura de Robespierre. — Las luchas de los partidos dieron por resultado el triunfo de Robespierre. Era Robespierre un abogado de Arras, diputado en la Asamblea Constituyente y después en la Convención. Tomó gran ascendiente sobre el club de los jacobinos y después en la Convención, no ciertamente por su talento, ni por sus cualidades oratorias, sino por el *dogmatismo* de sus ideas políticas, que se correspondían exactamente con las del partido jacobino. Hombre tenaz, sectario orgulloso y fanático, el resorte del gobierno popular en revolución era para él la *virtud* y el *terror*.

La muerte de sus adversarios políticos, llevados por él a la guillotina, le dejó el campo libre, y se convirtió en jefe de la Revolución y en amo de Francia. Durante su dictadura redobló el Terror. Numerosas personalidades, sin distinción de sexo ni condición, subieron al cadalso. Quería Robespierre regenerar la sociedad diezmandola, e imponerle después su evangelio político-religioso: el *contrato social* y el deísmo espiritualista de Rousseau.



MAXIMILIANO ROBESPIERRE
(Carnavalet).



TALLIEN (Grabado de la época).

El 9 termidor. — Resultado de la omnipotencia de Robespierre había de ser el establecimiento «de la dictadura legal» que le aconsejaban sus amigos y enemigos. Para establecerla era necesario contar con la mayoría de la Convención y deshacerse de los *terroristas*; pero éstos, temblando por su suerte, conspiraron, singularmente Fouché y Tallien, este último impulsado

por su pasión a una dama española, Teresa Cabarrús, que representó en aquella célebre jornada un papel importante.

Consiguiendo atemorizar a muchos diputados *del pantano*, y uniéndose a los amigos de Danton, promovieron una sesión tumultuosa, votando el procesamiento del tirano y sus secuaces. El club de los jacobinos intentó promover la insurrección de la municipalidad, pero ésta fué invadida por los convencionales, que se apoderaron violentamente de Robespierre y los suyos, que fueron guillotinado el 28 de julio de 1794. Aquella célebre jornada puso fin al régimen del Terror.



TERESA CABARRÚS (Grabado de la época).

El Directorio.—La Convención reemplazó la Constitución de 1793 por la del *Año III* (22 de agosto



MIEMBRO DEL DIRECTORIO EJECUTIVO (Estampa de la época).

1795). El poder ejecutivo fué confiado a un *Directorio*, compuesto de cinco miembros, cada uno de los cuales llevaba durante tres meses el título de presidente, estándole subordinados los ministros. El poder legislativo lo compartían dos cámaras: el *Consejo de los ancianos*, compuesto de doscientos cincuenta miembros, y el *Consejo de los quinientos*, al que correspondía hacer las leyes, que los *ancianos* podían rechazar o anular como contrarias a la Constitución.

Los dos Consejos quedaron constituidos el 17 de octubre de 1795, después de haber decretado la Convención el destierro a perpetuidad de los emigrados, y haber garantizado la legitimidad de la compra de bienes nacionales contra toda ulterior reivindicación. Los dos Consejos procedieron después a elegir los cinco *directores* que debían

encargarse del poder ejecutivo, siendo nombrados, entre otros, Barras y Carnot. Finalmente, el 26 de octubre de 1795, la Convención declaró su misión terminada.



MIEMBRO DEL CONSEJO DE LOS ANCIANOS (Estampa de la época).

La obra de la Convención. — Durante tres años la Convención gobernó Francia, presa de sangrientas revueltas políticas, agitada por la guerra civil y en lucha contra las naciones europeas. Esto no obstante, aquella famosa asamblea no cesó un momento en su tarea creadora de dotar a Francia de instituciones apropiadas al nuevo estado social creado por la Revolución. Doce comités, nombrados de su seno, se ocuparon de legislación, hacienda, instrucción pública, arte, obras públicas, guerra, marina, colonias, etc.

Una de las páginas más gloriosas de aquella asamblea es la atención concedida a la enseñanza pública en todos sus grados, y la creación de escuelas especiales. Los legisladores de la Convención, inspirándose en el espíritu científico y filosófico del siglo XVIII, pusieron la ciencia de su tiempo a servicio del Estado. Llevados de su afán reformador, establecieron el *calendario republicano* (1), adoptaron el sistema decimal y aceptaron todos los inventos nuevos en su tiempo. Si muchos de sus decretos no fueron aplicados, a causa de las circuns-



MIEMBRO DEL CONSEJO DE LOS QUINIENTOS. (Estampa de la época).

(1) Los doce meses del año llevaron los nombres de *vendimiario*, *brumario*, *frimario* (otoño); *nivoso*, *ventoso*, *pluvioso* (invierno); *germinal*, *floreál*, *prarial* (primavera); *mesidor*, *fructidor* (verano). El mes se dividía en tres décadas, o series de diez días, y la *nueva era* partía del 22 de septiembre de 1792, primer día del año I de la fundación de la República. Este calendario subsistió hasta 1809, en que fué abolido por Napoleón.

tancias excepcionales de la época, los gobiernos sucesivos de Francia los adoptaron.

Lucha de la Revolución con Europa. — La política exterior de los partidos revolucionarios fué una política guerrera. Los girondinos, enamorados del ideal republicano, enemigos de Luis XVI y de la monarquía constitucional, hallábanse animados del espíritu de proselitismo y propaganda, característico de la Revolución. Deseaban la guerra, para poner de relieve la complicidad del rey y de la corte con el extranjero, y consiguientemente derribar la monarquía y establecer la dominación de su partido. Los fuldenses (monárquicos constitucionales) la deseaban también, como un medio de reorganizar el ejército, y, restableciendo la autoridad del monarca, que éste pudiera dictar su voluntad a la Asamblea. La actitud amenazadora de Francia selló la unión entre Austria y Prusia; pero las restantes potencias permanecieron a la expectativa. La subida de los girondinos al poder (marzo de 1792) hizo la guerra inevitable. Después de una infructuosa tentativa de los franceses para ocupar Bélgica (perteneciente al Austria desde 1713), austriacos y prusianos tomaron la ofensiva; pero el general Dumouriez, ministro girondino, rechazó a los prusianos, mandados por el duque de Brunswick, en la batalla de Valmy (20 septiembre de 1792), obligándoles a emprender la retirada, y derrotó después a los austriacos en Jemmapes, que dió Bélgica a los franceses (noviembre de 1792). Aquel mismo año varios cuerpos de tropas francesas se apoderaron de Saboya, Niza y de algunas plazas del valle del Rin, territorios que fueron anexionados a la República francesa.

Después del suplicio de Luis XVI (1793) todas las monarquías europeas rompieron sus relaciones con Francia; menos Rusia, atenta a la anexión de Polonia.

Un ejército prusiano se dirigió contra Bruselas. Dumouriez, no habiendo podido pasar el Rin para conquistar Holanda, como se proponía, atacó a los austriacos, que le derrotaron en Neerwinden. Viendo sus planes políticos fracasados, aquel general se pasó a los enemigos, y el ejército francés, que había tenido el patriotismo de no coadyuvar a la traición de su caudillo, se retiró de Bélgica. Entretanto

ingleses, prusianos, austríacos y españoles invadían Francia por el norte, este y sur (mientras en el interior ardían la guerra civil de la Vendée y la insurrección girondina). La energía de la Convención y del *Comité de salud pública*, organizando numerosos ejércitos, cuyo mando llevaban generales patriotas como Jourdan, Hoche, Pichegru, etc., amenazados en caso de derrota con la guillotina, logró rechazar la invasión extranjera y apaciguar los conflictos interiores.

Libre de invasores, tomó Francia la ofensiva. Los ingleses y austríacos habían ocupado Bélgica. Los franceses derrotaron a estos últimos en la batalla de Fleurus y volvieron a conquistar aquel país. Entretanto el general Pichegru conquistó la orilla izquierda del Rin e invadió después Holanda, donde se produjo un alzamiento favorable a la Revolución, constituyéndose la *República batava*, aliada de la francesa. Por la *paz de Basilea* (1795) Prusia reconoció a Francia las conquistas de Bélgica y de los territorios alemanes de la orilla izquierda del Rin, y España, cuya política era hostil a Inglaterra, pactó también con la República francesa, cediéndole una parte de la isla de Santo Domingo.

Durante aquellas campañas el ejército francés experimentó una transformación radical. La obligación de la defensa de la patria, impuesta a los ciudadanos, creó el *ejército nacional*, compuesto de elementos diversos (antiguas tropas, voluntarios, federados, etc.), ejército unificado en sus componentes y organización. Consecuencia de ello tué también una nueva táctica, mientras que la emigración de una gran parte de la oficialidad del antiguo régimen dió lugar a que surgieran nuevos caudillos, soldados de fortuna, animosos y atrevidos, fieles a la República, patriotas: tales fueron Davout, Massena, Lefèbvre, Augereau, Murat, Ney, Soult y muchos otros que, en seguimiento de Napoleón, habían de avasallar a Europa.

BIBLIOGRAFIA. — El estudio de la Revolución francesa es muy complejo, siendo necesario acudir a numerosos libros, aun para adquirir un mediano conocimiento. Imposible de todo punto si no se sabe francés. Las Historias generales de la Revolución,

traducidas al castellano, como son las de Thiers, Michelet, Luis Blanc y alguna otra, son obras absolutamente anticuadas o tendenciosas. Para el desarrollo de los acontecimientos políticomilitares no son, desde luego, inútiles; pero insuficientes. Para

esto puede leerse también *La época de la Revolución francesa, del imperio y de la guerra de liberación* (t. XI de la *Hist. Univ.* de Oncken).

Entre las obras generales, en francés, son fundamentales las siguientes: H. Taine, *Les origines de la France contemporaine* (París, Hachette, 1892-1894, 6 vols.), autor hostil a la Revolución, que debe leerse con cierta precaución (véase A. Aulard, *Taine historien de la Rév. française*, París, A. Colin, 1908). — A. Sorel, *L'Europe et la Rév. fr.* (París, Plon, 1903-1905, 8 vols.), importante para la historia militar y diplomática. *Histoire socialiste* (1789-1900), publ. sous la direction de Jean Jaurés (París, Rouff, 12 vols.), obra de varios publicistas modernos, sólidamente documentada. Uno de los principales especialistas, es, desde luego, A. Aulard, profesor de la Universidad de París, a quien se deben numerosas publicaciones de documentos y obras de reputación universal, entre otras *l'Histoire politique de la Rév. fr.* (París, A. Colin, 1901); *Etudes et leçons sur la Rév. fr.* (París, F. Alcan, 1909-1921, 8 vols.); *Le culte de la raison et le culte de l'Être suprême* (París, id., 1909), etc. El mejor manual, según afirmación de dicho profesor, es el de Mignet, *Hist. de la Rév. fr.* (numerosas ediciones). Las enseñanzas del profesor Aulard han producido una serie de discípulos que han renovado científicamente el estudio de la Revolución. Ver, por ejemplo, la obra de A. Mathiez, *La Rév. fr.* (París, A. Colin, 3.ª ed.,

1928, 3 vols.) y las monografías que el mismo autor ha publicado recientemente, entre otras las dedicadas al estudio de Danton y Robespierre, etc. etc.

Las monografías sobre diversos aspectos de la Revolución son, desde luego, innumerables y no es posible indicarlas aquí. Véanse, v. gr., E. Champion, *La France d'après les Cahiers de 1789* (París, A. Colin, 1911), y el sugestivo libro de Funck-Brentano, *Légendes et archives de la Bastille* (París, Hachette, 1921), etc. — Hay que tener además en cuenta las narraciones contemporáneas, que constituyen una vasta literatura de *Memorias*. Son numerosos los editores que publican, «para el gran público», *Bibliotecas históricas* de relatos de la época revolucionaria. La historia anecdótica o amena ha tomado en nuestro tiempo gran impulso. Véanse, por ejemplo, los libros de los hermanos Goncourt, algunos de ellos traducidos al castellano, *Historia de María Antonieta*, *Historia de París durante la Revolución francesa*, y, singularmente, los amenísimos estudios de G. Lenôtre, *Vieilles maisons, vieux papiers, Paris révolutionnaire* (París, Perrin, 5 vols.), etcétera. Hay que advertir que muchos de estos libros son en realidad obras de amena literatura, *arreglos* que no tienen de histórico más que el asunto y la apariencia. Una excelente guía para estudiar seriamente la Revolución es el libro de P. Caron, *Manuel pratique pour l'étude de la Rév. fr.* (París, A. Picard, 1912).



«LA CORONACIÓN DE NAPOLEÓN», por David. (Louvre).

NAPOLEÓN BONAPARTE

El ocaso de la República. — La gran crisis revolucionaria, con sus enormes consecuencias, había dejado a Francia sin recursos ni crédito. Suprimidas las contribuciones indirectas por la Asamblea Constituyente, se percibían tarde y mal las directas. Los *asignados* habían bajado a una centésima parte de su valor nominal. La paralización del trabajo, la dificultad de comunicaciones y la carestía de las subsistencias presagiaban la bancarrota total. En el Estado, arruinado, las luchas políticas ardían. El general Hoche había pacificado los departamentos rebeldes, desarmando a los campesinos y obligándoles a reanudar sus pacíficas tareas; pero los emigrados y los clérigos refractarios habían regresado y se reorganizaban. Numerosos realistas

(puros y constitucionales) conspiraban, en correspondencia con el conde de Provenza (hermano de Luis XVI), refugiado en Londres, y trabajaban para restaurar la monarquía. El Directorio, compuesto en su mayoría de republicanos, veíase además combatido por los *montañeses* radicales, llamados *terroristas*, que se proponían derribar el Gobierno.

Después de la paz de Basilea continuaba el Directorio la guerra con Austria, Inglaterra y los Estados italianos. En 1796, el gran ministro de la guerra, Carnot, miembro del poder ejecutivo, hizo activar la campaña, ordenando a los generales Jourdan (substituído por Hoche), Moreau y Bonaparte que, combinando sus operaciones, se dispusieran a llegar hasta Viena. Hoche y Moreau habían pasado el Rin, en 1797, cuando supieron que su colega Bonaparte, general del ejército que operaba en Italia, había entablado con los austríacos negociaciones de paz (los preliminares de Leoben). En aquel momento la historia de la Revolución y de Europa entraba en una nueva fase, por obra de un hombre verdaderamente extraordinario: Napoleón Bonaparte.



CARNOT. (Grabado de la época).

Napoleón Bonaparte. — Nació Napoleón Bonaparte en Ajaccio (Córcega), el 15 de agosto de 1769. Hijo de un abogado, partidario de la unión de Córcega a Francia, fué enviado a la Escuela militar de Brienne, donde reveló excelentes disposiciones en el estudio de las matemáticas, historia y geografía. Entró después en la Escuela militar de París, saliendo en 1785 con el grado de oficial de artillería. Estuvo de guarnición en varias plazas (Douai, Auxonne, etc.) trabajando mucho para no aburrirse. Al estallar la Revolución se afilió a ella, tomando parte en el sitio de Tolón en 1793, cuando no era más que capitán. Ascendido a general de brigada después del sitio, sirvió en el ejército de los Alpes. Al estallar el 9 termidor perdió el apoyo de

los hermanos Robespierre, de quienes era amigo, y, habiendo rehusado ir de operaciones al ejército de la Vendée, pasó algunos años en París destinado a la sección topográfica del ministerio de la Guerra, solo, sin amigos y desalentado. Pensaba marcharse a Turquía cuando acontecimientos imprevistos cambiaron su suerte (1), y fué ascendido a general de división y nombrado después jefe del ejército del interior. Éste importante cargo le abrió los salones de París.



BARRAS. (Grabado de la época).

En ellos conoció a una dama americana, Josefina Beauharnais (2), amiga de Barras (miembro del Directorio) y, por influencia de éste, fué promovido al empleo de general en jefe del ejército de Italia, a los pocos días de haberse casado con Josefina (marzo de 1796).

Bonaparte era un hombre nacido para el mando y la conquista. Su figura raquítica, su tez pálida, sus cabellos lacios, disimulaban la sobrehumana energía de su alma, su férrea voluntad, el temple de su carácter, su desmesurada ambición.

Campañas de Italia: sus consecuencias. — El nombramiento de general en jefe del ejército de Italia fué para Bonaparte el comienzo de su prodigiosa fortuna. Dos años hacía que las tropas de la República hallábanse desprovistas de todo, luchando penosamente contra los austríacos y piemonteses. Bonaparte supo infundirles confianza en el triunfo (3) y, desplegando una extraordinaria actividad,

(1) Se ha explicado el origen de la fortuna de Bonaparte por su intervención en la *jornada del 13 vendimiarlo*, insurrección realista contra el Directorio, provocada por arbitrariedades del poder ejecutivo, encaminadas a apartar a aquéllos del Poder. Bonaparte, encargado de la defensa del Cuerpo legislativo, salió airoso de su cometido, salvando al Directorio, y en recompensa fué ascendido a general. Este hecho ha sido desmentido (véase H. Zivy, *Le treize vendimiaire*, París, 1898).

(2) Viuda del general Beauharnais que había sido guillotinado y de cuyo matrimonio tenía dos hijos, Eugenio y Hortensia, esposa de Luis Bonaparte, padres de Napoleón III.

(3) Es muy popular la proclama que Bonaparte dirigió entonces a las tropas. «Soldados: la República os lo debe todo; pero no puede daros nada. Os halláis descalzos y mal alimentados. Son admirables vuestra paciencia y vuestro valor. Os llevaré a los más fértiles países del mundo. Ricas provincias, grandes ciudades, serán vuestras. En ellas encontraréis honores, gloria y riquezas.»



NAPOLÉON BONAPARTE

comenzó la campaña. Derrotó a sus adversarios en Montebotte, Dego, Mondoví, etc. El rey de Cerdeña pidió la paz, cediendo a Francia Niza y Saboya. Dueño del Piamonte, derrotó Bonaparte a los austríacos en Lodi, apoderándose de Lombardía. Recibida la sumisión de los pequeños estados italianos, bloqueó al general austríaco Wurmser en Mantua y, después de los triunfos de Arcola y Rívoli, le obligó a capitular. El vencedor recibió proposiciones de paz del pontífice y de Austria, y, aprovechando un armisticio, conquistó la *república de Venecia*.

Las hazañas de Bonaparte dieron por resultado el *tratado de Campo-Formio* (octubre de 1797), que el caudillo victorioso negoció por su cuenta, obteniendo del emperador (Francisco II de Austria) la cesión de Bélgica, el reconocimiento de los derechos a los territorios de la orilla izquierda del Rin y el asentimiento a la creación de dos nuevas repúblicas aliadas de Francia: la *república Cisalpina*, formada con la Lombardía, la Romagna, etc., y la *república de Liguria*, con los territorios de la extinguida *señoría de Venecia*.

El prestigio adquirido por Bonaparte fué tan extraordinario como peligroso su ascendiente sobre el ejército. Más que un general de la República era, en realidad, un caudillo que obraba por cuenta propia, y como el Directorio, para sostenerse en el poder, hubo de apelar al ejército, quedó abierto el paso a la dictadura.

Expansión de la República francesa. — El tratado de Campo-Formio no puso freno a la política invasora del Directorio. Empujado por el entusiasmo de las tropas, por la ambición de los generales y por la codicia de una guerra convertida en fuente de ingresos, el ejército francés, entrando en Roma y apoyando al partido republicano de aquella ciudad, instituyó la *República romana* (febrero de 1798). Interviniendo después en los asuntos interiores de Suiza, apoyó el Directorio la formación de la *República helvética* (abril de 1798).

De las potencias europeas, únicamente Inglaterra continuaba en lucha contra Francia, haciéndole una encarnizada guerra marítima y colonial, y aprovechando las circunstancias para engrandecer su imperio ultramarino a costa de las posesiones holandesas. Francia intentó dañar a su rival,

apoyando la hostilidad de los irlandeses hacia el gobierno inglés; pero, no pudiendo conseguir ventajas en este sentido, propuso Bonaparte al Directorio combatir a Inglaterra atacando el Egipto.



NELSON. (Galería nac. de Londres).

Campaña de Egipto. — Egipto, desde el siglo XVI, pertenecía nominalmente a Turquía. En realidad hallábase dominado por los *mamelucos*, caballeros árabes, opresores de las poblaciones del valle del Nilo. Bonaparte propuso al Directorio la anexión de aquel país, con el objeto aparente de extender la supremacía francesa por el Mediterráneo (1) y dominar la ruta de la India; pero, en el fondo, el ambicioso general sólo buscaba un nuevo teatro a sus

hazañas y ganar tiempo para hacerse dueño del Poder (2). El Directorio, a su vez, consintió en los proyectos de Napoleón para alejarle de París, donde su popularidad iba, día tras día, en aumento. So pretexto de que se iba a librar a Egipto de la tiranía de los mamelucos, salió de Tolón una escuadra con un ejército de desembarco (mayo de 1798), y burlando la vigilancia de los buques ingleses, dirigidos por el intrépido almirante Nelson, desembarcó Bonaparte en Alejandría, con tropas escogidas y una



LUCIANO BONAPARTE (Mus. de Versailles).

(1) Francia poseía, en el Mediterráneo, Córcega y el condado de Niza; ejercía protectorado sobre Génova y las islas Jónicas; pero el móvil de Bonaparte, en su expedición, era únicamente alcanzar reputación y gloria, como medio de hacerse dueño del gobierno. «Las grandes reputaciones — decía — se hacen en Oriente.»

(2) A los amigos que le aconsejaban que intentase derribar el Directorio les contestaba «que la pera no estaba madura todavía».

brillante oficialidad, habiéndose incorporado a la expedición un grupo de sabios (1). El 21 de julio obtenían los franceses la victoria *de las Pirámides*; pero Nelson destruía poco después la escuadra francesa en la rada de Aboukir, dejando a los invasores aislados, en el país de los antiguos faraones. Bonaparte procuró encontrar recursos en el país mismo. Turquía se rebeló contra aquella expoliación; pero Bonaparte, para reducirla, se dirigió a Siria, apoderándose de



TALLEYRAND (*Versailles*).

algunas plazas y venciendo a los turcos en el monte Thabor. Esto no obstante, fracasó frente a San Juan de Acre y tuvo que retroceder a Egipto. Allí supo que el Directorio se hallaba presa de la anarquía de los partidos políticos, y el país amenazado por la invasión extranjera. Dejando furtivamente el ejército al mando de Kleber, partió para Francia, a cuyas costas arribó el 19 de octubre de 1799.

El 18 brumario. — La política de propaganda y de conquistas del Directorio había provocado, a instigación de Inglaterra, una nueva coalición contra Francia, en la que entraron Austria, Nápoles y Cerdeña (inquietas por la hegemonía francesa en Italia) y Rusia. El Directorio se vió obligado a promulgar *la ley de conscripción*, que llamaba a filas a todos los ciudadanos de veinte a veinticinco años, y a establecer nuevos tributos. Unido esto a las luchas políticas y a los reveses de la campaña de 1799, hallábase el Directorio desacreditado, el poder presa de las facciones. Bonaparte, cuya popularidad era extraordinaria, conspiró con tres de los miembros del poder ejecutivo (Sièyes, Barras y Roger Ducos), con algunos ministros, jefes de ejército y miembros de los Consejos, preparando un *golpe de Estado*. Tomando por pretexto una conspiración jacobina, Sièyes propuso la traslación de los Consejos a Saint-Cloud, y la entrega del mando militar a Bonaparte. Previa dimisión de

(1) Desde el punto de vista científico, aquella expedición fué beneficiosa. De ella habían de partir los primeros descubrimientos que más tarde cimentaron la egiptología.

la mayoría de los miembros del poder ejecutivo, Bonaparte, seguido de sus oficiales adictos y de un cuerpo de tropas, se presentó en el Consejo de los ancianos, increpándole haber violado la Constitución. Se dirigió luego al Consejo de los quinientos. Cuando los diputados percibieron las bayonetas, apostadas fuera del salón de sesiones, promovieron un gran tumulto, apostrofando al dictador y pidiendo su acusación; pero Luciano Bonaparte, hermano de Napoleón, que presidía la asamblea, abandonó su puesto, y, dirigiéndose fuera de la sala, logró arrastrar consigo a los granaderos que, a tambor batiente, dispersaron a los diputados. Tal fué el 18 brumario (9 y 10 de noviembre



FOUCAULT (Versailles).

de 1799), famoso *golpe de Estado* que abolía el Directorio y entregaba los destinos de Francia y de Europa al nuevo César.

El Consulado: Constitución del año VIII. — Se llamó *Consulado* la nueva forma que revistió la República francesa después de abolido el Directorio. El 19 brumario algunos miembros del Consejo de los quinientos, presididos por Luciano Bonaparte, habían conferido el poder a *tres cónsules provisionales*: Bonaparte, Sièyes y Roger Ducos, que juraron «fidelidad a la República, una e indivisible». Una comisión legislativa quedaba encargada de la reforma constitucional.



PITT (Galería nacional de Londres).

La nueva Constitución, llamada *del año VIII*, promulgada en diciembre de 1799, fué obra de Bonaparte. Aunque establecía tres cónsules, decenales, el poder pasaba en realidad a manos de uno solo. Bonaparte, nombrado *primer Cónsul*, fué el amo del gobierno. Nombraba los funcionarios

y resolvía todos los asuntos. El poder legislativo, repartido entre *cuatro asambleas* (Consejo de Estado, Tribunado, Cuerpo legislativo y Senado), dependía, en realidad, del poder ejecutivo, es decir, del primer Cónsul. La Constitución del año VIII establecía un poder monárquico con apariencias republicanas y, aunque su aprobación había de someterse a un plebiscito, Bonaparte la puso en vigor inmediatamente y se instaló en las Tullerías. Francia, cansada de agitaciones políticas y gobiernos anárquicos, se sometió al mando del glorioso general, que prometía establecer un gobierno fuerte y respetar el cambio social producido por la Revolución.



JOSÉ BONAPARTE (Grabado de la época).

Constituyó Bonaparte el nuevo gobierno con funcionarios pertenecientes a distintos partidos políticos: Talleyrand, ex obispo de Autun, fué nombrado ministro de Estado; Fouché, ex terrorista, ministro de policía, etc. Bonaparte se esforzó en apaciguar las rivalidades de los partidos. Cerró la lista de los emigrados, toleró que muchos de ellos se restituyeran a la patria

y dió libertad a numerosos clérigos refractarios. Extinguió las últimas insurrecciones realistas del oeste, restableciendo con energía la seguridad pública, y acometió numerosas reformas en todas las ramas de la administración pública. Entre sus grandes reformas fueron las principales la promulgación del Código civil y el Concordato de 1801. No descuidó la instrucción ni las obras públicas, y, para estimular a los funcionarios del Estado, instituyó la *Legión de honor*, en recompensa del mérito, así civil como militar. Las instituciones administrativas, judiciales, financieras y legislativas del Consulado, son todavía el molde de Francia contemporánea, es decir, sociedad igualitaria. Estado omnipotente, cuya acción se ejerce por una jerarquía de funcionarios. El funcionarismo y la centralización administrativa, creaciones de la monarquía absoluta, continuaron después de la Revolución, y su organizador fué Napoleón Bonaparte.

Política exterior del Consulado. — Al encargarse del poder, Bonaparte ofreció la paz a Austria y al rey de Inglaterra, sin resultado. La guerra continental se reanudó en 1800. Mientras un ejército francés, mandado por Moreau, pasaba el Rhin, y Massena se defendía en Génova, Bonaparte, reuniendo un tercer ejército, franqueó los Alpes por el gran San Bernardo y, cayendo de improviso sobre Lombardía, derrotó a los austriacos en Marengo (junio de 1800). Algunos meses después ganaba Moreau la batalla de Hohenlinden, cerca de Munich, que abrió a los franceses las puertas de Viena. El Austria aceptó la *paz de Luneville* (febrero de 1801), ratificación del tratado de Campo-Formio, que reemplazaba en Italia la dominación austriaca por la francesa, cuya influencia en Alemania devenía también preponderante. Continuó, sin embargo, la guerra con Inglaterra durante algún tiempo, hasta la *paz de Amiens* (marzo de 1802).

Los tratados de Luneville y Amiens establecieron la supremacía de Francia en Europa. La República francesa extendía su territorio hasta el Rhin y los Alpes. Su influencia iba más allá de sus fronteras, por la hegemonía ejercida sobre las repúblicas vecinas (Bátava, Helvética, Cisalpina y Liguria) y por su ascendiente en Alemania, Italia y España, cuya política, dirigida por Godoy, ministro de Carlos IV, era enteramente adicta a Francia. Sin embargo, Inglaterra quedaba invencible por mar, habiendo ganado en la lucha las islas de Ceilán y Trinidad, y conseguido la evacuación de los franceses de Egipto.



LUIS BONAPARTE (*Versailles*).

El Consulado vitalicio. — Los triunfos de Bonaparte en el exterior y la consolidación de su gobierno en el interior, iban a destruir las apariencias del gobierno republicano de Francia. El rango y los poderes que la Constitución del año VIII otorgaba al primer Cónsul no satisfacían la ambición de Bonaparte. Por una serie de actos arbitrarios

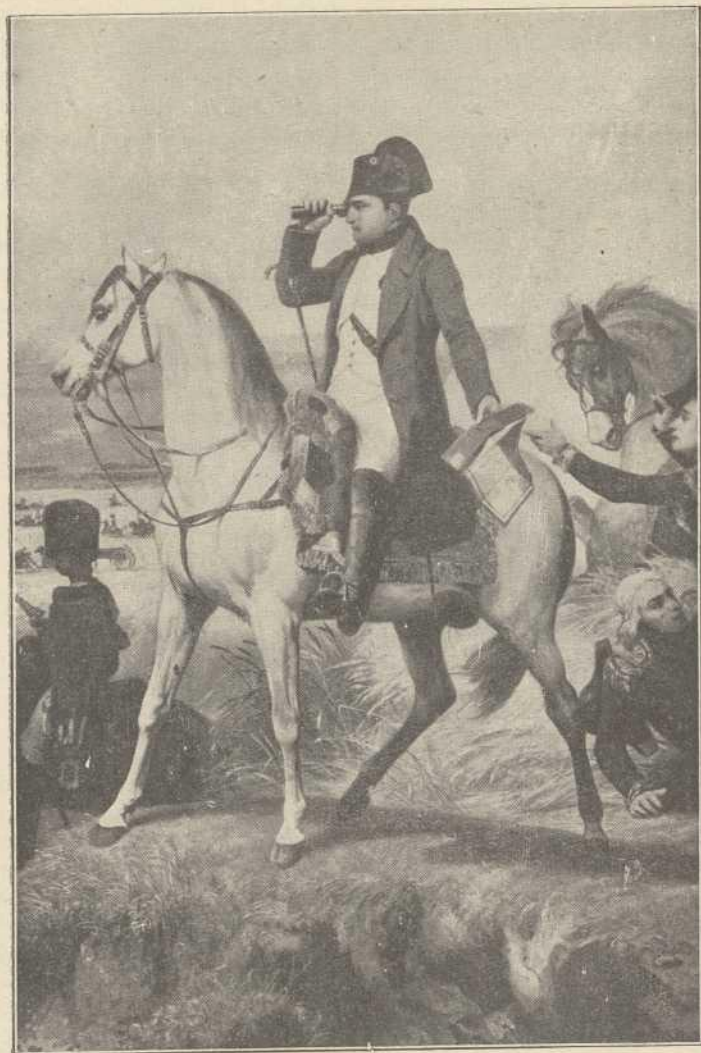
acrecentó las atribuciones del poder ejecutivo y, en agosto de 1802, el Senado le proclamó *Cónsul vitalicio*. Fortuna tan prodigiosa excitó en contra suya el furor de los partidos: los realistas intransigentes y los jacobinos irreconciliables; pero Bonaparte se mostró inflexible. Mantuvo los jacobinos a raya, haciéndoles vigilar constantemente por una sagaz policía, dirigida por el hábil Fouché. Los realistas, que en un principio habían creído que Bonaparte representaría el papel de Monk, pudieron convencerse de su error (1). Ambos partidos depuestos tramaron una serie de complots para asesinar al dictador (la *máquina infernal*, diciembre de 1800; la conspiración realista dirigida por Caudoudal, 1804, etc.); pero todos ellos fracasaron. Bonaparte, resuelto a imponerse por el terror, desconcertó al partido realista hiriéndole en sus hombres de más valía, sin arredrarse ante el crimen ni la violación de los más sagrados derechos. Tal hizo, v. gr., con el duque de Enghien, nieto del príncipe de Condé, arrebatándole a su residencia del extranjero y fusilándole en el foso de Vincennes, hecho considerado como uno de los mayores atropellos que registra la Historia.

El resultado de aquellas conspiraciones fué acelerar la subida de Bonaparte al trono. El ejército y las corporaciones civiles multiplicaron los actos de adhesión al primer Cónsul. El 25 de abril de 1804 un miembro del Tribunado propuso «que el gobierno de la República fuera confiado a un emperador, y que el Imperio fuese hereditario en la familia de Bonaparte». El Senado emitió idéntico parecer (18 mayo de 1804), confiando el gobierno de la República a «Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses», acto ratificado por un plebiscito. De este modo se transformó el Consulado en una monarquía militar.

El Imperio: coaliciones contra Napoleón: sus campañas. — El 2 de diciembre de 1804 Napoleón Bonaparte fué solemnemente coronado emperador de los franceses, por el pontífice Pío VII, en la catedral de Nuestra Señora de París.

La *paz de Amiens* había sido rota en mayo de 1803, a

(1) El conde de Provenza (futuro Luis XVIII) había escrito a Bonaparte invitándole a «devolver a Francia su rey». Napoleón le contestó diciéndole: «Desechad vuestro deseo de volver a Francia, porque para ello tendríais que pasar sobre medio millón de cadáveres. Sacrificad vuestro interés a la tranquilidad de Francia. La Historia os lo tendrá en cuenta.»



NAPOLEÓN EN WAGRAM, por H. Vernet (*Galería de Versailles*).

causa de los recelos que la política de Bonaparte inspiraba a Inglaterra. El gran ministro Guillermo Pitt, representante de la aristocracia británica, se manifestó defensor de la libertad de Europa, amenazada por Napoleón. Este preparó un gran ejército (150,000 hombres), con el cual proponíase invadir Inglaterra, pero le faltó marina para apoyar el desembarco de sus tropas.

Inglaterra, Austria y Rusia se coligaron contra Napoleón que, con una actividad y decisión extraordinarias, se dirigió contra los austríacos. En octubre de 1805 franqueó el Rin y el Mein y, haciéndose dueño de las dos orillas del Danubio, separó al ejército enemigo. El general austríaco Mack capituló en Ulm. Entretanto, la escuadra francoespañola era destrozada en Trafalgar. Napoleón siguió hacia Viena, empujando al ejército de los aliados, que fué destruído en la batalla de Austerlitz (2 de diciembre de 1805), una de las victorias más renombradas de Napoleón.

Cesaron las hostilidades. Por la *paz de Presburgo* quedó Austria desposeída de sus territorios italianos y de sus dominios en el oeste de Alemania. Napoleón continuó su política agresiva. En 1806 desposeyó a los Borbones del *reino de Nápoles*, cuya corona dió a su hermano José Bonaparte. Transformó después la república báltava en *reino de Holanda*, a favor de otro hermano suyo, Luis, mientras creaba multitud de *feudos y ducados vasallos del Imperio*, que repartía a los individuos de su familia o entre sus generales y ministros.

Consecuencia del debilitamiento de Austria fueron la transformación del imperio germánico y la influencia de Napoleón sobre los príncipes alemanes, con los cuales formó la *Confederación del Rin*, de la que se declaró *Protector*, obligándoles a suministrarle contingentes militares. Prusia y Austria quedaron fuera de la confederación. El emperador Francisco II renunció a la corona del *Sacro Imperio* y tomó el título de emperador de Austria. Napoleón quedó dueño del occidente de Europa continental.

Llegado a tal grado de poder, se vió obligado a incessantes conquistas para mantener su supremacía. Su enemiga era Inglaterra, a la que no pudo vencer, «por no dominar durante doce horas el estrecho». Para arruinarla quiso Napoleón imponer su voluntad a todos los Estados del conti-

nente. Obligado el rey de Prusia a aceptar la política francesa, se indispuso con Inglaterra; pero al fin llegó a prevalecer en aquel país el partido opuesto, y, uniéndose a Rusia, rompió con Napoleón. Este, sin esperar la declaración de guerra, condujo sus ejércitos a Turingia y derrotó a los prusianos en Jena y Auerstedt, entrando triunfante en Berlín. Después de ocupar la Polonia prusiana dirigióse contra los rusos, que le opusieron obstinada resistencia en la sangrienta batalla de Eylau (febrero de 1807); pero acabaron por ser derrotados, en la primavera siguiente, en Friedland.

El czar pidió la paz, queriendo negociarla personalmente con el vencedor. La entrevista de ambos emperadores, en aguas del Niemen, tuvo por resultado la *paz de Tilsit* (1807), en la que Prusia pagó los gastos de la guerra, siendo desposeída de la mitad de su territorio. Sus provincias polacas fueron cedidas, con el nombre de *granducado de Varsovia*, al elector de Sajonia, fiel aliado de Napoleón; los territorios prusianos de la orilla izquierda del Elba constituyeron, con otras porciones de Alemania, el *reino de Westfalia* para Jerónimo Bonaparte. Una alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Rusia, encaminada a anonadar Inglaterra y repartirse Europa, cerraba el tratado.

La alianza francorrusa entregaba Europa a dos soberanos: Napoleón y Alejandro I de Rusia. Faltaba vencer a Inglaterra, dueña del mar. Inglaterra había cerrado el Océano a su enemigo, declarando *en estado de bloqueo* todos los puertos franceses. Napoleón respondió con el famoso *bloqueo continental* (Berlín, 1807), cerrando a los buques ingleses la entrada en los puertos franceses o de sus aliados, medida encaminada a provocar una crisis económica a su enemiga. Con el fin de cerrar a Inglaterra los puertos del mar del Norte, tuvo Napoleón que incorporar a su imperio las costas de Holanda, noroeste de Alemania y Dinamarca. Luego,



FIG VII, por David (Fontainebleau).

la ambición de reunir bajo su cetro el occidente y mediodía de Europa, y las exigencias del bloqueo continental, empujaronle a nuevas conquistas en Italia y en la península Ibérica. Portugal, sometido a la política inglesa, rehusó su asentimiento al bloqueo. Napoleón, puesto de acuerdo con Godoy, omnipotente ministro de Carlos IV, rey de España, envió un ejército que ocupó aquel reino, mientras la familia real de Braganza huía al Brasil.

Consecuencia de la ocupación de Portugal fué la *guerra de independencia española*. So pretexto de reforzar el ejército de Portugal, 80,000 franceses, conducidos por Murat, entraron en España. En marzo de 1808 estalló el *motín de Aranjuez* contra Godoy. Carlos IV abdicó la corona en favor de su hijo, que fué proclamado con el nombre de Fernando VII. Napoleón se entrevistó en Bayona con Carlos IV, Fernando VII y Godoy. Después de humillaciones e intrigas, consiguió que Fernando renunciase a la corona en favor de su padre, quien abdicó de nuevo en manos de Napoleón (5 de mayo de 1808). Entretanto, el pueblo de Madrid, no comprendiendo lo que ocurría y alarmado ante la extradición de los infantes de la familia real, se amotinó. La represión de las tropas de Murat produjo la insurrección del 2 de mayo de 1808, movimiento espontáneo del pueblo contra los franceses, generalizado muy pronto en toda la Península. Todas las regiones españolas, como si las moviera un solo resorte, apelaron a las armas contra el usurpador extranjero. Nobles, campesinos, burgueses, monjes, clérigos, etc., se dispusieron a defender su patria y su rey. Napoleón había instalado en Madrid a su hermano José Bonaparte, el rey *intruso*, antes rey de Nápoles, hombre apreciable, pero naturalmente odiado del pueblo español. Los franceses fueron derrotados en Bailén (julio de 1808), donde el general Dupont capituló con 20,000 hombres. Al mismo tiempo Junot en Portugal, cortadas sus comunicaciones con España y perseguido por un ejército inglés, mandado por sir Artur Wellesley, capituló en Cintra. El rey José abandonó Madrid, replegándose los franceses sobre la orilla izquierda del Ebro.

Napoleón, después de estrechar su alianza con el emperador de Rusia en la entrevista de Erfurth (octubre de 1808) vino a España. Los ejércitos españoles sufrieron una serie de descalabros en Burgos, Talavera, Espinosa de los Mon-

teros, etc. Resistieron heroicamente las ciudades: Zaragoza, defendida por Palafox; Gerona, por Alvarez de Castro; Cádiz, etc. Napoleón llegó a Madrid, presentándose como *regenerador de España*, anunciando la implantación de una serie de reformas derivadas del espíritu de la Revolución, que, si bien eran deseadas por algunos españoles esclarecidos, *los afrancesados*, el pueblo fanatizado rechazó, a impulso de los sentimientos de independencia y odio al extranjero. La guerra continuó en España, con diversas vicisitudes, hasta 1814. Los mejores ejércitos de Napoleón sucumbieron ante la tenacidad de los guerrilleros (Mina, Moreno, el Empecinado, etc.), los estragos del clima y la cooperación de Inglaterra. La guerra de España produjo enorme sensación en Europa, y fué el comienzo de la caída de Napoleón, quien, a principios de 1809, se vió obligado a salir precipitadamente de España para hacer frente a otra coalición que contra él formaron Austria e Inglaterra. Mientras Alemania iba tomando conciencia de su nacionalidad, Austria reorganizaba sus ejércitos y, después de enunciar sus agravios contra el déspota, invadía Baviera, Italia y el ducado de Varsovia; pero el terrible corso triunfaba de nuevo en Essling, y más tarde obtenía la gran victoria de Wagram.

El papa Pío VII, que se había adherido a la coalición, fué privado de sus dominios temporales y conducido prisionero a Francia. Por la paz de Viena (octubre de 1809) perdía Austria importantes territorios y accedía al sistema continental.

La obra de Napoleón en Francia y en Europa. — Las transformaciones ocurridas en Francia desde la Revolución dieron por resultado el establecimiento de uno de los mayores despotismos administrativos y militares que la Historia recuerda, a saber: *el imperio napoleónico*, despotismo basado en el genio del déspota. La organización administrativa, legislativa y económica del Consulado, fué completada y perfeccionada durante el Imperio por aquel hombre de incomparables facultades administrativas, políticas y militares, acrecentadas por su laboriosidad prodigiosa. Dueño de Europa, quiso Bonaparte hacer de París la capital del mundo. Favoreció con todas sus fuerzas la prosperidad económica de su Imperio, impulsando el comercio, la industria, las obras públicas, y para

asegurarse la adhesión de las generaciones futuras otorgó el monopolio de la enseñanza a la *Universidad imperial*, «bloque de granito, sobre el cual había de cimentarse la sociedad futura». Al edificio de tan enorme fortuna faltábale únicamente asegurar la duración. El emperador, careciendo de hijos, hizo promulgar por el Senado su divorcio con Josefina Beauharnais (1809), casándose después con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria (1811), de la cual tuvo un hijo, que recibió en la cuna el título de *rey de Roma*.



LA EMPERATRIZ JOSEFINA, por Gérard
(Mus. de Versailles).

El poder imperial alcanzó entonces su mayor apogeo, al mismo tiempo que el Imperio alcanzaba sus más extensos límites. Comprendía el *imperio napoleónico* ciento treinta departamentos, gobernados por *prefectos*, y contaba 145 millones de súbditos (franceses, belgas, holandeses, italianos, alemanes, etc.), fruto de las conquistas y anexiones de la Revolución y del Imperio. Exceptuando España e Inglaterra, toda Europa aceptaba la dominación o la alianza del «emperador de los franceses». En la construcción de aquel vasto y complejo edificio, que recuerda el de Augusto

o el de Alejandro Magno, Napoleón encarnó el alma de la Revolución francesa. El resultado de sus conquistas fué la abolición del antiguo régimen en casi todos los países europeos. Sus soldados y sus funcionarios impusieron o propagaron los principios de la Revolución.

Caída del Imperio. — La alianza entre Napoleón y el emperador de Rusia no podía ser duradera: 1.º, porque esta nación había obtenido ya cuantas ventajas podía esperar de la alianza napoleónica, a saber: las conquistas del ducado de Finlandia y de las ricas provincias de Besarabia, Moldavia, Valachia, etc.; 2.º, porque la existencia del ducado de Varsovia amenazaba la reconstitución de Polonia,

idea rechazada por la política rusa, y 3.º, porque el sostenimiento del bloqueo continental era la ruina económica del país, donde una violenta irritación se manifestaba por aquella causa.

Alejandro I comenzó por autorizar la importación de géneros coloniales bajo pabellón neutro, y ante las reclamaciones de Napoleón contestó elevando el arancel a los vinos franceses.

El conflicto estalló fatal y necesariamente. Napoleón se puso en campaña movilizando un ejército que, con las reservas, excedía de un millón de hombres, «el ejército de las veinte naciones», e invadió Rusia con 300,000. El czar podía oponerle otros tantos; pero evitó las batallas, dejando «el cuidado de la defensa al tiempo, al desierto y al clima».

Napoleón franqueó el Niemen en junio de 1812, y entró en Vilna, desde donde se encaminó a Moscou. En septiembre, después de una marcha interminable, logró derrotar a los rusos en la batalla de la Moscowa, después de la cual entraron los franceses en Moscou; pero los rusos habían abandonado la ciudad, y su gobernador, el conde de Rostopchine, había ordenado incendiar los almacenes. Pronto fué la capital rusa pasto de las llamas. El ejército francés, hambriento, lleno de enfermos, comenzó a desorganizarse. Dirigirse a San Petersburgo no era posible; menos todavía ir más adelante hacia el sur. Napoleón hubo de disponer la retirada, la tristemente célebre «retirada de Rusia», espantoso éxodo de dos meses a través de país enemigo, frío, monótono, inhospitalario, sin víveres ni abrigo. Millares de infelices sucumbieron ante los rigores del clima, de la fatiga, del hambre, de las privaciones. A orillas del Beresina, afluente del Dnieper, sesenta y cinco mil franceses tuvieron que abrirse paso rompiendo las líneas enemigas. El emperador, dejando el mando de las tropas a Murat, corrió a París. En diciembre, los restos del «Grande Ejército» repasaron el Niemen, quedando sobre las nevadas llanuras rusas una estela de doscientos cuarenta mil cadáveres. Aquel formidable desastre era, según frase del escéptico y clarividente Talleyrand, «el principio del fin».

El prestigio de Napoleón se derrumbó, y todos los sentimientos de odio, contenidos por la fuerza o por el temor, estallaron. A imitación de España y, posteriormente, de Rusia, un gran movimiento patriótico se produjo en Alema-

nia, bajo la dirección de Prusia que, después del desastre de Jena, se reconstituía a impulso de grandes patriotas, como el barón de Stein, Humboldt y el filósofo Fichte, autor de los célebres *Discursos a la nación alemana* (1).

La explosión del sentimiento nacional alemán determinó la resolución de los soberanos. Prusia, Rusia, Inglaterra y Suecia se unieron contra Napoleón.



FICHTE (según el dibujo de Buerg).

Este, a su regreso a París, se mostró tan imperioso y confiado como siempre, y preparó un ejército de trescientos cincuenta mil hombres. Napoleón contaba todavía con la mayor parte de príncipes de la Confederación del Rin, mientras Eugenio Beauharnais, virrey de Italia, manteníase en Alemania con su ejército para hacer frente a rusos y prusianos. Napoleón, reunido con él en 1813, ganó a los prusianos las victorias de Lutzen y Bautzen.

El Austria, que hasta entonces habíase mantenido *neutral*, dirigida por el famoso diplomático Metternicht propuso mediar. Abriéronse las negociaciones en el *congreso de Praga*. Las potencias europeas exigieron a Napoleón condiciones que éste no aceptó. Roto el armisticio, Austria se unió a los aliados, que juntaron quinientos mil hombres. Napoleón derrotó a los austríacos en Dresde; pero sus generales Ney y Oudinot fueron vencidos separadamente. Estas derrotas obligaron a Napoleón a concentrar todas sus fuerzas, mientras los aliados hacían lo propio. En octubre de 1813 se empuñó en Leipzig la gran batalla de este nombre, llamada *la batalla de las naciones*, que duró tres días, peleando en ella más de medio millón de hombres. Los franceses experimentaron un tremendo desastre.

La derrota de Leipzig hundió el imperio napoleónico. Fracasadas también las *negociaciones de Francfort*, los aliados, formando tres cuerpos de ejército, invadieron Francia

(1) Llamamiento patriótico interesante, no sólo por su valor histórico, sino cívico. Hay traducción castellana debida el señor Altamira (Madrid, *La España Moderna*, un vol.).

en 1814. Napoleón, con sólo ochenta mil hombres, resistió con su habitual serenidad y, según afirman los técnicos, en ninguna de sus campañas su genio militar rayó a tanta altura. Invadida Francia por todas sus fronteras, entraron los aliados en París el 6 de abril de 1814. Comenzaron a estallar manifestaciones realistas en la capital y en las provincias.



«1814», cuadro de Meissonier (*Mus. del Louvre*).

Los aliados hallábanse indecisos acerca del gobierno que convenía establecer en Francia. Al fin, aconsejados por Talleyrand, decidiéronse por la restauración borbónica. Los funcionarios imperiales y una parte de los generales de Napoleón inclináronse al nuevo gobierno para salvar sus intereses. El pueblo consideró como un alivio la caída de un régimen opresor por los tributos, las continuas levas militares y el bloqueo continental. El Senado decretó la destitución del emperador. Este, seguido de algunos mariscales fieles, habíase dirigido a Fontainebleau, donde firmó su abdicación, concediéndole los aliados la soberanía de la isla de Elba, una pensión y una guardia de cien hombres, siendo conducido a aquella isla en abril de 1814.

La primera restauración: los Cien días.—Luis XVIII, hermano de Luis XVI, entró en París el 12 de abril de 1814 y tomó posesión del gobierno. Las opiniones

políticas hallábanse divididas. Los que habían servido la República y el Imperio aceptaban la restauración monárquica, siempre que el nuevo rey jurase una Constitución, garantía de las libertades nacionales. Los realistas (reunidos en derredor del conde de Artois, hermano del monarca), partidarios del absolutismo, negaban al país el derecho de imponer Constitución alguna. Luis XVIII adoptó un término medio. Por la *Declaración de Saint-Ouen*, y después por la *Carta constitucional*, concedió a sus súbditos las conquistas civiles de la Revolución, y dió a Francia un gobierno parlamentario, más liberal que el régimen napoleónico.

Al propio tiempo se esforzó en asegurar la paz con Europa. Por el *tratado de París* (mayo de 1814), Francia redujose a sus límites de 1792. La cuestión de los territorios, que en Europa central y meridional formaron parte del Imperio napoleónico, había de arreglarse en un Congreso europeo, que, en efecto, inauguró sus tareas en Viena el 1.º de noviembre de 1814.

La *Restauración* no era; pues, el restablecimiento del antiguo régimen; pero los realistas, que habían aclamado a Luis XVIII, se dividieron desde luego en dos partidos: los *ultrarrealistas* o *absolutistas*, partido compuesto de emigrados y funcionarios civiles, militares y eclesiásticos, desposeídos de sus bienes y empleos que, considerando la Revolución como no consumada, exigían el restablecimiento del *antiguo régimen*; y los *realistas constitucionales*, partido formado por hombres adictos a las ideas y a los hechos de 1789, funcionarios imperiales, etc., que pedían el cumplimiento leal de la Constitución. Ambas divisiones alcanzaban al gobierno mismo, incluso a la familia real.

Influido por los absolutistas, el gobierno dictó una serie de medidas que parecían atentatorias a la Constitución. Esto, y los temores de que se cumplieran los deseos del partido ultrarrealista, comenzó a suscitar enemigos al régimen, principalmente entre la clase media y los numerosos oficiales del ejército, licenciados y reducidos a media paga. El descontento se tradujo en numerosas conspiraciones militares. Los bonapartistas y los antiguos revolucionarios pusieron en inteligencia. Napoleón, que desde la isla de Elba seguía el movimiento de la opinión y las tareas del Congreso de Viena, se decidió a recobrar el poder. Efecti-

vamente, puesto en connivencia con sus partidarios, el 1.º de marzo de 1815 desembarcó en Francia, dirigiéndose a Lyon. A su paso fué aclamado por el pueblo y por el ejército, que se le unieron unánimemente. Luis XVIII, abandonado por las tropas y no contando con el apoyo del pueblo, se retiró a Bélgica, mientras Bonaparte, después de una marcha triunfal camino de París, entraba de nuevo en las Tullerías, el 20 de marzo de 1815, llevado en hombros de sus oficiales. Dueño otra vez del poder, promulgó el *Acta adicional a las constituciones del imperio*, serie de disposiciones encaminadas al establecimiento de un sistema representativo, en armonía con las exigencias del régimen imperial. El *Acta adicional* fué aprobada por el pueblo, y Napoleón prestó juramento a la Constitución.

Waterlloo: caída de Napoleón.

—Los soberanos y diplomáticos reunidos en el Congreso de Viena, en cuanto tuvieron noticia de los hechos acaecidos, declararon a Napoleón enemigo de la paz pública y se aprestaron a la guerra. Un ejército de ochocientos mil hombres, dividido en tres cuerpos, mandados por el czar de Rusia, el duque de Wellington y el mariscal Blücher, marchó en dirección a Francia. Napoleón, que desde un principio comprendió que la guerra era consecuencia inevitable de su restablecimiento, reunió un ejército de doscientos setenta y cinco mil hombres, y, tomando la ofensiva con el grueso de sus tropas, invadió Bélgica, ocupada por los ingleses y prusianos, mandados por el duque de Wellington, y por Blücher. El 18 de junio de 1815 atacó al ejército aliado, junto a Waterlloo, al sur de Bruselas. Los ingleses pudieron mantenerse firmes, dando tiempo a que se les uniera Blücher con treinta mil hombres de refuerzo, que convirtieron la jornada en una total y definitiva derrota para Napoleón. Su dominación, establecida sobre la fuerza, no podía subsistir.



EL DUQUE DE WELLINGTON,
por Th. Almeyda (B. N. de Madrid).

Sus propios servidores le abandonaron y, el 22 de junio, habiendo entrado en París, abdicó de nuevo.

Mientras los ejércitos aliados se encaminaban a París, Napoleón se dirigió a Rochefort con intención de embarcarse para los Estados Unidos. Surgieron dificultades y,



CAMPO DE BATALLA DE WATERLÓO

habiéndosele intimado la orden de abandonar cuanto antes el territorio francés, escribió pidiendo hospitalidad a Inglaterra. Conducido a bordo de un buque inglés a Torbay, fué declarado prisionero de guerra y deportado a Santa Elena, isla perdida en la inmensidad del Océano, a 2,000 leguas de Europa. Allí vivió, entre humillaciones y sufrimientos, hasta el 5 de mayo de 1821.

BIBLIOGRAFIA. — La bibliografía napoleónica es vastísima. Bastará considerar que, únicamente la francesa, de los libros publicados hasta el año 1908, abarca tres volúmenes (G. Davois, *Bibliographie napoléonienne française jusqu'en 1908*, París, 1909-1911, 3 vols.). Nos limitaremos, pues, a señalar algunos libros importantes o útiles, base de ulteriores lecturas. Véanse, en la colección del editor A. Fayard, *Mémoires de Bourrienne*; *Journal et souvenirs de Gaspard Schumacher*; *La grande armée, Récits de César de Laugier*; 1914. *Manuscrit du baron Fain*; *Mémoires de Fouché* (muy interesantes para la época del Consulado); *Souvenirs*

d'un officier de la Grande Armée, par le capitaine E. Blaze; *Mémoires sur l'impératrice Joséphine*, par G. Ducrest, etc. — Interesantísimas, de las que mejor dan a conocer el carácter de Napoleón y su Corte durante el Consulado, son las *Mémoires de Mme. de Remusat, 1802-1808* (París, C. Levy, 1880, 3 vols.), dama de la antigua nobleza que regresó a Francia después del 18 Brumario y fué nombrada dama de honor de Josefina. Son también interesantes las *Mémoires de Barras...* p. p. G. Duruy (París, Hachette, 1895-1896, 4 vols.), si bien deben leerse con precaución y tener en cuenta las observaciones críticas del erudito editor que las dió a luz.

Entre los historiadores modernos el principal es Frederic Masson. Ver su vasta obra (París, Ollendorf, 26 vols.), singularmente los volúmenes titulados *Napoleon et sa famille* (13 vols.), *Josephine Beauharnais*, *Madame Bonaparte*, *Josephine impératrice et Reine*, *Josephine repudiée*, *Le sacre et le couronnement de Napoleon*, *Napoleon à Sainte-Hélène* (asunto que ha dado lugar a numerosísimos libros y polémicas). Muy interesante para la intervención personal de Napoleón en la formación de su propia historia, esto es, de

la *leyenda napoleónica* y por tanto acerca del valor de los escritos de Les Cases (*El memorial de Santa Elena*) O'Meara, Antomarchi, etc., véase Ph. Gonnard, *Les origines de la légende napoléonienne* (París, C. Levy, s. a.). Acerca de la política exterior napoleónica, véase E. Driault, *Napoleon et l'Europe* (París, F. Alcan, 1916-1917, 3 vols.). Un libro muy original, que estudia a Napoleón como político, es el de G. Canton, *Napoleon antimilitariste* (París, F. Alcan, 1902).



L'ULTIMO GIORNO
(Museo de Versailles).

EL CONGRESO DE VIENA Y LA SANTA ALIANZA

Europa en 1815. La obra del Congreso de Viena. — Napoleón Bonaparte había dejado sentir, directa o indirectamente, su acción en todos los pueblos europeos. Su caída arrastró consigo el edificio político de Europa, que fué reconstruído después por convenio mutuo de las grandes potencias: Rusia, Inglaterra, Prusia y Austria. Aquella reconstrucción fué llamada «la obra del Congreso de Viena».

Abierto oficialmente el 1.º de noviembre de 1814, se disolvió en junio de 1815. Todos los Estados europeos, grandes y pequeños, tuvieron en él su representación, en la persona de sus mismos soberanos o en la de sus diplomáticos, cuya tarea alternó con magníficos espectáculos y suntuosas fiestas. La victoria de los aliados iba a ser, por de pronto, «la reacción del *antiguo régimen* sobre la *Revolución*, y la obra del Congreso una *restauración* del pasado, el restablecimiento de las dinastías desposeídas, que invocaban el principio de la *legitimidad* después de haber apelado contra el déspota al «derecho de las naciones».

El arreglo de Europa fué, no obstante, una obra de restauración, llevada a cabo con un espíritu conservador bastante moderado. No se trató de restaurar la Europa del antiguo régimen, ni se resucitaron las repúblicas aristocráticas (Venecia, Génova, las Provincias Unidas), ni los Estados eclesiásticos, excepto los del Papa, ni las ciudades libres de Alemania. Tras largos debates e intrigas, mal encubridoras de rivalidades y codicias, quedó Europa reorganizada en la siguiente forma:

Inglaterra conservó sus adquisiciones coloniales, a expensas de Francia, Holanda y España (Heligoland, Malta, protectorado de las islas Jónicas, Guayana, el Cabo, Ceylán

y varios apostaderos del litoral indostánico, algunas Antillas, entre otras la isla de Trinidad).

Rusia, que por su alianza con Napoleón se había engrandecido a costa de sus vecinos, adquiriendo el gran ducado de Finlandia, Besarabia y parte de Moldavia, se apropió una gran parte de Polonia «convertida en reino», internándose en Europa central entre Austria y Prusia.

Austria perdía Bélgica y posesiones de Alemania occidental; adquiriendo, en cambio, los territorios de la extinguida república de Venecia, litoral Adriático y Lombardía, constituyendo un todo compacto, además de pasar a la categoría de «potencia marítima».

Prusia, además de las provincias polacas, obtuvo una parte de Sajonia y otros territorios del Rin y del Mosela, que constituyen la Prusia Renana, extendiendo con esto su dominación hasta la frontera francesa.

Francia quedó reducida a los límites de 1792, aunque conservando Saboya.

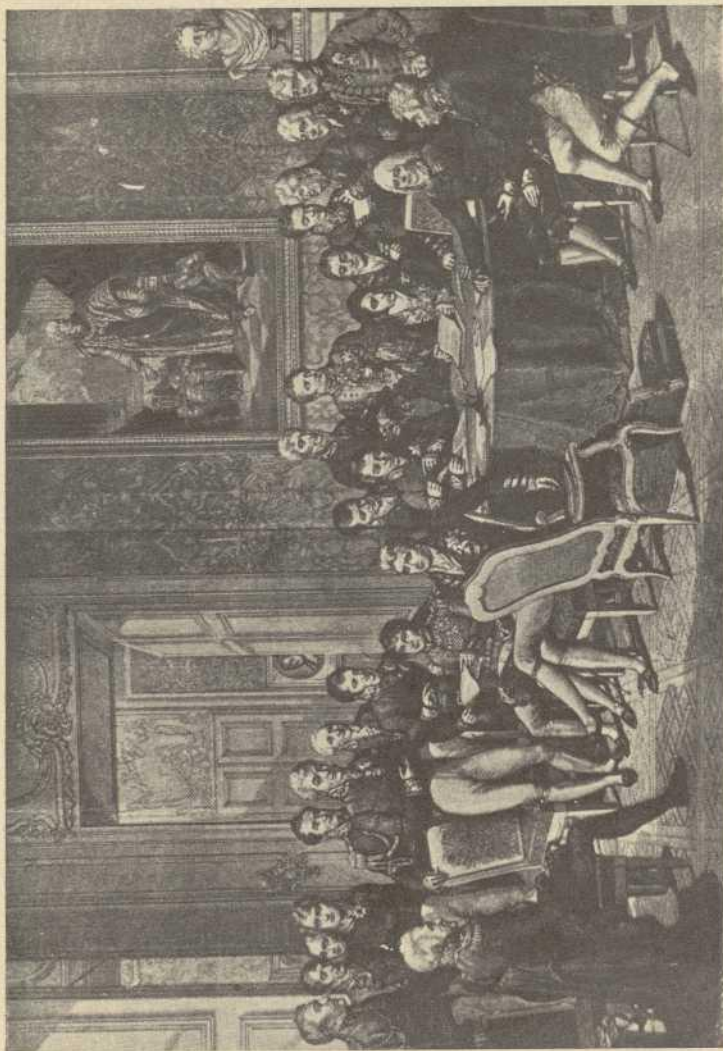
Alemania, o mejor dicho, *Europa central*, fué organizada en *federación germánica*, constituida por un imperio (Austria, presidente de la Confederación), siete reinos (Prusia, Baviera, Sajonia, Hannover, Wurtemberg, Dinamarca y Países Bajos, constituídos estos últimos por la fusión de Bélgica, Holanda y Luxemburgo) y otros pequeños Estados autónomos, grandes ducados, principados y ciudades libres, con una población total de treinta millones de habitantes.

Italia, que según frase de Metternich era «una expresión geográfica», quedaba repartida entre el reino de Cerdeña, los Estados Pontificios, el territorio lombardoveneto, adjudicado al Austria, los ducados de Toscana, Parma y Módena, sometidos en realidad a aquella potencia, y el reino de las dos Sicilias.

Suiza fué acrecentada con los cantones de Valais, Ginebra y Neufchatel; Noruega, desprendida de Dinamarca, fué unida a Suecia; España devuelta a la casa de Borbón y Portugal a la de Braganza.

Obra exclusiva de príncipes y diplomáticos, el Congreso de Viena prescindió en absoluto de la voluntad de los pueblos.

La Santa alianza: el sistema Metternich: rebeliones y congresos. — Terminada la obra del Congreso



EL CONGRESO DE VIENA, por Godefroy. (Fot. Scenans).

de Viena, quisieron los soberanos consolidarla. Con este objeto formaron entre sí una coalición permanente, encaminada a impedir en Europa las agitaciones revolucionarias. El czar de Rusia, el emperador de Austria y el rey de Prusia juraron prestarse mutuo apoyo, «gobernar a sus súbditos como hermanos y mantener la religión, la paz y la justicia». Los demás soberanos europeos (menos el de Inglaterra y el Papa) se adhirieron a aquel tratado,

en el cual aparece por vez primera la idea de *Europa como entidad política*.



EL CZAR ALEJANDRO I.
(Grabado de la época).

Sin embargo, la obra del Congreso de Viena, que al restablecer en el trono las dinastías depuestas y rehacer el mapa político de Europa había prescindido de la voluntad de los pueblos, hallábase amenazada por los *liberales* y por las *nacionalidades*. Los primeros, alentados por el ejemplo de Inglaterra y nutridos en las doctrinas de la Revolución, reclamaban de sus soberanos la concesión de *constituciones* escritas, garantía de libertades civiles y políticas. Las segundas

reivindicaban su independencia en nombre de los lazos históricos (comunidad de origen, raza, idioma, costumbres, afectos, intereses, etc.) y del derecho de su libre voluntad.

Desde 1815 a 1830 produjéronse movimientos *liberales* y *nacionales* en Alemania, Italia y España.

En Alemania las ideas liberales habían arraigado con la divulgación de los escritos de los filósofos franceses, a la vez que las guerras napoleónicas habían avivado la idea de una «patria alemana», singularmente entre estudiantes y profesores de las Universidades. En 1817, con motivo de celebrarse el aniversario de la Reforma y de la batalla de Leipzig, estallaron manifestaciones contra los gobiernos; pero Prusia y Austria, puestas de acuerdo en los Congresos de Carlsbad (1819) y Viena (1820), adoptaron medidas de represión contra los revolucionarios. En Italia, restablecido

el antiguo régimen en todos los Estados, se organizaron sociedades secretas llamadas *ventas de carbonari*, y sublevándose los liberales en Nápoles, obligaron al rey Fernando IV a jurar la Constitución; pero Austria, con la cooperación de Rusia y Prusia (Congresos de Troppau y de Laybach, 1820-1821), intervino para sofocar el movimiento y restablecer el absolutismo.

En España, Fernando VII, hijo de Carlos IV, había recuperado el trono en 1814. Déspota incapaz, abolió la Constitución de 1812, restableció el absolutismo, la Inquisición y entregó el gobierno a una *camarilla* de absolutistas, que administraron el país de un modo lamentable. Del mismo modo que en Italia, Francia y otros países, formábanse en España sociedades secretas (*la masonería*), que conspiraron contra la política imperante. En 1820 un cuerpo de ejército que se hallaba en Cádiz, destinado a embarcarse para reprimir la insurrección de las colonias de América, se sublevó, y el monarca hubo de convocar Cortes y aceptar la Constitución; pero la misma desorganización de los partidos liberales, y las intrigas del rey y de los absolutistas, dieron por resultado una guerra civil y el restablecimiento del absolutismo, con ayuda de un ejército francés, entrado en España por acuerdo de las potencias firmantes de la Santa Alianza (Congreso de Verona, 1822). Fernando VII recobró el poder absoluto (1823), y las ferocidades del populacho absolutista substituyeron a las que habían cometido los constitucionales fanáticos.



METTERNICH, por Laurence.

La política de la Santa Alianza, llamada *sistema Metternich*, del nombre del famoso diplomático, ministro del em-

perador de Austria, «guardián del orden en Europa», consistió, pues, en reprimir, mediante *congresos e intervenciones armadas*, aquellos primeros movimientos liberales y nacionales; pero la sublevación de las colonias españolas de América, favorecida por Inglaterra, el grito de independencia lanzado por los griegos (1820) y más tarde la revolución francesa de 1830, con las complicaciones internacionales derivadas de aquellos hechos, anularon las alianzas nacidas en el Congreso de Viena, y el sistema Metternich fué definitivamente abandonado.



ALEJANDRO YPSILANTI.
(Grabado de 1829).

Los albores de la cuestión de Oriente: independencia de Grecia. — Las cuestiones internacionales empezaron a complicarse, antes del año 1830, con motivo de la célebre «cuestión de Oriente». El imperio otomano comprendía en Europa la península Balcánica, Rusia meridional y las islas del mar Egeo; en Asia, Anatolia (Asia menor), Siria y parte de Arabia; en Africa, Egipto, Trípoli y Argelia. Desde fines del siglo XVIII, la decadencia de Turquía, iniciada

a raíz de las conquistas de Rusia, que se había apropiado el litoral del mar Negro, desde el Cáucaso a las bocas del Danubio, y había conseguido libre navegación por los estrechos (Bósforo y Dardanelos) y el derecho de protección de los rusos residentes en Turquía, se acentuó con las sublevaciones separatistas de los gobernadores de las provincias turcas (*pachás*) y con el despertar del sentimiento nacional de los pueblos cristianos de los Balkanes. En 1817, Serbia, sublevada, habíase convertido en «principado tributario»; en 1818, el pachá de Egipto Mehemed-Alí se había declarado virrey (*Kedive*) de Egipto, y en 1820, el pachá de Janina habíase declarado también independiente. Numerosas sociedades secretas (heterias), fundadas al amor de los grandes recuerdos históricos, tomaron en Grecia carácter revolucio-

nario, y la Europa culta saludó con entusiasmo el despertar de aquel pueblo, que evocaba un pasado glorioso en la historia de la civilización. La insurrección fué iniciada por los rumanos, sublevados por Alejandro Ypsilanti, gentilhombré puesto al servicio del czar, y muy pronto Morea, Tesalia y las islas griegas se alzaron contra sus dominadores los turcos. Una guerra feroz, nacional y religiosa, ensangrentó aquellos países. Los turcos reprimieron la insurrección en Rumanía; pero en Morea los griegos, organizados por Demetrio Ypsilanti, triunfaron de sus opresores, mientras atrevidos marinos, como Míaulis y Canaris, incendiaban los buques de los turcos, quienes, a su vez, cometían feroces matanzas en la isla de Chios. En 1822 el Congreso de Epidauró proclamaba la independencia de Grecia y organizaba un gobierno.

Rusia y Austria no se mostraban propicias a intervenir en favor de los griegos, que resistían heroicamente, auxiliados por voluntarios de la Europa liberal, entre otros muchos el gran poeta inglés lord Byron, que, después de aprontar su fortuna en defensa de la libertad helénica, fué a morir en Misolonghi. Turquía, apoyada por el virrey de Egipto Mehemed-Alí, hubiera anonadado la insurrección, cuando Rusia, apoyada por Inglaterra y Francia, temerosas de la preponderancia moscovita, intervinieron en favor de los griegos (*tratado de Londres*, 1827). La flota turca fué destrozada en *Navarin*, y, amenazada Turquía por las tropas del czar, hubo el sultán de reconocer, por el *tratado de Andrinópolis* (1829), la independencia de Grecia, que fué erigida en reinó. Rusia obtuvo el protectorado de Moldavia, Valaquia y Serbia, libertad comercial en el mar Negro y libre acceso a los estrechos para todas las potencias en paz con la Puerta Otomana. Aquel tratado rompía el equilibrio europeo en Oriente, en favor de Rusia.



DEFENSA DE UNA BARRICADA EL 28 DE JULIO DE 1830 (grab. de la época).

RESTAURACIÓN Y REVOLUCIONES

La restauración en Francia: Luis XVIII.—Luis XVIII tenía sesenta años cuando subió al trono. Príncipe ilustrado, conocedor de la Europa de su tiempo, amaba a su país. Admirador del régimen político inglés, sus inclinaciones eran liberales.

Al volver a Francia, después de Waterlóo, supo oponerse con energía a las exigencias de algunos de los aliados y negoció lo mejor que pudo la paz. Olvidando los *Cien días*, restableció la Constitución de 1814; pero las circunstancias en que se había cumplido la segunda restauración no eran muy a propósito para poner en práctica las ideas liberales. Los partidarios de la Revolución y del Imperio odiaban a los borbones, a quienes consideraban como protegidos y cómplices del extranjero, mientras que los realistas deseaban vengarse de sus adversarios y aniquilar las instituciones

revolucionarias. El monarca, a pesar de su moderación, hubo de transigir, para consolidar su gobierno, con las medidas de violencia reclamadas por sus partidarios.

Comenzaron las represalias contra los bonapartistas, cómplices y coautores del gobierno de los Cien días. Las pasiones populares se desataron y hubo un período de matanzas y atropellos, llamado el *terror blanco*. En las elecciones tuvieron gran mayoría los realistas exaltados, apodados *ultras*, frente a los cuales batallaba un pequeño núcleo de constitucionales, *independientes*. Los primeros, que tenían mayoría en la Cámara, implantaron una serie de reformas reaccionarias. Luis XVIII, sin embargo, sentía más inclinación por los realistas adictos al sistema constitucional, llamados *doctrinarios*, que por los *ultras*. Sus ministros favoritos fueron hombres moderados, como el duque de Richelieu y un abogado llamado Decazes; pero las circunstancias no fueron siempre propicias a la política de éstos, y el rey tuvo que transigir con los exaltados.



LUIS XVIII (retr. anónimo).

A la reacción política acompañó otra de carácter religioso, formándose numerosas sociedades católicas, que intrigaban contra los ministros sospechosos de liberalismo o de moderación, y a su vez los liberales se organizaron también para conspirar. Todas aquellas sociedades se ramificaron y extendieron, formando asociaciones o *masonerías* internacionales.

El reinado de Luis XVIII, como el de su sucesor, quedó reducido, en el interior, a las luchas políticas entre *absolutistas* y *constitucionales*. Murió el monarca en 1824, sucediéndole su hermano el conde de Artois, jefe de los emigrados y alma del partido absolutista.

Carlos X: la revolución de julio de 1830. — El nuevo rey, Carlos X, consagrado en Reims con arreglo a las tradi-

ciones de la antigua monarquía, hizo votar una *ley de indemnización* en favor de los emigrados, cuyos bienes habían sido confiscados por la Revolución, otorgándoles *títulos de la renta* al 3%; y la *ley de sacrilegio*, por la cual el Estado castigaba como delito las ofensas inferidas a la religión católica. La lucha entre los partidos absolutista y constitucional se acentuó, principalmente, en el terreno religioso. Mientras el clero multiplicaba las misiones en



A. THIERS en 1830, por Belliard.

pueblos y aldeas, los liberales popularizaban los libros de Voltaire y de Rousseau. Carlos X, hostil a las instituciones parlamentarias, se inclinó a una política absolutista, y nombró presidente del Consejo al príncipe de Polignac, jefe de los ultras, a pesar de la oposición de la Cámara. Ante la resistencia de ésta, el rey la disolvió, y los ministros se dispusieron a gobernar anticonstitucionalmente, publicando, en vez de leyes, *ordenanzas* que afectaban a la libertad de imprenta y al sistema electoral. Los diputados liberales,

en su mayoría periodistas, agrupados en derredor de Thiers, redactaron una protesta, al propio tiempo que numerosas imprentas quedaban cerradas. Los obreros tipógrafos, esparcidos por los arrabales, uniéndose con numerosos estudiantes, antiguos soldados imperiales, burgueses, guardias nacionales licenciados, etc., recorrieron las calles a los gritos de «¡Viva la Constitución!, ¡Abajo los ministros!». Los diputados de la oposición se reunieron para concertar y dirigir el movimiento, y muy pronto París se cubrió de barricadas. La pelea duró tres días (28 al 30 de julio de 1830), pasándose a la insurrección numerosos soldados. Los políticos enemigos del gobierno apresuráronse a establecer en la Municipalidad un gobierno provisional, mientras acudían al duque de Orleans, rogándole que aceptara la lugartenencia del reino, pues la república contaba escasos partidarios. Carlos X, que durante el desarrollo de aquellos sucesos se hallaba fuera de París, quiso, al enterarse, ponerles remedio;

pero en vano. Protegido por los emisarios del nuevo gobierno, embarcó para Inglaterra (agosto de 1830). La causa de la rama primogénita de la casa de Borbón perdíase para siempre.

Luis Felipe, duque de Orleans, proclamado rey de los franceses «por la gracia de Dios y la voluntad nacional», juró la Constitución, modificada con arreglo a las ideas triunfantes, a saber: libertad religiosa y de imprenta, iniciativa legislativa encomendada a las Cámaras, abolición de impuestos extraordinarios, y otras mejoras. La bandera blanca de los Borbones fué substituída por la tricolor.

Consecuencias de la Revolución de 1830 en Europa: la revolución belga. — El triunfo de la revolución francesa de 1830 alentó a liberales y nacionalistas de otros países europeos a renovar las tentativas anteriormente fracasadas. Consecuencia inmediata fué la revolución belga. Los tratados de 1815, reuniendo bajo un mismo cetro a Bélgica y Holanda, habían creado un antagonismo entre ambos países, cuyos intereses eran contradictorios. Separados por las creencias religiosas, desde los tiempos de la dominación española, y por sus costumbres políticas, lo estaban también por sus intereses. Los belgas, agricultores e industriales, se habían aprovechado, durante los años de su anexión a Francia, de un régimen económico proteccionista, que les favorecía, mientras que los holandeses, cuyos principales recursos radicaban en la navegación y en las colonias, tendían a la libertad de comercio. Desde 1814 la reducción de las tarifas aduaneras, medida favorable a los holandeses, arruinaba la manufactura belga, por la competencia de Inglaterra, que, abarrotada de mercancías durante los años del *bloqueo continental* impuesto por Napoleón, invadía después el continente. Las reformas otorgadas en 1825 en favor de los belgas, por Holanda, no pudieron evitar la revolución. Se formó un partido nacionalista, y, excitada la opinión por liberales franceses emigrados, reclamaron los belgas la libertad de imprenta, para discutir los actos del gobierno, y después de la *Revolución de julio* tramáronse complots.

En agosto de 1830 estalló en Bruselas una insurrección, que pronto secundaron otras ciudades, y, tras breve lucha,

un *Congreso Nacional* proclamó la independencia de Bélgica, que fué reconocida por las grandes potencias en la Conferencia de Londres (1831), otorgando la corona del nuevo reino al príncipe alemán Leopoldo de Sajonia Coburgo.

Bajo su dinastía nacional entró Bélgica por el camino de su desenvolvimiento económico, con el establecimiento de su red de ferrocarriles y trabajos de navegación interior, iniciados entre los años 1835 y 1845.

Otras revoluciones: Polonia. — Análogos movimientos, *liberales o nacionales*, se manifestaron, aunque sin éxito, en Italia y Alemania, y muy singularmente en Polonia. Los tratados en 1815 habían dejado a Polonia repartida entre Rusia, Austria y Prusia, aunque reconociéndole el derecho a conservar las características de su nacionalidad: lengua, costumbres, derecho, etc. El czar Alejandro I, que en ocasiones se jactaba de filántropo, había otorgado a Polonia rusa una *Constitución*; pero el recuerdo de la independencia nacional, avivado por los poetas, la divulgación de las ideas liberales y la política de violencia puesta en práctica por Rusia y Prusia, fortificaron la oposición. El triunfo de Grecia y el de la Revolución de julio decidieron a los polacos a recobrar su independencia, y una gran revuelta estalló en Varsovia (noviembre 1830); pero los patriotas no lograron ponerse de acuerdo y, a pesar del heroísmo con que se batieron, aquella revolución fué ahogada en sangre. Un general francés daba cuenta del resultado con las sarcásticas palabras: «la paz reina en Varsovia».

La monarquía constitucional en España. — Fernando VII murió en 1833. Su muerte encendió sangrienta lucha entre absolutistas y constitucionales. Bajo la influencia de su esposa doña María Cristina de Nápoles, Fernando VII había abolido la ley sálica, excluyendo del trono a su hermano Carlos y asegurando la sucesión a la princesa Isabel, que tenía entonces tres años. Don Carlos, jefe absolutista, fué reconocido por sus partidarios (*carlistas*), con el nombre de Carlos V. Las provincias Vascongadas, Navarra, Cataluña, etc., se levantaron en armas. El partido liberal (dividido en dos grupos: *progresistas* y *moderados*), apoyó a María Cristina. La guerra civil duró siete años (1833-1839), guerra

de sorpresas, emboscadas y sitios de ciudades, seguidos de cruentas represalias. En un principio jefes carlistas hábiles, como Zumalacárregui y Cabrera, llevaron ventaja; pero luego sus adversarios, los *crístinos*, apoyados por Francia, Inglaterra y Portugal, dirigidos por el famoso caudillo Espartero, lograron triunfar, valiéndose de las armas y de las negociaciones.

Durante aquella guerra fratricida fué establecido el gobierno constitucional (1836); pero, vencido el pretendiente, quedó el gobierno a merced de los generales victoriosos, que pusieron su ambición a servicio de los partidos, comenzando entonces una larga serie de sublevaciones militares periódicas (*los pronunciamientos*), características de la Historia de España hasta nuestro tiempo. En 1843, fué declarada mayor de edad la primogénita de Fernando VII, con el nombre de Isabel II.

La monarquía constitucional en Portugal. — Juan VI de Braganza, repuesto en el trono, aceptó (1820) la Constitución que le fué impuesta por los liberales. La Santa Alianza no intervino en favor de los absolutistas, por impedirlo Inglaterra. A la muerte del monarca portugués, su primogénito, don Pedro, proclamado emperador del Brasil, con prohibición de unir a su corona la de Portugal, tuvo que renunciar a ella en favor de su hermano don Miguel, jefe de los absolutistas, que derogó la Constitución; pero luego don Pedro, habiendo renunciado la corona del Brasil, desembarcó en Portugal y, de acuerdo con los liberales, se apoderó del trono, restableciendo el régimen constitucional, que en la práctica estuvo sometido, como en España, a frecuentes trastornos.

En resumen: desde 1830 a 1848 las potencias absolutistas habían logrado ahogar los movimientos revolucionarios en Polonia, Alemania e Italia; pero, con el ejemplo y el apoyo moral de Inglaterra y Francia, se había emancipado Bélgica y triunfaba el régimen constitucional en la península Ibérica.

LAS MONARQUIAS CONSTITUCIONALES

Francia: la monarquía de julio (1830-1848). — Luis Felipe de Orleans, el *rey ciudadano*, llamado al trono por la Revolución de julio, era hijo de *Felipe igualdad* y había servido la causa revolucionaria en 1789. Durante la Res-



LUIS FELIPE DE ORLEANS (Grabado de la época).

tauración, su casa fué uno de los focos de la oposición liberal. Hábil, flexible y conecedor de los hombres, Luis Felipe adoptó en el trono la firme resolución de vivir en paz con Europa y gobernar constitucionalmente.

Su gobierno tuvo desde un principio tres partidos adversarios: los *legitimistas*, los *bonapartistas* y los *republicanos*. Para los primeros, Luis Felipe era un usurpador del *derecho hereditario*; para los bonapartistas (cuyo ideal era la restauración del Imperio, sancionado por el sufragio popular) y para los republicanos, había hollado el derecho del pueblo.

Durante ocho años (1832-1840), aquellos partidos se esforzaron en derribar la monarquía, apelando a conspiraciones, atentados contra el rey y motines; pero el gobierno los reprimió con energía. Entre los grandes ministros de Luis Felipe se distinguieron Casimiro Perier, que inauguró un gobierno conservador, pacífico y estrictamente parlamentario, y después, los elocuentes estadistas Thiers y Guizot, rivales en política; el primero, partidario de la supre-

macía ministerial en los negocios públicos; el segundo, de la colaboración del soberano con el ministerio.

Contenidas las rebeldías de los partidos enemigos del régimen, halló Luis Felipe un defensor elocuente de sus miras políticas en la persona de Guizot, ministro de Estado, alma del gabinete, que ocupó el poder desde 1840 a 1848. El ministerio Guizot encarnó en Francia la política pacifista con el extranjero y el sostenimiento del *statu quo* en el interior, aplicándose al desenvolvimiento de la prosperidad pública (agricultura, ferrocarriles, enseñanza, etc.). Francia entonces empezó a transformarse en país industrial.



GUIZOT (retr. anónimo).

Conquista de Argelia.—El reinado pacífico de Luis Felipe tuvo, no obstante, una brillante página militar: la conquista de Argelia, base de la colonización francesa en Africa. Posesión nominal de Turquía y dominado en realidad por *deys*, elegidos por los jenízaros, Argel practicaba una piratería sistemática, en perjuicio del comercio mediterráneo. Los franceses habían obtenido en la provincia de Constantina algunas concesiones mercantiles y el privilegio de la pesca del coral. Un insulto, cometido en la persona del representante francés, determinó al gobierno de Carlos X, poco antes de estallar la Revolución de julio, a apoderarse de Argel, empresa que consiguió fácilmente, ocupando después los puertos de Orán, Bona y Bugia. Sin embargo, desconocían los franceses de entonces la geografía de aquel país, constituido por zonas diferentes, como el Tell o zona litoral, las altas mesetas interiores y, finalmente, el Sahara argelino, países habitados por kábilas de berberiscos y árabes nómadas. La inexperiencia de los generales, y la indiferencia de la opinión pública, retardaron la organización de la conquista y la obra colonizadora, que, además de los obstáculos señalados, encontró un temible adversario en la persona de Abd-el-Kader, un árabe de grandes talentos políticos y mi-

litares, que logró adquirir sobre los indígenas gran ascendiente y resistió durante más de quince años la invasión francesa; no siendo sometido hasta el año 1847. Desde entonces cesó la obra militar, y empezaron los franceses en Argelia su tarea colonizadora, aunque no pudieron dar por terminada la conquista hasta la segunda mitad del siglo, en tiempos del segundo Imperio.



ABD-EL-KADER (De fotografía).

Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX: el antiguo régimen. — Inglaterra fué, durante el siglo XIX, la nación cuyo régimen político sirvió de modelo a toda Europa. Este régimen es el llamado «régimen parlamentario», que consiste en transferir el poder real a la mayoría del Parlamento, no dejando al soberano más que una preeminencia honoraria, sintetizada en la célebre fórmula «el rey reina y no gobierna». Establecido en Inglaterra durante el siglo XVIII, funcionó con

toda regularidad en tiempo de los primeros monarcas de la casa Hannover, Jorge I y Jorge II (1715-1760); pero, en el reinado de Jorge III (1760-1820), singularmente durante el período de la Revolución francesa y del imperio napoleónico, el rey impuso su voluntad al Consejo de ministros, no admitiendo ninguna de las prácticas parlamentarias. El partido *whig*, que gobernaba desde 1715, perdió el poder en 1783, y el partido *tory*, adicto a la regia prerrogativa, respetó la voluntad del monarca. Jorge III solía decir que «él mismo quería ser su primer ministro».

Los ingleses habían visto con horror la Revolución y fueron sus más decididos adversarios. Mientras en el continente los revolucionarios destruían el antiguo régimen, los ingleses consolidaban «la vieja Inglaterra». El partido *tory*, constituido por la aristocracia territorial, sostuvo tenazmente la lucha contra Francia revolucionaria y napoleónica, a la vez que Inglaterra adquiría el cetro de los mares y se iniciaba en ella la transformación de su industria, base del

prodigioso desenvolvimiento de su comercio y de su imperio colonial.

Sin embargo, aquella nación no estaba exenta de dificultades políticas, sociales y económicas. El sistema electoral, base de todo gobierno, era anticuado; la libertad religiosa no existía; enorme deuda pública gravaba los impuestos, y la industria atravesaba el período de crisis consiguiente a los momentos de las grandes transformaciones.



JORGE CANNING (retr. anónimo).

Las reformas. — Los *tories* continuaron en el poder durante los reinados de Jorge III y Jorge IV; pero, en el tranquilo período de la Restauración (1815-1830), comenzaron a manifestarse intentos de reforma. Con el nacimiento de la gran industria (fábricas, minas y talleres) se había formado una nueva clase social: la clase obrera, y habían nacido grandes centros industriales: Mánchester, centro de la industria textil algodonera; Liverpool, puerto mercantil; Birmingham, centro metalúrgico. La sociedad inglesa se hallaba dividida en dos clases sociales: una de propietarios agrícolas, que disponía de la riqueza y del poder; otra, de asalariados, sin propiedad, ni poder, ni libertad, viviendo en la miseria. Sin embargo, habíase formado un núcleo de burgueses instruídos, partidarios de una reforma del Parlamento, encaminada a que en él tuvieran representación las clases pobres; partido que se llamó *radical* y que empezó a hacer propaganda, fundando periódicos baratos y organizando reuniones públicas al aire libre (*meetings*), apoyando a los numerosos obreros que los momentos de crisis económica dejaban sin trabajo y que, generalmente, estaban mal retribuídos (doce chelines semanales), viviendo en la más espantosa miseria.

El gobierno adoptó medidas represivas; pero el Ayuntamiento de Londres protestó, amparando el derecho de los obreros a «deliberar libremente». Una parte del partido *tory*

evolució en sentido favorable a la concesión de algunas reformas, singularmente por influencia del ministro Jorge



SIR ROBERTO PEEL (Galería nacional de Londres).

Canning, brillante orador y político de talento, hostil a los gobiernos absolutistas de la Santa Alianza, favorecedor de la independencia griega y de la emancipación de las colonias españolas de América. Puesto de acuerdo con su colega Roberto Peel, fueron adoptadas algunas reformas de política económica o social, v. gr., el derecho de los obreros a constituirse en sindicatos, a declararse en huelga, etc. Otra reforma importante fué la *emancipación de los católicos*. Sometidos al régimen de excepción establecido en el siglo XVII, a raíz del

destronamiento de los Stuards, estaban los católicos excluidos de los cargos públicos y carecían de derechos políticos. Algunos diputados del partido *whig*, protestantes, venían pidiendo desde 1821 la abolición del *bill de test*. La actitud del famoso abogado irlandés O'Connell, fundador de la *Asociación católica de Irlanda*, secundado por el espíritu conciliador del gran político Roberto Peel, acabaron por triunfar de la resistencia del monarca, y el *Bill de test* quedó abolido en 1828.

Pero la principal reforma que señala el fin del antiguo régimen en Inglaterra fué la reforma electoral del año 1832, cuya organización remontaba al siglo XIV.

Los diputados eran elegidos dos por cada condado, y otros por el vecindario de ciertas aldeas privilegiadas; pero, como el censo electoral no había sido modificado con arreglo a



O'CONNELL (Galería nac. de Londres).

los cambios ocurridos en el movimiento de población, resultaban extrañas anomalías. Grandes ciudades de reciente formación, como Mánchester, de trescientos mil habitantes, carecían de representación parlamentaria, mientras que muchas circunscripciones antiguas (y este era el caso de la mayor parte) estaban despobladas o poco menos. El distrito de *Old sarum*, v. gr., que sólo tenía doce electores, continuaba enviando sus diputados al Parlamento. Resultaba de esto un sistema electoral tan irrisorio como injusto. La burguesía y la clase obrera aspiraban a tener en el Parlamento la representación proporcionada a su importancia social.

El partido *whig*, acaudillado por lord Grey, secundado por las agitaciones revolucionarias de las ciudades industriales, logró, después de algunos años de resistencia, hacer aprobar la reforma electoral de 1832, que suprimía los abusos existentes, aunque sin afectar a los principios, pues el voto continuaba siendo un privilegio; pero, con aquella reforma, las grandes ciudades industriales entraron en la vida política y el Parlamento se hizo menos aristocrático y más representativo.



LA REINA VICTORIA EN 1837, por Winterhalter
(Mus de Versailles).

Comienzos del reinado de Victoria I: agitaciones políticosociales. — En 1837 subió al trono Victoria I, cuyo glorioso reinado, prolongándose hasta 1901, había de mantener la política liberal, inaugurada en 1832, señalando al propio tiempo el período de esplendor que en nuestros días alcanza el imperio británico. Leal espectadora de la evolución de su pueblo, la reina Victoria dejó que el Parlamento desarrollara la vida parlamentaria y gobernara en plena libertad, reduciendo la prerrogativa real a encargar al jefe de la mayoría de la Cámara la formación de Ministerio, subs-

tituyendo la antigua teoría del equilibrio de los tres poderes «Rey, lores, comunes», por la del «equilibrio de los partidos», o sea que «el que tiene mayoría en la Cámara de los Comunes ha de formar el ministerio que gobierna, porque goza de la confianza de la mayoría del cuerpo electoral».



OWEN (Galería nacional de Londres).

Los comienzos del reinado de Victoria I fueron señalados por grandes agitaciones, singularmente por la agitación cartista y la agitación librecambista.

La *agitación cartista* fué un movimiento promovido por el partido radical y la masa obrera en pro del sufragio universal. Como la reforma de 1832 no concedía a los obreros el derecho de sufragio, continuaron las agitacio-

nes. Un filántropo llamado Owen, propietario de una fábrica de tejidos, después de conceder a los obreros participación en los beneficios de su industria, les indujo a que se asociaran y fundó *sociedades cooperativas*. Sus partidarios tomaron el nombre de *socialistas*. En 1834 fundó Owen la «Unión nacional industrial», encaminada a promover la huelga general, intimidar el Parlamento y obligarle a establecer la *jornada de ocho horas*; pero sus proyectos y aquellas organizaciones obreras, incipientes, fracasaron.

Los obreros, sin embargo, produjeron sus propagandas a fin de obtener el sufragio universal, que había de permitirles tener en el Parlamento mayor número de representantes que sostuvieran sus peticiones. Apoyados por el partido radical pre-



COBDEN (Galería nacional de Londres).

sentaron al Parlamento una serie de demandas en aquel sentido, llamadas «la carta del pueblo»; pero nada consiguieron.

La *agitación librecambista* fué promovida por los obreros y la burguesía (industriales y comerciantes), con el propósito de hacer abolir el régimen aduanero, protector de la agricultura, en beneficio de los terratenientes, protección que mantenía el alza en los precios del trigo en una época de bajos salarios. El principal adversario de aquel régimen económico, y que con mayor energía batalló para derribarlo, fué Cobden, fundador de una liga en pro del sistema librecambista. Elegido diputado, consiguió Cobden, con elocuentes razones, convencer al mismo jefe del gobierno, lord Peel, quien, después de vencer la tenaz oposición de los propietarios, consiguió hacer aprobar por el Parlamento el libre tráfico del trigo. Fué establecido el librecambio y se levantó a Cobden una estatua con esta inscripción: «abarató el pan en su país».

LA CIVILIZACIÓN EUROPEA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Caracteres de la civilización europea en el siglo XIX. El siglo XIX, llamado «el siglo de las luces», se caracterizó por un poderoso movimiento intelectual, manifestado en todas las actividades del espíritu: ciencia, inventos, historia, literatura, bellas artes, etc. Iniciado a fines del siglo XVIII, continuó acelerándose, a raíz de los trastornos políticos y sociales de la Revolución y del imperio napoleónico, con el advenimiento de nuevas doctrinas, el progreso de las ciencias de observación (física, química, biología, etc.); los nuevos inventos, resultado práctico de la labor de los sabios; la extensión de los conocimientos históricos (principio y condición de las ciencias sociales); la importancia concedida a las cuestiones económicas, efecto del nacimiento de las grandes industrias y de las vastas empresas, y, finalmente, la evolución de las doctrinas políticas.

Las nuevas doctrinas políticas y sociales. — El siglo XVIII había destruido el «antiguo régimen», y la Revolución había hecho tabla rasa del pasado, sin fundar nada duradero. Numerosos pensadores concibieron un nuevo tipo de sociedad, dando a luz nuevas doctrinas políticas. Muchas de ellas expresan la necesidad de substituir la propiedad colectiva por la individual, reemplazar la organización capitalista por la acción del Estado o de las asociaciones obreras (sindicatos), y el régimen de salarios por otro, fundado en el derecho de todo trabajador al producto íntegro de su trabajo. Mientras que los *filósofos* del siglo XVIII habían discutido sobre las formas de gobierno, la soberanía o los derechos del hombre, los pensadores del siglo XIX preocupáronse de las *cuestiones sociales*, de la organización del tra-

bajo, salarios, etc., considerando como cuestiones secundarias las cuestiones políticas. Sin embargo, no faltaron escritores que continuaron concediendo importancia a las discusiones acerca de la naturaleza del poder político y el problema o cuestión religiosa; los *católicos*, mantenedores de los dogmas de la iglesia romana y defensores de la monarquía absoluta; los *demócratas cristianos*, que pretenden probar el origen evangélico de la democracia; los *liberales*, que fundan el progreso en el ejercicio de las libertades civiles y políticas, y la paz social en la instrucción del pueblo, y, finalmente, los *positivistas*, que piden al estudio positivo o científico de los hechos sociales el principio de las reorganizaciones políticas. Pero, con el desenvolvimiento de la gran industria, la sociedad tomó un aspecto nuevo y se produjeron dos fenómenos: de un lado la admiración por la audacia y habilidad de los nuevos directores o jefes industriales (ingenieros, comerciantes, banqueros), a quienes se quiso elevar al gobierno de las naciones; y de otro la animadversión por la nueva e irritante desigualdad social, resultado de la concentración de los medios de producción en manos de una minoría (los capitalistas), por efectos de la concurrencia, cuyo resultado era la baja de salarios e inferioridad de los productos, de dónde la miseria y ruina del obrero, y, como consecuencia, la necesidad de reconstituir las asociaciones obreras profesionales (sindicatos), deshechas por la Revolución; los principios del socialismo, en fin.



BABEUF. (Grab. de 1846).

Doctrinas socialistas de la primera mitad del siglo XIX. — Las teorías defensoras de la igualdad social remontan a la revolución francesa de 1789. Además de Condorcet (1743-1794), que fué el primero en aplicar el método científico al estudio de las cuestiones políticas y sociales, Babeuf (1760-1797) lanzó su doctrina igualitaria y comunista, combatiendo la propiedad individual, la herencia, etc.,

utopías mal comprendidas entonces y sin influencia inmediata; pero que más tarde

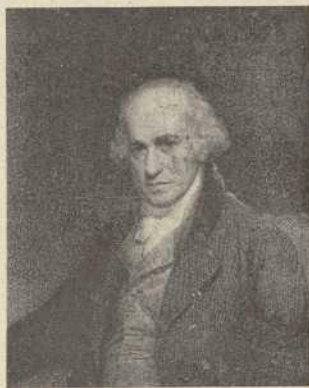


PROUDHON. (De fotografía).

habían de germinar. Pocos años después, otro precursor del socialismo fué Saint-Simón (1760-1825), para quien la sociedad podrá únicamente fundarse a base del estudio científico de los hechos sociales, dando el poder a los sabios y, en parte, a los grandes industriales, renovando la religión y la moral, haciendo necesaria la ley del trabajo y acrecentando el bienestar de la clase pobre. Saint-Simón, que fué también un convencido adversario de la guerra, calificando «de esclavos» a los soldados, dejó bastantes discípulos, entre ellos Leroux (1797-1871), a quien se atribuye la invención de la pa-

labra *socialismo*. Gran influencia sobre el socialismo francés y alemán ejerció Fourier (1772-

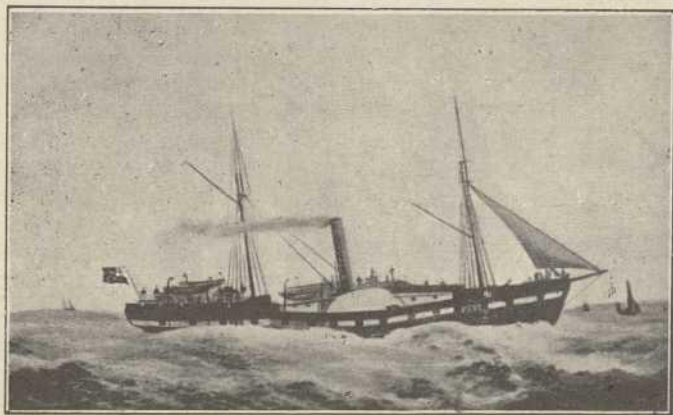
1837), con su sistema societario llamado *el falansterio* y su acerba crítica de la civilización moral y material, a la que censura sus robos, parasitismos, pauperismo, esclavitud de la mujer, etc. Pero de los escritores que en la primera mitad del siglo XIX mayor influencia habían de ejercer en la formación del socialismo fueron el filósofo Augusto Comte (1798-1857), proclamando que la política del porvenir debe ser la aplicación del estudio científico a los hechos sociales, y Proudhon (1809-1865), a quien ha hecho célebre su crítica del concepto de



JAMES WATT, por Beechey.
(Fot. Underwood).

la propiedad; «la propiedad es un robo», «ni Dios, ni propiedad, ni amos». Por su crítica de la *anarquía económica*, por sus

violentos ataques a la propiedad y por su teoría del valor fundado en el trabajo, Proudhon influyó mucho en el desenvolvimiento de las ideas socialistas, singularmente sobre Carlos Marx; y, prácticamente, en el desarrollo de las sociedades cooperativas, sindicatos profesionales, etc.; pero, en nombre de sus principios, el socialismo se encaminó por las vías del anarquismo. Hemos de mencionar, finalmente, a Luis Blanc (1811-1882), principal representante de la escuela socialista francesa, que fué en la nación vecina «el primer teórico del socialismo de Estado», precursor de los socialistas modernos, que preconizan la táctica de la conquista del Poder, para luego aplicar sus doctrinas.



EL «JOHN BULL» (Vapor mercante inglés de 1834).

Las ciencias. — El siglo XIX ha sido el siglo de la emancipación de la ciencia, pudiendo afirmarse que sus progresos y los inventos que le caracterizan superan a cuanto se había conocido e inventado desde los tiempos prehistóricos a la Revolución. El tesoro de conocimientos humanos revelados en la época del Renacimiento, los métodos puestos en práctica en el siglo XVII y las ciencias constituídas en el XVIII, continuaron haciendo sorprendentes progresos, señalándose el movimiento científico, desde el siglo XIX acá, 1.º por su marcha regular e ininterrumpida, y 2.º por su carácter universal.

Progresaron las matemáticas en sus diversas ramas: análisis, geometría, mecánica, etc.; la astronomía, entre cuyos descubrimientos debe mencionarse el del planeta Neptuno (1846), por Le Verrier; la física, mediante el perfeccionamiento de los instrumentos ya conocidos, como el barómetro, termómetro, higrómetro, etc., la invención de nuevos aparatos o el descubrimiento de nuevos principios de óptica y electricidad. En química fueron descubiertos nuevos cuerpos



STEPHENSON (Fot. Underwood).

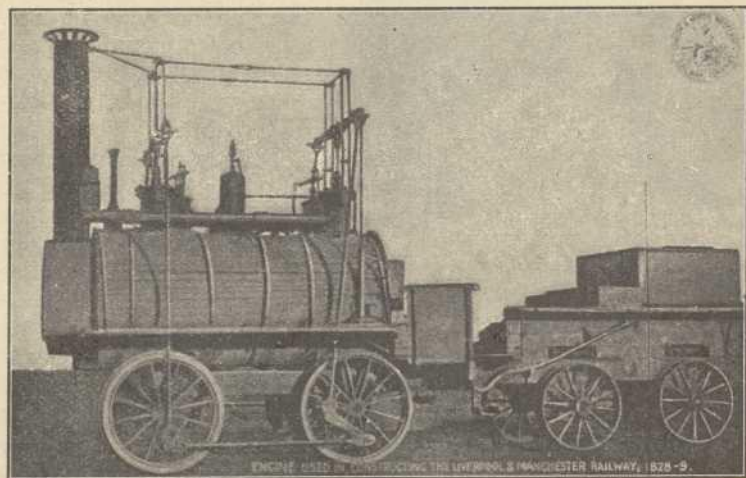
simples y se formaron infinitos cuerpos compuestos, cuyas aplicaciones a las industrias, artes o medicina son innumerables, constituyéndose la química orgánica como ciencia independiente. Obra importante del siglo XIX fué la constitución de las ciencias naturales; la zoología, con Cuvier, creador de la anatomía comparada y de la paleontología; la botánica, la geología, etc. Los progresos de las ciencias físicoquímicas y biológicas renovaron la medicina, singularmente a partir de la segunda mitad del siglo.

Las grandes aplicaciones de las ciencias. — Los descubrimientos científicos del siglo XIX no quedaron confinados al dominio de la teoría, sino que pasaron a la práctica y promovieron una multitud de inventos útiles, que transformaron el mundo. Las dos aplicaciones capitales de la ciencia ochocentista fueron el *vapor* y la *electricidad*, de tanta trascendencia como en el siglo XV habían sido la pólvora y la imprenta, pues si estos descubrimientos cambiaron las condiciones políticas e intelectuales del mundo, el vapor y la electricidad modificaron las condiciones materiales y morales de la vida de los pueblos.

Aunque los grandes inventos no son jamás obra de uno solo, sino resultado del esfuerzo de muchos, y el descubrimiento de la fuerza motriz del vapor de agua comprimido data del siglo XVII, la primera máquina de vapor fué instalada en 1774 por el escocés Jaime Watt, en un arrabal de

Birmingham, para la elevación del agua de una mina (1). El vapor iba a revolucionar el mundo mediante tres principales aplicaciones: las máquinas industriales, la locomoción marítima y la terrestre.

Ingllaterra, disponiendo de hierro y hulla en abundancia, fué el país de las máquinas, extendidas luego a los demás países. En 1785 se aplicó el vapor, en el condado de Nottingham, a la industria textil algodonera, y más tarde a otras industrias y a la agricultura.



LOCOMOTORA DE 1829 DE LA LÍNEA LIVERPOOL-MANCHESTER (Grabado comunicado por don Juan Soldevila).

La aplicación del vapor a la navegación, ensayada en 1707 por el francés Papin y posteriormente por el marqués de Jouffroy, débese al ingeniero norteamericano Fulton, que hizo experiencias en París (1803) y luego sobre el río Hudson en los Estados Unidos. En 1807, un buque de vapor hizo el recorrido de Albany a New-York, y a partir de 1818 la construcción de vapores tomó gran impulso en los Estados Unidos primero y después en Inglaterra (2). Sin embargo,

(1) Una máquina análoga a la de Watt había sido inventada por Newcomen; pero Watt no sólo la perfeccionó, sino que inventó otros elementos que han hecho de él el inventor de la máquina de vapor moderna (L. Figuier, *Les grandes inventions*, París, 1861).

(2) En 1819 el vapor americano *Savannah* hizo, en veinticinco días, esto es, en seis días, más que los buques de vela, la travesía de New-York a Liverpool.

el nuevo invento no se generalizó hasta más adelante, y los buques de vela, cuya construcción se había perfeccionado mucho, conservaron en el comercio la supremacía sobre los buques de vapor, que no triunfaron hasta mediados de siglo con la substitución de las ruedas por la hélice, y por otras causas que no es posible señalar aquí (1), singularmente la apertura del canal de Suez.



DILIGENCIA DE 1830 (Museo Carnavalet).

Más lenta todavía fué la construcción de ferrocarriles y la generalización de las vías férreas. En las minas de hulla, en Inglaterra, se habían construido *rails*, de madera primero y después de hierro y acero, para transporte de mineral en carros tirados por caballerías. En el año 1800, un norteamericano, llamado Evans, había conseguido

mover una locomotora a vapor por las calles de Filadelfia; pero la primera máquina parecida a nuestras locomotoras no fué construída hasta 1812, por el inglés Stephenson. Empleada primeramente para el acarreo de minerales, hasta 1825 no fué construída la primera línea férrea del mundo, la de Darlington a Stokton, y para transporte de viajeros la de Liverpool a Manchester no fué inaugurada hasta 1830. Sin embargo, las diligencias, usadas desde el siglo XVIII, no desaparecieron. En 1830 se contaban únicamente en el mundo 187 kilómetros de vías férreas: 91 en Inglaterra. En España no las hubo hasta 1848, y la construcción de ferrocarriles no se generalizó hasta 1855, tomando gran impulso a partir del año 1869.

La primera aplicación de la electricidad fué el telégrafo. Las tentativas para comunicarse a distancia por medio de una corriente eléctrica remontan al siglo XVIII; pero el problema no fué resuelto hasta el año 1838, por el norteamericano Morse, y la primera línea telegráfica fué establecida

(1) Véase, para estas cuestiones, Octavio Noel, *Histoire du commerce du monde* (Paris, 1906), t. III, p. 496 y ss.

también en Inglaterra en 1839; pero no se generalizaron, hasta la segunda mitad del siglo.

Otras muchas y utilísimas aplicaciones de la ciencia surgieron en la primera mitad del siglo XIX, entre ellas el alumbrado por gas, la lámpara Davy, destinada a preservar a los mineros de las mortíferas explosiones de grisú, la fotografía y otros muchos inventos, cuya génesis es tan compleja que no es posible atribuirlos a determinados inventores y cuya historia constituye por sí sola una rama importantísima de los conocimientos humanos.

Consecuencias del progreso científico. — El progreso de las ciencias y de sus aplicaciones transformó, a partir del segundo tercio del siglo XIX, la agricultura, la industria y el comercio, cambiando por completo las condiciones de la vida humana. La agricultura fué renovada mediante la aplicación de máquinas y el empleo de abonos químicos, a la vez que el aumento de las vías de comunicación abrió nuevos y más extensos mercados. La sustitución de la industria doméstica por el régimen de la gran industria fué iniciada en Inglaterra en el siglo XVIII, con el empleo de motores mecánicos y el invento de nuevos artefactos aplicados a la industria textil, debidos a Arkwright y a Cartwright. La organización industrial se modificó mediante la formación de grandes empresas, constituidas con grandes capitales, que permitieron la adquisición de máquinas indefinidamente perfeccionadas, la división y la especialización del trabajo, que aumentaron la producción y la abarataron, produciendo también la transformación de la vida urbana, esto es, la creación de grandes centros de población y con ello una multitud de problemas sociales, económicos y políticos. La minería tomó gran impulso, el comercio se transformó a medida que se acrecentaban las vías de comunicación, ferrocarriles, carreteras y canales, telégrafos, teléfonos, etc., y adquirían velocidad los medios de transporte. Con la facilidad y rapidez de comunicaciones, mejoró sensiblemente la vida material y moral de los pueblos. Aumentaron los medios de correspondencia, periódicos, libros, revistas; las relaciones humanas, siendo más fáciles, llevaron la civilización a todas las clases sociales, a las localidades más apartadas y a los países más remotos.

Las ciencias históricas durante la primera mitad del siglo XIX. — Una de las glorias del siglo XIX es



J. F. CHAMPOLLION, EL JOVEN,
por Coignet.

el desarrollo de los estudios históricos. Reducida anteriormente la Historia a pasatiempo de literato o curiosidad de erudito, se transformó «en maestra de la vida, luz del presente y conocimiento del porvenir, por la experiencia del pasado, guía necesaria de la política y resorte del patriotismo». Tal fué el concepto que de la Historia formaron las generaciones de la primera mitad del siglo XIX. De un lado fué considerada como rama de la literatura, de otro como investigación de la verdad, y en este aspecto perfeccionó sus métodos, aumentó los medios de investigación y llamó en su auxilio a otras ciencias: arqueología, filo-

logía, etc., las *ciencias auxiliares*. Dejó de ser la *historia-batalla*, para convertirse en el conocimiento integral del pasado de los pueblos. No pudo ser, por tanto, *obra del genio*, sino resultado de la labor de un ejército de trabajadores, explorando cada cual su dominio. Fué preciso, pues, la organización y la división del trabajo.

La primera mitad del siglo XIX se señaló por el renacimiento de los estudios de erudición (publicaciones de antiguos textos y documentos de archivo), por las exploraciones arqueológicas y por el estudio de las antiguas lenguas. En esta obra colaboraron Alemania, Francia, Inglaterra, etc. A Francia pertenece la gloria



LEOPOLDO RANKE, por Schrader
(Soc. fot. de Berlín).

de la creación de la egiptología, a raíz de la interpretación de la escritura jeroglífica que inició Champolion; a Inglaterra la asiriología, con los estudios de Rawlinson; a Alemania la renovación de los estudios clásicos de Grecia y Roma, la de los hebraicos y la publicación de colecciones de antiguos textos, como los *Monumenta Germaniae Historicae*. La historia de los antiguos pueblos y la de los siglos medios fué renovada. Facilitó la investigación del pasado la Revolución francesa, porque, a consecuencia de los trastornos que produjo en la sociedad y en el régimen político, una enorme masa de documentos perdió su valor jurídico; numerosos Estados (como la república de Venecia)



LORD MACAULAY (Fot. Underwood).

desaparecieron, y los archivos pasaron a dominio público. A la inmensa labor histórica contribuyeron muchos países; pero Alemania, por la sabia organización de sus universidades y por el genio de sus hijos, especialmente aptos para toda labor paciente, ocupa el primer lugar. Sus eruditos e historiadores forman legión. En la primera mitad del siglo XIX se distinguieron, entre otros muchos, que sería largo citar, Niebuhr, fundador de la crítica histórica y Leopoldo Ranke, que fué el primero en decir: «quiero, sencillamente, contar las cosas como fueron».



ALEJANDRO HUMBOLDT (De fotografía).

Ranke (1795-1886) fué profesor de 2.^a enseñanza y después de la Universidad de Berlín. Escribió principalmente acerca de la historia de Europa en los siglos XVI y XVII y fué el primero en utilizar

los archivos, hasta entonces inexplorados, de la célebre república del Adriático. Ranke procuró evitar los juicios dogmáticos y los



CARLOS RITTER (Soc. fot. de Berlín).

partis pris. Concediendo más fe al testigo que al testimonio, se aplicó sobre todo al estudio crítico de las fuentes. Historiador psicólogo, dotado de una excepcional penetración para adivinar los sentimientos y pensamientos ajenos, nadie se ha aproximado tanto como él al ideal del historiador. Su principal obra es la *Historia del pontificado durante los siglos XVI y XVII*, completada con la *Historia de los Osmanlis y de la monarquía española*, obra maestra de historiografía psicológica. Su influencia ha ido más allá de sus discípulos directos.

Entre los historiadores ingleses, también numerosos, tuvieron gran popularidad Tomás Carlyle, célebre por sus libros *Los héroes*, y la *Historia de la Revolución francesa*; y lord Macaulay, orador, literato de gran talento, cuyas obras (*Historia de la Revolución inglesa*, *Historia del reinado de Guillermo III*, etc.) son tan conocidas en España. Sin embargo, lord Macaulay, consumado artista de la exposición histórica, pertenece a aquella clase de historiadores que, más o menos contagiados de política, pusieron en las cuestiones del pasado la pasión del presente. En Francia, además de numerosos eruditos que prepararon la historia científica, que había de florecer más tarde, hubo el grupo de historiadores que constituyeron la llamada *escuela romántica*; Thierry, Guizot, Mignet, Thiers, Edgard Quinet y, singularmente, Julio Michelet, brillantes escrito-

los juicios dogmáticos y los *partis pris*. Concediendo más fe al testigo que al testimonio, se aplicó sobre todo al estudio crítico de las fuentes. Historiador psicólogo, dotado de una excepcional penetración para adivinar los sentimientos y pensamientos ajenos, nadie se ha aproximado tanto como él al ideal del historiador. Su principal obra es la *Historia del pontificado durante los siglos XVI y XVII*, completada con la *Historia de los Osmanlis y de la monarquía española*, obra maestra de historiografía psicológica. Su influencia ha ido más allá de sus discípulos directos.

Entre los historiadores ingleses, también numerosos, tuvieron gran popularidad Tomás Carlyle,



GOETHE (Museo de Munich).

los juicios dogmáticos y los *partis pris*. Concediendo más fe al testigo que al testimonio, se aplicó sobre todo al estudio crítico de las fuentes. Historiador psicólogo, dotado de una excepcional penetración para adivinar los sentimientos y pensamientos ajenos, nadie se ha aproximado tanto como él al ideal del historiador. Su principal obra es la *Historia del pontificado durante los siglos XVI y XVII*, completada con la *Historia de los Osmanlis y de la monarquía española*, obra maestra de historiografía psicológica. Su influencia ha ido más allá de sus discípulos directos.

res, cuyas obras, llenas de colorido y de emoción, más que históricas son monumentos de amena literatura.

La Geografía. — La Geografía es otra de las ciencias creadas en el siglo XIX. Contribuyeron a su formación el progreso de las ciencias matemáticas, físicas y biológicas, singularmente la geología, meteorología, etc., y la exploración metódica de los continentes y mares del planeta. El país que en más alto grado ha contribuido a la formación de la Geografía científica es Alemania, singularmente por obra de Alejandro Humboldt, «uno de los sabios más universales que han existido», que sintetizó en su libro *Cosmos* los resultados de sus numerosas observa-



LORD BYRON (Grabado de la época).

ciones en América y en Asia central, y Carlos Ritter, fundador de la Geografía comparada, obra capital de la ciencia moderna. Las enseñanzas de Ritter en la Universidad de Berlín fructificaron rápidamente. Una pléyade de hombres eminentes, dedicados a la especialización, produjeron obras fundamentales, que sirvieron de base a los estudios geográficos en Francia, Inglaterra, Italia, Austria, etc., creáronse sociedades geográficas y reuniéronse Congresos, que hicieron del estudio de la Tierra una ciencia internacional (1).



WALTER SCOTT (retrato existente en su casa-museo cerca de Edimburgo).

La literatura: el romanticismo. — Inició la primera

(1) Véase, R. Ballester, Investigaciones de metodología geográfica en *Bol. de la Soc. Geográfica de Madrid*, mayo, 1908.

mitad del siglo XIX una revolución literaria y artística, conocida con el nombre de *romanticismo*, palabra vaga, susceptible de diversas interpretaciones; pero cuyos caracteres fundamentales son un idealismo exaltado, el desdén por la fría uniformidad del estilo clásico (preocupado únicamente de la perfección de la forma), el intento de conmover por la fuerza del sentimiento y el deseo de producir o despertar entusiasmo.



CHATEAUBRIAND (retr. anónimo).

Edad media (que idealizaron y desfiguraron), por el catolicismo, la caballería, las leyendas y canciones populares, y cultivaron singularmente la



VICTOR HUGO, en 1830 (según la litografía de Londerau).

Los escritores románticos sintieron gran amor a la poesía, el drama lírico y la novela histórica.



LAMARTINE en 1828 (grabado de Deveaux).

En un principio las tendencias del romanticismo fueron cristianas y conservadoras, propias de la época de la Restauración; pero después de 1830, un espíritu anticristiano, democrático y revolucionario, las anima, y prepara los movimientos políticos y sociales de 1848.

Precursores del romanticismo fueron los poetas alemanes del siglo XVIII, entre otros el dramaturgo Schiller, con sus

obras *Los bandidos*, *Wallenstein*, *María Stuard*, *Don Carlos*, etc., y el genial creador del *Fausto*, Goethe, «padre y promotor de todas las ideas modernas», uno de los más vastos genios que han existido. A diferencia de sus antecesores, el poeta romántico se inspira en *sí mismo*. Fuente de su inspiración son sus dolores y sus alegrías, sus dudas morales,



LUIS DAVID: «El rapto de las Sabinas». (Museo del Louvre).

sus angustias, sus anhelos de *ideal*, el cruel contraste entre los deseos de su corazón o las aspiraciones de su mente y la brutal realidad. La escuela romántica floreció en Alemania, entre otros, con Enrique Heine, poeta lírico de exquisita sensibilidad y fina ironía; en Inglaterra con lord Byron y el popular Walter Scott, maestro insuperable de la novela histórica (*Ivanhoe*, *Quintin Durward*, etc.); en Italia con Leopardi y Manzoni; en España con Espronceda, el duque de Rivas y tantos otros; pero, en ningún país alcanzó el esplendor que en Francia, ya por el número y calidad de sus poetas, ya por la variedad e intensidad de su producción. Promovedor del romanticismo en Francia fué Chateaubriand, «renovador de la imaginación francesa», con su

célebre *Genio del cristianismo*; pero la poesía alcanzó mayores vuelos en dos grandes poetas: Lamartine y Víctor Hugo.



DELACROIX: «LAS MATANZAS DE SCIO» (Museo del Louvre).

Alfonso de Lamartine, poeta lírico por excelencia, de quien se ha dicho que «era la poesía misma», ha dejado en sus *Meditaciones poéticas* y en sus *Harmonías*, el eterno canto de las almas jóvenes a la Naturaleza y al amor puro. Víctor Hugo, cuya vida transcurrió en medio de las agitaciones políticas del siglo, brilló en todos los géneros literarios: poesía (*La leyenda de los siglos*, *Odas y baladas*, *Las orientales*, etc.), drama (*Hernani*, *Los burgraves*, etc.), novela (*Los miserables*, *Nuestra Señora de París*) e his-

toria; y en todos fué genial. Ningún escritor ha suscitado mayores odios ni admiración más apasionada.

El romanticismo fué una violenta reacción contra los convencionalismos de la edad precedente, que confinaba el arte en la imitación de la antigüedad, aprisionando en estériles reglas los espontáneos impulsos del sentimiento y de la fantasía. Los románticos cometieron, sin embargo, el error de creer que se podía substituir el estudio por *la inspiración*, y la observación por la fantasía, con lo cual su escuela acabó también por degenerar en un convencionalismo, que motivó más tarde, como veremos, una reacción, hija de la observación de la vida y del estudio formal de la historia: el *realismo*, que produjo un cambio radical en la literatura y en el arte.



BEETHOVEN, por Shimon (Museo de Munich).

Las bellas artes. — La producción artística del siglo XIX fué tan fecunda y variada como la literaria. Se cultivaron todas las artes; pero principalmente la pintura y la música; la primera en Francia, la segunda en Alemania e Italia.

En pintura hubo en Francia dos escuelas: la *clásica*, representada por Luis David (1748-1825), Gerard, Gros, Isabey, etc., y la *romántica*, por Delacroix, Gericault, Delaroche, Horacio Vernet, etc. Los artistas clásicos aplicábanse, ante todo, a la corrección en el dibujo, a la línea más que al color; los románticos, por el contrario, a los efectos y a la viveza obtenida por los contrastes del colorido. Los primeros fueron *dibujantes*, los segundos *coloristas*. Ambas escuelas cultivaron con éxito el *género histórico* y el retrato. Inglaterra y Alemania tuvieron también buenos pintores. La escultura fué inferior a la pintura, cultivándose principalmente en Italia. La arquitectura no creó nada nuevo. Construyéronse muchos y notables edificios; pero todos ellos a imitación de los monumentos griegos o romanos, o bien de los estilos medievales, góticos y románicos, civiles y religiosos, que los siglos precedentes habían abandonado o mutilado. Una de las bellas artes más salientes del siglo XIX fué la música, que se hizo universal. Los italianos Rossini, Donizetti, Bellini, produjeron principalmente *óperas*; y en Alemania brilló singularmente el genial Beethoven, cuyas sonatas y sinfonías, incomparables, le proclaman como el músico más grande de todos los tiempos y países.

REVOLUCIONES DEMOCRÁTICAS

Carácter de la historia política de Europa durante la segunda mitad del siglo XIX. — La política absolutista de la Restauración, y el «sistema Metternich», multiplicando las causas de descontento, acentuaron a mediados del siglo XIX la reacción liberal contra las monarquías absolutas, y la reacción nacional contra los tratados de Viena, que habían sacrificado las aspiraciones de los pueblos al «equilibrio de los Estados». Roto el concierto de las grandes potencias por la oposición de régimen interior entre las monarquías absolutas y las que se habían vuelto parlamentarias (Francia e Inglaterra), la expresión del descontento de los pueblos se manifestó en las revoluciones del año 1848, en Francia, Italia, Austria y Alemania; revoluciones abortadas, pero que prepararon los acontecimientos más considerables de la segunda mitad del siglo XIX, esto es, la unidad italiana y la hegemonía prusiana, con las cuales iba a derrumbarse el arreglo territorial europeo de 1815.

Revolución de 1848 en Francia. — En la monarquía orleanista el poder estaba en manos de la rica burguesía. El aumento de la riqueza pública y la satisfacción de los intereses materiales de cierto número de personas, no llenaba los deseos de todos los ciudadanos. El desenvolvimiento de la industria y del comercio suscitaba graves problemas económicos, a los cuales los reformadores llamados

socialistas aportaban soluciones radicales. Otros pedían al gobierno concesiones reclamadas por la mayor parte de la opinión pública, v. gr., la extensión del derecho de sufragio y la incompatibilidad entre el cargo de diputado y los empleos públicos; pero el Ministerio se oponía tenazmente a conceder reformas.

La oposición vencida en la Cámara apeló a la propaganda, organizando *banquetes reformistas*. La agitación política, acentuada a consecuencia de algunas calamidades públicas, determinó una insurrección en París, en la que los descontentos pidieron la reforma electoral y la caída de Guizot. Este dimitió el 23 de febrero de 1848. Por la noche hubo iluminaciones en la capital. Una multitud armada de picas y fusiles, precedida de bandera roja, se dirigió en manifestación al ministerio de Estado, custodiado por un batallón de infantería. Un pistoletazo salido de la muchedumbre motivó una descarga de la tropa, que dejó el suelo cubierto de cadáveres. Durante la noche los obreros levantaron barricadas y al día siguiente la insurrección fué general. En vano Luis Felipe había encargado a Thiers la formación de otro ministerio, en el que entraban algunos reformistas. La actitud hostil de la guardia nacional le dió a entender que el momento de su abdicación había llegado. Efectivamente, abdicó en favor de su nieto, el conde de París, y salió en dirección a Inglaterra.

La duquesa de Orleans se dirigió a la Cámara, acompañada de su hijo, para hacer proclamar la regencia; pero los revolucionarios, después de haber saqueado las Tullerías, entraron violentamente en la Cámara de diputados, a los gritos de ¡Viva la República! En medio de un espantoso tumulto fué nombrado un Gobierno provisional, a la vez que la multitud nombraba otro en la Municipalidad. La república democrática substituía a la monarquía constitucional.

La revolución que derribaba del trono a Luis Felipe era una consecuencia de la Revolución de julio. Aquella monarquía era un equívoco, una alianza mal definida entre dos principios opuestos: el de herencia monárquica y el de soberanía popular. Sin embargo, fué para Francia un período de prosperidad. El rey y su familia dieron en el trono ejemplo de las mayores virtudes.

La segunda república en Francia. — Los sucesos de febrero de 1848 dieron por resultado el establecimiento de la República democrática, aceptada sin resistencia. El gobierno provisional tranquilizó la opinión, declarando abolida la pena de muerte por delitos políticos. Los republicanos y los miembros del Gobierno se dividieron desde luego, pues mientras unos querían solamente haber hecho una *revolución política*, y su deseo consistía en fundar la República a base del sufragio universal, querían otros hacer una *revolución social*, implantar reformas para mejorar la condición de la clase obrera.

El primer *partido socialista francés*, nacido de una escisión del partido republicano, fué ajeno a la influencia de los teóricos del socialismo. Constituido en 1832, a raíz de la fundación de una sociedad llamada de los *derechos del hombre*, fué, en un principio, un partido obrero que declaraba querer, «más que un cambio político, una reforma social». Aspiraba a «la igualdad de distribución de cargas y beneficios sociales, al advenimiento completo del reinado de la igualdad». Metido en todos los movimientos insurreccionales tomó, en 1839, el nombre de *comunista*. Luis Blanc, procedente del sansimonismo, formuló la doctrina del partido proclamando «el derecho del hombre al trabajo» y el deber del Estado, como representante de la sociedad, de asegurar trabajo a todos los ciudadanos. En 1843 fundó el periódico *La Reforma* y tuvo como primer diputado a Ledru Rollin, asociándose a la campaña de reforma electoral para obtener el sufragio universal, como medio de llegar a conseguir la reforma social. Este partido, llamado entonces *demócrata*, pasaba inadvertido.

Abolidas las leyes contra los clubs políticos y suprimidas las trabas que gravaban la prensa, fundáronse numerosos periódicos y se activó la propaganda socialista. Admitidos los obreros a formar parte de la guardia nacional (antes reservada a los burgueses), dispusieron de la fuerza y, valiéndose de ella, obtuvieron un decreto por el cual «el gobierno de la República prometía garantizar la vida del obrero por el trabajo, y dar ocupación a todos los ciudadanos». En su virtud fué decretado el establecimiento de *talleres nacionales*. Una comisión establecida en el Luxemburgo ensayó su implantación. El gobierno, para ocupar a los obreros, les empleó en diversas labores, sin plan determinado. El salario que percibían era escaso, porque su número iba

aumentando, y los apuros del tesoro eran enormes. La revolución había paralizado los negocios y el Estado, falto de crédito, no hallaba prestadores. Hizose necesario establecer nuevos impuestos, lo cual irritó a las clases rurales y burguesas, haciéndose la República impopular.

Una *Asamblea nacional*, encargada de dar a Francia una nueva Constitución, fué elegida en abril de 1848, por *sufragio universal directo*. Esta reforma, que en realidad

fué el principal resultado de la *revolución de febrero*, elevó el censo electoral de doscientos cincuenta mil votantes a nueve millones. En aquella Asamblea alcanzaron enorme mayoría los republicanos moderados. Apenas instalada comenzó a recibir ataques del partido socialista, que pretendió subyugarla por la violencia o el temor, viéndose invadida por la multitud. En junio estalló en París una sangrienta revolución social, que duró cuatro días. Su resultado fué la dictadura militar de Cavaignac y una reacción antisocialista. Los *talleres*



LUIS BLANC (grab. anónimo).

nacionales fueron cerrados, tomándose una serie de medidas contra los clubs y la prensa. El jefe de los socialistas, Luis Blanc, hubo de refugiarse en Inglaterra.

La Asamblea votó después la Constitución, que confiaba el poder legislativo a una Asamblea de setecientos cincuenta representantes, y el poder ejecutivo a un *presidente de la República*, elegido por cuatro años por sufragio universal. El presidente tenía el derecho de nombrar los ministros y demás funcionarios y el mando del ejército. La elección de presidente recayó en la persona de Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón el grande, apoyado por los electores realistas, los católicos y por la gran masa de la población rural, sugestionada al solo nombre de *Napoleón*.

Luis Napoleón se instaló en el palacio del Eliseo, nombró ministros orleanistas y gobernó de acuerdo con el partido



monárquico, nombrando *prefectos* (gobernadores de provincia), que suprimieron los emblemas republicanos.

La Asamblea legislativa, creada por la Constitución de 1848, estuvo formada por una gran mayoría de adversarios de la república y del socialismo. Puesta en inteligencia con el presidente tomó una serie de medidas reaccionarias y decidió reformar la ley electoral en sentido anti-democrático. Luis Napoleón, con objeto de ser reelegido,



LUIS NAPOLEÓN, presidente de la República en 1848.

quiso que la Constitución fuese reformada; pero la Asamblea no le secundó. Entonces, decidido el jefe del Estado a mantenerse en el poder a viva fuerza, y puesto de acuerdo con los ministros, violó la Constitución y, después de encarcelar a los principales representantes de la Asamblea, se hizo amo del Gobierno. Sofocadas fácilmente las resistencias en París y en los departamentos, Luis Napoleón apeló a un plebiscito, en cuya virtud el pueblo francés declaraba «confiar el sostenimiento de la autoridad a Luis Napoleón Bonaparte, otorgándole los poderes necesarios para establecer la Constitución».

Reminiscencia del 18 brumario, aquel golpe de Estado (2 diciembre 1851), abolía la segunda república y establecía de nuevo la monarquía militar.

Revoluciones en Europa central. — Los pueblos de Europa central, oprimidos por el «sistema Metternich», intentaron, en 1848, sacudir el yugo absolutista y constituirse con arreglo a sus tendencias nacionales. Los húngaros y los checos, sometidos al Austria, reclamaban la cooficialidad de sus idiomas y reformas políticas. Los eslavos meridionales reivindicaban también sus libertades; pero aquel movimiento *paneslavista* constituía una amenaza para el imperio austríaco, cuyos soberanos, los Habsburgo, no podían desde luego tolerar.

En algunos Estados de la confederación germánica,

como Baden, Wurtemberg, Sajonia, Hannover, etc., habían sido implantadas pacíficamente reformas liberales; pero no en Austria ni en Prusia, donde se produjeron sangrientas revueltas. En mayo de 1848 estalló en Viena una revolución general. El emperador, Fernando I, hubo de aceptar un Parlamento, que fué «una Babel lingüística, etnográfica y social». El rey de Prusia, Federico Guillermo IV, aunque había declarado que jamás se avendría a interponer «una hoja de papel entre él y su pueblo», en vista de los acontecimientos de Viena y de la agitación reinante en Prusia, promulgó una serie de medidas liberales y aceptó la reunión de una *Asamblea* elegida por sufragio universal, colocada bajo la protección del pueblo.

Hungría, agitada por el patriota Kosuth, se sublevó también en defensa de su autonomía; pero, queriendo imponer su autoridad a los eslavos meridionales (serbios, eslavones, croatas) y a los rumanos de Transilvania, unidos de mal talante a Hungría, se desató en los países de la cuenca del Danubio una guerra de razas, hábilmente aprovechada por el Gobierno austríaco para imponerles su dominación.

Mientras tanto, un gran movimiento unitario y nacional se producía en toda Alemania. La Dieta de la Confederación, atemorizada, abdicó sus poderes (julio 1848) en un Parlamento que se reunió en Francfort, compuesto de representantes de todos los Estados alemanes, elegidos por sufragio universal, y proclamó el *Imperio alemán*; pero el antagonismo entre monárquicos y republicanos, y la rivalidad entre los alemanes, adictos unos a la hegemonía del Austria y otros a la de Prusia, esterilizaron aquel intento de unión incipiente.

Liberalismo y nacionalismo en Italia: «il risorgimento». — El Congreso de Viena había dejado Italia dividida en siete Estados: el reino de Cerdeña en el Piemonte (capital Turín); el territorio lombardoveneto, adjudicado al Austria; los ducados de Toscana, Parma y Módena, los Estados Pontificios y el reino de las dos Sicilias; todos ellos bajo un régimen absoluto, sometidos en realidad al Austria. Los gobiernos reprimían cruelmente toda manifestación liberal.

Hacia 1848 comenzó un movimiento de opinión entre

los escritores, que ha sido llamado «il risorgimento». Tratábase de librar a Italia de la miseria y del desorden, dotándola de una administración liberal, y emanciparla de la dominación extranjera. Los promovedores de aquel movimiento no se proponían derribar los gobiernos establecidos, sino simplemente inducirlos a que otorgaran una Constitución a sus pueblos, y a que se unieran en una sola aspiración: la de fundar la *nación italiana*.



JOSÉ MAZZINI (fotografía).

Primer apóstol del «risorgimento» fué el patriota José Mazzini, quien, en su célebre *carta* al rey de Cerdeña, Carlos Alberto (1831), y otros escritos, despertó en los italianos unánime entusiasmo patriótico, de odio al extranjero (*gli tedeschi*). En tal sentido, toda la literatura italiana de entonces, poesía y prosa, fué una perpetua conspiración; v. gr., *Mis prisiones*, de Silvio Pellico, las tragedias *Juan de Procida* y *Arnaldo de Brescia*, de Niccolini; las novelas de Manzoni y de D'Azeglio, el famoso libro titulado *De la primacía moral*

y *civil de los italianos*, del abate Gioberti, que tuvo enorme resonancia, etc.

Mientras en algunos Estados, como Sicilia, gobernada por el incapaz tiranuelo Fernando II de Borbón, los patriotas se sublevaban, hubo tres soberanos que se dejaron persuadir por la opinión nacionalista: el gran duque de Toscana, el Papa y Carlos Alberto de Cerdeña, que promulgó un *Estatuto*, fundamento de la futura Constitución italiana, y, sumándose a la revolución que estallaba en los territorios de Lombardía y Venecia, declaraba la guerra al Austria. En 1846 había sido elevado a la sede, frente al partido austriaco, el cardenal Juan Mastai Ferretti, que tomó el nombre de Pío IX, espíritu místico y generoso que, creyéndose predestinado a ser el reformador de los Estados Pontificios, «el Estado peor gobernado del mundo civilizado», según testimonio

de lord Macaulay, acometió importantes reformas en Roma. Estableció una Constitución representativa y expulsó a los jesuitas; pero, por haberse negado, por escrúpulo de cristiano, a declarar la guerra al Austria, no logró satisfacer a los demócratas italianos, que en su exaltación asesinaron a su ministro Rossi. El pontífice, ante la revolución, se refugió en Gaeta (territorio de Nápoles). Fué instituída en Roma la República y abolido el poder temporal.

La reacción. — Los soberanos, sorprendidos por la Revolución, hicieron concesiones; pero se aprestaron a sofocarla. Para ello disponían de ejércitos mejor organizados, y tuvieron en su favor las divisiones intestinas de los partidos liberales y el apoyo de los autócratas extranjeros. Austria pudo triunfar de los revolucionarios valiéndose de las rivalidades de los diversos pueblos de su imperio y del auxilio militar de Rusia, cuyo emperador, Nicolás I, mantenía una política autoritaria en su propio país,



Pío IX (retr. anónimo).

contra el movimiento nacionalista de los polacos. El emperador Francisco José de Austria, que en 1848 había sucedido a su tío Fernando I, aceptó el auxilio del czar ruso, y a pesar de la desesperada resistencia del patriota Kosuth, Hungría fué sometida y sus defensores condenados a muerte. Triunfante la reacción en Viena y Berlín, fué disuelto el Parlamento de Francfort y restablecida la Confederación Germánica, como en 1815.

Los piamonteses fueron derrotados por los austriacos en Custoza y Novara, y el rey de Cerdeña, Carlos Alberto, desalentado, abdicó en su hijo Víctor Manuel II, que firmó

la paz con Austria. Los italianos, conducidos por José Garibaldi, un soldado demócrata de gran energía, que había peleado en América, y por Mazzini, jefe de la unión patriótica llamada *La joven Italia*, intentaron defender a Roma; pero, atacada esta ciudad, al norte por los austriacos y al sur por el rey de Nápoles, intervino entonces Francia, que, dirigida por Napoleón III y restablecido el imperialismo, no inspiraba confianza a los liberales. En efecto, éstos hubieron de retirarse, y, entrando un ejército francés en Roma, restableció en ella al Papa.

GUERRAS NACIONALES

El segundo imperio francés. — Luis Napoleón comenzó por ejercer una verdadera dictadura. Con el apoyo de ministros y funcionarios dóciles consolidó su triunfo, anulando a sus adversarios políticos. En enero de 1852 fue promulgada una Constitución, imitada de la del año VIII. Todos los poderes quedaban, en realidad, concentrados en manos del «presidente de la República». Por una serie de *decretos presidenciales* fueron abolidas las libertades de reunión, de asociación y de imprenta. Mediante una activa propaganda, y con el apoyo de la magistratura, del clero y del ejército, sometió el Gobierno a la aprobación del pueblo un decreto, por el cual el presidente tomó el título de «emperador de los franceses», con el nombre de Napoleón III, declarando hereditaria la dignidad imperial en su familia.

Napoleón III contrajo matrimonio con una hermosa dama de la nobleza española, Eugenia de Montijo, de la que tuvo un varón, que recibió el título de príncipe imperial.

Por espacio de ocho años, Napoleón III gobernó despóticamente, si bien su gobierno atendió al desenvolvimiento de la prosperidad pública, singularmente al embellecimiento de París, que empezó entonces a transformarse en la capital más bella de Europa. Las únicas resistencias al régimen se manifestaron en forma de complots y de atentados contra el soberano (*bombas de Orsini*, en 1858), seguidos de arbitrarias medidas de represión.

Investido de la facultad de hacer la guerra sin consultar al país, Napoleón III, detestando los tratados de 1815 y ansioso de gloria militar, se alió con Inglaterra para defender al imperio otomano contra la ambición de Rusia y tomó

parte en la *guerra de Crimea*. Luego, en 1859, intervinieron, como veremos, en las cuestiones de Italia, apoyando a los partidarios de la unidad nacional, incluso contra el Pontífice. Por ese motivo, los católicos franceses, que siempre habían apoyado el Imperio, volviéronse en contra. Combatido por los elementos conservadores, receloso el país y el extranjero de su despotismo, Napoleón III intentó reconciliarse con los liberales. A este fin, dió una amnistía a los



condenados por motivos políticos. Los deportados y desterrados en 1851 regresaron a Francia; pero no quisieron perdonar a Napoleón el *golpe de Estado*, y reconstituyeron el partido republicano. Con objeto de reconciliarse con los orleanistas liberales, dió Napoleón más libertad al cuerpo legislativo y a la prensa, con lo cual la oposición política aumentó. El período comprendido entre 1860 y la caída del Imperio fué, por esta razón, designado con el nombre de *Imperio liberal*.

EUGENIA DE MONTIJO, por Winterhalter.

Formación de la unidad italiana. — El rey Víctor Manuel II de Cerdeña, llamado «il re galantuomo», negóse a pesar de los halagos de Austria, a abolir el *Statuto de 1848*, otorgado por su padre a sus súbditos, que establecía un régimen liberal. El reino de Cerdeña se convirtió, pues, en refugio de los patriotas y liberales italianos, quienes, aleccionados por el fracaso de 1848, debido a la falta de acción común y a la carencia de un aliado poderoso, cambiaron de táctica. Para triunfar hacía falta organizarse y buscar alianzas. Esta fué la obra del ministro de Cerdeña, conde Camilo de Cavour, economista, político profundamente liberal y hábil diplomático, que, en vez de meterse en aventuras estériles, reorganizó el Piamonte, tomando sabias medidas económicas, morales y militares; entró en la alianza anglofrancesa con ocasión de la guerra de Crimea, y admitido en el Congreso de París, reunido para zanjar los asuntos del

reino de Cerdeña, llamado «il re galantuomo», negóse a pesar de los halagos de Austria, a abolir el *Statuto de 1848*, otorgado por su padre a sus súbditos, que establecía un régimen liberal. El reino de Cerdeña se convirtió, pues, en refugio de los patriotas y liberales italianos, quienes, aleccionados por el fracaso de 1848, debido a la falta de acción común y a la carencia de un aliado poderoso, cambiaron de táctica. Para triunfar hacía falta organizarse y buscar alianzas. Esta fué la obra del ministro de Cerdeña, conde Camilo de Cavour, economista, político profundamente liberal y hábil diplomático, que, en vez de meterse en aventuras estériles, reorganizó el Piamonte, tomando sabias medidas económicas, morales y militares; entró en la alianza anglofrancesa con ocasión de la guerra de Crimea, y admitido en el Congreso de París, reunido para zanjar los asuntos del

Oriente, presentó ante Europa la *cuestión italiana*, denunciando al Austria, cuya tiranía fué objeto de la protesta general. Aprovechando un momento de antagonismo entre Austria y Francia, Cavour (entrevista de Plombières, 1858), solicitó y obtuvo la alianza de Napoleón III, que se obligó a ayudar al rey de Cerdeña contra Austria, a cambio de obtener Saboya (1859).

Declarada la guerra, estalló de nuevo la revolución en los Estados italianos, y un ejército francopiamontés, en el cual se alistaron numerosos patriotas de toda Italia, invadió Lombardía y derrotó a los austriacos en Magenta y Solferino. Los austriacos se retiraron a Venecia; pero el emperador francés, ante la actitud insegura de



VÍCTOR MANUEL (De fotografía).

Prusia y la revolución que conmovía los Estados de la Iglesia, planteando la cuestión internacional del poder temporal del Papa, negoció con Austria, firmándose la *paz de Zurich*, por la que obtuvo Lombardía, que cedió al rey de Cerdeña.

Entretanto, aprovechando la retirada de las tropas austriacas, los ducados de Italia central se habían sublevado, declarándose anexionados a Cerdeña. Aparte de los Estados Pontificios, únicamente el reino de las Dos Sicilias se mantenía fiel a su soberano.

Garibaldi, con mil voluntarios, embarcó en Génova, diri-



CAVOUR (Museo de Milán).

giéndose a Sicilia. Con el apoyo de cuatro mil patriotas se

erigió en dictador, en nombre del rey de Cerdeña; marchó sobre Palermo y Mesina, y de allí a Nápoles, donde entró triunfante. Para consumar la unidad faltaba adquirir los Estados Pontificios, en los cuales ardía la revolución; pero los católicos de todos los países se oponían a que el jefe de la Iglesia fuera desposeído de su poder temporal. Pío IX, apelando a los voluntarios del orbe católico, había organizado un ejército que mandaba el general francés Lamori-



JOSÉ GARIBALDI.

cière; pero Cavour, de acuerdo con Napoleón, intimó al pontífice a disolver aquel ejército de extranjeros. Ante la negativa del papa, las tropas piemontesas entraron en los Estados Pontificios para restablecer el orden, derrotando al ejército del papa en Castelfidardo (septiembre de 1860).

Prosiguió la campaña contra el ejército napolitano. En 1861 se abrió en Turín el primer Parlamento italiano, en el cual Víctor Manuel fué proclamado «rey de Italia por la gracia de Dios y la voluntad del pueblo». Sin embargo, Roma se mantuvo, defendida

por los franceses, bajo la autoridad del papa hasta septiembre de 1870, en que, habiendo estallado la guerra franco-prusiana, y retirado Napoleón las tropas de Roma, fué ocupada por los italianos, pasando a ser la capital del nuevo reino. El pontífice quedó confinado en su palacio del Vaticano. La unidad de Italia no era todavía completa, y subsistió el anhelo de extender su soberanía a todos los países de lengua italiana: el Tirol y Trieste, pertenecientes entonces al Austria; Córcega y Niza a Francia; Malta a Inglaterra; países que constituyeron la *Italia irredenta* (no redimida).

Formación de la unidad alemana. — La reacción de 1850 no abolió en Prusia el régimen constitucional, si bien

sus gobernantes continuaron administrando despóticamente el país. Austria y Prusia se disputaban la hegemonía de Alemania y deseaban unificarla con arreglo a sus respectivas miras políticas. Los esfuerzos de Austria para crear «la gran Alemania» fueron estériles. Prusia, cuyo régimen era más liberal, rechazaba el vasallaje que pretendían imponerle los Habsburgo. El pueblo prusiano era instruido, enérgico y laborioso. Además de sus grandes universidades, foco de eminentes patriotas, contaba con florecientes industrias. Desde 1819 había formado una unión aduanera (*zollverein*) con los pequeños Estados de la Confederación germánica, unión económica provechosa al comercio y a la industria, considerada por los pensadores como base de la futura unión política. Los prusianos, admirablemente disciplinados, fueron, pues, los colaboradores del soberano y de los estadistas que iban a realizar la unidad alemana en provecho de su patria.

Fué la unidad alemana obra de Prusia, hecha mediante tres guerras: *la guerra de los ducados* (1864), *la guerra austriaca* (1866) y *la guerra francoprusiana* (1870).



GUILLERMO I DE PRUSIA.

En 1861 subió al trono de Prusia Guillermo I. Príncipe inteligente e instruido, recogió la tradición de su familia, los Hohenzollern, príncipes-soldados, cuya política había consistido en vivir de la guerra y para la guerra. Secundado por el feldmariscal Moltke, gran estratega, y singularmente por el ministro y habilísimo diplomático Otto de Bismark, «el rey Guillermo reorganizó y aumentó las fuerzas militares prusianas, a despecho de su Parlamento, con peligro de su corona y aun de su vida».

Bismark no tardó en emplear aquella fuerza en el exterior, con motivo de la cuestión de los ducados del Elba (Schleswick-Holstein y Lauenburgo), los cuales formaban parte de la Confederación germánica y cuya administración

había reivindicado el rey de Dinamarca contra los derechos de la Dieta. Bismark no dejó obrar al ejército de la Confederación, sino que, uniéndose a Austria, propuso a esta potencia su ocupación y el *condominio* de los ducados que, después de una breve guerra, fueron abandonados por el rey de Dinamarca a Austria y Prusia.

Las exigencias de Prusia en aquella cuestión, y la política provocativa de Bismark (quien había tomado la precaución



FELDMARISCAL MOLTKE (retrato anónimo).

de aliarse con Italia y con Napoleón III), suscitaron en 1866 una guerra entre Prusia y Austria. Con esta última se aliaron casi todos los pequeños Estados de la *Confederación germánica*, temerosos por su independencia ante el engrandecimiento prusiano. La batalla de *Sadowa* fué un triunfo decisivo para Prusia. Por el *tratado de Praga*, la *Confederación germánica* quedaba disuelta; Alemania recibiría una nueva organización, Austria aparte; los países alemanes, extraños a Austria, quedaban divididos en dos grupos, al norte y sur del *Mein*, respectivamente: los del norte, al

arbitrio de las modificaciones territoriales que quisiera imponerles el rey de Prusia. Austria abandonaba al vencedor sus derechos a los ducados del Elba y cedía Venecia a Francia, para pasar de manos de esta última a Italia.

Prusia aprovechó su triunfo para *anexionarse*, «en virtud de las necesidades de la reorganización política de la patria común alemana», una serie de pequeños Estados, que le permitieron formar un territorio compacto. Después de una multitud de negociaciones, formó con otros la *Confederación del Norte*, que comprendía veintidós miembros, más estrechamente unidos entre sí y con mayor dependencia del poder central. Los reinos del sur entraron en el *Zollverein* y concedieron a Prusia la dirección de sus ejércitos en caso de guerra.

En resumen, la guerra de 1866 había comenzado la unificación de Alemania: por la disolución de la Confederación

germánica, por la exclusión de Austria, por las anexiones de Prusia, por la constitución de la Confederación de los Estados del Norte, por los tratados de Prusia con los Estados del Sur y por la extensión del zollverein a toda Alemania.

Guerra francoprusiana. — La guerra del año 1870 entre Alemania y Francia, llamada guerra francoprusiana, fué la consecuencia natural de la superioridad militar de Prusia, de la ambición conquistadora de su Gobierno (dirigido por Bismark) y de las exigencias de la política imperial francesa.

Un incidente secundario hizo estallar la guerra. El trono de España, vacante en 1868, a consecuencia de la revolución de septiembre, que había destronado a la hija de Fernando VII, Isabel II, fué ofrecido por el Gobierno español al príncipe Leopoldo de Hoenzollern, primo del rey de Prusia.



BISMARCK en 1870.

El reinado de Isabel II (1843-1868) fué una época de completa anarquía militar. Los amos de España fueron los generales, principalmente Narváez, jefe del *partido moderado*, que gobernó despóticamente en sentido retrógrado, y O'Donnell, que durante cinco años estuvo en el poder a título de jefe de un partido llamado *Unión liberal*. Los partidos de la oposición se pusieron de acuerdo para derribar a la reina y restablecer la Constitución de 1812. Los generales Prim, Serrano y el almirante Topete se sublevaron y vencieron a las tropas de Isabel II en Alcolea. Tal fué la *revolución de septiembre*. Los vencedores, divididos acerca de la forma de gobierno que convenía establecer y deseando excluir a los Borbones, andaban en busca de un rey.

El gobierno francés, alentado por los diputados de la

oposición, protestó, declarando que aquella candidatura «rompía el equilibrio europeo, poniendo en peligro los intereses y el honor de Francia». El rey de Prusia, instado por el embajador francés para que interviniera y que su pariente rehusara el trono ofrecido, no opuso a esto dificultades. Leopoldo de Hoenzollern renunció, en efecto, aunque por otros motivos; pero el gobierno francés, hostigado por los políticos belicosos, exigió de Prusia una garantía para el



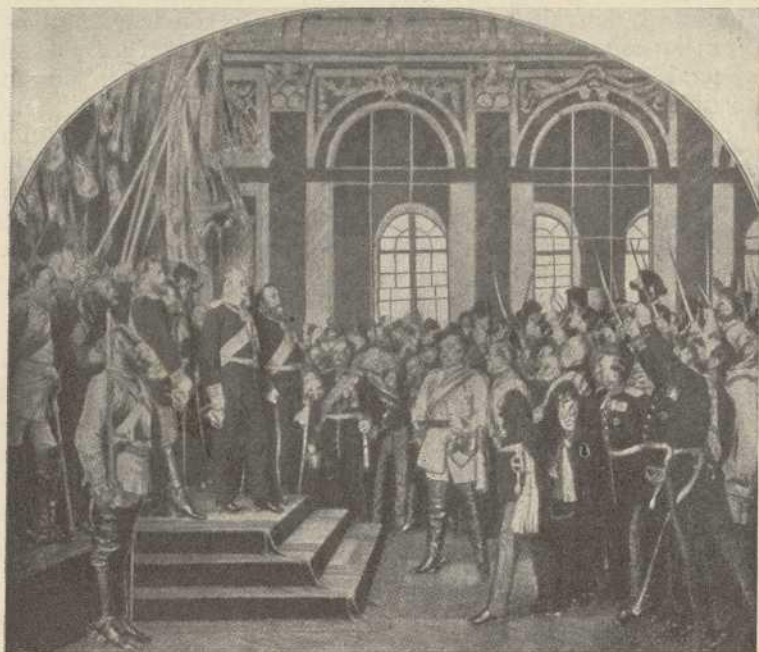
GAMBETTA (De fotografía).

porvenir, impertinencia que el rey Guillermo rechazó. Cuando Bismark (que deseaba la guerra) tuvo noticia del incidente ocurrido entre el soberano (que se hallaba en el balneario de Ems) y el embajador francés, tergiversó el sentido de las declaraciones hechas por Guillermo I, dando a entender, en un telegrama hecho público, que el rey había rehusado recibir al embajador, «lo cual — dijo — será un capotazo al toro galo». Efectivamente, el Gobierno imperial, sin aguardar la comprobación de la noticia, votó créditos extraordinarios y declaró la guerra.

Los alemanes respondieron unánimes a aquella imprudente provocación, que en vano intentó evitar una minoría de patriotas esclarecidos, como Thiers, Gambetta, Grevy, etc. Los alemanes movilizaron un formidable ejército de medio millón de soldados, que maniobraba con precisión y con arreglo a un plan premeditado. Los franceses, en cambio, se encontraban desorganizados y con sólo doscientos mil hombres; así es que hubieron de limitarse a la defensiva. En agosto de 1870 comenzaron las hostilidades. Napoleón III, con sus mediocres generales, Bazaine, Mac-Mahon, etc., se puso al frente del ejército. El 1.º de septiembre fué la *batalla y capitulación de Sedán*. Más de ochenta mil franceses hubieron de rendirse. Napoleón entregó su espada al rey de Prusia. Aquel desastre arrastraba consigo el Imperio.

Al saberse en París la capitulación de Sedán, el pueblo se

insurreccionó, invadiendo tumultuosamente el palacio del Cuerpo legislativo. Desde lo alto de la tribuna, el diputado Gambetta pronunció, en nombre del pueblo, la destitución de Napoleón III y de su familia. Los diputados republicanos, reunidos en la Casa de la Villa, constituyeron un gobierno provisional, llamado de la *Defensa nacional*, bajo la presidencia del general Trochu, gobernador militar de París.



PROCLAMACIÓN DEL IMPERIO ALEMÁN EN EL PALACIO DE VERSAILLES (cuadro de Werner, Berlín).

Aquella misma noche fué proclamada la República, proclamación anticipada en Lyon y secundada por la grandes ciudades (4 de septiembre de 1870).

El gobierno de la Defensa nacional negoció un armisticio con Bismark, intentando salvar la integridad del territorio; pero ante las duras exigencias del vencedor, fué decidido continuar la guerra. Los ejércitos alemanes siguieron hacia

París, al mismo tiempo que bloqueaban o sitiaban importantes plazas, como Strasburgo, la gran ciudad de Alsacia, que capituló el 27 de septiembre, y Metz, el 27 de octubre, capitulación esta última que entregaba al vencedor ciento ochenta mil hombres, con armas y bagajes.

Los franceses, impulsados por algunos ardientes patriotas como Gambetta, organizaron un ejército en el valle del Loire, mientras París se preparaba a la defensa; pero todo fué inútil. Los alemanes, inexorables, cercaron la capital de Francia con un formidable ejército, establecieron su cuartel general en Versailles, y en enero de 1871, después de un terrible sitio, París capituló. Firmóse un armisticio para dar lugar a las elecciones, constituyéndose en Burdeos una *Asamblea Nacional*, investida de todos los poderes, bajo la presidencia de Thiers, que fué encargado de negociar con los vencedores. El patriotismo y la elocuencia del ilustre estadista se estrellaron contra las exigencias de Bismark. Por la *paz de Versailles*, ratificada en *Francfort* (febrero-mayo de 1871), Francia cedió a Alemania, Alsacia y Lorena, más una indemnización de guerra de 5,000 millones.

Consecuencia inmediata de la victoria alcanzada en común por los alemanes, fué, previas negociaciones con los príncipes, la constitución del *Imperio alemán*, bajo la presidencia hereditaria del rey de Prusia; nueva Confederación, compuesta de veinticinco Estados soberanos y un *territorio del Imperio* (Alsacia Lorena), con un *Consejo federal* y un *Parlamento* (noviembre de 1870). El Imperio fué proclamado solemnemente, el 18 de enero de 1871, en la galería de los espejos del suntuoso palacio de Versailles.

LA CUESTIÓN DE ORIENTE

(1829-1913)

La cuestión de Oriente. — Relacionada con la historia general del islamismo, con hondas raíces en el pasado, la cuestión de Oriente, durante el siglo XIX, suele limitarse a las relaciones del imperio otomano con los Estados cristianos de Europa, esto es, a la lucha entre Rusia y Turquía por la dominación del mar Negro, las relaciones diplomáticas de las potencias europeas con el sultán, las reformas de Turquía por influencia de Europa y la independencia de los países balcánicos y danubianos.

Sus fases principales. — Además de la formación del principado de Serbia y de la independencia de Grecia, ya conocidas (1821-1829), las fases de la cuestión de Oriente, durante el siglo XIX, fueron: 1.^a, la *cuestión de Egipto* (1831-1841); 2.^a, la *guerra de Crimea* (1854-1856); 3.^a, la *primera guerra balcánica* (1875-1878); 4.^a, la *revolución de Turquía e independencia de Bulgaria* (1908); 5.^a, la *guerra de Trípoli* (1911-1912), y 6.^a, la *segunda guerra balcánica* (1912-1913).

Cuestión de Egipto. — Después de la guerra de independencia griega, un nuevo peligro amenazó el imperio otomano: la cuestión de Egipto.

El pachá Mehemed-Alí, albanés inteligente y audaz, después de haber destruído los mamelucos y haberse proclamado propietario y único dueño del Egipto, habíase aplicado a fomentar la riqueza en el valle del Nilo, mediante la reforma de los procedimientos agrícolas, la creación de grandes industrias y el impulso de las obras públicas. Dueño, además, de un poderoso ejército y una flota, había auxiliado al sultán

en su lucha contra los griegos sublevados. Para indemnizarse de las pérdidas sufridas en aquella guerra, Mehemed-Alí reclamó del sultán la herencia del Egipto y el gobierno de Siria para su hijo Ybrahim, peticiones que le fueron denegadas. El ambicioso pachá invadió militarmente Siria y derrotó las tropas del sultán, que, amedrentado, imploró el auxilio de Rusia. El czar, dispuesto a establecer su influencia en Turquía, ocupó con sus tropas las orillas del Bósforo; pero



MEHEMED-ALÍ, por Couder (Galería de Versailles).

Ingllaterra, Austria y Francia, alarmadas de la preponderancia que pudiera alcanzar Rusia, influyeron con el sultán para que desarmara a Mehemed-Alí mediante concesiones (1833). Este obtuvo, en efecto, el gobierno de Siria, lo cual le dejaba abierto el camino de Constantinopla. Por otra parte, el czar de Rusia, a cambio del apoyo ofrecido al sultán, obtuvo, por el tratado de Unkiar-Skelesi (1833), el cierre de los estrechos a los buques de guerra de las demás potencias, convirtiendo, de este modo, el mar Negro en un inmenso puerto militar ruso.

Aquel tratado hizo que las demás potencias emprendieran una política encaminada a *proteger* al sultán, a fin de evitar que Turquía fuese presa de Rusia.

Retóñó la guerra en 1839, por haber querido el sultán desposeer a su rebelde vasallo, Mehemed-Alí, del gobierno de Siria; pero sus tropas fueron derrotadas, y su escuadra conducida a Alejandría y entregada al pachá rebelde. El poderío de éste podía ser un obstáculo para el imperio inglés de la India. Para evitarlo, Inglaterra propuso a las potencias, y éstas aceptaron, una intervención colectiva. Por el *tratado de Londres* (1840), Mehemed-Alí hubo de contentarse con la posesión hereditaria del Egipto, y por la *Convención de*

los estrechos (1841), recobró el sultán, al amparo de las potencias occidentales, sus funciones de «portero del Bósforo», quedando anulado de hecho el tratado de Unkiar-Skelesi.

Guerra de Crimea. — La situación de Turquía y la política de Rusia determinaron, a mediados de siglo, una nueva fase en la cuestión de Oriente.

Las continuas insurrecciones y desastres de Turquía evidenciaban la necesidad de profundas reformas, que, en efecto, emprendieron los sultanes Mahmud II y su hijo Abdul-Medjid (1839-1861), reformas administrativas y militares, que los turcos llamaron el *Tanzimat* o nuevo régimen; pero las reformas chocaron con el obstáculo de la mala fe de los funcionarios y el fanatismo e inercia de la mayoría de la población, aferrada a las viejas creencias islámicas. Aquellos intentos de reforma no eran del agrado del czar de Rusia, Nicolás I, que acariciaba la idea de repartirse, con algún otro Estado poderoso, el imperio turco, o bien la de establecer el protectorado de Rusia en Turquía, a cuyo soberano llamaba «el enfermo de Constantinopla».

Como la desmembración no era posible sin contar con alguna otra potencia, el czar apeló primero a Inglaterra, y después, sin más demora, envió un embajador extraordinario al sultán, exigiéndole una alianza ofensiva y defensiva, esto es, la aceptación de su dominio o la ruptura. El sultán, previo apoyo de Inglaterra y Francia, se negó a ello, y el czar, desoyendo las proposiciones de aquellas dos potencias, ocupó militarmente las provincias moldoválacas y estalló la guerra. Las escuadras inglesas bombardearon los puertos rusos, mientras un ejército anglofrancés, con la colaboración de un cuerpo de tropas piemontesas, desembarcaba en Crimea. Después de algunas victorias, los aliados rendían la fortaleza de Sebastopol, poderoso arsenal ruso, tras un célebre sitio, tan obstinado como sangriento (1854-1855). La muerte del czar de Rusia y las amenazas de Austria decidieron al nuevo czar, Alejandro II, a firmar la *paz de París* (1856), «por la cual quedaba Turquía oficialmente colocada bajo la salvaguardia de Europa». Rusia perdía la dominación del mar Negro, la tutela sobre los principados danubianos, el protectorado de los cristianos de Oriente y la esperanza de extenderse por el Mediterráneo.



Descomposición del imperio turco: primera guerra balkánica. — A partir del tratado de París se modificó la condición de los países balkánicos. Turquía, continuando con los vicios de su administración, daba malos tratos a las poblaciones cristianas sometidas a su yugo, ocasionando continuas sublevaciones alentadas por Rusia. Moldavia y Valaquia, declaradas autónomas por el tratado de París, se constituían en nación, y Rumania (1862), después de algunas convulsiones políticas, quedó constituida en monarquía constitucional, en 1866, bajo Carlos I Hoenzollern. El ejemplo de Rumania fué imitado por las provincias de Bosnia y Herzegovina, habitadas por serbios; por Montenegro, sublevado en 1858, que obtuvo del sultán la renuncia de su soberanía (1862), y por Serbia, que consiguió, con el apoyo de la diplomacia europea, la evacuación de las tropas turcas de sus fortalezas (1867). Grecia, descontenta del tratado de París, cambiaba de dinastía en 1863, obteniendo de Inglaterra las islas Jónicas, al propio tiempo que alentaba la rebeldía de Creta.

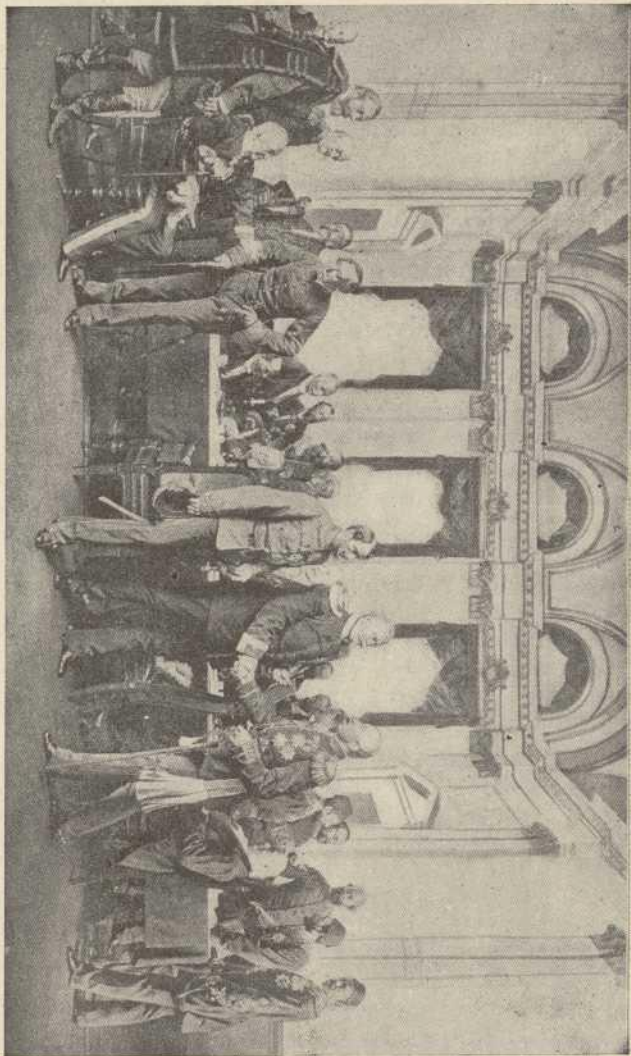
Rusia intervenía de nuevo en los Balkanes, no en nombre del principio religioso, esto es, como protectora de los cristianos del Oriente, sino en nombre del principio de las nacionalidades, declarándose protectora de los pueblos eslavos, haciendo una intensa propaganda *paneslavista*. Aquel movimiento, que alentaba a los pueblos cristianos de los Balkanes, produjo en Constantinopla la formación de «la joven Turquía», partido nacional de reacción antieuropea, favorable a la restauración del Islam. Empezaron los turcos a maltratar a los cristianos, y, desde 1875, una gran agitación se produjo en toda la península balkánica. En 1876 estalló en Constantinopla una revolución favorable al partido nacional, que puso en el trono a Abdul-Hamid II, «el sultán rojo». Serbia y Montenegro, creyendo que el momento de la disolución de Turquía había llegado, le declararon la guerra; pero los turcos resistieron y, para evitar ser cogidos a retaguardia, pasaron los pueblos de Bulgaria a degüello. Las «atrocidades búlgaras» pusieron en conmoción a las potencias europeas: pero el sultán, para burlar las exigencias de Europa, otorgó, afectando hacerlo de buena fe, una Constitución a su pueblo; pero negándose a toda intervención de las naciones europeas en la administración del Imperio, como éstas exigían.

Los hechos demostraron que aquella *Constitución* no había sido más que un medio de burlar a Europa. El czar de Rusia, empujado por su pueblo, y con apoyo de Rumania, que se proclamó independiente (1877) y de Serbia y Montenegro, se lanzó a la guerra. Las tropas rusas franquearon el Danubio y sitiaron a Plewna; pero fueron detenidas por la heroica resistencia de Osman pachá, que al fin hubo de capitular. Entretanto, otros cuerpos de ejército rusos pasaron el Balkán y, después de concentrarse en Andrinópolis, llegaron ante los muros de Constantinopla.

El gobierno otomano hubo de aceptar el tratado de *San Stéfano* (1878,) por el cual reconocía la independencia de los tres Estados aliados de Rusia, esto es, Rumania, Serbia y Montenegro; aceptaba la formación de un nuevo Estado vasallo de Turquía, llamado *Principado de Bulgaria* (con Rumelia y Macedonia) y el pago de una fuerte indemnización de guerra. Aquel tratado dejaba el imperio turco reducido a la situación del *imperio bizantino* en el siglo xv, y los Balkanes bajo la hegemonía del czar.

Los gobiernos europeos, singularmente Inglaterra, fundadamente recelosa del engrandecimiento de Rusia (amenaza para el Imperio angloindio) y Austria, frustrada en sus designios de extenderse camino de Oriente, protestaron, aliándose. Una guerra europea amenazaba cuando el canciller Bismark, para cuya política los intereses exteriores de Austria eran «intereses alemanes», interpuso su mediación, dejando a Rusia aislada.

Un congreso plenipotenciario europeo se reunió en Berlín, y en julio de 1878 se firmó el tratado de este nombre, por el cual quedó mantenida la neutralidad del Danubio, Rusia adquiría la Besarabia y algunas plazas estratégicas del Asia turca, Inglaterra la isla de Chipre, y Austria la administración y ocupación de Bosnia y Herzegovina. Por lo que respecta a los países cristianos de los Balkanes, Grecia adquiría la Tesalia y el Epiro meridional, Montenegro el territorio de Podgoritza y los puertos de Dulzigno y Antivari (en el Adriático), Serbia el distrito y ciudad de Nish, y Rumania la Dobroutscha sobre el mar Negro. Además, se reconocía la plena independencia de estas tres potencias; Bulgaria quedó erigida en Principado vasallo de Turquía, pero separada de Rumelia.



El Congreso de Berlín en 1878. (Cuadro de A. Bremer).

El tratado de Berlín marca una fecha importante en la evolución de la cuestión de Oriente, puesto que consagraba la impotencia de Turquía a *européizarse* y sancionaba la independencia de las naciones cristianas de los Balkanes; pero aquel tratado, lejos de resolver la cuestión, la complicó más, creando nuevas causas de conflicto, ya entre las grandes potencias, ya entre las naciones balcánicas independientes y rivales entre sí, como la ocupación de Bosnia y Herzegovina por Austria y la cuestión de Macedonia.

Nuevas desmembraciones de Turquía. — Pocos años después del Congreso de Berlín, nuevos acontecimientos en los Balkanes aceleraron la desmembración de Turquía. Fueron éstos: la *revolución de Bulgaria* (1885), y la *guerra turcogriega* (1897). Los búlgaros de la provincia autónoma de Rumelia expulsaron al gobernador turco y proclamaron su unión a los búlgaros del Principado, bajo el cetro de Alejandro de Battemberg, que se tituló «príncipe de los búlgaros del Norte y del Sur». Las potencias europeas, sin hacer caso de las protestas de Turquía, no se opusieron a la formación «de la gran Bulgaria»; pero Serbia, saliendo en defensa del «equilibrio balcánico», le declaró la guerra, siendo vencida. La unión de Bulgaria quedó pues consumada, a pesar de la oposición de Rusia.

La *cuestión de Creta* fué causa de otra guerra entre Grecia y Turquía. Los cretenses, sublevados muchas veces contra la opresión turca, se rebelaron de nuevo en 1897 a raíz de las matanzas de Candía, y apelaron a sus hermanos, los griegos, que enviaron tropas a Creta y proclamaron la anexión de la isla, al propio tiempo que procuraban promover una insurrección en Macedonia, habitada, en parte, por griegos. Desorganizados y militarmente inferiores a sus adversarios, los griegos fueron derrotados en Larisa y Farsalia; pero la intervención de las potencias impidió la expoliación de los vencidos, que fueron obligados a ceder a Turquía parte de Tesalia; pero impusieron al sultán un gobierno autónomo en Creta, que no llegó a ser efectivo, no siendo libertada aquella isla hasta 1912, en que fué definitivamente incorporada a Grecia.

La cuestión macedónica y sus consecuencias. — A principios del siglo actual produjéronse en los Balkanes

incesantes perturbaciones, debidas a la *cuestión macedónica*. Macedonia, región comprensiva de los vilayetos turcos de Uskub, Monastir y Salónica, está poblada de serbios, búlgaros, rumanos, griegos, judíos y albaneses. Su valiosa situación geográfica, y las codicias de los respectivos estados balkánicos, la convertían en foco de las más opuestas propagandas nacionales y de conspiración contra Turquía. El sultán, lejos de aplicar reformas allí donde eran más necesarias, practicaba una política persecutoria. Una insurrección, que estalló en 1903, seguida de crueles represalias, produjo la intervención de la diplomacia europea. Inglaterra y Rusia prepararon (1907) un programa de reformas, que obligaba al sultán a conceder la autonomía a Macedonia; pero la publicación de aquel proyecto produjo una revolución en Turquía, revolución promovida por una parte del ejército turco en connivencia con el partido liberal titulado *Unión y progreso*. El sultán hubo de restablecer la *Constitución de 1876*. Consecuencia de este acontecimiento fueron la anexión de Bosnia y Herzegovina al Austria y la proclamación de la independencia de Bulgaria. Estalló en Constantinopla una reacción militar, instigada por los turcos fieles al antiguo régimen; pero las tropas de Macedonia y Andrinópolis entraron a viva fuerza en la capital de Turquía y depusieron a Abdul-Hamid, reemplazado por su hermano Mohamed V. Quedó, pues, Turquía constituida a modo de monarquía democrática; pero sólo en apariencia, puesto que el nuevo régimen no tenía por base la adhesión nacional, sino la acción militar.

Las esperanzas que el triunfo de «los jóvenes turcos» había hecho concebir se desvanecieron ante la política por ellos practicada, pues, lejos de gobernar liberalmente, pretendieron fusionar en un solo pueblo las múltiples naciones de los Balkanes, imponiendo, v. gr., el estudio del idioma turco en todas las escuelas. Entonces los Estados balkánicos, Bulgaria, Serbia, Grecia, Montenegro y Rumania, puestos de acuerdo, y aprovechando el momento en que Turquía era vencida por Italia en Tripolitania, atacaron a los turcos, derrotándoles en numerosas batallas (*Kirk-Kilisé, Kumanovo, Monastir*, etc.). Perdieron los turcos Andrinópolis, y hubiera caído Constantinopla en poder de los aliados, a no impedirlo sus rivalidades y las potencias europeas, que se-

guían el curso de aquellos acontecimientos sin perder de vista sus propios intereses.

En efecto, en la *Conferencia de Londres* (1913), Austria, opuesta a que Serbia y Grecia se apoderasen del litoral adriático, impuso la formación del *reino de Albania*, mientras empujaba a los búlgaros a lanzarse contra los serbios; pero éstos, apoyados por griegos y rumanos, vencieron a los búlgaros, que hubieron de aceptar la *paz de Bucarest*. Rumania acrecentó su territorio a costa de Bulgaria; los serbios adquirieron Monastir, los griegos Salónica, y los turcos recobraron Andrinópolis y su distrito, único territorio que en Europa le quedó a Turquía.

En vísperas de la gran guerra europea (1914-1918), se cerraba el ciclo de acontecimientos que durante el siglo XIX constituyeron la *cuestión de Oriente*; pero esta famosa cuestión, lejos de quedar resuelta, se desdobló después en múltiples *cuestiones de Oriente*, que están enlazadas con la existencia del mundo actual.

LOS ESTADOS EUROPEOS DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

La Iglesia católica en el siglo XIX. — En el transcurso del siglo XIX perdió la Iglesia católica su poder temporal; pero ganó en cohesión, unidad e independencia, mediante una mayor centralización de los poderes espirituales en manos del Papa.

La historia de la Iglesia católica, durante el siglo XIX, comprende dos períodos: 1.º (1815-1848), de *restauración religiosa*, y 2.º (1846-1903), de *desenvolvimiento de la iglesia* bajo los pontificados de Pío IX y de León XIII. El primero se tradujo en la renovación de las prácticas religiosas en las clases ricas o aristocráticas, en el desenvolvimiento de las órdenes religiosas y en la multiplicación de asociaciones piadosas.

El siglo XVIII había sido un siglo de escepticismo. Después de la Revolución y del Imperio napoleónico, la nobleza primero y la burguesía después, unos por convicción, otros por seguir la moda, se reconciliaron con la Iglesia. Reaparecieron las antiguas órdenes religiosas, entre ellas la de los jesuitas, restablecidos por Pío VII en 1814, y se fundaron otras nuevas, como los *maristas*, los *hermanos de la doctrina cristiana*, etc., extendiéndose el espíritu de asociación a la sociedad laica. Sin embargo, entre los católicos manifestáronse dos tendencias: el *ultramontanismo* o sumisión a la voluntad del Papa y el *liberalismo*, que pretendía conciliar las doctrinas católicas con las ideas liberales, sin reclamar del Estado privilegios ni protección para la Iglesia.

Las revoluciones de 1848, aunque no fueron anticlericales, laicisaron muchas instituciones públicas, proclamaron la libertad de cultos y permitieron el desenvolvimiento de

las sociedades no religiosas. En su consecuencia, prodújose en la Iglesia una reacción. El papa Pío IX, expulsado de Roma por el partido liberal en 1848, se convirtió en decidido partidario del absolutismo. Durante su pontificado (1846-1878), el más duradero de la Historia, se aplicó a la restauración general de la Iglesia católica. Para conseguirlo fijó el ideal de la sociedad cristiana en su célebre encíclica *Quanta Cura*, seguida del *Syllabus*, documentos condenatorios «de los errores de nuestra triste época», a saber: el *naturalismo* o doctrina que sostiene que todas las verdades de la religión derivan de la razón; que los Estados no deben tomar en cuenta las religiones, y que la voluntad popular es la suprema ley; el *regalismo* o supremacía del poder civil; el *liberalismo* que supone razonable la libertad de cultos y la tolerancia; y finalmente, el *socialismo* y el *comunismo*. El *Syllabus* levantó clamorosas protestas; pero Pío IX continuó su camino, y en 1869 convocó el *concilio del Vaticano*, que declaró *dogma la infalibilidad del papa*, no sin protesta de una parte del episcopado. El concilio Vaticano dejó terminada la obra comenzada tres siglos antes por el concilio de Trento, encaminada a convertir la Iglesia en una monarquía absoluta regida por el papa. La política intransigente de Pío IX produjo, a raíz de la publicación del *Syllabus* y de las decisiones del concilio, una serie de conflictos con los Estados.

El sucesor de Pío IX fué el cardenal Joaquín Pecci, que tomó el nombre de León XIII. Hombre de clara inteligencia, prudente y gran diplomático, mantuvo, en las relaciones de la Iglesia con el poder civil, la política de su antecesor, y el dogma católico en toda su rigidez; pero fué moderado en la aplicación de los principios, practicando una política *oportunist*a, encaminada a evitar conflictos. Tomando la dirección de los partidos católicos, se esforzó



LEÓN XIII

en multiplicarlos en todos los países y procurar que colaborasen con los gobiernos, a cambio de obtener concesiones para la Iglesia. Intervino en las cuestiones sociales, afirmando el interés de la Iglesia en la mejora de las clases obreras (encíclica *Rerum novarum*), rasgo característico de su glorioso pontificado. Murió León XIII en 1903.

El Imperio alemán. — Después del ruidoso triunfo de 1870, dirigió el gobierno de la «nueva Alemania» Bismark, apodado «el canciller de hierro». De 1870 a 1918 reinaron sucesivamente tres emperadores: Guillermo I, Federico III y Guillermo II. Los principales hechos de la historia interior de Alemania fueron: el aumento prodigioso de los armamentos militares, el extraordinario desarrollo de la prosperidad económica y la formación de dos poderosos partidos políticos: el partido *católico* y el *socialista*.

Durante los primeros años del imperio, los católicos fueron rudamente combatidos por Bismark, que les consideraba enemigos «del imperio protestante de los Hoenzollern», enardecándose a raíz de la publicación del *Syllabus* la contienda, que fué llamada el *Kulturkampf*, es decir, «la lucha por la civilización». Bismark restringió los poderes del clero, expulsó a los jesuitas y, ante las protestas del Papa, fué retirado el embajador alemán del Vaticano. Por una serie de disposiciones llamadas «las leyes de mayo», quedó el clero sometido al poder civil; pero en 1878, los progresos del partido socialista, que organizaba sólidamente las masas obreras de Alemania contra los capitalistas, decidieron al canciller, no obstante su célebre frase de que «no iría a Canosa» (1), a reconciliarse con el partido católico considerablemente acrecentado, y concentrar las fuerzas gubernamentales contra el nuevo enemigo, más peligroso que el catolicismo. Del *Kulturkampf* resultó la secularización del registro civil y de la enseñanza; pero el partido católico continuó siendo un elemento político preponderante.

Más extraordinario aún fué el desarrollo del partido socialista, que en 1871 tenía un solo diputado y en 1912 tuvo ciento diez. Ello se explica por el extraordinario desenvolvimiento de la industria alemana, el vil salario de los

(1) Véase la página 243 del t. I.

obreros y la creciente carestía de la vida. Los primeros grupos socialistas alemanes se formaron en 1863, en la región del Rhin, dirigidos por el célebre agitador Fernando Lasalle, y en 1869, en Sajonia, donde habían sido adoptadas las doctrinas colectivistas de Carlos Marx.

Combatió Bismarck a los socialistas, suprimiéndoles los derechos de reunión y de asociación, de prensa, etc., persiguiendo o encarcelando a sus jefes; al propio tiempo que tomaba medidas de gobierno inspiradas en las teorías del *Socialismo de Estado* y del nuevo partido socialista cristiano. No por esto cesaron los socialistas sus propagandas. El partido aumentó y las leyes restrictivas dejaron de aplicarse a la caída de Bismarck, y a medida que el partido fué perdiendo su carácter revolucionario.

Alemania procuró asegurar la posesión definitiva de los territorios conquistados o anexionados, como Polonia, Alsacia y Lorena, etc., fomentando con Austria e Italia la *triple alianza* (1882), encaminada a preparar su hegemonía en Europa. En 1888 empezó el reinado de Guillermo II, cuyos planes políticos motivaron la retirada de Bismarck. Al amparo de un prodigioso desenvolvimiento económico, aumentó Alemania sus armamentos militares al servicio de la política ambiciosa que había de conducirla al desastre.

Austria Hungría: la monarquía dualista y las luchas nacionales. — Después de las revoluciones de 1848, que amenazaron la existencia del imperio de los Habsburgo, el emperador, Francisco José II, estableció un sistema de gobierno centralista y despótico, encaminado a transformar el imperio en un *Estado unitario*, sistema contradictorio y opuesto a las reivindicaciones y a los sentimientos de todos los pueblos de la monarquía. Los desastres de la guerra de Italia (1859), que costaron al Austria la pérdida de Lombardía, decidieron al emperador a modificar su sistema de gobierno; pero vaciló entre una *Constitución federativa* y una *Constitución unitaria*, ante la oposición de los liberales alemanes y la resistencia de la nación magyar.

Después de la derrota de Sadowa (1866), obligado a satisfacer las aspiraciones de los dos grupos étnicos, reputados los más importantes de su imperio (*alemanes*

de Austria y *magyares* de Hungría), aunque no fuesen los más numerosos, estableció, por el *Pacto de 1867*, un régimen dualista, dividiendo la monarquía en dos partes: la *cisleitana* o austríaca y la *transleitana* o húngara (separadas por el río Leitha, afluente del Danubio). Esta organización, si bien satisfacía las pretensiones de los magyares y de los alemanes, no aseguró la paz, porque no realizaba las aspiraciones de los demás pueblos, eslavos y latinos, englobados en el imperio. Efectivamente, éstos protestaron y una viva lucha de nacionalidades se complicó con las luchas políticas y sociales.



FRANCISCO JOSÉ II.
(De fotografía).

El conflicto se encontró, especialmente con la cuestión de las lenguas, signo distintivo de cada nacionalidad en el imperio, todas ellas amparadas por la Constitución. Los alemanes pretendían imponer la oficialidad de su idioma, como condición necesaria a la unidad de la monarquía; los eslavos defendían los derechos de sus respectivas lenguas a ser admitidas en los tribunales, administración, etc. Aquella lucha,

circunscrita a las clases burguesas, compuestas de gentes instruídas que se disputaban el acceso a los empleos del Estado, se manifestó principalmente entre los checos, los croatas y los serbios. Los primeros por la *declaración de agosto de 1868*, reivindicaron sus derechos históricos, que les fueron reconocidos por un *rescripto* del emperador, por el cual accedía a coronarse en Praga y convertir el doble Estado austrohúngaro en un triple Estado, austrohúngarobohemo; pero la oposición de los alemanes y de los magyares, temerosos estos últimos de que la emancipación de los eslavos del Austria sobrecitase los deseos de independencia de los de Hungría, hicieron fracasar el proyecto. No obstante, los checos, que no se daban por vencidos, obtuvieron importantes concesiones, entre otras, universidad propia y la *ordenanza sobre las lenguas* (1897),

que exigía el conocimiento del idioma checo a todos los funcionarios de Bohemia. El antagonismo checoalemán se exacerbó, y continuaron las luchas hasta la dislocación del imperio, en 1918.

La lucha de las nacionalidades se manifestó también en Hungría, por haber pretendido los magyares imponer su idioma a todos los habitantes. Protestaron los croatas, a quienes hubo que conceder autonomía, los serbios, y los rumanos de Transilvania, que resistieron también a la obra de *magyarización*.

A pesar de tan opuestas tendencias, la fidelidad a la dinastía reinante, el ejército, la burocracia, la Iglesia, la identidad de intereses en Oriente y el temor de ser absorbidos por otros Estados más poderosos, mantuvieron la unión de los países del imperio austrohúngaro durante el largo reinado de Francisco José II, hasta la desaparición del Imperio en 1918.

El reino de Italia. — El nuevo reino de Italia, constituido por la anexión de siete Estados a los dominios de la casa de Saboya, formó un *Estado uno*, con Roma por capital (20 de septiembre de 1870). Para consolidar la unidad se estableció un régimen centralista, con una Constitución calcada en el *Estatuto de 1848*, pues la diversidad regional y los distintos regímenes políticos a que había estado sometida, daban por resultado un diferente grado de civilización.

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué promulgar la *ley de garantías* (mayo de 1871), destinada a asegurar al Papa la independencia más completa en el ejercicio de su autoridad espiritual y en sus relaciones con el orbe católico, proclamando santa e inviolable su persona, a la que otorga honores de soberano, una dotación anual de tres millones, y concede a los embajadores acreditados en el Vaticano los mismos privilegios que a los del rey, a la vez que el gobierno italiano garantiza la libertad de los cónclaves y de los concilios. Esta ley no fué reconocida por Pío IX ni por sus sucesores.

Victor Manuel se estableció en el Quirinal, y durante su reinado comenzó para Italia un período de prosperidad, aunque la situación financiera era difícil. Murió el rey en

1878, sucediéndole su hijo Humberto I. Los diversos ministerios que se sucedieron desde 1876 establecieron, entre otras reformas, la enseñanza obligatoria y el derecho de sufragio; pero el régimen parlamentario, sin otra guía que favorecer los intereses locales, con mayorías incoloras y sin programa definido, decayó sin que pudiera evitar el déficit, agravado por los exorbitantes gastos impuestos a Italia por la política exterior.



EL REY HUMBERTO (de fotografía).

Efectivamente, Italia, cuya política dirigía un antiguo revolucionario, Francisco Crispi, hostil a Francia, que había ocupado Tunisia, se aproximó al Austria y Alemania (aliadas desde 1879) y en 1882 formó con aquellas dos potencias la *triple alianza*. La política imprevisora de Crispi arrastró a Italia al desastre colonial de Adua (Abisinia). La irritación producida en el país por la política colonial y financiera se exacerbó, singularmente en las regiones meridionales, más pobres que las del norte. El socialismo empezó a organizarse en Sicilia, estallaron mo-

times y se produjeron movimientos comunistas, que el gobierno reprimió; pero que dejaron penosa impresión y favorecieron la propaganda de los partidos extremos (católico y socialista). No obstante, la Exposición de Turín, de 1898, demostró los progresos económicos realizados en medio siglo de unidad; pero la exasperación de las luchas políticas produjo el asesinato del rey Humberto, víctima de un anarquista (1900).

Durante el reinado de su sucesor Víctor Manuel III, la política interior italiana fué encaminada a la promulgación de leyes sociales, iniciadas en el reinado anterior, a compás del progreso industrial, floreciente en Piamonte y Lombardía. En el exterior la Triple alianza no fué obstáculo a una política pacifista y a la celebración de acuerdos o tratados comerciales con otras potencias, selladas con recíprocas visitas de los soberanos; pero en 1908 la anexión de Bosnia y Herzegovina al Austria y los acontecimientos de los Balkanes, modificaron la política internacional de Italia.

Francia: la tercera república. — La República proclamada en París el 4 de septiembre de 1870, no fué admitida por una parte del país más que como un *régimen transitorio*. La Asamblea nacional, compuesta de una mayoría de monárquicos (en 1871), elegida para hacer la paz con los alemanes, se transformó en Asamblea constituyente, fué transferida a Versailles y confirmó la destitución de Napoleón III (que se refugió en Inglaterra, donde acabó sus días). Thiers, jefe del poder ejecutivo, hubo de reprimir una terrible insurrección que estalló en París, promovida por una parte de la guardia nacional, a instigación de agitadores revolucionarios y socialistas internacionales. Los rebeldes, dueños de la municipalidad (*la Commune*), constituyeron un gobierno independiente, en oposición al de Versailles, cuya autoridad se negaban a reconocer a causa de sus tendencias monárquicas. Thiers organizó a toda prisa un ejército, que, al mando de Mac-Mahon, se vió precisado a poner sitio a París y tomarlo a viva fuerza, tras mortífera pelea e irreparables incendios de edificios públicos (las Tullerías y otros). Reprimida la insurrección, Thiers se consagró a la liberación del territorio y a restañar las heridas de la guerra, tarea consumada rápidamente con la patriótica colaboración de todos los partidos. La Asamblea, atribuyéndose poderes constituyentes, otorgó a Thiers el título de «presidente de la República», intentando establecer un régimen definitivo. Los monárquicos, que estaban en mayoría, esforzábanse en restaurar la monarquía, en provecho del conde de Chambord (nieto de Carlos X), mientras los republicanos batallaban por transformar la república *de hecho* en gobierno *de derecho*. Las *leyes constitucionales de 1875* hicieron de la República el régimen definitivo de Francia, aunque el poder estuvo, en parte, en manos de los monárquicos, durante la presidencia del Mariscal Mac-



MAC-MAHON (de fotografía).

Mahon, sucesor de Thiers. A partir de 1879 (presidencia de Julio Ferry), los republicanos conquistaron el poder y practicaron, en el interior, una política anticlerical, y en el exterior una política de expansión colonial, esta última combatida por los monárquicos y por la fracción radical del partido republicano, como peligrosa para la defensa nacional. El partido republicano se hallaba dividido en dos: *radical* y *moderado*. El primero quería reformar la Constitución y emprender reformas, como la nacionalización de los ferrocarriles, impuesto sobre la renta, separación de la Iglesia y el Estado, etc. Su principal orador era Clemenceau. Los moderados, dirigidos por Gambetta, aunque no rechazaron las reformas, querían aplicarlas lenta y *oportunamente*.

Desde 1889 a 1899, los años del poder fueron los moderados; período de escasos incidentes políticos; pero, agitados por *el escándalo del Panamá, la crisis anarquista y la cuestión Dreyfus*, asunto éste que desencadenó violentas pasiones, produjo una violenta campaña contra la República y acabó por hacer dueños del poder a los radicales, los cuales emprendieron a su vez una política decididamente anticlerical, consumada con la separación de la Iglesia y del Estado (1905).

Aquellas luchas políticas no impidieron la restauración de la riqueza y del poderío de Francia. Fué reconstituido el ejército, la enseñanza, la administración local, la hacienda, y se dictaron numerosas leyes sociales. Ya en 1889, centenario de la Revolución, hubo en París una Exposición universal, en la que dió Francia pruebas de su vitalidad económica y de sus considerables progresos, que la colocaban a la altura de gran potencia.

Inglatera: reformas políticas y sociales: la cuestión irlandesa. — Durante la segunda mitad del siglo XIX, Inglaterra, colocada a la cabeza de las grandes potencias industriales y mercantiles de Europa, siguió evolucionando, sin transiciones bruscas, hacia un régimen más democrático. Las reformas iniciadas después de 1832 fueron proseguidas indistintamente por los dos partidos que alternaron en el poder, distinguiéndose, entre los estadistas, por su gran virtud política, su lealtad y alteza

de miras, Guillermo Gladstone, jefe del partido liberal, y Benjamín Disraeli, jefe de los conservadores. Los problemas de política interior que hubo de resolver Inglaterra fueron: el *problema electoral*, la *cuestión irlandesa*, y, a partir del último tercio del siglo, la *cuestión social*.

En el interregno de 1850 a 1874 fueron los liberales los que gobernaron durante más tiempo. En materia política abandonó Inglaterra el régimen oligárquico y aristocrático, para adoptar, mediante las reformas electorales de 1867 y de 1884, un régimen más democrático, estableciendo casi el sufragio universal. Otras reformas, gloria de Gladstone, fueron, la primera ley que hizo obligatoria la enseñanza (1870) y su obra de simplificación tributaria, disminución de los impuestos indirectos y establecimiento del impuesto sobre la renta, medida que grava únicamente a las clases ricas.

Desde 1874 a 1900 ocuparon el poder con preferencia los conservadores; cambio de opinión que se explica, entre otras causas, por el enriquecimiento de la clase media, el auge de la escuela económica proteccionista y el «imperialismo», doctrina nacida de causas muy complejas, pero principalmente de la necesidad de procurar mercados a la industria nacional, inclinando para ello a las colonias a dar preferencia a los productos de la metrópoli. La doctrina imperialista, llamada también «de la mayor Gran Bretaña», defendida principalmente por el partido conservador, fue aplicada por su jefe Disraeli (*lord Beaconsfield*), por el ministro de las Colonias, lord Chamberlain, y otros, votando el Parlamento, desde 1886, medidas en tal sentido.

Una de las más graves cuestiones y que más enconadas



GLADSTONE (Galería nacional de Londres).

contendientes despertó en el Reino Unido, durante el siglo XIX, fué la cuestión irlandesa.

Celtas de raza y católicos de religión, los irlandeses vivían como pueblo sometido. La dominación inglesa se les fué haciendo insoportable desde los tiempos de Cronwell, quien, en castigo de su insurrección, les había arrebatado las tierras, otorgadas a grandes propietarios ingleses protestantes (*lordlands*). La cuestión irlandesa presentaba, pues, un triple aspecto: religioso, social y político. En lo religioso



DISRAELI (*Gal. nacional de Londres*).

había sido resuelta, durante la primera mitad del siglo XIX, con el *bill* de emancipación de los católicos (1829) y posteriormente con la reforma de Gladstone, que abolía los privilegios de que gozaba en Irlanda la iglesia anglicana, a título de *iglesia oficial*. En cuanto al aspecto social, consistía la cuestión en la dificultad de los colonos irlandeses de mejorar su condición económica. El aumento de la población motivaba la carestía de los arrendamientos de las tierras, y la pobreza natural de la isla, agravada por las malas cosechas, provocaba terribles hambres. Los irlandeses, para conseguir sus aspiraciones, recurrieron a medios

violentos; atentados contra la propiedad, calificados de *crímenes agrarios*, que los ingleses reprimieron violentamente. Sociedades secretas, como la de los *fenians*, cuyo centro principal estuvo en los Estados Unidos de Norteamérica, especie de conspiración permanente contra los gobiernos, tenía a éstos aterrizados. Gladstone, por una serie de leyes agrarias (1869-1903), singularmente la que organizaba el rescate de las tierras por cuenta del Estado, convirtiendo numerosos irlandeses en pequeños propietarios agrícolas, atenuó la acritud de la cuestión, consiguiendo relegar a segundo término el problema económico irlandés. Más difícil fué la solución de la cuestión política, pues al propio tiempo pedía Irlanda la autonomía (*home rule*). En 1883, un patriota

irlandés llamado Parnell, cuya gran popularidad le valió el apodo de «rey sin corona», fusionó todos los partidos, católico, agrario y nacionalista, en una *gran liga nacional*, logrando tener en el Parlamento una considerable minoría (ochenta diputados), y con objeto de paralizar, en provecho de sus reivindicaciones, la labor de los gobiernos, practicó el sistema de obstrucción, y después el de apoyar a uno u otro de los partidos de gobierno, según convenía, impidiendo de este modo la acción gubernamental.



PALACIO DEL PARLAMENTO BRITÁNICO (fot. Underwood).

Gladstone, en 1886, resuelto a la paz, propuso al Parlamento la concesión de la autonomía a Irlanda; pero el proyecto produjo la escisión del partido liberal.

Los disidentes, en unión de muchos conservadores, dirigidos por lord Chamberlain, se opusieron a la concesión del *home rule*, considerándolo como *la dislocación del imperio británico*. En 1902, Gladstone, unido a Parnell, formó nuevamente ministerio y consiguió hacer aceptar la reforma a la Cámara de los Comunes; pero los lores la rechazaron, y Gladstone se retiró de la política. En 1912 fué de nuevo

presentado el proyecto en el Parlamento por lord Asquith; pero el *home rule*, además de los obstáculos que presentaba su aplicación, tenía como adversario la provincia irlandesa del Ulster (protestante). Los acontecimientos de 1914 aplazaron la guerra civil, que estalló después, provocada por la feroz rebeldía del partido de los *sinn-feiners* (partidarios de la absoluta independencia), terminando el conflicto en 1921, con la creación del *Estado libre de Irlanda*, dentro del Imperio Británico.



PARNELL (Gal. nacional de Londres).

Como resultado del desenvolvimiento de la gran industria y de la concentración de capitales, surgió también en Inglaterra la cuestión social. Los obreros, asociados para defender sus intereses y arreglar con los patronos las condiciones del trabajo, se mostraron en un principio hostiles a la intervención del Estado, pidiendo únicamente el reconocimiento de su derecho de asociación. Los de cada oficio y ciudad constituyeron las asociaciones llamadas *trade-unions*, que formaron después federaciones nacionales de los principales oficios; pero se limitaron

a reclamar leyes que reconociesen su existencia y la legitimidad de sus medios de acción. Sus peticiones fueron mal acogidas, y hubo un largo período de huelgas violentas, a las que los patronos opusieron ligas de defensa, que trajeron consigo el cierre de fábricas (*lock-out*). Algunas leyes, votadas en 1871 y 1875, lograron satisfacer las aspiraciones de las *trade-unions*; pero el último tercio del siglo XIX fué, para Inglaterra, un período de malestar económico, por la competencia de Alemania y de los Estados Unidos, circunstancias que repercutieron en la masa obrera, empezando entonces la difusión de las ideas socialistas y la transformación de las *trade-unions*, formándose el nuevo partido llamado *partido del trabajo*, que llevó las reivindicaciones de la clase obrera al terreno electoral, obteniendo una multitud de reformas beneficiosas e influyendo en la modificación de los partidos políticos tradicionales.

Rusia en el siglo XIX. — La historia de Rusia durante el siglo XIX comprende dos períodos: el primero hasta 1855, durante el cual Rusia permaneció sistemáticamente cerrada a las ideas de libertad y de progreso, divulgadas en toda Europa; el segundo, desde el advenimiento al trono de Alejandro II, emperador humanitario, que aplicó algunas reformas que transformaron el país.

Durante el primer período reinaron: Alejandro I (1801-1825), el promovedor de la Santa Alianza, y su hermano Nicolás I (1825-1855), personificación de la Rusia autócrata. Enemigo implacable de toda idea liberal, reprimió con dureza la revolución de Polonia de 1830, y ayudó a Francisco José II de Austria a combatir el movimiento nacionalista de Hungría, en 1848. Gobernó severamente, con ayuda de la policía y la censura, ejerciendo rigurosa vigilancia sobre las Universidades e incluso sobre el clero, esforzándose en aislar a Rusia del resto de Europa, y a que volviera a los tiempos anteriores a Pedro el Grande. Todo su poder no pudo evitar, sin embargo, la formación de un partido anhelante de reformas, que aumentó a raíz de la derrota de Rusia en la guerra de Crimea. Le sucedió su hijo Alejandro II, llamado el



EL CZAR ALEJANDRO II.

czar libertador, que, después de moderar el régimen de opresión subsistente, procedió a una reforma administrativa y a la gran reforma social de *emancipación de los siervos*.

La organización social de Rusia era entonces la misma que en siglos anteriores, a saber: nobleza, clero, burguesía y aldeanos (*mujiiks*). Burguesía y clero tenían escasa importancia; carecían de instrucción y de influencia política. La mayor parte del suelo, dividido en grandes propiedades, pertenecía a los nobles. Los *mujiiks* sumaban las nueve décimas partes de la población del imperio, muchos de ellos siervos de la gleba, como en los tiempos medios, sin derechos civiles. Su condición era, sin embargo, distinta: unos, los

siervos, adscritos al latifundio señorial, cultivaban la tierra en beneficio del amo, viviendo pobremente; otros eran obreros en las ciudades, sometidos al pago de una renta fija, y otros, finalmente, eran criados o domésticos, de condición análoga a la de los esclavos de la antigüedad.

En 1861, Alejandro II declaró libres a todos los siervos, los cuales pasaron a la condición del proletariado de los demás países; pero quedó por resolver la cuestión agraria, con descontento de los campesinos, que no deseaban la libertad, sino la tierra. Sin embargo, la emancipación de los siervos contribuyó a la transformación del pueblo, pues muchos propietarios, careciendo de siervos, vendieron sus tierras; aumentó la extensión de los cultivos, se acrecentó la exportación y mejoró la vida de los aldeanos.

La propaganda de las ideas liberales, tolerada en un principio por el czar, fué reprimida a causa de la insurrección polaca de 1863, seguida de cruel represión, a la vez que eran difundidas en Rusia las doctrinas socialistas. El fracaso de la propaganda pacífica y la política autoritaria del gobierno promovieron una serie de complots terroristas, y un día que el czar había redactado una Constitución, para satisfacer los anhelos liberales, fué víctima de una bomba anarquista (1881).

El nuevo czar Alejandro III, ferviente ortodoxo y enemigo de las ideas liberales, procuró destruir la obra de su antecesor y restablecer la más absoluta autocracia. Practicó, además, una política de *rusificación* con los pueblos de su imperio, habitados por diversas nacionalidades, como Finlandia, las provincias bálticas, etc.; pero el régimen se vió conmovido a causa del desastre sufrido en la guerra ruso-japonesa (1905), estallando un poderoso movimiento revolucionario que obligó a Nicolás II, su sucesor, en los albores del siglo xx, a convocar una asamblea (*la Duma*) e investirla de una parte del poder legislativo, y a aumentar la represión; pero la falta de sinceridad en el cumplimiento de las reformas abrió un abismo entre el soberano y su pueblo, el cual, sobreexcitado por los revolucionarios, y la crisis económica y moral provocada por la gran guerra, acabó por derrumbar, en 1917, el régimen czarista.

EL NUEVO MUNDO

Las colonias hispanoamericanas. — Los viajes, descubrimientos y conquistas de los españoles en Centro y Suramérica, durante el siglo xvi, dieron por resultado la formación de un vasto imperio colonial, de extensión análoga a la de Europa, poblado por unos *catorce millones de habitantes* (1). A principios del siglo xix dividiáse administrativamente en *cuatro virreynatos* (Nueva España o Méjico, Nueva Granada, Perú y Buenos Aires) y *siete capitánías generales* (Yucatán, Guatemala, Venezuela, Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Chile), unos y otros divididos en Intendencias, Corregimientos, Alcaldías, Encomiendas y Misiones. En las colonias más antiguas, ricas y pobladas, como Perú y Méjico, estaban en mayoría los *indios* y *mestizos*. Practicaban la agricultura y pequeñas industrias. En las colonias situadas en la zona tropical, especialmente en Venezuela, abundaban los negros importados de Africa. Unos y otros se habían asimilado el idioma y las creencias religiosas de la metrópoli; pero carecían de instrucción y de libertades políticas. Los españoles ejercían los cargos públicos, sin excluir completamente a los criollos (blancos indígenas) que, por su capacidad, riqueza y genio emprendedor, constituían la parte más influyente de la población; pero los españoles estaban en minoría (unos trescientos mil, según Humboldt).

Como la metrópoli, estaban las colonias gobernadas con arreglo al antiguo régimen. Un gobernador (virrey o capitán general), representante del soberano, ejercía el mando absoluto; sin más limitación que la remota dependencia del *Consejo supremo de Indias* y la indirecta inspección de las

(1) Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana* (Madrid, 1829, 3 vols.).

Audiencias, tribunales de apelación constituídos por españoles y que el virrey presidía. No obstante, su gestión estaba sometida al *juicio de residencia*, después de los cinco años que, generalmente, duraba el período de mando. El régimen económico era un régimen de monopolio; practicándose en gran escala el contrabando, principalmente por extranjeros.

La insurrección: sus vicisitudes. — El sistema político y económico a que estaban sometidas las colonias, y la difusión de las ideas del siglo XVIII, produjeron entre los criollos una sorda efervescencia de odio a la metrópoli. Cuando fué conocida en América la invasión de España por los franceses, la abdicación de Fernando VII, y el advenimiento de José Bonaparte, estallaron insurrecciones en Buenos Aires, Caracas y Méjico, a favor del *rey legítimo*; pues la gran masa de la población indígena, idólatra del soberano, era obediente al gobierno español. Los criollos, organizados en *juntas leales*, reclamaron la concesión de reformas, entre otras la libertad comercial y el acceso a todos los empleos y cargos públicos. La negativa de los gobernadores españoles, fieles al antiguo régimen, produjo sublevaciones a mano armada en Méjico, Caracas, Santa Fe y Buenos Aires, que fueron reprimidas o fracasaron a causa de la rivalidad entre las distintas provincias. Repuesto en el trono Fernando VII, rehusó conceder reformas a los insurrectos; se acentuó la represión y en 1814, salvo Buenos Aires, América estaba sometida.

El espíritu de insurrección, cuyos focos eran Buenos Aires y Caracas, ciudades mercantiles, continuó vivo, y de allí se propagó a otros territorios, favorecido por Inglaterra y los Estados Unidos, deseosos singularmente de crearse nuevos mercados. Se opuso Inglaterra a la intervención de la Santa Alianza, mientras la revolución española de 1820 imposibilitaba la actuación de la metrópoli, cuya política intransigente aumentó el número de insurrectos, engrosado por aventureros de otros países. En 1816, Buenos Aires proclamó, por el *Congreso de Tucumán*, la independencia de las «Provincias Unidas del Río de la Plata», estableciendo un gobierno federal. El general San Martín organizó en Mendoza «el ejército de los Andes» (seis mil hombres) y, después de una heroica marcha a través de la gigantesca

cordillera, llegó a Chile, y derrotando al ejército de la metrópoli libertó aquel país.

Entre tanto, el hábil criollo Simón Bolívar, que ya en 1811 había dirigido la insurrección venezolana, desembarcó nuevamente en Venezuela (1816), con un ejército reclutado en Santo Domingo, y puesto de acuerdo con Páez, caudillo de una partida de *llaneros del Orinoco*, guerreó durante tres años. Auxiliado por dos mil voluntarios ingleses, formó Bolívar, en 1819, un ejército en Venezuela, y al año siguiente proclamó la República de Colombia.

Análogos acontecimientos ocurrían en Méjico. El criollo Itúrbide, general mejicano, puesto de acuerdo con el partido revolucionario, organizó la insurrección, haciéndose dueño de casi todas las provincias. Un Congreso proclamó la independencia de Méjico, nombrando a Itúrbide emperador (1822); pero, abandonado por sus partidarios, hubo de retirarse, siendo después fusilado. En el Perú, sublevado por San Martín, triunfó Bolívar, en la batalla de Ayacucho, del último ejército de la metrópoli (1824).



BOLÍVAR EN 1810, por Ch. Gill.

Aquellas guerras hacíanse con pequeños ejércitos, mal disciplinados, y en campos de batalla extensísimos, circunstancias que prolongaban y hacían incoherentes las operaciones. Los insurrectos hallábanse divididos por rivalidades personales y odios de raza o de partido. Los héroes de la revuelta eran criollos que se habían instruído en Europa; y aquellas guerras tuvieron el doble carácter de *guerras separatistas* y *guerras civiles entre los americanos*.

Resultados de la insurrección: las repúblicas hispanoamericanas. — Expulsados los funcionarios y los ejércitos de la metrópoli, quedaron los americanos entregados a sí mismos, frente al problema de su organización. Bolívar *el libertador*, quiso hacer de América una federación, a cuyo

fin convocó el *Congreso de Panamá*, reunido en 1826; pero que no hizo nada práctico. El fracaso del ideal de Bolívar fué debido a causas geográficas, esto es, a la dificultad de unir países tan opuestos y distantes como son los de Suramérica, y a la diversidad de razas, pues mientras en unos países, como Perú y Colombia, predominan «las razas de color», en otros, como la Argentina, predomina la raza blanca, cuyos intereses eran opuestos. Finalmente, la oposición de Inglaterra y de los Estados Unidos a la existencia de una federación poderosa, la inestabilidad de los gobiernos, las guerras civiles, etc., produjeron el fraccionamiento de América latina.

Su historia, a partir del hecho de su independencia, es sumamente complicada, pudiendo reducirse en síntesis: en el exterior, a guerras de país a país, motivadas por cuestiones de delimitación de fronteras; en el interior, a incesantes trastornos civiles entre los partidos; de un lado los conservadores católicos, y los liberales demócratas; de otro, los federales, partidarios de un régimen análogo al de los Estados Unidos, y los unitarios, defensores del régimen centralista, revoluciones promovidas por elementos intelectuales o universitarios, y *pronunciamientos* seguidos de dictaduras militares. Pero el desenvolvimiento económico de algunos de ellos, singularmente Chile y la República Argentina, la incesante emigración europea y la formación de grandes capitales, han ido aminorando las guerras civiles e iniciado una era de prosperidad y de civilización.

El Brasil. — El Brasil se separó de Portugal sin revolución. El rey Juan VI de Braganza, refugiado en aquella colonia a raíz de la invasión francesa, dejó a su regreso a Europa, en calidad de regente, a su hijo don Pedro, que en 1822 fué proclamado emperador del Brasil, con independencia de la metrópoli. Pedro I se condujo como soberano autoritario, y fué obligado a abdicar en su hijo Pedro II, que gobernó liberalmente. Generoso y desinteresado, abolió la esclavitud por sucesivas etapas de gobierno; pero la oposición de los antiguos propietarios de esclavos, los progresos de las ideas republicanas y el espíritu moderado del soberano produjeron la *revolución de 1889*, que instituyó la república, consolidada, después de una era de trastornos, en nuestros días.

Los Estados Unidos de América del Norte.—Emancipadas de la dominación inglesa por el tratado de Versalles, en 1783, las trece colonias de América del Norte constituyeron la *República de los Estados Unidos*. Durante los primeros años de su organización pasaron por un período de anarquía política, pues cada Estado, antes que pensar en la Constitución común, atendió a perfeccionar la suya propia. Aquel período de crisis terminó con la *Convención de Filadelfia*, en que fué redactada, bajo la influencia del libertador Washington, la *Constitución federal de 1787*, con separación de poderes, dejando a cada Estado de la Unión independiente y soberano, excepto en los intereses comunes. Como la Constitución otorga al Presidente poderes más amplios que los de muchos reyes constitucionales, y de él depende la solución de las cuestiones vitales para el porvenir de la Unión (la política extranjera), el acontecimiento más saliente de la vida política de los Estados Unidos gira en derredor de la elección presidencial.

El primer presidente fué Washington (1789), reelegido en 1792; pero rehusó una segunda reelección. La capital era Filadelfia (que sólo contaba cuarenta y dos mil habitantes), pero, con arreglo a la Constitución, se estableció un *distrito federal*, en el que se edificó la futura capital llamada *Washington*, en homenaje al héroe de la independencia.

La historia política de los Estados Unidos se redujo, en un principio, a las luchas nacidas del antagonismo entre *federales*, partidarios del robustecimiento de la autoridad, federal a expensas de la de cada Estado, y *republicanos*, defensores de la política opuesta. En 1854 aquellos términos políticos cambiaron de significación.

En el año 1800 los límites de la naciente República eran: el Mississipi al oeste, el Golfo de Méjico y la Florida al sur, el Atlántico al este, y los lagos canadienses al norte. Formaban la República quince Estados, poblados únicamente por unos cuatro millones de habitantes; pero, en el transcurso del siglo XIX, un considerable número de emigrantes europeos, ingleses, irlandeses, alemanes, etc., aumentó la población de la República, acrecentada, además, por importantes adquisiciones territoriales. La primera, siendo presidente Jefferson, fué la Luisiana, comprada el año 1803, por quince millones, a Napoleón; compra que doblaba la extensión

territorial de la República y estimulaba el afán de nuevas adquisiciones al oeste del Mississipi. En 1819 fué comprada la Florida a España, y aprovechándose de la anarquía reinante en Méjico, engrandeciéndose los Estados Unidos a su costa, apoderándose, en 1845, del Estado de Texas, y tres años después, de Nuevo Méjico y California, territorio poblado rápidamente por el hallazgo de ricos yacimientos auríferos. Simultáneamente extendíase la colonización ame-



JORGE WASHINGTON por Stuart.
(Fot. Underwood).

ricana al oeste del Mississipi, en el *Far West*, a expensas de los escasos indígenas (*pieles rojas*) relegados al occidente, erigiendo en Estados, desde 1859 a 1889, los vastos territorios extendidos desde el alto valle del Misuri hasta el Pacífico, y adquiriendo, por compra, la península de Alaska perteneciente hasta 1866 a Rusia. Al expirar el siglo XIX, la Confederación constaba de cuarenta y cinco Estados, con una población de más de setenta y seis millones de habitantes.

Las causas de tan prodigioso desenvolvimiento son: 1.^a, la índole de la Constitución de la

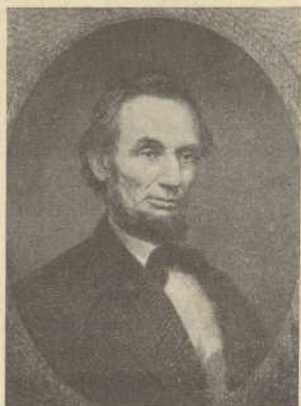
República, perfectamente apropiada al carácter de los norteamericanos, constitución que deja gran libertad a los Estados en el seno de la Unión, y a los individuos dentro de cada Estado; 2.^a, el incesante progreso de la emigración europea, y 3.^a, los inmensos recursos económicos del país.

La cuestión de la esclavitud: guerra de secesión. —

A mediados del siglo XIX, la federación norteamericana estuvo en peligro por la *cuestión de la esclavitud*. Los Estados meridionales (Maryland, Virginia, Carolina del Norte y del Sur, Georgia), países tropicales, cubiertos de extensas plantaciones de algodón, empleaban para las labores agrícolas esclavos negros, donde eran numerosos, y reputados necesarios. Los Estados del norte, países industriales y de población blanca, cuya legislación local rechazaba la esclavitud, qui-

sieron abolirla en toda la Confederación. El antagonismo entre *sudistas* y *abolicionistas* era causa de continuos conflictos.

En 1860 fué elegido presidente de la República Abraham Lincoln, partidario resuelto de la abolición. Los Estados del sur se declararon separados, constituyéndose en federación aparte, bajo la presidencia de Jefferson Davis; pero los Estados del norte declararon «la secesión» ilegal y se aprestaron a la guerra. Contaban los del norte con una población mucho más numerosa que los del sur; pero éstos eran más belicosos



ABRAHAM LINCOLN (fot. Underwood).

y aguerridos, y disponían de mejor oficialidad.

Después de sangrientas vicisitudes y enormes pérdidas económicas (pronto reparadas, sin embargo), triunfaron los abolicionistas, gracias, singularmente, a la energía y tenacidad de Lincoln, quedando íntegra la Confederación y abolida la esclavitud en todos los Estados (1865). Sin embargo, el considerable aumento de la población negra en los Estados del sur, y su atraso, ha dejado subsistente un tremendo antagonismo, de difícil solución inmediata (*la cuestión de los negros*).



MONROE, por Chappel (Galería de retratos de Johnson y Cia.; New York).

Engrandecimiento de los Estados Unidos: el imperialismo.—Después de la guerra de secesión, entraron los Estados

Unidos en vías de gran prosperidad. La emigración europea, mucho más activa desde 1867, el desenvolvimiento de los ferrocarriles, la extensión de las zonas de cultivo, el establecimiento de la gran industria y el auge de su comercio exterior, hicieron de la Confederación una potencia de primer orden. Orgullosa de su inmenso poder, entró en la vía del *imperialismo*, esto es, de las conquistas y colonización. A principios del siglo XIX, a raíz de la rebelión de las colonias españolas, el presidente Monroe protestó contra la intervención de las potencias europeas en el Nuevo Mundo, formulando la doctrina política sintetizada en la célebre frase *América para los americanos*, doctrina que fué aplicada después en los asuntos de Méjico (contra Napoleón III), en Alaska y luego en Cuba. Una fácil victoria, obtenida en 1898 en su guerra con España, les dió la posesión del archipiélago filipino, y la isla de Puerto Rico, además de una gran influencia en la nueva República cubana. La anexión del archipiélago Hawaii (1898) y la de una parte del de Samoa (1899), les franqueó la ruta del Asia y de Oceanía, a la vez que la apertura del Canal de Panamá (1913) ha puesto en sus manos el monopolio comercial de las repúblicas suramericanas del Pacífico. Sostenidos por el partido *republicano*, personificaron la política anexionista, a fines del pasado siglo, el presidente Mac-Kinley y su sucesor Roosevelt, elegido el año 1900.

LA CIVILIZACIÓN A FINES DEL SIGLO XIX

Caracteres generales de la civilización al terminar el siglo XIX. — Los principales caracteres de la civilización en los últimos tiempos del siglo XIX fueron: 1.º, la tendencia al sostenimiento de la paz (compatible con los intereses de cada Estado); 2.º, el respeto creciente a la personalidad humana; 3.º, la inclinación a las libertades políticas y religiosas, y 4.º, el progreso de las doctrinas democráticas.

La tendencia al sostenimiento de la paz inclinó las potencias a practicar una política internacional, llamada *sistema de alianzas*. Efectivamente, entre 1879 y 1883, quedó sellada la *Triple alianza* entre Alemania, Austria e Italia; en 1891, la *Alianza*

francorrusa, etc. Con idéntico fin y por iniciativa del czar de Rusia, Nicolás II, se reunió en 1899 la conferencia internacional de La Haya, encaminada a limitar los armamentos y crear un «tribunal de arbitraje», que dirimiera los conflictos internacionales. Sin embargo, lejos de llegar al utópico «desarme de las naciones», continuaron las grandes potencias el sistema de «la paz armada» sosteniendo formidables ejércitos preventivos, a costa de grandes sacrificios pecuniarios.

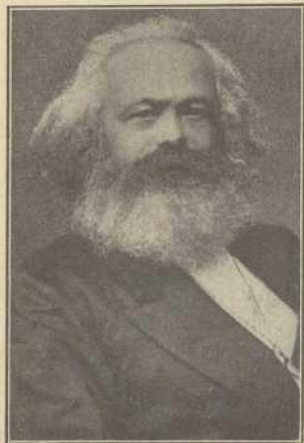
El respeto a la personalidad humana se manifestó en dos hechos principales, a saber: la abolición de la esclavitud y la atenuación de los rigores en la legislación penal. Los primeros en abolir la esclavitud fueron los *quáqueros*, secta protes-



PALACIO DE LA PAZ (La Haya).



tante de Pensilvania. El parlamento inglés prohibió la trata de negros en 1807, y en el congreso de Viena los gobiernos decidieron su abolición. Desde entonces la trata se hizo únicamente de contrabando, rigurosamente reprimido, y la esclavitud fué abolida gradualmente por los Estados que la habían dejado subsistir en las colonias. Sin embargo, no desapareció definitivamente hasta 1888, y todavía subsiste en una parte del Africa ecuatorial, aunque destinada a desaparecer ante los progresos de la colonización.



CARLOS MARX (de fotografía).

En cuanto a la atenuación de los rigores en la legislación penal, la Revolución francesa hizo desaparecer las brutalidades del antiguo régimen (tormento, azotes, la picota, la mutilación del cuerpo, etc.); pero queda subsistente todavía la *pena de muerte* en numerosos países.

La evolución de la libertad política se manifestó en la difusión del régimen representativo, establecido en todos los países civilizados, y en la desaparición de las monarquías absolutas. En materia religiosa, la práctica de la tolerancia fué generalizándose, singularmente en los países cultos; pero continuaron subsistiendo las *religiones de Estado*, no llegándose a la separación de los poderes civil y religioso más que en Francia, Estados Unidos de Norteamérica y algunos países de América latina.

Hecho social, característico del siglo XIX, es el progreso de la democracia, esto es, del régimen de igualdad de los hombres ante la ley y en las relaciones sociales, prescindiendo de las condiciones de origen o de nacimiento. Consecuencia de la difusión de las ideas democráticas han sido el establecimiento del *sufragio universal*, el *servicio militar obligatorio* y la *instrucción primaria universal* (no en todos los países).

Las doctrinas sociales. — Los socialistas de la primera mitad del siglo XIX, singularmente los franceses,

basaron su sistema en sentimientos humanitarios y en principios generales, atacando la propiedad como contraria a la justicia y a la humanidad; pero después el socialismo perdió su carácter utópico, transformándose en doctrina científica, y promoviendo la formación de poderosos partidos de acción, encaminados a la transformación social. El socialismo científico nació en Alemania e hizo rápidos progresos, no sólo entre los obreros, sino en las clases burguesas, en las academias, en la cátedra, etc. Fundadores del socialismo alemán fueron Carlos Marx y Fernando Lasalle, pertenecientes ambos a la burguesía e instruidos. Carlos Marx fundó la doctrina *colectivista*, formulada en el «manifiesto comunista de 1847» que termina con la célebre frase: «proletarios de todos los países, uníos». Su principal obra es *El capital* (1867), calificada de «evangelio del socialismo moderno», en la que sienta el principio de que «la riqueza no deriva de la naturaleza, sino del trabajo; y en su consecuencia, el producto del trabajo pertenece al trabajador». El socialismo marxista induce a los obreros a unirse frente a la *burguesía capitalista*, en un partido internacional que se adueñe de los poderes públicos y establezca la propiedad colectiva de las tierras, minas, ferrocarriles, bancos, etc.; repartiendo los beneficios entre todos, en proporción a su trabajo. Fernando Lasalle (1825-1864) consideraba innecesaria la destrucción del Estado y demás instituciones para el advenimiento de la clase obrera, estimando que la transformación social podía hacerse pacíficamente, con sólo el sufragio universal. Agitador elocuente, Lasalle fundó la «Unión de trabajadores alemanes» y Marx, bajo cuya influencia tomó el movimiento socialista un carácter internacional, fué uno de los promovedores de la «Asociación internacional de trabajadores», fundada en Londres en 1864.



FERNANDO LASALLE (de fotografía).

La *Internacional* tuvo ramificaciones en toda Europa, y adoptó un programa colectivista; pero sus escasos recursos, el tono revolucionario de sus manifestaciones, y la desunión entre sus jefes la desorganizaron, disolviéndose en 1876, en el momento de organizarse en Alemania el *partido obrero socialista*, que adoptaba el programa de Marx, modelo aceptado después por los socialistas de los demás países, organizados en *partidos socialistas nacionales*, con representación en los Parlamentos, y afiliados a una federación internacional.



EDISON (fol. Braun).

Las distintas doctrinas socialistas produjeron la formación de dos tendencias o partidos opuestos: los *estatistas*, que pretenden transformar la organización social mediante la acción del Estado; los *antiestatistas*, que quieren que se transforme por sí misma, sin el concurso de aquél. En los límites de esta tendencia, apareció, en 1872, el partido anarquista, esto es, adversario de todo gobierno. Su aspiración va encaminada a destruir todos los Estados, todas las Iglesias, con todas sus instituciones y todas sus leyes. Partido de acción, más que de doctrina, cometió nu-

merosos atentados, no sólo contra los jefes de Estado, sino contra la sociedad (1).

Reformas sociales. — Las agitaciones y polémicas sociales que desde mediados del siglo XIX produjéronse en todos los países, singularmente en los industriales, determinaron a los Gobiernos a implantar numerosas reformas en la legislación; v. gr., la ley de accidentes del trabajo, el descanso dominical, la prohibición del trabajo de los niños, la enseñanza primaria y profesional para los hijos del pueblo, etc.; a la vez que los obreros, en defensa de sus intereses,

(1) Asesinatos de Sady Carnot, presidente de la República francesa; ídem de la princesa Margarita de Austria, del emperador Alejandro de Rusia, del rey Humberto de Italia, del presidente de los EE. UU. Mac-Kinley, de Cánovas del Castillo, etc. Explosión de bombas en la Cámara francesa, en el teatro Liceo de Barcelona, y otros muchos.

fundaron sociedades de socorros mutuos, cooperativas, cajas de ahorros, etc. La Historia no ofrece ejemplo de tiempo alguno en que la sociedad se preocupara tanto de aliviar a los proletarios como en la época contemporánea.

Las ciencias durante la segunda mitad del siglo XIX: sus aplicaciones. — El movimiento científico durante la segunda mitad del siglo XIX presentó idénticos caracteres

que en la época precedente, esto es: *espíritu de observación*, *especialización* (hija de la división del trabajo) y *universalidad*. La sola enumeración de los progresos científicos requeriría muchas páginas. Son, entre otros, característicos el maravilloso desenvolvimiento de las ciencias físico-químicas y naturales, cuyas aplicaciones han transformado la vida. La electricidad, singularmente, hizo grandes progresos desde 1850 a 1900, inventándose: el teléfono, debido al ingeniero americano Graham Bell (1876), que perfeccionó Edison, inventor del gramófono; la *telegrafía submarina*, perfeccionada notablemente por Thomson; la *telegrafía sin hilos*, aplicación de la teoría de las ondas hertzianas, demostrada en 1889 por el alemán Hertz, llevada a la práctica por el italiano Marconi, en 1896; la *máquina dinamo eléctrica*, por el belga Gramme, que permite transportar la fuerza motriz a distancia; los *rayos Roentgen* (rayos X), descubiertos en 1895, que llevan la luz a través de los cuerpos opacos; la *fotografía en colores*, inventada por el francés Gustavo Lippmann (1891); la *telefotografía* o fotografía a distancia, por el alemán Korn; el *cinematógrafo*, etc., etc.

Simultáneamente hizo grandes progresos la química, de biendo mencionarse, entre los grandes bienhechores de la humanidad, al insigne Luis Pasteur, una de las más puras glorias de Francia. Pasteur (1822-1895) descubrió el miste-



PASTEUR (fot. Petit).

rio de numerosos fenómenos de causa desconocida, a saber:

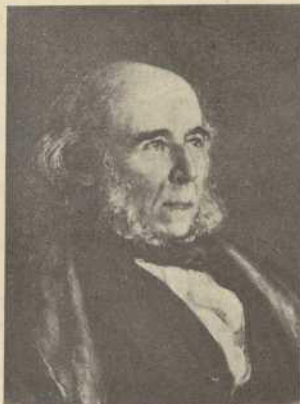


DARWIN (Galería nacional de Londres).

la acción de los microbios en determinadas sustancias orgánicas y en el cuerpo animal, demostrando (contra la teoría de la generación espontánea) que todo ser vivo proviene de un germen preexistente, y que cuando un microbio cae en un medio de vida favorable se convierte en legión, y puede determinar por tanto una *fermentación*, que altera determinadas sustancias, o producir una *enfermedad*, que destruye el mecanismo de un ser superior. Los descubrimientos de Pasteur abrieron nuevo cauce a la ciencia, singularmente a la medicina, renovaron la clínica, la te-

rapéutica y la higiene, y multiplicaron los triunfos de la cirugía.

Las ciencias biológicas y naturales transformaron sus métodos y acrecentaron el caudal de sus conocimientos, siendo todas ellas agrupadas en un sistema por la hipótesis de la evolución, adivinada ya a principios del siglo por Lamarck, pero que perfeccionó y divulgó el gran naturalista inglés Carlos Darwin, hipótesis basada en sus observaciones sobre los animales, la cual supone la «unidad originaria de las especies, su separación bajo el imperio de condiciones diferentes de vida y de lucha por la vida, y el desarrollo de órganos especiales apropiados a las diferentes condiciones de existencia». Los discípulos de Darwin extendieron esta hipótesis a todas las ciencias naturales y morales, basando en ella su concepción del mundo. Se distinguió entre ellos el gran filósofo inglés



HERBERT SPENCER (Fot. Underwood).

Herbert Spencer, escritor enciclopédico, que considera la evolución como una ley universal, fundada en el principio de la persistencia de la energía y de la eterna transformación de la materia, sentando que la evolución social se efectúa en idéntico sentido que la evolución orgánica y bajo el imperio de las mismas leyes. Desde mediados del siglo XIX la teoría de la evolución ha ido conquistando lentamente todo el dominio de las ciencias físicas y biológicas, y desde 1870 se ha insinuado en la filosofía con Spencer, en la historia religiosa con Renan, en la historia literaria con Brunetière, en la historia política con Fustel de Coulanges, en la historia de la teología con



MOMMSEN, por Lenbach (*Soc. fol. de Berlín*).

el abate Loissy, en la historia del arte con Taine, etc.

La Historia. — La retórica, la imaginación y el espíritu partidista desnaturalizaron la Historia durante largo tiempo. A las tendencias de la escuela romántica, entusiasta e idealista, sucedieron otras generaciones positivas, enamoradas de los hechos, de la realidad concreta; y la Historia entró en el dominio de la ciencia, haciéndose objetiva y fundándose en una rigurosa preparación técnica.

No obstante su pasión patriótica y su parcialidad, figura, entre los grandes historiadores de la nueva época, Teodoro Mommsen (1817-1903), investigador profundo, uno de los más grandes representantes de la ciencia alemana. Su labor es colosal,



RENAN, por H. Schefer

por su extensión y por la profundidad de sus investigaciones. Su *Historia de Roma* es una obra maravillosa de sabiduría, habiendo aprovechado Mommsen, para escribirla, todos los descubrimientos de las ciencias geográficas, la prehistoria, la etnografía, etc.

Entre los historiadores de la nueva manera de estudiar el pasado ocupa lugar preeminente Ernesto Renan (1823-1892), escritor incomparable, de nombradía universal por su *Historia de los orígenes del cristianismo*, cuyo primer libro, la *Vida de Jesús*, produjo apasionadas polémicas. Renan fué



L. P. GACHARD (Fot. comunicada por Mme. Gachard).

historiador después de haberse consagrado al estudio del orientalismo semítico y de las disciplinas auxiliares de la historia. Filólogo y erudito, fué además un gran artista, habiéndose podido decir que «en vano se buscará en la literatura histórica universal una obra que exprese una concepción tan inteligente, escrita con tanta elegancia».

Otros grandes maestros de la ciencia histórica fueron Hipólito Taine (1828-1903), excelente crítico de arte y de literatura (*Ensayos de crítica e Historia, Filosofía del Arte, Historia de la Literatura inglesa*, etc.), más que historiador en el verdadero sentido de la palabra, pues sus *Orígenes de Francia contemporánea*, obra repleta de ideas, en la que aplicó sus concepciones filosóficas y sus doctrinas políticas, es tendenciosa, encaminada a denigrar la Revolución.

Historiador más ecuánime fué el erudito y laborioso profesor Fustel de Coulanges (1830-1889), cuyas obras (*La ciudad antigua, Historia de las antiguas instituciones políticas de Francia, Problemas de historia*, etc.), se apoyan únicamente en el estudio de los documentos, sin permitirse substituirlos jamás por opiniones personales. Análoga honradez científica nos ofrece el erudito y clarividente archivero belga Luis Próspero Gachard (1800-1885), a quien tanto

debe la historia de España. Gachard rechaza las afirmaciones que no estén apoyadas en hechos bien averiguados, y no tolera la historia escrita con miras personales. Gran admirador de la historia anecdótica, se complace en reproducir sus más ínfimos detalles, fiel y picarescamente; pero siempre a base de documentos, los cuales analiza con pasmosa lucidez. Gachard fué el primero que utilizó nuestros archivos de Simancas (1843), desde entonces abiertos al público. Además de su prodigiosa labor (*Correspondencia de Felipe II sobre los asuntos de los Países Bajos; Don Carlos y Felipe II, Estudios y noticias sobre la Historia de los Países Bajos, etc.*), es de admirar la sinceridad con que demolió célebres leyendas que enturbiaban la Historia de España.

Todos estos historiadores no dan sino una idea incompleta del movimiento de los estudios históricos en Europa, durante la segunda mitad del siglo XIX, a partir del cual los historiadores dejaron de ser *escritores* para transformarse en *eruditos*, convirtiendo la Historia en una disciplina que exige largo aprendizaje (bibliografía y demás ciencias auxiliares), accesible únicamente a los especialistas.



ELISEO RECLUS (Fot. Nadar).

La Geografía. — Consecuencia de la labor de Humboldt y Ritter, fué acentuando la Geografía, en la segunda mitad del siglo XIX, su carácter científico, mediante la colaboración de geólogos, biólogos, etc., abandonando su condición de *ancilla historiae*, para transformarse en la ciencia que estudia la composición y disposición del suelo, la distribución de las fuerzas físicas y orgánicas, la influencia de la Naturaleza en los destinos humanos y la reacción del hombre en la Naturaleza. Fué cultivada en Alemania, Inglaterra, Italia y Francia, y tuvo gran nombradía como expositor de esta disciplina, ejerciendo gran influencia en su divulgación, Eliseo Reclus, cuyas obras *La Tierra y los hombres* y *Nueva Geo-*

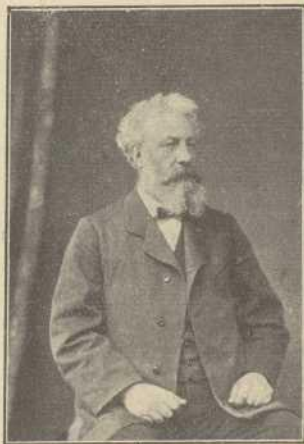
grafía universal (1875), constituyen una vasta labor de síntesis, que no ha sido superada.



ZOLA (Fot. Braun).

sociedad para descubrir en ella «documentos vivos», y ofrecer al público «jirones de vida». La literatura realista reviste, por tanto, gran valor histórico. El realismo floreció en todos los países, y alcanzó a todos los géneros; pero principalmente a la novela; cuyos escritores más universales fueron franceses. Distinguiéronse, entre ellos, Gustavo Flaubert, los hermanos Goncourt y Emilio Zola, creador este último de la novela naturalista o experimental, a la que aplicó los métodos de la Historia natural, estudiando al hombre sometido a las leyes físico-químicas, determinado por la influencia del medio. Su obra consta de un ciclo de novelas, *Les Rougon-Macquart*, que califica de «historia social y natural de una familia, durante el segundo Imperio».

Literatura y Arte. — Por reacción contra el romanticismo, y en armonía con el impulso de las ciencias, el advenimiento de la democracia y el progreso industrial, nació, en la literatura y en las artes plásticas, un nuevo género, designado con el nombre de *realismo*, que consiste en reproducir la realidad, singularmente la *realidad actual*, con la más rigurosa exactitud. Los escritores aplicaron a sus obras los procedimientos de la ciencia, y de la misma manera que los sabios no se ocupan más que de los hechos, los escritores realistas estudian la



JULIO VERNE. (Fot. Braun).

Independientemente de las escuelas literarias, tuvo Francia un escritor popularísimo, de fama universal, que hizo las delicias de la niñez en las generaciones de la segunda mitad del siglo XIX. Nos referimos a Julio Verne, creador de la novela científica y geográfica, literato ingenioso, fecundo y de rica imaginación. •

En Inglaterra la novela realista tuvo también excelentes cultivadores, siendo en su época, muy celebrado el popular Carlos Dickens, que ejerció gran influencia en la literatura rusa, cuya escuela realista hizo su aparición hacia 1840, contando entre sus grandes novelistas a Ivan Turguenef, Dostoiéwsky y el conde León Tolstoi.

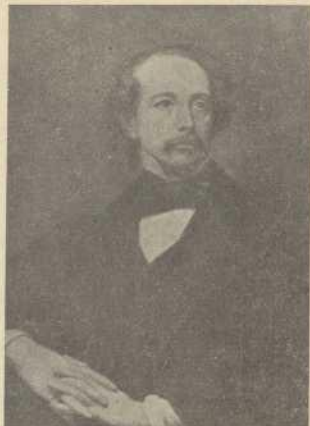
El teatro, lo mismo que la novela, refleja la vida social en su infinita variedad.

Menos vivo fué el esplendor de la poesía, sucediendo a los

poetas románticos numerosas escuelas, que se distinguen con los epítetos de *parnasianos*, *simbolistas*, etc., manifestándose idéntica variedad de tendencias y escuelas en las artes plásticas, señalándose, como característica general de los artistas, un gran esfuerzo para desenvolver su originalidad y dar a sus obras un sello personal y nuevo.

En cuanto a la música, la segunda mitad del siglo XIX, estuvo bajo el dominio de la revolución que en el teatro musical y en la técnica hizo el alemán Ricardo Wagner, poeta y músico de genio, con sus obras *Lohengrin*, *Tannhau-*

ser, *El anillo del Nibelungo*, *Los Maestros cantores*, *Parsifal*, etc.; grandiosa fusión de la música y la poesía.



CARLOS DICKENS
(Galería nac. de Londres).



WAGNER. (De fotografía).

EXPANSIÓN DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA

La expansión europea. — Además de la formación de las naciones de América latina y del desenvolvimiento de los Estados Unidos, la expansión europea, durante el siglo XIX, se tradujo en la formación de vastos imperios coloniales en Africa, Asia y Oceanía, partes del mundo completamente transformadas por obra de Europa, que las ha ido conquistando a la civilización.

Los europeos en Africa. — Antes del siglo XIX el continente africano fué un mundo misterioso, permaneciendo desconocidos su geografía y sus recursos económicos. La exploración del «Continente Negro» comenzó en 1788, a raíz de la fundación de la *Asociación africana de Londres*. Los grandes viajes tuvieron primeramente *carácter científico*, hasta el último tercio del siglo XIX, en que tomaron *aspecto político y económico*. Antes de 1850 las exploraciones, limitadas a las regiones del norte y del sur, fueron muy lentas; pero, en el período comprendido entre 1850 y 1880, emprendiéronse grandes viajes de exploración, que dieron por resultado el descubrimiento de las fuentes del Nilo, la penetración del Africa ecuatorial y región de los Grandes Lagos, el conocimiento de la cuenca del Níger, etc. Son de fama universal los nombres de los audaces exploradores Barth, Nachtigal, Speke, Livingstone y Stanley. A partir de 1880 la historia del Africa entra en una nueva fase: la del reparto de los territorios africanos, por una serie de convenios diplomáticos entre las naciones europeas, y la obra de colonización.

Entre las naciones europeas dominantes en Africa, pertenece el primer lugar a Inglaterra y Francia. Los principales

acontecimientos de la historia de la colonización inglesa en Africa son: la cuestión de Egipto y la anexión del Africa austral.

Cuestión de Egipto. A principios del siglo XIX, era Egipto una provincia nominal del imperio otomano. La población comprendía los *fellahs*, descendientes de la población aborigena, y los árabes, descendientes de los invasores del siglo VII, todos ellos musulmanes; población ignorante y atrasada en todo. La obra de restauración emprendida por Mehemed-Alí la consolidaron sus sucesores, singularmente Ismail, su nieto. En 1869, la apertura del Canal de Suez, obra del ilustre ingeniero francés Fernando Lesseps, dió a Egipto una importancia considerable.

La construcción del Canal de Suez duró diez años y costó 500 millones de francos. Sus consecuencias han sido devolver al Mediterráneo la actividad que había perdido en el siglo XVI, a raíz del descubrimiento de América, la aproximación e influencia de Europa en el extremo Oriente, puesto que para ir, v. gr., de Londres al Japón, por la ruta del Cabo, se necesitaban ciento treinta y siete días, y sólo cuarenta y ocho por el Canal de Suez; el impulso dado a los medios de transporte, etc.



STANLEY (de fotografía).

Sin embargo, las prodigalidades de Ismail produjeron una gran crisis financiera. No pudiendo satisfacer los intereses de la deuda pública, el kedive vendió las acciones que poseía del Canal de Suez a Inglaterra, que adquirió el derecho de representación en el Consejo de la Compañía. Poco tiempo después, Ismail hubo de declararse en quiebra. Para tranquilizar a los acreedores, dió intervención a Inglaterra y Francia en la administración del Egipto; pero aquel régimen de dominio produjo la oposición de los indígenas, singularmente del ejército, constituyéndose un partido na-

cional, adversario de la intervención extranjera. Estallaron tumultos, seguidos de matanzas y saqueos, en Alejandría (1882), que motivaron la intervención armada de Inglaterra, pues Francia se mostró indiferente a la intervención. Los ingleses bombardearon Alejandría, destrozaron el ejército indígena y se establecieron en el Cairo.

Prosiguió Inglaterra la transformación del Egipto. El imperio fundado por Mehemed-Alí e Ismail extendiase a



LESSEPS. (De fotografía).

las vastas regiones situadas más allá del alto Egipto, esto es, al Sudán, que formaba otro imperio, con Kartum por capital; pero, en el período de crisis arriba indicado, los sudaneses, fanatizados por un *Mahdi* de Dón-gola, asesinaron una misión inglesa y se apoderaron de Kartum. Inglaterra envió al enérgico y hábil militar Kitchener, que reconquistó el Sudán, organizándolo como se había hecho en Egipto. En aquel momento, una misión francesa, conducida por el capitán Marchant, había llegado desde el Congo a Fachoda, posición

estratégica en el alto Nilo. Surgió un incidente diplomático (1889), que se resolvió en provecho de Inglaterra, renunciando Francia a toda pretensión en Egipto, pero obteniendo, en cambio (*convenio de 1904*) libertad de acción en Marruecos.

El Africa austral. Los ingleses se apoderaron de la Colonia del Cabo en 1806; colonia reducida entonces al extremo meridional de Africa; pero se acrecentó con numerosos inmigrantes, atraídos primero por la explotación pecuaria y más tarde por el comercio de plumas de avestruz y el hallazgo de minas de diamantes. La colonización de aquellos territorios costó a Inglaterra una serie de guerras, ya contra los indígenas salvajes (hotentotes, cafres, zulús), ya contra los *boers*, descendientes de antiguos colonos holandeses, que, por negarse a abolir la esclavitud, emigraron hacia el interior y fundaron los Estados de Natal, Orange, y, posterior-

mente, del Transwaal, país que por contener ricos yacimientos auríferos atrajo numerosos colonos ingleses (*uitlanders*). A partir de 1846 practicó Inglaterra una política anexionista. Cecil Rodes, fundador de la *Compañía Surafricana*, apoyada por el gobierno inglés, emprendió la conquista de los territorios de la cuenca del Zambeze, al norte del Transwaal, y los Estados boers halláronse envueltos por colonias inglesas. La negativa de aquellos Estados a conceder derechos políticos a los *uitlanders*, la hostilidad del presidente del Transwaal, Pablo Krüger, a la inmigración y al proyecto de una federación surafricana, patrocinado por Cecil Rodes, provocaron la cruenta guerra angloboer (1899-1902), cuyo resultado fué la anexión de todos los territorios surafricanos a Inglaterra, constituidos después en una federación de Estados autónomos.

Marruecos. Consecuencia de la conquista de Argelia, los franceses establecieron el protectorado de Tunicia (1881), y ocuparon una zona de Marruecos, cuestión esta última que motivó numerosos conflictos diplomáticos y tratados internacionales a causa de los intereses y derechos de otras naciones en Marruecos, a saber: Inglaterra y España, la primera por su dominio del estrecho de Gibraltar y la segunda por sus derechos históricos y por considerar la posesión de la costa marroquí necesaria a su defensa.

Por el *convenio de 1904*, Inglaterra dejó a Francia en libertad de acción en Marruecos, a reserva de la internacionalización de Tánger y de los derechos de España, que también le fueron reconocidos en 1904, y posteriormente en 1912, atribuyéndole dos zonas de influencia; pero, la política antifrancesa de Guillermo II de Alemania inclinó a este soberano a inmiscuirse en Marruecos, presentándose inopinadamente como adversario de la influencia francesa cerca del Sultán marroquí (1905). Para evitar una guerra se reunió la Conferencia de Algeciras (1906), que proclamó la integridad territorial de Marruecos y los derechos de Francia y España; no siendo reconocido definitivamente el protectorado hasta la *Convención de Fez (1912)*, en la que Francia hubo de ceder a Alemania territorios del Africa ecuatorial.

En 1883 ocuparon los franceses Madagascar, y numerosas expediciones fueron extendiendo su influencia a las regiones del Sahara, Sudan, Congo y cuenca del Níger,



sentando las bases del imperio colonial que actualmente posee nuestra vecina República en Africa.

Además de Inglaterra y Francia, figuran en el mapa político de Africa, del siglo XIX, otros muchos Estados europeos: España, Portugal, Italia, Alemania y Bélgica; pero si se exceptúa esta última, poseedora de la colonia del Congo *Belga*, fundada en 1885, las restantes, o desaparecieron en el torbellino de la gran guerra del año 1914, o carecen de importancia, habiendo quedado el continente africano bajo la exclusiva influencia de ingleses y franceses.

Expansión europea en Asia. — A diferencia del Africa, el continente asiático, cuna de antiquísimas civilizaciones, opuso tenaz resistencia a la expansión europea, logrando mantener su independencia, si exceptuamos los territorios colonizados por algunas naciones de Europa, singularmente Rusia e Inglaterra, que lograron constituir en él extensos imperios coloniales.

Asia rusa. La expansión rusa en Asia data del siglo XVI, en que algunas partidas de cosacos del Don penetraron en Siberia, país apenas habitado, y, en menos de un siglo, llegaron a las costas del Pacífico. Los czares, durante los siglos XVII y XVIII, atentos únicamente a su política de comunicación con Europa, no se ocuparon de Siberia, que no fué más que un inmenso presidio de deportados, políticos y delincuentes. A mediados del siglo XIX, perdida la guerra de Crimea, y con ella la esperanza de abrirse paso por Occidente, pensaron en Siberia. Como las costas septentrionales están bloqueadas por los hielos la mayor parte del año, la expansión rusa se desvió hacia el este, obteniendo de los chinos la posesión de los territorios que bordean el Amur, hasta llegar a la costa tartárica, en cuyo extremo meridional edificaron Vladivostok. A fines del siglo XIX construyeron el ferrocarril transiberiano, para establecer su hegemonía en el extremo Oriente, siendo entonces favorecida la colonización con éxodo de numerosos campesinos a Siberia; pero en 1904 estalló la guerra ruso-japonesa, en la que Rusia fué vencida, haciendo vanos todos sus sacrificios de hombres y dinero. Sin embargo, algunos años después, la crisis agraria de Rusia europea favoreció de nuevo la colonización de Siberia, que está hoy en vías de gran desenvolvimiento económico.

La expansión rusa en Asia no se limitó a Siberia, extendiéndose a otras regiones; a Caucasia, después de larga y penosa conquista, terminada en 1860, y al Turquestán, conquistado definitivamente en 1884, con el fin de mantener libres las comunicaciones con la China.

Asia inglesa. La conquista de la India, comenzada por los ingleses a mediados del siglo XVIII, no terminó hasta un siglo después. No fué obra del gobierno, sino de la *Compañía de las Indias*, reclutando soldados entre los indígenas, llamados *cipayos*, y metiéndose en las querellas de los príncipes indostánicos. En 1857 estuvo la dominación inglesa en peligro, por la insurrección de los cipayos, revuelta motivada por el descontento que producían entre los indígenas las anexiones de territorios y las destituciones de las dinastías locales. La insurrección fué reprimida, procediendo entonces Inglaterra a la supresión de la Compañía colonizadora (que sólo se preocupaba de hacer grandes negocios) y acabar el sistema anexionista, respetando la independencia de los Estados vasallos. La India quedó convertida en *colonia de la Corona*, bajo la autoridad del Gobierno. En 1876, la reina Victoria tomó el título de «Emperatriz de las Indias». Estableció Inglaterra una administración que reducía al mínimo el número de funcionarios, impulsó el desenvolvimiento de la riqueza, y se esforzó en mejorar la condición económica y social de los indígenas. Esto no obstante, en la época contemporánea se ha formado un partido nacional indio que reclama la independencia; pero la inmensa mayoría de la población indígena, divorciada entre sí por las diferencias religiosas, acepta la dominación de Inglaterra, que saca de aquel país fabulosas riquezas.

El Extremo Oriente. El hecho capital de la historia de Asia, en el siglo XIX, fué la cuestión del Extremo Oriente, esto es, la penetración de China y del Japón, cerrados hasta entonces a Europa.

La China es un país extensísimo, rico y muy poblado, cuya existencia remonta a más de veinte siglos antes de nuestra Era. Fué conocido de los antiguos griegos y romanos, que trabaron con él (*pais de la seda*) relaciones comerciales, continuadas durante la Edad Media por los árabes, que monopolizaron el comercio del mar de las Indias. La historia interior de aquel país no ejerció influencia alguna en los

pueblos de Occidente. Hasta nuestros días ha sido la China un Imperio despótico, análogo al de los antiguos orientales, gobernado por numerosas dinastías nacionales o extranjeras, en perpetua lucha con pueblos asiáticos vecinos, como los *mogoles* y los *tártaros*. En el siglo XIII la dinastía reinante atrajo a unos pocos viajeros de Europa (Marco Polo), y en el XVI, después del establecimiento de los portugueses en Asia, algunos misioneros cristianos penetraron en aquel país, dándolo a conocer a Europa; pero la penetración de los europeos en Extremo Oriente no empezó en realidad hasta mediados del siglo XIX.

Cuando los ingleses fueron dueños de la India, buscaron en China mercados. Objeto de considerable tráfico fué el opio; pero, prohibida su importación por el Gobierno chino, Inglaterra dirigió contra él algunas expediciones, que dieron por resultado la adquisición de Hong-Kong y la apertura de cinco puertos chinos al tráfico. El incumplimiento de los tratados y la persecución de que fueron objeto los europeos motivó una intervención armada de Inglaterra y Francia en 1856 y 1860, después de la cual, China se vió obligada a abrir nuevos puertos a Europa. A fines del siglo XIX, una guerra entre el Japón y la China aumentó más todavía la injerencia de las naciones europeas, Inglaterra, Francia, Rusia y Alemania. La hostilidad de los chinos hacia los europeos se ha demostrado en diversas ocasiones, principalmente con la furiosa reacción de 1900 (*guerra de los boxers*), no obstante la cual, la intervención europea en China quedó asegurada.

El Japón era también hostil a los europeos. Una revolución que estalló en 1868, derribando del poder a la aristocracia de los *daimios*, señaló un cambio completo en aquel país. Los soberanos japoneses acogieron benévola y amablemente a los extranjeros, y enviaron hijos del país a instruirse en Europa. En treinta años, la civilización europea quedó aclimatada en el Japón, principalmente en el Estado. La dominación de Corea motivó una guerra, seguida de un completo triunfo contra China (1885), consecuencia de la cual fué la adquisición de Formosa y la independencia de Corea. La extensión de los rusos por el norte de Asia y sus aspiraciones de hegemonía en las costas del Pacífico, motivaron un tratado de alianza entre el Japón e Inglaterra (1902), y poco después

(1904) la guerra rusojaponesa consolidó la hegemonía del Japón en el Extremo Oriente (1905).

Los europeos en Oceanía. — Salvo el archipiélago Malayo, explorado por los españoles y portugueses en el siglo XVI, y cuya mayor parte forma hoy el imperio de las Indias Neerlandesas, la nación europea dominante en Oceanía es Inglaterra. El continente australiano, descubierto por los españoles, fué ocupado por los ingleses a fines del siglo XVIII. Comenzó por ser una colonia penitenciaria (1788). Los progresos de la ganadería en la región del sureste y, en 1851, el hallazgo de yacimientos auríferos, determinaron la rápida población y engrandecimiento de aquellos países, actualmente conquistados a la civilización.

Hasta mediados del siglo XIX las colonias australianas estuvieron gobernadas por funcionarios de la metrópoli; pero, en 1855, el partido liberal inglés le otorgó la autonomía política y financiera. En 1880 se produjo en las colonias un movimiento federal, que, efectivamente, triunfó, y en 1901 quedaron constituidas en *República de los Estados Unidos de Australia*, con exclusión de Nueva Zelanda, que es un país autónomo.

La vida política de Australia y Nueva Zelanda se caracteriza por el desenvolvimiento de instituciones democráticas y de una legislación socialista. Países jóvenes, de población urbana, sin tradiciones, no retroceden ante las más atrevidas reformas, v. gr., el sufragio femenino, establecido en 1893 en Nueva Zelanda, y poco después en la Federación Australiana; leyes agrarias, que impiden la formación de la gran propiedad; impuestos progresivos, que sólo gravan a las clases ricas; arbitraje obligatorio en caso de huelga, salario mínimo y otras leyes encaminadas a evitar las luchas sociales.

BIBLIOGRAFIA. — Una materia tan vasta y tan compleja como la bibliografía histórica del siglo XIX no cabe en las proporciones de un manual. Nos limitaremos, pues, a indicar algunas obras útiles, que puedan servir de base al estudioso para orientarse

en la materia. Desde luego, es indispensable el conocimiento de idiomas extranjeros: francés, alemán, inglés, etc. En castellano, salvo la bibliografía americana, no hay sino traducciones de obras de vulgarización, generalmente desprovistas de todo aparato crí-

tico o erudito, que no merecen, por tanto, confianza, v. gr., los volúmenes de la *Historia Universal*, de C. Oncken, ya citada. La mayor parte de obras modernas suelen ir acompañadas de bibliografía, y a ellas hay que acudir para orientarse. Como manual de conjunto, véase, en primer término, Ch. Seignobos, *Historia política de Europa contemporánea* (1814-1896), trad. de D. Vaca (Madrid, Jorro, 1916, 2 vols.), obra clásica, con bibliografía en cada capítulo, o bien los vols. X-XII de la *Historia Générale* de Lavisse y Rambaud (París, A. Colin), con bibliografía también. — Como trabajos de conjunto, para la historia política y diplomática, son excelentes los libros de A. Debidour, *Histoire diplomatique de l'Europe depuis l'ouverture du Congrès de Vienne, jusqu'à 1916* (París, F. Alcan, 1891-1916, 4 vols.), y E. Bourgeois, *Manuel historique de politique étrangère* (París, Belin, 3 volúmenes).

Para asuntos particulares de cada país hay que acudir a las respectivas historias nacionales, v. gr., para Inglaterra, es una obra excelente la de E. Halevy, *Histoire du peuple anglais au XIX siècle* (París, Hachette, 1913-1923, en publicación), 3 vols., que llegan al año 1841; para Francia, véase *Histoire de France contemporaine, de 1871 à 1913* (París, Larousse, s. a.); para Italia, Pietro Orsini, *Histoire de l'Italie moderne* (1750-1910), trad. fr. de H. Bergman (París, A. Colin,

1911); para Alemania, Paul Matter, *Bismarck et son temps* (París, Alcan, 1918, 3 vols.); para los Estados Unidos, David Saville, *Histoire des Etats Unis d'Amérique*, por A. de Lapradelle (París, Larousse, s. a.), etc. — Para la cuestión de Oriente, véase E. Driault, *La question d'Orient depuis ses origines jusqu'à la Grand guerre* (París, Alcan, 1917), y René Pinon, *L'Europe et l'Empire Ottoman* (París, Perrin, 1917).

Por lo que respecta a la historia de la civilización, pueden consultarse: Luis Figuier, *Les grandes inventions anciennes et modernes...* (París, Hachette, 1861) y *L'année scientifique* (publicado periódicamente por el mismo autor); G. Renard et A. Dulac, *L'évolution industrielle et agricole depuis 150 ans* (París, Alcan, 1912); B. Nogaro et Woualid, *L'évolution du commerce, du crédit et des transports...* (París, id., 1914); A. Rambaud, *Histoire de la civilisation française* (París, A. Colin, 3 vols.), t. III, manual de conjunto, muy bien hecho y provisto de bibliografía sistemática; O. Uzanne, *La locomotion à travers l'histoire et les mœurs* (París, P. Ollendorff, 1900); Ch. Simond, *La vie parisienne au XIX siècle* (París, Plon, 1901, 3 vols.); O. Noel, *Histoire du commerce...*, t. III *passim*; A. Guillaud, *L'Allemagne nouvelle et ses historiens* (París, Alcan, 1900); E. de Laveleye, *Le socialisme contemporaine* (París, G. Bailliére, 1881), etcétera.



ESCUADRILLAS DE AVIONES DE GUERRA (Fot. Seemanns).

LA GRAN GUERRA

La historia del siglo XIX se cierra en realidad con la *Gran Guerra* de 1914-1918, así llamada por haber sido no sólo la más considerable de los tiempos modernos, sino de la historia del mundo.

Sus causas. — Causa esencial fué la aspiración de Alemania a la hegemonía económica y política. En efecto desde 1870 la población, la industria y el comercio de Alemania habíanse desarrollado prodigiosamente y la nación padecía por su inferioridad territorial y colonial frente a sus competidores, Inglaterra y los Estados Unidos, a los que disputaba la supremacía económica. La política tradicional de Federico el Grande y de Bismarck, y el envane-

cimiento por las victorias militares e industriales, crearon un estado de opinión pública favorable a la guerra.

Causa directa fué la política de Austria-Hungría en los Balkanes. En efecto; la victoria de los pueblos balcánicos sobre Turquía en 1912-1913 y el subsiguiente triunfo de Grecia y Serbia sobre Bulgaria, significaban la derrota del imperialismo germánico en Oriente. El 28 de junio de 1914 fué asesinado en Sarajevo (Bosnia) el archiduque Fernando, heredero del imperio austrohúngaro. Austria, en connivencia con Alemania, dirigió a Serbia un *ultimátum* incompatible con la soberanía de un Estado libre, hecho que encubría la declaración de guerra. Serbia, aceptando en principio casi todas las exigencias del Austria, propuso someterse a un arbitraje; pero el gobierno austríaco, no obstante la mediación pacificadora de Inglaterra, declaró la guerra a Serbia (28 julio 1914).

Intervino entonces Rusia, movilizando su ejército en defensa de Serbia, hecho que sirvió de pretexto a Alemania para declarar la guerra a Rusia, y en consecuencia, a Francia, su aliada. Pocos días después (1.º de agosto), el gobierno alemán, prescindiendo de los tratados que garantizaban la neutralidad de Bélgica, intimó a ésta el libre paso de las tropas para invadir el territorio francés, intimación que fué rechazada; pero los alemanes pusieron sitio a Lieja, motivando con ello la intervención de Inglaterra, que declaró la guerra a Alemania.

Extensión de la guerra y sus caracteres. — Contra lo que se creía en un principio, duró la gran guerra más de cuatro años (agosto de 1914-noviembre de 1918). Limitada en primer término a los *imperios centrales* de Europa (Alemania y Austria-Hungría) contra *los aliados* (Serbia, Rusia, Francia, Bélgica e Inglaterra), el número de beligerantes no cesó de aumentar durante el curso de los acontecimientos. Inglaterra obtuvo desde un principio el concurso de sus colonias y del Japón. Los imperios centrales fueron apoyados por Turquía y Bulgaria; los aliados por Italia, Rumania, Portugal, Brasil y, finalmente, por la gran república norteamericana, de suerte que una guerra cuyo foco radicaba en Europa, acabó por convertirse en una *guerra mundial*.

Característica de la gran guerra fué la de ser no sólo una *guerra militar*, sino una *guerra de naciones*, y en el seno de éstas una *guerra de principios*: la autocracia y la libertad. Los beligerantes aprontaron todos sus recursos materiales y morales. Los pueblos refractarios al servicio militar obligatorio, como Inglaterra, tuvieron que aceptarlo, siendo movilizada toda la población civil, incluso las mujeres. Obreros y hombres de ciencia o de laboratorio, periodistas, etcétera, tomaron parte en la lucha, dividiéndose la sociedad de todos los países, beligerantes o no, en dos partidos: *germanófilos* y *aliadófilos*. Tomó la guerra un carácter progresivamente científico e industrial, y su aspecto cambió más completamente en aquellos cuatro años que antes en largos siglos. El número de combatientes y los medios de ataque y defensa tomaron proporciones nunca vistas, sin que jamás en el mundo hubiesen existido tan vastos campos de batalla, ni ejércitos tan numerosos, ni hubiesen alcanzado las pérdidas de vidas humanas y las sumas de dinero, tan aterradoras proporciones.

Fases de la guerra y principales acontecimientos.— Desde 1914 a 1918 los acontecimientos se desarrollaron paralelamente en múltiples teatros, con alternativas de reveses y triunfos para todos los adversarios, habiéndose distinguido en el conjunto de la guerra tres fases: 1.^a (agosto-noviembre de 1914), caracterizada por una guerra de *movimientos militares*. Los alemanes esforzaronse para obtener una victoria decisiva sobre el ejército francés; pero fueron detenidos primero a orillas del Marne (septiembre de 1914) y luego a orillas del Yser (octubre-noviembre de 1914).

La 2.^a fase (noviembre de 1914-marzo de 1918) estuvo caracterizada por la *guerra de trincheras*, las *batallas de desgaste*, como la de Verdun y de la Somme (1916), la *extensión del bloqueo* y la *guerra submarina*.

La 3.^a se caracterizó por la regresión a la guerra de *movimientos*, esforzándose los adversarios en decidir por este medio la contienda. Esta fase, llamada la *gran batalla de Francia*, estuvo constituida: 1.^o por una victoriosa ofensiva alemana y 2.^o por la gran ofensiva aliada del Marne, continuada hasta el armisticio (11 de noviembre de 1918).

La preparación técnica alemana era superior a la de los

aliados, quienes en cambio eran dueños del mar por la superioridad de la flota británica. Por esto Alemania no pudo aventurar combate marítimo y sus colonias quedaron a merced de los aliados.

Fracasada la invasión alemana en Francia, la guerra se transformó en *guerra de trincheras*, especie de inmenso sitio recíproco. Sobre una extensión de 780 kilómetros, desde la frontera suiza al mar del Norte, el campo de batalla estuvo



EL FUERTE DE VAUX EN LA CHAMPAÑA (de fotografía).

cerrado por una doble línea de trincheras. El arma principal fué el azadón. Los soldados, transformados en zapadores-minadores, removieron millones de metros cúbicos de tierra para construir una red de atrincheramientos provistos de abrigos subterráneos cada día más vastos y profundos. Fué una guerra de tenacidad, en la que los ejércitos sufrieron lo indecible. Para conseguir *abrirse paso*, esto es, la ruptura de las líneas enemigas, el material de guerra se transformó, desenvolviéndose la artillería en proporciones colosales, con la creación de nuevos cañones de grueso calibre (que lanzaban a 20 kilómetros de distancia obuses de 1,400 kilogramos de peso), sirviéndose, además, para anonadarse

unos a otros, de líquidos inflamables y gases asfixiantes. Se inventaron los *tanks* o carros de asalto, especie de autos blindados, provistos de ametralladoras, que maniobraban en terreno quebrado, etc.

En razón de la importancia creciente del material de guerra, nació la *guerra industrial*, transformándose en industrias guerreras todas las industrias. Al amparo de su poderío marítimo, los aliados valiéronse del bloqueo contra Alemania,



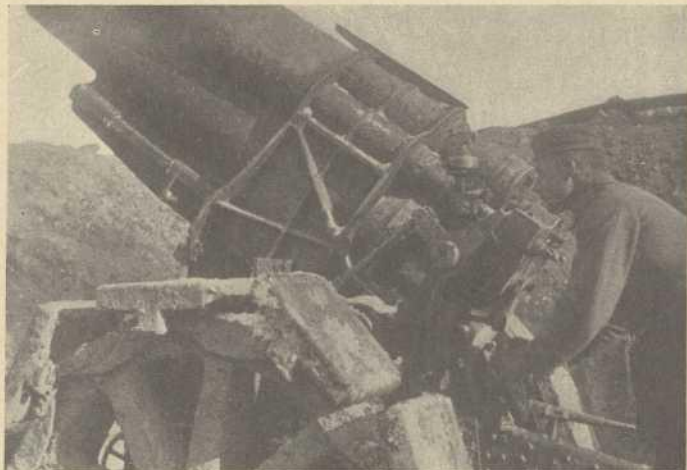
DEPÓSITO DE CRUSES (Fot. Seemanns).

mejor organizada militar e industrialmente, la cual apeló, entonces, sin respetar a los neutrales, a la guerra submarina, cuyas devastaciones fueron conjuradas por una superproducción de buques en los países constructores, como el Japón y los Estados Unidos. Idéntica actividad se desplegó en la guerra aérea, cuya eficacia destructora hizo del avión un nuevo elemento importante de lucha.

El año 1915 se señaló por el fracaso de los aliados en ambos frentes. Los alemanes rechazaron a los rusos, se apoderaron de Polonia, Lituania, Curlandia y, con ayuda de los búlgaros, aniquilaron a Serbia; consiguieron evitar que Grecia se uniera a los aliados y rechazaron la ofensiva

francesa de la Champagne; pero aquel mismo año entró Italia en la guerra a favor de los aliados, en virtud del *tratado secreto de Londres*, que le otorgaba, en caso de triunfo, la Italia irredenta.

Al año siguiente entraron en la guerra Rumania y Portugal, también a favor de los aliados; pero los éxitos alcanzados por los alemanes el año anterior, y su deseo de dar un golpe decisivo a Francia, considerada como el principal



CAÑÓN ALEMÁN MONSTRUO (Fot. Seemanns).

adversario, motivaron el ataque a Verdun, punto principal del frente francés, cuyas condiciones naturales hacían de él un campo atrincherado de gran resistencia; pero el violento bombardeo alemán se estrelló contra la heroica resistencia francesa.

La intervención americana y la revolución rusa. — La batalla de Verdun fué de consecuencias morales decisivas, pues su resultado desilusionó a Alemania, reveló una Francia insospechada e inclinó la opinión de los Estados Unidos a la intervención, que se hizo efectiva a raíz de la nota del gobierno alemán, de enero de 1917, que en represalias al

bloqueo que le hacían sus enemigos, *la guerra del hambre*, establecía el bloqueo por la guerra submarina, sin respetar a los neutrales. En su consecuencia, en abril de 1917, los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania.

Al mismo tiempo la situación se modificó profundamente con la revolución rusa de 1917. Rusia, en efecto, se hallaba en estado de ruina por las faltas del gobierno zarista. La guerra ponía de manifiesto la incapacidad de la burocracia direc-



LUCHA DE AEROPLANOS (Fot. Seemanns).

tora y la escandalosa corrupción de una corte dirigida por un monje fanático, Rasputin, que dirigía caprichosamente la familia imperial. Los sufrimientos producidos por la guerra, la carencia de pan y de carbón en San Petersburgo (llamado desde el principio de la guerra Petrogrado), hicieron estallar la revuelta. En marzo de 1917 los revolucionarios, sostenidos por algunas tropas, se adueñaron de la capital. La *Duna* estableció un gobierno provisional y el czar Nicolás II, abandonado de todos, abdicó.

Pronto la revuelta tomó carácter de revolución social. En la masa del pueblo ignorante, apática y crédula, había aspiraciones no bien definidas a la paz y al reparto de las

tierras; pero indiferente a las reformas políticas. La burguesía liberal, que había constituido el gobierno provisional, fué incapaz de dirigir la revolución. Entonces el poder pasó a comités delegados de obreros y soldados, los *soviets*, cuyo régimen, extendido a las tropas del frente de batalla, arruinaron la disciplina y el ejército se descompuso.

El gobierno alemán, viendo el partido que podía sacar de aquel estado de cosas, alimentó la propaganda *bolche-*



VERDUN EN 1916 (de fotografía).

vigue, partido constituido por socialistas rusos partidarios del comunismo e internacionalismo más absoluto, adversarios de los principios democráticos, dispuestos a imponer la *dictadura del proletariado* y desencadenar la revolución universal. Facilitaron a su jefe, Lenin, refugiado en Ginebra, los medios de pasar a Rusia y subvencionaron la propaganda bolchevique. Cuando el pueblo ruso vió que el gobierno se decidía a continuar la guerra, se inclinó a los comunistas, que le prometían la paz. Lenin y Trotski se apoderaron del gobierno y firmaron la paz con Alemania (tratado de Brest-Litowsk, marzo de 1918), que consagraba la dislocación del imperio ruso. Las nacionalidades que, de grado o por fuerza,

habían sufrido la política zarista de rusificación, Finlandia, Letonia, Estonia, Lituania, Polonia y Ucrania, se separaron y se constituyeron en repúblicas independientes. Con la capitulación de Rumania, que una vez aislada hubo de aceptar la *paz de Bukarest* que le impusieron Alemania y los acontecimientos de Rusia, el frente oriental de la guerra quedó aniquilado.

Terminación de la guerra. — La guerra continuó, con mayor intensidad, en el frente occidental. De la *guerra de trincheras* los beligerantes volvieron a la *guerra de movimientos*, intensificando la destrucción con nuevas máquinas y un infernal derroche de obuses, gases mortíferos, etc. Los alemanes acumularon grandes contingentes de tropas y enorme material bajo la dirección del gran estratega Lunderdorf, con el plan de romper el frente y llegar a París. Pero el ejército francoinglés, dirigido por el mariscal Foch (marzo-noviembre de 1918), logró resistir el empuje, y engrosado por numerosos contingentes de tropas americanas, que al amparo de la marina inglesa iban desembarcando en Francia, obligó a los alemanes, extenuados, a retirarse y solicitar el armisticio, firmado el 11 de noviembre de 1918.

La capitulación de Alemania fué precedida por la de todos sus aliados. Los búlgaros firmaron en septiembre el armisticio de Salónica; los turcos, en octubre, el de Mudros; Austria-Hungría, fallecido el anciano emperador Francisco José, en noviembre de 1916, y pasada la corona imperial al príncipe Carlos I, joven sin experiencia, y fracasada una ofensiva austríaca sobre el Piave (1918), la monarquía dualista se dislocó, constituyéndose gobiernos revolucionarios en Viena y Buda-Pest.

Consecuencia de la derrota fué también la revolución de Alemania. Guillermo II, viendo perdida la guerra, intentó conjurar la catástrofe con la formación de un gobierno parlamentario, al mismo tiempo que apelaba al presidente de los Estados Unidos, Wilson, para entablar negociaciones de paz; pero, negándose los gobiernos aliados a aceptar armisticio cuyas condiciones no fueran impuestas por ellos mismos, el régimen imperial se derrumbó. El 4 de noviembre se sublevó la escuadra alemana, fondeada en Kiel, e

imitando a los soviets, formáronse consejos de obreros y soldados. El 8 de noviembre la república fué proclamada en Munich, y al día siguiente en Berlín. Guillermo II hubo de abdicar, retirándose después a Holanda.



WOODROW WILSON (fot. Piron).

lado, en enero de 1918, ante el Congreso norteamericano, los célebres catorce puntos que él estimaba condiciones de una paz justa, y que habían sido aceptados por los beligerantes. Eran, en síntesis, los siguientes:

1.º Tratados sinceros, con exclusión de pactos secretos.

2.º Libertad absoluta de navegación en todos los mares (artículo sobre el cual los aliados, a instancia de Inglaterra, habían hecho reservas).

3.º Supresión, en lo posible, de fronteras económi-

Paz de Versailles. — Preparada por las conferencias interaliadas inauguradas en París el 18 de enero de 1919, la paz de Versailles fué, en realidad, obra de tres hombres: Wilson, Clemenceau y Lloyd Georges.

Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos y jefe de la delegación americana en las Conferencias de París, había formu-



CLEMENCEAU (fot. Piron).

cas e igualdad comercial para todas las naciones.

4.º Reducción mínima de armamentos.

5.º Arreglo imparcial de las cuestiones coloniales, teniendo en cuenta los intereses de los indígenas y las *peticiones equitativas* de los gobiernos.

6.º Evacuación de los territorios rusos y arreglo que permitiese a Rusia su independencia política y nacional, bajo el gobierno que ella misma escogiese.

7.º Evacuación y restauración de Bélgica sin tentativa alguna para limitar su plena soberanía.

8.º Evacuación y restauración del territorio francés con devolución de Alsacia-Lorena.

9.º Delimitación de las fronteras italianas a base de las nacionalidades claramente reconocidas.

10.º Autonomía para las nacionalidades de Austria-Hungría.

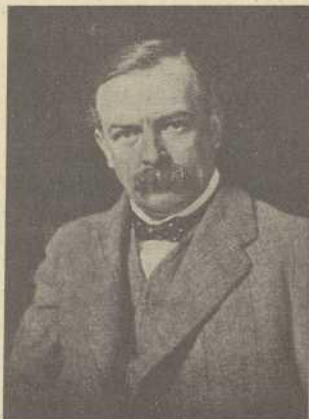
11.º Evacuación y restauración de Rumania, Serbia, y Montenegro, dando a Serbia acceso al mar.

12.º Autonomía para todas las nacionalidades del imperio otomano y garantías internacionales para el libre paso de los Dardanelos.

13.º Reconstitución de Polonia independiente con acceso libre al mar.

14.º Creación de una *Sociedad general de Naciones* para garantizar la independencia política y territorial de todos los Estados, grandes o pequeños.

El programa wilsoniano encontró para su aplicación, múltiples dificultades, nacidas unas del idealismo que le caracteriza, otras de la realidad de los hechos, pues, si bien reconocíase *el derecho de los pueblos a disponer libremente de sí mismos*, las aspiraciones nacionales no eran en todos los pueblos igualmente claras, ni estaban bien definidas. Por otra parte, aun estando todos igualmente acordes para



LLOYD GEORGES (de fotografía).

la fundación de una Sociedad de naciones, fuertemente organizada, garantía única del nuevo orden internacional, no todos los aliados habían de consentir en hacer tabla rasa de sus egoísmos y prejuicios de raza, tradiciones históricas, etc., tan arraigadas en la mayoría de ellos. Añádase a esto la situación creada por la guerra; tres grandes imperios, alemán, austrohúngaro y otomano, derrumbados, y la situación precaria de los nuevos Estados levantados sobre las ruinas de aquéllos, esto es: *Polonia*, formada por la reunión de tres territorios, ruso, prusiano y austriaco; los Estados bálticos de *Lituania*, *Letonia* y *Estonia*; *Finlandia*; *Ukrania* o pequeña Rusia, cuya individualidad nacional parecía mal definida; las repúblicas caucásicas de *Georgia*, *Azerbaijan* y *Armenia* en los confines del Asia; la república de *Austria*, que aspiraba a su unión con Alemania; *Checoslovaquia*, constituida por el antiguo reino de Bohemia; Hungría, mal resignada a la pérdida de su dominio histórico; *Rumania*, acrecentada con la anexión de Transilvania húngara y de Besarabia rusa; el reino unido de serbios, croatas y slovenos, o *Yugoslavia*, a la que Italia disputaba Fiume y la costa dálmata; la ruina del imperio otomano, que planteaba la cuestión capital de Constantinopla y de los estrechos; el vasto problema de la reorganización del Asia occidental; Alemania, rodeada de provincias no alemanas, y otros tantos problemas que amenazaban la paz. A los conflictos nacionales sumábanse las *luchas sociales*, exacerbadas por la revolución rusa, con la amenaza de extenderse a todos los países y, finalmente, la *crisis económica* y la depresión moral engendradas por la guerra.

En estas condiciones, los aliados pusieron primero de acuerdo para establecer la *Sociedad de las Naciones*, que había de comprender como miembros originarios todos los Estados representados en la Conferencia, y los Estados neutros que quisieran adherirse en un plazo determinado. Para asiento de la *Sociedad* fué designada la ciudad de Ginebra. Su acción se ejercería: por una *Asamblea de representantes*; un *Consejo de nueve miembros* (representantes de las principales potencias); un *Tribunal permanente* de justicia internacional, y diversas *Oficinas internacionales*, v. gr., la oficina internacional del Trabajo y otras análogas. Las naciones, miembros de la Sociedad, garantizan

mutuamente, contra toda agresión exterior, su integridad territorial e independencia política, comprometiéndose a la reducción de armamentos, a acatar arbitrajes en caso de conflicto, etc. Votada por la Conferencia de la paz el 28 de abril de 1919, la Sociedad de Naciones, no exenta de utopía, señala una nueva era en la historia de las relaciones internacionales.

El tratado de Versailles, concluído entre las potencias aliadas y Alemania, firmado el 28 de junio de 1919 en la histórica *galería de los espejos* del suntuoso palacio del rey Sol, comprende cláusulas territoriales, económicas y otras complementarias. Por las primeras Alemania restituye *Alsacia* y *Lorena* a Francia, el distrito de *Moresnet* a Bélgica, *Prusia polaca* a Polonia. Los territorios de *Slegvig*, *Eupen-Malmedy*, *Alta Silesia* y *Prusia suroriental*, quedaron a ulteriores arreglos a base de plebiscito. El puerto de Danzig, constituido en *ciudad libre* (destinado a puerto comercial polaco), quedó bajo la garantía de la Sociedad de Naciones, la que también gobernaría durante quince años y a ulterior plebiscito, la *cuenca del Sarre*, otorgada a Francia la propiedad de sus ricos yacimientos hulleros, en compensación de las minas del norte destruídas por la guerra. Finalmente, Alemania renunció a todas sus colonias, cuya administración fué confiada a varias potencias «mandatarias de la Sociedad de Naciones», cediendo el territorio chino de *Kiao-Tcheu* al Japón.

Por las cláusulas económicas Alemania quedó obligada a la reparación de los daños causados a la población civil, esto es, indemnización de bienes, pago de todas las pensiones concedidas a las víctimas militares de la guerra y préstamos hechos a Bélgica por los aliados. En compensación a las pérdidas de éstos, entregaba su flota mercante, cables submarinos, grandes cantidades de carbón, maquinaria, ganado, productos químicos, etc.

Otros tratados.—El tratado de Versailles quedó completado con otros firmados con las demás potencias beligerantes, a saber: los tratados de Saint-Germain, con Austria (10 septiembre 1919), el de Neuilly con Bulgaria (27 septiembre 1919), el de Trianon con Hungría (4 junio 1920), y el de Sèvres con Turquía (11 agosto 1920).

Los de Saint-Germain y de Trianon consagraron la desmembración del imperio austrohúngaro. En su virtud, Austria quedó reducida a sus provincias alemanas y separada de Alemania; Hungría reducida a los territorios de población magyar. Las provincias eslavas, rumanas, e italianas del extinguido Imperio, fueron a engrosar los territorios respectivos de Checoslovaquia, Rumania e Italia.

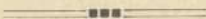
Por los tratados de Neuilly y de Sèvres quedó desmembrado el imperio otomano. Bulgaria perdió el territorio por el cual comunicaba con el mar Egeo. Grecia recibió el territorio de Tracia, Andrinópolis, algunas islas y Smyrna. Los turcos, en Europa, quedaron reducidos a Constantinopla y sus alrededores, y la región de los estrechos sometida a una comisión internacional. Armenia fué declarada independiente. Siria y Mesopotamia Estados libres; pero provisionalmente constituidos en *Mandatos* de la Sociedad de Naciones.

No todos los tratados fueron ratificados y su aplicación encontró grandes dificultades, empezando el nuevo período llamado de la *postguerra*, período de crisis, cuyo rasgo característico es la inestabilidad.

BIBLIOGRAFIA. — Las fabulosas proporciones alcanzadas por la bibliografía referente a la Gran Guerra, no sólo en los países beligerantes sino en los neutrales, hace imposible todo intento de sistematización. Fuente inmediata de los acontecimientos, son los periódicos y revistas contemporáneas de la guerra, si bien no hay que olvidar que la prensa fué un arma de combate utilizada por todos los beligerantes. De carácter polémico son también las primeras obras históricas publicadas en todos los países, singularmente aquellas debidas a los actores de la gran contienda. Ante la imposibilidad de proceder a una selección, nos limitaremos a señalar para los lectores españoles que puedan leer francés la *Collection des memoires, études et documents pour servir a l'histoire de la guerre mondiale* (Paris, Payot éditeur)

que comprende más de cien volúmenes debidos a los actores diversos de la gran guerra, en la que ésta se analiza, estudia, discute y describe en todos sus aspectos; militar, político, económico, técnico, etc. — Para más amplia información acúdase a las bibliografías ya publicadas en todos los países, v. gr. la de Jean de Vic, *La littérature de Guerre* (Paris, Payot, 1918, 2 vols.). En España la literatura de la guerra europea es también abundante singularmente de libros polémicos, originales o traducidos y desde luego tendenciosos. Como lectura sintética recomendaremos los libros del culto periodista Agustín Calvet (*Gaziel*) *Diario de un estudianto en París*, *Narraciones de tierras heroicas*, *De París a Monastir*, *En las líneas de juego*, y *El año de Verdun* (Barcelona, 1915-18, 5 vols.).

INDICE DE MAPAS Y GRABADOS



EDAD MODERNA

Páginas

Colón y Vespucio	17
Enrique el Navegante	18
Vasco de Gama	19
Modelo del navío de Vasco de Gama	20
Uno de los supuestos retratos de Colón	22
Américo Vespucio	26
Facsímil de la Geografía de Ptolomeo	27
Vasco Núñez de Balboa	28
Magallanes	29
La nao Victoria	30
Hernán Cortés	31
Francisco Pizarro	32
Diego Almagro	33
Descubrimientos (<i>mapa de los</i>)	34
Maquiavelo	37
Monumento al condottieri Colleoni	38
Francisco Sforza	39
Alejandro VI	39
Suplicio de Savonarola	40
César Borgia	41
Carlos VIII	41
Luis XII	42
El Gran Capitán	42
Julio II	44
Francisco I	45
Carlos V	46
Clemente VII	47

El castillo de Santángelo	48
Coronación de Carlos V	49
León X	52
Leonardo de Vinci	53
La Cena, por Leonardo de Vinci	54
La Gioconda	55
La Virgen de las rocas	55
Miguel Angel: capilla de los Médicis	56
Miguel Angel: capilla de los Médicis	57
Miguel Angel	58
El Moisés, de Miguel Angel	58
Jeremías	59
Rafael Santi.....	59
La madonna di San Sixto	60
La virgen blanca	60
San Pedro de Roma	61
Interior de San Pedro de Roma	61
El Escorial	62
Castillo de Chambord	62
Castillo de Azay-le-Rideau	63
La Virgen de los donantes	64
Erasmus	65
Alberto Durero.....	66
Los Evangelistas.....	66
Palacio de Heidelberg	67
Monumento a la Reforma	69
Lutero	70
Federico el Sab'o	71
Melanchton	73
Paulo III	76
Mauricio de Sajonia	78
Felipe de Hesse	79
Carlos V en Mulhberg	80
Zuinglio	81
Calvino	82
Miguel Servet	83
Palacio de Hampton-Court	84
Juan Colet	85
Tomás Moro	85

Enrique VIII	86
El Cardenal Wolsey	87
Ana Bolena	88
Tomás Crammer	88
Eduardo VI	89
María Tudor	89
San Ignacio de Loyola	92
El Concilio de Trento	94
Abdicación de Carlos V	102
Habitación de Felipe II	104
Felipe II	106
La Inquisición	108
El papa Pío V	111
Andrea Doria	112
Don Juan de Austria	112
El cardenal Granvela	113
Guillermo I de Orange	114
El duque de Alba	115
Escenas del saqueo de Haarlem	116
Alejandro Farnesio	117
La archiduquesa Isabel	118
El archiduque Alberto	118
Isabel I	121
Lord Burghley	122
Juan Knox	123
María Stuard	124
Castillo de Holyrood	124
María Stuard y lord Darnley	125
Drake	126
La Armada invencible	127
Walter Raleigh	128
Shakespeare	128
El cardenal de Lorena	131
El canciller L'Hospital	131
Carlos IX	132
Catalina de Médicis	132
Tropas francesas de 1559	133
Tropas de la época de las guerras de religión	133
Coligny	134



Enrique de Guisa	134
Patio del Louvre.	136
Enrique III	137
La procesión de la Liga	138
Enrique IV	140
Sully	141
Misérias de la guerra	143
La defenestración de Praga	144
Fernando de Styria	145
Federico V Conde-Palatino	146
Tilly	146
Ernesto de Mansfeld	147
Cristián IV	148
Waldstein	149
Gustavo Adolfo	149
Ambrosio de Spínola	150
El Cardenal-Infante	151
El Congreso de Munster	152
Felipe III	156
Felipe IV	157
María de Médicis	159
Luis XIII.....	160
Richelieu	161
El cardenal Mazarino	163
Carlos I.....	167
Guillermo Laud	168
Oliverio Cromwell	169
Supuesto retrato de Cervantes	172
Santa Teresa	173
Autorretrato de Velázquez	174
Velázquez: «Las lanzas»	174
Velázquez: «Las Meninas»	175
El Greco: «Entierro del conde de Orgaz»	176
Murillo: Tipos populares	177
Rubens: «El descendimiento»	177
Rubens	178
Autorretrato de Van-Dick	178
Jordaens: «El rey bebe».....	179
Teniers: «La Kermesse»	179

Ruysdael: «El molino»	180
Franz Hals	180
Franz Hals: «Banquete de la oficialidad de arqueros de San Adrián»	181
Franz Hals: «Los Síndicos del Hospital de Santa Isabel», ...	181
Rembrandt: «La lección de anatomía»	182
Rembrandt: «La ronda nocturna»	183
Rembrandt	184
Luis XIV	186
Colbert	186
Louvois	187
Vauban	187
Mme. de Maintenon	189
El gran Condé	190
Carlos el Hechizado	193
Felipe de Anjou	193
El duque de Marlborough	194
Eugenio de Saboya	195
Europa según los tratados de 1713-14 (<i>mapa</i>)	196
Bacón de Verulamio	198
Descartes	198
Nicolás Copérnico	199
Kepler	199
Galileo	200
Isaac Newton	200
Ortelius	201
Mercator	201
Corneille	202
Molière	202
Racine	203
Bossuet	203
La marquesa de Sevigné	204
El duque de Saint-Simon	204
La columnata de Perrault	205
Versailles: La galería de los espejos	206
Versailles: Perspectiva de los jardines	206
«Francia triunfante»	207
Nic. Poussin: «Los pastores de la Arcadia»	208
Monck	210

Carlos II Stuard	210
Jacobo II Stuard	212
Guillermo de Orange	213
Moscú: el Kremlin	216
Boiards	217
Moscú: iglesia de San Basilio	218
Iván el Terrible	219
Miguel Romanof	219
Pedro el Grande	220
Carlos XII de Suecia	220
El regente duque de Orleans	223
Juan Law	224
El abate Alberoni	225
El Gran Elector	228
Federico Guillermo I	229
Federico el Grande	230
Carlos VI	231
María Teresa de Austria	232
Catalina II	233
Estanislao Poniatowski	234
Kosciusko	235
Lord Chatham	238
Lord Clive	239
Franklin	241
Warren Hastings	241
Lavoisier	243
Buffon	244
El capitán Cook	244
Voltaire	245
Montesquieu	245
J. J. Rousseau	246
D'Alembert	247
José II	249
El templo de la música	251
Luis XV	252
El cardenal Fleury	252
El duque de Choiseul	253
Clemente XIV	253
La Dubarry	254

La Pompadour	254
«El Templo del amor»	255
Mozart	256
Watteau: L'embarquement por Cythère	257
Luis XVI	258
María Antonieta	258
Turgot	259
Necker	260

EDAD CONTEMPORÁNEA

La Bastilla en 1789	262
Diputado de la nobleza	263
Diputado del clero	264
Diputado del estado llano	264
Juramento del juego de pelota	265
Mirabeau	266
Camilo Desmoulins	267
Rouget de l'Isle	268
El club de los jacobinos	269
Marat	270
Un asignado	271
Vergniaud	274
El 10 de agosto de 1792	276
La familia real	277
Danton	277
Saint-Just	278
Ejecución de Luis XVI	279
El doctor Guillotin	280
Carlota Corday	282
Representante en misión	283
Maximiliano Robespierre	284
Tallien	284
Teresa Cabarrús	285
Miembro del Directorio ejecutivo	285
Miembro del Consejo de los ancianos	286
Miembro del Consejo de los quinientos	286
La coronación de Napoleón	290

Carnot	291
Barras	292
Napoleón Bonaparte	293
Nelson	295
Luciano Bonaparte	295
Talleyrand	296
Fouché	297
Pitt	297
José Bonaparte	298
Luis Bonaparte	299
Napoleón en Wagram	301
Pío VII	303
La emperatriz Josefina	306
Fichte	308
«1814», por Meissonier	309
El duque de Wellington	311
Campo de batalla de Waterlloo	312
Europa con arreglo a los tratados de Viena (<i>mapa</i>)	315
El Congreso de Viena	317
El czar Alejandro I	318
Metternicht	319
Alejandro Ypsilanti	320
Defensa de una barricada	322
Luis XVIII	323
A. Thiers en 1830	324
Luis Felipe de Orleans	328
Guizot	329
Abd-el-Kader	330
Jorge Canning	331
Sir Roberto Peel	332
O'Connell	332
La reina Victoria en 1837	333
Owen	334
Cobden	334
Babeuf	337
Proudhon	338
Jaime Watt	338
El «John Bull»	399
Stephenson	340

ÍNDICE DE GRABADOS



Locomotora de 1829	341
Diligencia de 1830	342
J. F. Champoli6n	344
Leopoldo Ranke	344
Lord Macaulay	345
Alejandro Humbold	345
Carlos Ritter	346
Goethe	346
Lord Byron	347
Walter Scott	347
Chateaubriand	348
Lamartine	348
V6ctor Hugo en 1830	348
David: «El rapto de las sabinas»	349
Delacroix: «Las matanzas de Ch6o»	350
Beethoven	350
Luis Blanch	355
Luis Napole6n	356
Jos6 Mazzini	358
P6o IX	359
Eugenia de Montijo	362
V6ctor Manuel	363
Cavour	363
Jos6 Garibaldi	364
Guillermo I de Prusia	365
Feld-Mariscal Moltke	366
Bismark en 1870	367
Gambetta	368
Proclamaci6n del imperio alem6n	369
Mehemed-Al6	372
El Congreso de Berl6n de 1878	376
Le6n XIII	381
Francisco Jos6 II	384
El rey Humberto	386
Mac-Mah6n	387
Gladstone	389
Disraeli	390
Palacio del Parlamento Brit6nico	391
Parnell	392

	<u>Páginas</u>
El czar Alejandro II	393
Bolívar en 1810	397
Jorge Washington	400
Abraham Lincoln	401
Monroe	401
Palacio de la Paz	403
Carlos Marx	404
Fernando Lasalle	405
Edisson	406
Pasteur	407
Darwin	408
Herbert Spencer	408
Mommsen	409
Renan	409
L. P. Gachard	410
Eliseo Reclus	411
Zola	412
Julio Verne	412
Carlos Dickens	413
Wagner	413
Stanley	415
Lesseps	416
Escuadrillas de aviones de guerra	423
El fuerte de Vaux	426
Depósito de obuses	427
Cañón alemán monstruo	428
Lucha de aeroplanos	429
Verdun en 1916	430
Voodrow Wilson	432
Clemenceau	432
Lloyd Georges	433

FIN DEL TOMO II Y ULTIMO

DEL MISMO AUTOR

NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL. — 3.^a edición.
Un vol. en 8.^o, ilustrado. Barcelona, 1933).

GEOGRAFÍA DE ESPAÑA. — 3.^a edición. — Barcelo-
na, 1926. Un vol. en 8.^o, con mapas, fotografías y
bibliografía.

CURSO DE HISTORIA DE ESPAÑA. — 5.^a edición.
Barcelona, 1931. Un vol. en 8.^o, ilustrado. Tra-
ducida al francés por Th. Légrand, París, Payot,
1927.

OBRAS FAVORABLEMENTE INFORMADAS
POR LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

BIBLIOGRAFÍA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA, Ge-
rona, 1911, 1 vol. en 8.^o pro'longado, rústica.

LAS FUENTES NARRATIVAS DE LA HISTORIA DE
ESPAÑA DURANTE LA EDAD MEDIA (417-1474).
Palma, 1908, en 8.^o

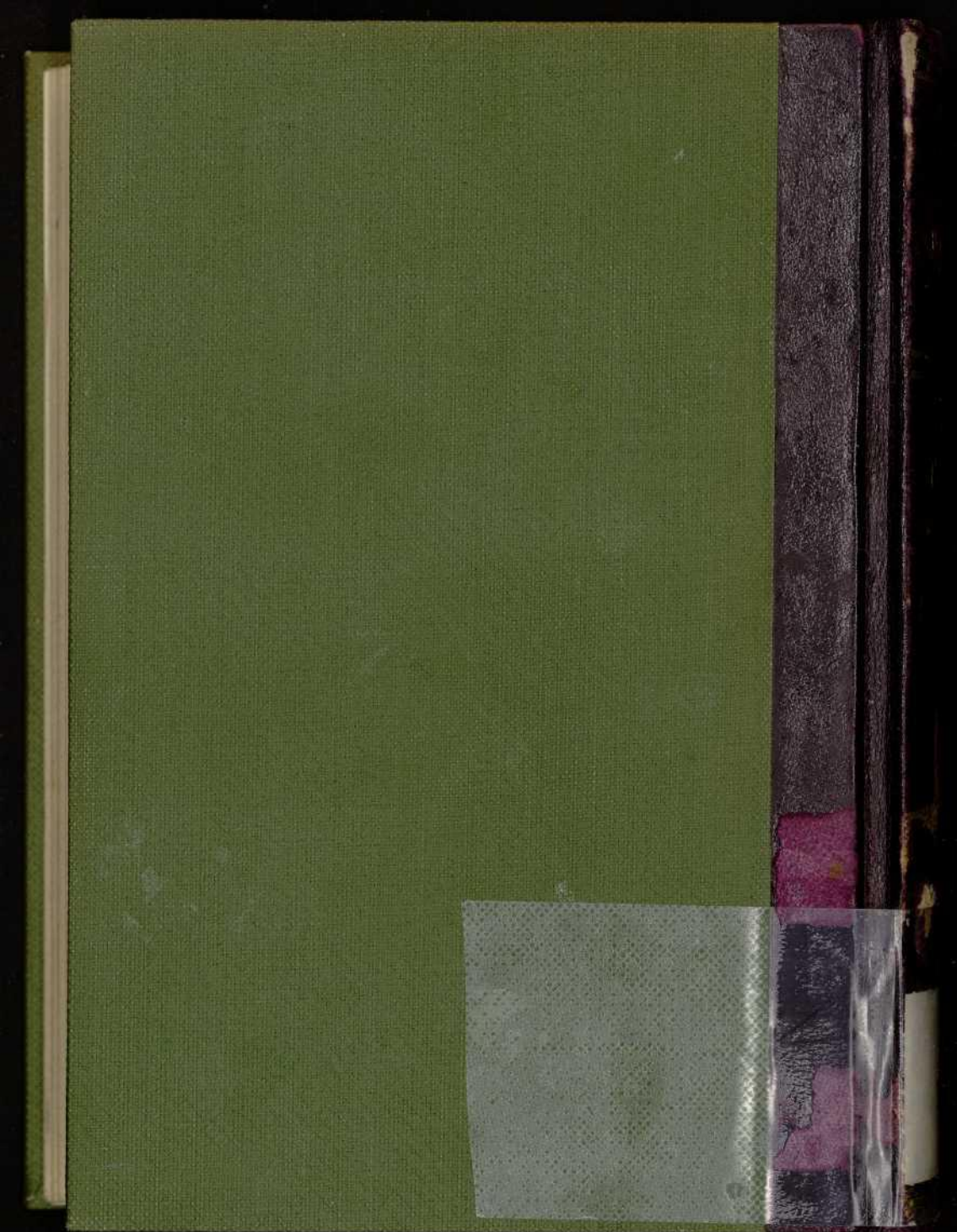
OBRA DECLARADA DE MÉRITO EMINENTE
POR LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

LAS FUENTES NARRATIVAS DE LA HISTORIA DE
ESPAÑA DURANTE LA EDAD MODERNA. — Fascículo I,
Valladolid, 1927, en 8.^o

Pedidos al autor: Tarragona, carretera Barcelona, 3







BALLESTER

Tomo II

D-2
12388